

HEIDI
PERKS



BAJO
LA
SUPERFICIE

 bóveda

HEIDI
PERKS



BAJO
LA
SUPERFICIE

loveda

Índice

ABRIL DE 2001

Uno

Dos

CATORCE AÑOS DESPUÉS. JUNIO DE 2015

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Veintidós

Veintitrés

Veinticuatro

Veinticinco

Veintiséis

Veintisiete

Veintiocho

[Veintinueve](#)

[Treinta](#)

[Treinta y uno](#)

[Treinta y dos](#)

[Treinta y tres](#)

[Treinta y cuatro](#)

[Treinta y cinco](#)

[Treinta y seis](#)

[Treinta y siete](#)

[TRES MESES DESPUÉS](#)

[Treinta y ocho](#)

[Treinta y nueve](#)

[Cuarenta](#)

[Agradecimientos](#)

[Creditos](#)

*Para mi maravillosa familia:
John, Bethany y Joseph*

*Y para mi madre, ¡que, por suerte,
no se parece en nada a las madres
de este libro!*

ABRIL DE 2001

UNO

Abigail no supo cómo responder al policía. Era una pregunta sencilla, y se la había hecho con la cabeza inclinada a un lado y el bolígrafo suspendido sobre la libreta como si esperara una contestación rápida. Pero el caso es que ella no sabía si en las últimas semanas algo había ido mal. Porque, en realidad, no recordaba un momento en que nada fuera bien.

Al ver que no pronunciaba palabra, él se pasó el pulgar por el rasposo mentón, echó una ojeada a la mujer policía que estaba a su lado y alzó un poco las cejas como diciendo: «¿Y ahora, qué?». La policía no se inmutó y no apartó la mirada de Abigail. Era ella la que hacía casi todas las preguntas, la que parecía estar al mando, igual que la primera vez que se habían visto, dos semanas antes. Abigail los había reconocido a los dos al abrir la puerta, y sospechó que ellos a ella también, aunque nadie dijo nada.

—Vale —intervino la policía sin alterar la voz, inclinándose hacia Abigail—. Vamos a repararlo otra vez. Cuando volviste del colegio, cuéntanos qué pasó. ¿Notaste que algo estaba distinto? ¿Alguna cosa?

Abigail se encogió de hombros.

—No sé. Me figuro que algo no estaba normal.

—¿Qué quieres decir con que no estaba normal? —preguntó la mujer en tono tranquilo.

—Bueno, ellas no estaban aquí —explicó Abigail—. Siempre están aquí. Mi madre siempre está en la cocina, y, normalmente, las niñas están jugando con los juguetes o viendo la televisión cuando vuelvo del colegio. Así que creo que era raro que no hubiese nadie.

La policía asintió con la cabeza.

—¿Y qué hiciste cuando te diste cuenta de que no estaban en casa?

—Nada del otro mundo.

El policía inspiró. Al ver que se ponía colorado, Abigail se imaginó que había hecho más ruido del que pretendía.

—Vale, Abigail —repuso la mujer, lanzándole una mirada a su compañero—. Revisemos todo lo que hiciste, desde el instante en que entraste y viste que no

había nadie. Cuéntame todo lo que ocurrió desde ese momento.

A Abigail no le gustaba volver del colegio. Sólo de pensarlo se le secaba la boca y se le revolvió el estómago. Ese mismo día se había apuntado a ayudar a los críos más pequeños en la función escolar únicamente porque, así, tres días a la semana regresaría más tarde. Sólo una cosa le encantaba de llegar a casa, y eran las niñas, que siempre se ponían contentísimas de verla.

Todas las tardes pasaba lo mismo. Abigail hacía girar la llave en la cerradura y oía chillar a las niñas: «¡*Ai-gai mene, Ai-gai casa!*!», mientras acudían a la puerta como centellas, peleándose por recibir achuchones. Entonces las cogía en brazos a las dos, las abrazaba y les plantaba besos en las suaves cabezas, y después ellas se iban corriendo a jugar o volvían a sentarse a ver la televisión. Luego su madre preguntaba desde la cocina, con aquel tono de voz frío y mortecino: «¿Eres tú?», y Abigail pensaba: «Ya sabes que soy yo, acabas de oírles decir mi nombre», pero en vez de eso respondía: «Sí, soy yo». Por lo general, ésa era toda la conversación que mantenían hasta la hora de la merienda, cuando su madre o bien seguía ignorándola o bien la asaeteaba a preguntas, por lo general acusaciones mal disimuladas. Hasta la hora de merendar costaba saber de qué humor estaba, de modo que Abigail procuraba no cruzarse en su camino.

Las últimas semanas su madre hablaba cada vez menos con ella y parecía siempre distraída. No paraba de dejar caer cosas, a menudo un plato de comida que se le resbalaba de las manos y se estampaba con estrépito en el suelo, haciéndola volver a la realidad con un respingo. En una ocasión Abigail se fijó en que tenía la mirada clavada en la sopa de tomate que burbujeaba sobre el quemador, con una mano apoyada en el lado de la olla. Cuando estaba a punto de decírselo, de pronto su madre dio un grito, apartó la mano y miró atónita las rojas marcas de quemadura que aparecían en su palma. «¿No vas a meterla en agua fría?», le preguntó Abigail. «Ah, sí», contestó ella, distraída, como si no se le hubiera ocurrido siquiera semejante cosa.

Abigail sacudió la cabeza al pensarlo. Aquella escena retrataba a su madre: siempre en la luna.

Pero esa tarde no hubo chillidos de «¡*Ai-gai casa!*!», ni estruendo de la televisión ni ruido de platos en la cocina. Todo estaba en silencio. Con un suspiro de alivio, Abigail dejó caer la mochila en el suelo y apoyó la espalda en la puerta hasta oír el chasquido del pestillo. No recordaba ni una sola vez en que al volver del colegio se hubiera encontrado con aquello: con la nada.

«¿Mami?», dijo mientras se dirigía hacia la cocina, mirando dentro de la sala

al pasar. «¿Peter?», gritó, aunque sabía que no era probable que su padrastro estuviera allí. «¿Hay alguien?», llamó, más fuerte.

Al principio sintió una pequeña burbuja de emoción por tener la casa para ella y, tras coger una lata de Coca-Cola del frigorífico, entró en la sala, se puso a zapear y se quedó en la MTV. Apoyó los pies sobre la limpiezísima mesita auxiliar, algo absolutamente prohibido, y dejó la lata en la repisa que tenía al lado sin molestarse siquiera en buscar un posavasos. «Sí», se dijo, «esto es un chollo».

Pero al cabo de un rato de ver la televisión sin pensar en nada, se sintió inquieta. Era tan extraño que no hubiese nadie en la casa que estaba incómoda. Sin las niñas, en la habitación había demasiado silencio, y de repente experimentó un irresistible deseo de tenerlas allí, acurrucadas en el sofá a su lado. ¿Y si había pasado algo? Miró el reloj. ¿Le habría dicho su madre adónde iban, pero no le había echado cuenta?

Para entretenerse sacó un cuaderno de la mochila y se puso a ojear las páginas. Había muchísimos deberes ese trimestre pero le daban una pereza enorme. Tras buscar un bolígrafo color rosa vivo, se puso a hacer una lista de todas las cosas que debería estar haciendo. Aunque no merecía la pena empezar ninguna, porque las niñas no tardarían en llegar y se pondría a jugar con ellas hasta la merienda.

Sin embargo, por supuesto, eso significaba que su madre volvería también.

Dejó de escribir y le puso de nuevo el capuchón al bolígrafo; ahora que pensaba otra vez en su madre no podía concentrarse en la lista.

A estas alturas su madre debía de haber recibido el boletín escolar, y no contenía mejores noticias que al principio de curso. Entonces la cosa había terminado en bronca. «Mira qué asignaturas tan ridículas has elegido», comentó su madre, tirando la cartulina sobre la mesa. «Y, para colmo, ni te tomas la molestia de estudiarlas». Abigail ya tenía pensado lo que le diría esta vez: que no había posibilidad ninguna de que le fuera bien si ella le arrancaba hasta la última pizca de confianza que tenía. Esa frase se la había sugerido Cara, y le encantaba la idea de usarla.

Aunque no estaba del todo segura de que su madre se dignase siquiera a leer el último boletín. Y, si lo leía, no estaba segura de que fuera a mostrar alguna reacción. Casi se imaginaba su mirada vidriosa pasando por el boletín antes de dejarlo con cuidado otra vez sobre la mesa y volver a lo que estuviera calentando en el horno. A veces le entraban ganas de darle un golpecito en la cabeza y preguntar si había alguien allí dentro. Cuando la semana anterior soltó una palabrota en la cena, su madre apenas levantó una ceja, y fue Peter quien dio un puñetazo en la mesa y le dijo que tuviera cuidado con lo que decía. Luego, la noche que dijo que iba a salir a las diez y media, su madre ni siquiera apartó la

vista de la cacerola que estaba frotando con afán. En la casa reinaba la misma afabilidad de siempre, el mismo amor habitual, pero los comentarios escaseaban más, se hacían menos preguntas, ya casi ni existían las peleas. De hecho, cuanto más pensaba en ello más se daba cuenta Abigail de lo que podría responder a la anterior pregunta del policía, porque, en realidad, las cosas habían sido muy distintas en aquellas últimas semanas.

—A lo mejor ahora que has cumplido diecisiete años ella ya sabe que tienes edad suficiente para hacer lo que quieras —le había dicho Cara ese mismo día—. Ya sabes, en plan de dar marcha atrás porque somos adultas —añadió, al tiempo que asentía con la cabeza en un gesto cargado de sabiduría.

Pero Abigail no estaba de acuerdo. Sabía que lo más probable era que su madre se hubiera rendido. Últimamente debía de haber estado tan centrada en las niñas o en otra cosa que ella había bajado aún más en su lista de prioridades.

—¿No te alegras de que te deje en paz? —le había preguntado Cara.

—Sí, claro —contestó Abigail, riendo.

Pero la verdad era que no se alegraba; prefería que le gritaran a que la ignoraran porque, al menos, así no se sentía invisible.

Fue al final del cuaderno, sacó una estrujada fotografía de su padre y la estiró, pasando los dedos por las arrugas que le desfiguraban la cara. Era la única foto que tenía de su querido padre. Las cosas serían muy distintas si él viviese aún. Para empezar, su madre no se habría casado con Peter. Su padrastro no aguantaba a Abigail. Estaba claro que sólo la consideraba una molestia. Y Abigail estaba segura de que su pelo castaño oscuro y su piel morena, herencia más que evidente de su padre, no hacían sino recordarle a Peter que ella no era de su sangre.

La hora de la merienda de las niñas pasó. Era algo que nunca se saltaba en aquella casa, y durante la semana las niñas nunca comían fuera. Existía la leve posibilidad de que hubieran salido, o incluso de que hubieran ido a casa de una amiga, aunque no era probable. Su madre tenía pocas amigas, y menos aún de las que fuesen a invitarlas a merendar.

Los canales de televisión relampagueaban frente a Abigail mientras le daba otra vez al mando a distancia, pero no podía concentrarse. El ruidoso tictac de los minutos desfilaba en el reloj de la repisa de la chimenea. Seguía sin haber ningún indicio de que se acercaran por el sendero.

A las seis en punto apagó el televisor y se trasladó al asiento de la ventana salediza. Aún era de día en el exterior. Se planteó dar una vuelta a la manzana,

sólo por si las veía volver, porque las seis era la hora del baño de las niñas, y nunca se lo saltaban.

Echó a un lado los anticuados visillos de red de su madre para ver mejor. Al tocarlos, el alambre que los sujetaba se cimbrió. Se dijo que sólo haría falta un buen tirón para echar abajo todo aquel montaje.

Sus ojos observaron la hilera de casas pareadas del otro lado de la calzada, pero sólo pudo ver hasta el número 24. Después la calle torcía hacia la derecha, y el roble que se alzaba en el jardín delantero de los vecinos ocultaba el resto de la calle. La ventana del dormitorio de su madre tenía mucho mejor vista. Decidió mirar desde allí, pero sólo un instante, por si volvían. A pesar del malestar que notaba en la boca del estómago, le fastidiaba que su madre supiera que estaba preocupada por ella.

«¿Mami?», dijo de manera automática al llegar a la puerta del dormitorio. Como era de esperar, no hubo respuesta, de modo que abrió con cuidado y echó un vistazo antes de entrar. Allí había algo raro, aunque de momento no supo qué.

Estaba junto a la cama de su madre, pasando los dedos por la funda azul pálido del edredón, cuando se dio cuenta de que faltaba el cubrecama, el de ganchillo que había hecho su yaya como regalo de boda cuando su madre se casó con su padre de verdad. Su abuela paterna, desde luego; la madre de su madre jamás levantaría un dedo para hacer ganchillo.

¿Significaba algo su ausencia? Sin saber por qué, le pareció que sí. Salió de la habitación hasta el descansillo, y desde allí vio su dormitorio y el cuarto de baño. Ambas puertas estaban abiertas, y no tuvo que entrar en ellos para asegurarse de que todo parecía normal.

—Estás idiota, Abigail —dijo en voz alta por encima del golpeteo de su pecho.

«Y entonces, ¿cómo es que te has puesto tan nerviosa?», respondió en un susurro la voz de dentro de su cabeza.

El cuarto de las niñas estaba cerrado. No simplemente entornado, sino que alguien se había tomado la molestia de cerrarlo bien. Abigail notó que tenía las manos húmedas y frías al posar una sobre la puerta, donde unas letras de madera formaban los nombres «Lauren» y «Hannah». Rezó para que su reacción fuera exagerada; seguro que era eso. Aun así, contuvo el aliento mientras, despacio, empujaba la puerta y la abría.

Con independencia de lo que hubiera esperado encontrarse, vio otra cosa. Se llevó una mano a la boca al tiempo que con la otra se agarraba fuerte al marco de la puerta, y el cuerpo se le paralizó; las piernas amenazaron con doblársele. Mientras miraba de hito en hito el dormitorio de las pequeñas, se le erizó el vello de los brazos.

DOS

Abigail cogió el pañuelo de papel que le ofrecía la policía. Se enjugó los ojos y se sonó la nariz con manos temblorosas. No se había dado cuenta de que estaba llorando hasta que no vio que la mujer cogía la caja de pañuelos de papel de la repisa de la chimenea y sacaba uno.

El policía terminó de garabatear en el cuaderno y alzó la mirada hacia ella.

—¿Así que no ha sabido nada en absoluto de su madre? —preguntó.

—Claro que no.

—Ni una nota ni un...

—No —lo interrumpió Abigail—, ya se lo he dicho, nada.

La policía levantó una mano, un gesto que evitó que el policía le preguntara más. Él se encogió de hombros y se echó atrás en la silla, al tiempo que se pasaba una mano por el pelo, que llevaba de punta y con gel. Entonces la policía volvió a hablar y a hacerle más preguntas, unas preguntas que, dadas las circunstancias, parecían inútiles.

—Abigail, ¿se te ocurre algo más —dijo por último—, cualquier cosa que pudiera ayudarnos a reconstruir esto?

En medio de un pesado silencio, esperaron a que Abigail hablara.

—Abi —respondió por fin—. Me llaman Abi.

La policía hizo un gesto afirmativo.

¿Qué debía decir? Abi podría contarles muchísimas cosas. Como que no se fiaba de su padrastro, que detestaba a su controladora abuela, o que su madre estaba tan loca que tal vez se hubiera tirado con el coche por un acantilado. Al final, sencillamente, añadió:

—Está claro que mi madre me odia.

El policía la miró con las cejas levantadas. Parecía deseoso de concluir aquel asunto. La primera vez que lo vio, cuando detuvieron a Tasha por robar en una tienda, a Abi ya no le había gustado. Iba con Tasha en ese momento, pero a ella no tuvieron más remedio que soltarla pues era evidente que no tenía ni idea de que su amiga se hubiera guardado seis paquetes de cigarrillos. En esa ocasión él le había lanzado una rápida mirada que parecía decir: «Tengo cosas mucho más

importantes que hacer que perder el tiempo con crías como tú». Abi se preguntó por qué habría elegido aquel hombre entrar en el cuerpo de policía, si estaba claro que su trabajo le resultaba un aburrimiento.

—Vale —dijo la mujer finalmente—. Cuéntenos qué pasó después. Cuando abriste la puerta, ¿qué hiciste?

A Abi le palpitó el corazón al recordarlo. ¿Que qué hizo? Les respondió que no hizo nada, que se limitó a mirar. ¿Qué otra cosa podría haber hecho? Cuando se asomó a la habitación lo vio todo y no vio nada. Todo había desaparecido. No quedaba nada.

Hasta el último juguete, hasta el último dibujo... hasta la última chuchería que las niñas habían acumulado en sus dos años y medio de vida había desaparecido. Los edredones de algodón rosa con las hadas bordadas, la lámpara que proyectaba sombras de mariposas en el techo, los libros de princesas que Abi les leía todas las noches, el juego de té de porcelana azul pálido que ella les había encontrado en una tienda de beneficencia, la casa de muñecas que el padre de Abi le había hecho de pequeña... No había ni rastro.

Miró de hito en hito la habitación. Los colchones sin vestir, los cajones de la cómoda abiertos, mostrando su vacío, sin los vestiditos, los pijamas y todo lo demás que solían soltar. Era el hueco cascarón de un cuarto que aquella misma mañana había estado lleno del sonido de la risa de las niñas.

La existencia de las niñas se había eliminado por completo del dormitorio. Era como si nunca hubieran estado allí. Y en ese instante Abi reparó en una cosa que casi no se veía, remetida detrás de una de las camas. Encajado contra la pared estaba Ted, el osito azul de Hannah que ella le había regalado cuando nació. El osito azul con el que Hannah dormía todas las noches. Tras liberarlo de un tirón Abi estrechó a Ted contra su pecho y lloró, porque, en el fondo, ya sabía que se habían marchado todas y que a ella la habían dejado.

—Y entonces, ¿qué crees *tú* que ha sucedido? —le preguntó la policía.

—Se han ido —respondió Abi—. Mi madre se ha ido para separarlas de mí.

El policía se removió en la silla y observó a Abi. Por un momento un aire de escepticismo pasó por su rostro, pero enseguida tosió y reajustó sus facciones para adoptar un gesto inexpresivo.

Sin embargo, Abi sabía qué había sucedido; lo que no sabía era el porqué. Y eso le resultaba insoportable, pues no tenía ni idea de dónde estaban las niñas ni, peor aún, de cuándo volvería a verlas. Nunca había pasado más de una noche

lejos de ellas.

—¿Se te ocurre adónde pueden haber ido?

La pregunta de la policía interrumpió sus pensamientos.

Abi negó con la cabeza. No tenía ni idea y tampoco lo entendía. ¿Por qué se marchaba su madre y se llevaba a las niñas, y a ella no? ¿Por qué no le había dicho que iban a irse, aunque no pretendiera llevarse a Abi?

—Quizá podríamos ir a ver el dormitorio —sugirió la policía.

Abi asintió con un gesto y se levantó justo cuando sonó el timbre de la puerta, que los sobresaltó a todos.

—¿Esperas a alguien?

—No —contestó Abi, al tiempo que se acercaba a la ventana a mirar—. Oh, es mi abuela.

Se le cayó el alma a los pies. Ignoraba qué hacía Eleanor allí, pero no dudó de que su presencia no haría más fácil la situación. En realidad, se dijo que el sentido de la oportunidad de su abuela no podía ser peor. ¿A qué había venido?

—¿Ah? —la mujer parecía interesada—. ¿Quieres que abra yo la puerta? —preguntó, cuando volvió a sonar el timbre sin que Abi se moviera.

—No, ya voy yo.

Abi salió de la habitación al vestíbulo. Sabía que todo cambiaría en cuanto Eleanor entrara en la casa.

—¿Qué te parece? —Oyó que susurraba el policía—. Aquí hay algo raro. ¿Tú crees que se lo está inventando? ¿Que no se han ido de vacaciones y ya está?

—¿Cargando con todo? —repuso la policía—. No me cuadra. Oh, no sé... —añadió, suspirando—. Vamos a ver qué tiene que decir la abuela.

Abi sabía por qué pensaban que aquello les parecía raro. ¿Cómo no iban a pensarlo? Porque ninguna madre dejaría sin más a su hija y se llevaría consigo a las dos más pequeñas, ¿verdad? ¿Quién en su sano juicio haría tal cosa?

CATORCE AÑOS DESPUÉS
JUNIO DE 2015

TRES

Querido Adam:

Esta madrugada volví a despertarme otra vez a las cuatro. Te digo «otra vez» como si supieras que últimamente me pasa eso, aunque, por supuesto, no lo sabes. Junto a ti el dormir me parecía fácil. Sólo sentir tu cuerpo tendido a mi lado hacía que me durmiera profundamente, tranquila y sin sueños. Pero hace algún tiempo que estoy inquieta. Despierto tan envuelta en el edredón como si hubiera estado luchando con él, y mi cabeza hierva de pensamientos que no se van nunca. Bailotean en mi mente, me pinchan para atraer mi atención. Igual que hace muchos años, después de que se marchara mi madre. Por entonces, poco a poco, conseguí no hacerles caso, pero últimamente no puedo. Cada vez que logro pensar en otra cosa, mi mente vuelve como un resorte a lo de antes.

—Cuénteme qué la ha traído a verme —me dijo Maggie esta mañana.

Maggie es mi nueva orientadora. La verdad, yo no quería ver a ningún orientador más; no quería que otra persona volviera a desenterrarlo todo, dejándome en carne viva y con preguntas sin responder. No quería descubrirle mis sueños, mis esperanzas perdidas y mi maltratado corazón a otro desconocido. En los años que siguieron a la marcha de mi madre vi a tres, y ninguno de ellos cambió nada, salvo hacerme sentir todavía más sola y más llena de culpabilidad.

Miré a Maggie con aire irónico, pues supuse que tenía todos mis datos. El doctor Richards ya se los habría enviado, y, si los tenía, no necesitaba preguntarme por qué estaba yo allí.

Ella sonrió.

—Quiero oírlo en sus palabras —dijo, como si me leyera el pensamiento.

—Bueno, supongo que es por lo que pasó con Adam —respondí—. Imagino que es el principal motivo de que esté aquí.

Asintió con un gesto y esperó a que yo continuara.

—Pero no es eso tan sólo. Adam y yo, bueno... eso ha sacado a relucir otras cosas también. Cosas que he tratado de olvidar con los años.

—¿Como cuáles, Abi?

—Otros asuntos que creía haber logrado solucionar. Como lo de mi madre y las niñas. —Bueno, ya lo había soltado—. Asuntos que he intentado resolver pero que desde lo de Adam no dejo de recordar y no me quito de la cabeza —contesté.

La razón de que te escriba es Maggie. Estuvimos hablando durante casi una hora, y después me dijo que creía que escribir las cosas me ayudaría. Yo le contesté que no estaba segura, pero ella me pidió que lo intentara de todos modos.

—Entonces, ¿qué hago? —le pregunté—. ¿Escribo una lista de todo lo que pienso?

—Puede hacer eso —respondió—, o puede darle forma de carta, si quiere. Personalmente, creo que a veces así se libera mejor lo que se necesita decir. Se puede ser más sincero y directo cuando se tiene alguien a quien dirigirse.

—Pero no sé a quién escribirle —repuse yo—. No tengo a nadie.

—Bueno, puede escribírsela a quien quiera. Y, en realidad, no tiene que mandarla —añadió.

Miré por la ventana de Maggie. Estábamos en una habitación de la parte delantera de su piso del sur de Londres, que daba a una calle tranquila con un parque al otro lado de la calzada. Un hombre paseaba a su perro y otro, sentado en un banco, leía un periódico. Ambos, ajenos a las personas que compartían sus más oscuros secretos detrás de esta ventana. Maggie tenía contraventanas de madera, y las láminas estaban inclinadas para que nadie pudiera mirar hacia dentro.

—No quiero escribirle a ella —dije por fin.

—¿Y eso por qué, Abi? —preguntó Maggie.

Me encogí de hombros y seguí mirando por la ventana, intentando aparentar que, sencillamente, no tenía nada que decirle a mi madre, aunque ya sentía que la ira burbujeaba dentro de mí y me encendía hasta el punto de que seguro que se me notaba en la cara. Tú siempre me decías que me ponía colorada cuando pensaba en ella. Decías: «¿Por qué te incomodas tanto, Abi? No eres tú la que debería sentirse así». Pero no es eso... al pensar en ella lo que siento es pura rabia.

—A lo mejor le escribo a Adam —le dije.

—Si le apetece escribirle a Adam, me parece que sería una buena idea —contestó Maggie.

Vi que le echaba una breve ojeada al reloj que estaba en la mesita auxiliar. Cuando me senté, pensé en por qué estaría allí, y entonces me di cuenta de que era para que ella controlara la hora sin que el paciente lo notara demasiado.

—¿Por qué no me habla usted de él? Hablemos de alguien que la hace feliz.

—Casi se me ha acabado el tiempo —dije.

Al oírlo me sonrió y, con aire un poco avergonzado, cogió el reloj y le dio la vuelta.

—Hoy ya no tengo más citas. Y quiero pasar más tiempo con usted, si le parece.

En ese momento supe que iba a gustarme Maggie. Asentí, y ella me sirvió otro vaso de agua, lo empujó hacia mí por la mesita auxiliar y esperó a que yo continuara.

Nos conocimos hace seis años. Yo trabajaba por las tardes en Morrisons para ganar un poco más. Mi reserva de fondos se había agotado tres años antes. Creo que los había despilfarrado mucho más rápido de lo que planeaba Eleanor, claro que ella no sabía cómo el alcohol y las drogas se comían el dinero de una chica de Londres que aún no hubiera cumplido los veinte, y sin nadie que le pidiera cuentas. Ese día yo había mandado seis solicitudes para trabajos de oficina pero no tenía muchas esperanzas. En un mes me había presentado por lo menos a quince puestos, y no me habían hecho una entrevista para ninguno de ellos. Poco a poco, iba resignándome a pasarme la vida trabajando en New Look durante el día y en un supermercado por la noche, aunque siempre había aspirado a muchísimo más cuando estaba en el colegio.

Tú estabas atrapado en la cola, detrás de una anciana que contaba el cambio moneda a moneda sobre el mostrador. Te miré y alcé las cejas para disculparme, y tú me contestaste con una sonrisa y, sólo moviendo los labios, dijiste: «No importa». Te reconocí porque aquella semana habías venido todas las noches, y yo te había sorprendido mirándome, aunque era la primera vez que te ponías en mi caja.

—Gracias por esperar —dije cuando la anciana se alejó arrastrando los pies. Cogí tu cesta y pasé por el escáner los artículos uno por uno. Cuatro latas de cerveza; desodorante; cereales; un cartón de Dairy Milk... Me dio un pequeño vuelco el corazón al meter los bombones en la bolsa—. Doce libras con setenta y ocho, por favor —añadí. No levanté la vista cuando me diste el dinero.

—Bueno, ¿le queda mucho todavía? —me preguntaste.

—No, menos mal —contesté—. Acabo dentro de quince minutos.

—¿Tenemos una noche movidita? —comentaste, riendo.

—No, es que estoy cansadísima y quiero irme a dormir —respondí con una sonrisa.

—¡Ah! Bueno, pues que descanse.

Cogiste la bolsa que te daba, y te vi salir de la tienda y pararte junto a la puerta. El supermercado iba vaciándose, y yo no tenía a nadie en la caja. Pensé en la chica afortunada que estaría en casa esperándoos, a ti y a los bombones, cuando de repente diste media vuelta, entraste otra vez y viniste derecho hacia mí.

—¿Se le ha olvidado algo? —te pregunté cuando te detuviste al final de la cinta transportadora.

—Sí —contestaste—. Yo, eh... Mira, de verdad que no suelo hacer estas cosas, pero me preguntaba si te apetecería salir a tomar una copa.

—Oh —dije—. Yo no tomo copas. —Al instante me avergoncé de mi respuesta—. Es decir, yo...

—No tenemos por qué beber. —Me sonreíste—. Quizá podríamos ir al cine.

—Vale —repuse—. Pero...

Eché una ojeada hacia la bolsa. Había supuesto que tenías novia y a esas alturas no me quitaba la idea de la cabeza.

—¿Estás soltero? —dije de golpe.

—Claro. —Te echaste a reír—. ¿Por qué? Ah, ¿es por los bombones? Son para mi abuela. Voy a ir a verla mañana. Te lo aseguro, estoy completa y absolutamente libre.

No tenías nada que ver con los hombres que yo solía conocer: sin rastro de barba, alto y rubio. Con tu camisa a rayas y tus vaqueros parecías un jugador de rugby; eras todo lo que yo soñaba como novio. Mi cabeza y mi corazón estaban partiéndome por la mitad. El corazón bailoteaba de alegría, pero la cabeza me aconsejaba que no me entusiasmara demasiado, porque a Abigail Ryder las cosas nunca le salían así de bien. De modo que al final dije que sí y luego esperé a que algo fuera mal.

A ti te molestaba que yo siempre viera el vaso medio vacío, en particular porque eras el eterno optimista. Llevábamos viéndonos un mes cuando me dijiste que ibas a llevarme de pícnic. Miré al cielo y señalé las nubes.

—Va a llover —comenté—. Me parece que no deberíamos ir.

—Seguro que no llueve —respondiste, cargando ya el maletero y haciéndome señas de que entrara en el coche—. Deja de preocuparte.

Así que hice lo que me decías y sonreí para mis adentros cuando te sorprendí poniendo, debajo de la manta de pícnic, un paraguas grande.

Como es lógico, se puso a llover.

—¡Se va a estropear todo! —exclamé, mientras volvía a meter deprisa los emparedados y los perritos a medio comer en la mochila.

No sólo me fastidiaba que se nos chafara el día sino, también, que yo llevara razón cuando tanto deseaba equivocarme. Pero al levantar la vista vi que reías,

con los brazos estirados y la cara vuelta hacia el cielo, y cogías la lluvia con la punta de la lengua.

—¿Cómo puedes decir que se nos estropea el día, si estamos divirtiéndonos muchísimo? —me preguntaste, agarrándome por la cintura—. Sólo es un poco de lluvia, Abi. ¿A quién le importa que nos mojemos, si estamos juntos?

Tú siempre hacías que me sintiera feliz. Me ayudabas a ver un asomo de luz ante mí, en vez de un túnel largo y negro. Con el tiempo te di la razón en que quizá las cosas no siempre tenían que salir mal. A empujones, hundí a mis demonios todavía más en mi interior para que no nos alcanzaran, y pensé que, ahora que estaba contigo, quizá podría escapar sin enfrentarme a ellos.

Seis meses después ya sabía que me había enamorado locamente de ti y me permití creer que todo iba bien. Una noche estábamos en tu piso viendo la televisión, y me di cuenta de que no habías hablado mucho. Con gesto ausente, me pasabas la mano por la pierna, y comprendí que tenías la cabeza en otra parte. Te preguntaba, y tú asentías o negabas con un gesto, pero yo sabía que no me escuchabas. Al instante subí la guardia en un movimiento de defensa, y me maldije por confiar en nosotros como una estúpida y dejarte entrar en mi corazón. Aparté bruscamente la pierna, de modo que tu mano cayó en el espacio que había entre los dos, y me abracé las rodillas.

—¿Qué te pasa? —me preguntaste.

—¿Que qué me pasa a mí? —respondí en tono áspero—. ¡Nada! Mira, a lo mejor debería irme. Tengo que levantarme temprano.

Por fin, una empresa publicitaria a la que había mandado una solicitud de trabajo me había contestado, e iban a entrevistarme la mañana siguiente para un puesto de gestor contable adjunto. Sentí un súbito deseo de irme... Creía saber lo que se avecinaba y no quería oírlo.

Tú diste un suspiro, dejaste caer la cabeza en el respaldo del sofá y cerraste los ojos.

—No te preocupes, Adam —dije—. Ya lo comprendo.

Habías conocido a otra persona. O quizá, simplemente, te habías dado cuenta de que podías aspirar a alguien mejor que yo, o te habías aburrido, o... Había demasiadas posibilidades, y a lo mejor yo reaccionaba de manera exagerada, pero me aterraba que estuvieras a punto de romperme el corazón y dejarme.

Al oírme abriste los ojos y te sentaste derecho.

—¿Qué quieres decir?

Pero yo no contesté; en lugar de eso, me limité a concentrarme en recoger el bolso y los zapatos, y en tratar de salir del piso.

Tú me agarraste.

—Abi, ¿por qué te marchas de repente? Mira, no sé qué estás pensando, pero

sea lo que sea, creo que te equivocas.

—Pues dime por qué estás así conmigo —dije. Sentí que las lágrimas me ardían en los ojos y supe que no tardarían mucho en desbordarse.

—He estado pensando en algunas cosas —respondiste tú—. En nosotros, y en hacia dónde vamos. Y te quiero de verdad, Abi. Deseo estar contigo toda la vida, pero hay cosas que necesito saber.

En ese instante podría haberme echado a reír: acababas de decir que me querías y que deseabas estar conmigo.

—¿Qué necesitas saber? —te pregunté, aunque a esas alturas me daba igual.

—Bueno, no sé —contestaste con un suspiro—. Es que a veces siento que en realidad no te conozco. Eres muy reservada.

—Eso no es cierto.

—Sí que lo es. Todo el rato hablamos de cosas, lo que hemos desayunado, qué ponen en la televisión, quién dijo qué en el trabajo, pero de nada importante. Nada que tenga significado. Cada vez que lo intento, tú cambias de tema.

—No —susurré, aunque, por supuesto, tenías razón.

—Sí, Abi. El otro día te conté que mis padres querían que fuéramos a Escocia para conocerte por fin, y tú dijiste: «A lo mejor deberías ir solo, estoy segura de que a quien quieren ver es a ti». Te pregunto qué quieres hacer en la vida, y tú te sacudes de encima la pregunta y me dices: «Pues lo que termine haciendo». No te he preguntado por tu familia desde que me dejaste muy claro que no querías hablar de ellos jamás. No sé qué hacer, Abs. Me gustas mucho, pero siento que, por algún motivo, no quieres que me acerque a ti.

Era la primera vez que alguien me insistía en aquello. Es probable que hasta entonces nadie hubiera querido acercarse a mí, y por eso no se molestaban en averiguar por qué les resultaba imposible. Noté la quemazón, tan conocida, bajo la piel, y no me di cuenta de que estaba rascándome hasta que me cogiste el brazo. Ahora pensaba en mi madre y quería con toda el alma que no fuera así. Ella no tenía por qué meterse entre nosotros, y me molestó que se colara poco a poco. Aparté el brazo de un tirón.

—Es que quiero saber quién eres —seguiste tú—. Quiero saberlo todo de ti, hasta los rinconcitos que no sean tan buenos.

La habitación iba encerrándome, y yo tenía que escapar, pero tú me agarrabas otra vez y me atraías hacia ti, y noté que no me resistía. «No pases por esto, Abi», pensaba yo. «No permitas que te abra el corazón, porque no sabes qué podría salir». Pero, al mismo tiempo, quería contártelo. Quizá deberías saber quién soy. Dejé que me llevaras otra vez al sofá y nos quedamos un rato en silencio, tú rodeándome con tus brazos. Eso me recordó una vez, hace muchísimo, cuando era pequeña. Iba en bicicleta por un paseo marítimo, me caí

y me hice una buena raspadura en la rodilla. La piel me escocía como si alguien me hubiera cortado con un cuchillo. Mi padre me cogió en brazos, y nos sentamos en la playa, y él me abrazó fuerte hasta que ya no sentí ningún dolor.

—Duele —te dije—. Algunas cosas duelen tanto que prefiero no hablar de ellas.

—Anda, inténtalo, Abs.

Me miraste, y tus ojos me suplicaban que me abriera a ti.

Así que inspiré hondo y contesté:

—Mi madre desapareció un buen día. Cuando yo tenía diecisiete años volví del colegio, y no estaba.

—¡Dios mío!

Tu cara me indicó que eso era lo último que esperabas oír. Supe que probablemente pensabas en lo peor, que la habían secuestrado, quizá que la habían encontrado muerta. A veces le he contado eso a la gente, porque creí que es lo que querían oír... además, era mejor que la verdad.

—No es lo que piensas. Ella quiso marcharse.

—¿Cómo?

Oí el asombro de tu voz.

Por eso no se lo decía a la gente, porque entonces empezaban a preguntarse qué habría hecho yo para que mi madre me abandonara.

—Lo cierto es que sigo sin saber por qué. Catorce años después no tengo ni idea de por qué se marchó, ni adónde. Y eso no es todo. Se llevó a mis hermanas. Sólo tenían dos años.

La palabra «hermanas» se me atragantó en la garganta. Yo no hablaba de las niñas. Nunca. No podía, no era posible aguantar la vida si las dejaba entrar en mi mundo otra vez.

—¡Por Dios! ¿Y no has intentado buscarlas?

—No, y por eso no hablo de esto. Así que necesito que cambies de tema ya. Por favor.

—Claro, Abs, claro —murmuraste, y me rodeaste más fuerte, como si no fueras a soltarme jamás.

—Parece un hombre estupendo, Abi. Está claro que lo amaba usted muchísimo —me dijo Maggie—. Veo que le brillan los ojos cuando habla de él.

—Era la única persona que siempre me dejó ser quien yo era y que no me obligó a hacer nada para lo que yo no estuviese preparada.

Después de que te hablara de mi madre no me insististe para que te contara nada más. Habías oído lo peor y aún seguías conmigo.

Hiciste que me sintiera segura de nuevo, y me prometí que eras una persona a la que nunca dejaría marchar. Claro que eso tampoco lo conseguí, ¿verdad?

Desde lo que pasó con nosotros empecé a tener momentos en que no podía quitarme el pasado de la cabeza. Me había llevado años enterrando los recuerdos en lo más hondo, pero de pronto volvían a surgir dentro de mí.

La primera vez fue uno de esos días de principios de primavera en que el sol te sorprende y hace más calor del que creías que iba a hacer. Yo había salido a comprar el periódico y a tomar un café, y me senté en el banco de un parque. Dos adolescentes pasaron por delante de mí, cogidas del brazo, con las cabezas pegadas mientras les daba la risa por algo que decía una de ellas. No pude dejar de mirarlas... igual hasta eran Hannah y Lauren, no lo sé.

Nunca tengo que calcular la edad de las niñas. Siempre he sabido su edad exacta en cualquier momento de los últimos catorce años. Ahora tienen dieciséis años, pronto cumplirán diecisiete. La misma edad que me figuré que tendrían las chicas del parque. Normalmente, cuando pienso en Hannah y Lauren enseguida imagino la escena feliz que he trazado para ellas: la casa en el campo, los columpios en el jardín trasero, un perro junto a la chimenea... Siempre están riendo y metiéndose una con otra, y en ese cuadro siempre, siempre, están las dos juntas. Luego, tan pronto como las veo bien en mi mente, cierro la imagen, sabiendo que están a salvo y felices, y de nuevo lo olvido: es el único modo en que puedo seguir viviendo.

Pero aquel día del parque no se me iba del pensamiento. Había evocado mi escena, había incluido algunos extras como los vestidos nuevos que llevaban pero, por mucho que me esforzara, no podía cerrar la imagen. Incluso traté de clicar mentalmente la crucecita roja de la esquina para cerrar el archivo, pero no dejaba de aparecer otra vez. Y después se mofaba de mí con algo que no estaba justo como debía. El columpio se había roto y se balanceaba colgado de una sola cuerda. Una de las niñas lloraba. Hannah se escondía detrás de un árbol, y de pronto aparecía con la cara magullada y no tenía el aspecto que yo pensaba que debía tener. Estaba viendo un thriller que creaba mi mente retorcida pero no podía evitar que ésta me lo proyectara.

Este último año cada vez que recordaba sentía ganas de coger una botella otra vez y terminármela, igual que cuando se marcharon. Quería llenarme la cabeza de alcohol o drogas hasta olvidar, aunque, no sé cómo, no lo hice. Sin embargo, hay días en que el deseo resulta casi demasiado difícil de soportar,

porque una mente despejada y sobria es un paraíso para los pensamientos y los recuerdos que no puedes controlar.

Pasadas unas seis semanas, más o menos, desde que se marcharon, decidí que nunca buscaría a las niñas. Después de todo, tenía motivos para creer que estarían mejor sin mí. Me dije que estaban bien. Eran felices y no sabían nada, ¿qué importaba lo que me ocurriera a mí? Lo importante eran ellas.

Mi vida se disparaba en una espiral de descontrol, y yo no sabía qué hacer. Tenía todas las preguntas sobre qué había sucedido y cómo podía haberme abandonado mi madre. Pero nunca recibí las respuestas que deseaba y, de todas formas, una parte de mí no creía que quisiera oírlas. Me dije que el mejor modo de arreglármelas era olvidar: enterrar bien hondo las capas de culpabilidad, ira, tristeza y miedo para no tener que enfrentarme a ellas.

Y entonces llegaste tú, y, poco a poco, empecé a abrir los ojos a cómo me sentía de verdad y me di cuenta de que no debí dejar que se marcharan sin buscarlas. ¿Y si no estaban bien? No debería haberlas dejado con ella y, además, me merezco entender por qué me abandonó, ¿verdad?

De modo que, después de lo que ocurrió contigo y conmigo, resolví buscar a Hannah y a Lauren. Necesito saber qué pasó, Adam. Tengo que saber por qué me dejaron, pues algo hizo que mi madre se marchara, y no pude ser yo.

CUATRO

Hannah lanzó la mochila a la arena y, con las dos manos, tiró de una de las puertas para abrir la caseta. Sabía que lo más probable era que se atascara por toda la lluvia caída en la primavera. Lo mismo había pasado el año anterior, cuando Morrie le explicó que las puertas se hinchaban con la humedad. Quizá no debería tirar tan fuerte, pero no había otra forma de abrirla. Morrie estaría después por los cobertizos de los pescadores. Al volver se pasaría a verlo y le pediría que echara un vistazo antes de que la cosa fuera a peor.

Cuando la caseta quedó abierta por fin y las puertas, sujetas con una cuerda, Hannah se volvió a buscar a su hermana.

—¡Venga! —gritó, riendo, mientras Lauren llegaba dando traspiés por la arena hasta la escalera—. ¿Por qué has tardado tanto?

Como respuesta, Lauren la miró, ceñuda, y levantó los brazos, sacudiendo dos bolsas.

—Alguien tenía que traer el almuerzo también, ¿sabes? —dijo entre dientes cuando llegó a la caseta.

Ninguna de las dos quería ir a por la comida; ambas evitaban todo lo posible la tienda de la esquina. Cuando Theresa veía que entraba alguna de ellas daba palmadas de regocijo y se ponía a parlotear sobre el colegio, siempre dejando caer lo bien que le iba a su Maria. Todo el mundo sabía que su hija era la chica más lista del colegio aunque también, la más aburrida.

—Quince minutos me ha tenido allí —explicó Lauren suspirando, al tiempo que soltaba las bolsas en el suelo de tablas—. ¡Qué forma de desperdiciar mi vida!

Hannah hurgó por entre las compras y sacó una caja de bolsitas de té y unos paquetes de galletas, que amontonó en los pequeños estantes del rincón.

—Por lo menos, parece que no tendremos que volver pronto por allí —comentó.

—¡Menos mal! Cuando ya me iba intentó ofrecirme una lanchita de goma. ¿Tú te crees? El remate era una cabeza de cocodrilo.

Hannah se echó a reír.

—Deberías haberla aceptado, habría tenido gracia.

—Me entraron ganas de decirle: ¿cuántos años le parece a usted que tenemos?

—Probablemente no tiene ni idea de lo que hacen las chicas normales de nuestra edad. Lo más seguro es que Maria se pase todo el fin de semana en la biblioteca empollando sobre los insectos o lo que sea su obsesión ahora.

Hannah abrió un paquete de galletitas saladas y lo agitó delante de su hermana.

—Más vale que me tome una nada más —dijo Lauren; echó una atenta ojeada dentro de la bolsa y sacó una sola.

Hannah hizo un gesto de cómica incredulidad y volvió a la tarea de descargar la comida.

Era el primer fin de semana caluroso del año. Ya estaban a finales de junio, y llevaban sin tomar el sol desde el verano anterior, aunque Hannah iba a la caseta siempre que tenía un momento libre, a diferencia de su hermana, que no le encontraba sentido a estar en la playa si no hacía sol. Lauren era como una veleta. En cuanto el sol asomaba, de pronto aparecía a la puerta de la caseta con su bikini. Sin embargo, hiciera sol o no, Hannah estaba allí todo el año.

Había una docena de casetas de playa cobijadas entre las dunas de la bahía. Cuando eran pequeñas, a Hannah y a Lauren les encantaba correr por entre ellas y esconderse detrás. Su madre siempre se asustaba si no las veía, aunque nunca pasaba mucho tiempo sin que una de las niñas soltara un chillido de risa, y así sabía que la otra estaba cerca.

La mejor vista de las casetas era desde lo alto del acantilado. Estaban pintadas de distintos colores. Era una norma no escrita que nadie debía cambiar el color de su caseta, pero, de todas formas, a las chicas les gustaba el suyo: azul cobalto. Cuanto más de cerca se miraban, más claramente se apreciaba lo desvencijadas que estaban. Deterioradas por el aire salado, sólo unas pocas se repintaban religiosamente cada año. Pero a Hannah y a Lauren les encantaban, y se habían sentido las niñas más afortunadas del mundo cuando por fin tuvieron la suya. Fue el verano que cumplieron once años. Su madre llevaba años prometiéndoles que algún día tendrían una, aunque, en el fondo, ellas sabían que era casi imposible. Quien poseía una de las valiosas casetas de Mull Bay no la soltaba fácilmente. Los dueños las conservaban durante años y casi siempre se las pasaban a la siguiente generación.

Pero un caluroso día de aquel verano las niñas volvían a casa de comprar con su madre cuando encontraron a Morrie esperándolas en la puerta. Tenía una

enorme sonrisa en la cara, y agitaba en el aire una llave vieja y oxidada. Nada más verla, ambas dieron un grito de alegría, pues enseguida supieron lo que aquello significaba. Ese mismo año había fallecido la señora Partridge. Su muerte dejó un vacío en la comunidad del pueblo: la mayoría de los vecinos de la Bahía la conocían de toda la vida, y las niñas la adoraban. Pero al cabo de un par de meses la gente empezó a hacer especulaciones sobre la caseta. «¿Qué creéis que pasará, ahora que no está ella?», murmuraban. «Claro que al no tener familia no hay nadie a quien cedérsela».

Se celebró una reunión, y se decidió que la manera más justa de decidir el destino de la caseta era meter el nombre de todas las familias en una caja y sacar uno al azar. Morrie sería el responsable del sorteo.

—¿La tenemos? —chillaron ambas, y se pusieron a dar saltos junto a Morrie, que, riendo, mantenía la llave justo fuera de su alcance.

—¡Mamaíta, mira, tenemos la caseta! —gritó Lauren, y se volvió para mirar a Kathryn, que les sonreía.

—No puedo creerlo, Morrie —dijo Kathryn—. ¿De veras es nuestra?

Morrie le guiñó un ojo.

—Vaya si es de ustedes —le contestó.

Lauren no había visto el guiño —seguía mirando a su madre—, pero Hannah sí, y a menudo le preguntaba a Morrie si de verdad la caseta de playa era de ellas. Si no lo era, él nunca lo dijo, aunque Hannah no estaba del todo segura de que no hubiese tenido algo que ver en el asunto. Morrie era buen amigo de las tres. Era mayor que Kathryn, aunque las niñas no sabían cuánto exactamente. El mar le había curtido el rostro, y eso podría haberlo envejecido, pero no era así. Morrie siempre había cuidado a las niñas, y ellas lo querían como si fuera su tío.

Para Hannah la playa era el paraíso. Formaba un semicírculo perfecto en torno al mar y era el corazón de Mull Bay, el pueblo pesquero de postal donde habían crecido, al nordeste de Inglaterra. Se habían mudado a la Bahía siendo las dos muy pequeñas. No conocían más escenario que aquél y de niñas siempre creían que no había lugar mejor. «¿Quién no querría vivir en un sitio como éste?», les había hecho creer su madre a fuerza de repetírselo. «Es precioso. Tenéis suerte de vivir aquí, no tenéis por qué ir a ninguna otra parte».

En su infancia, cuando en la vida no había nada mejor que nadar en el mar y jugar en la arena, Hannah siempre había estado de acuerdo con su madre. Pero ahora que era adolescente no estaba tan segura. Seguía encantándole la playa y pasaba casi todo el tiempo allí, pero ya no le parecía un absurdo conocer otros sitios. Claro que no. Hannah quería ver el mundo. Había hecho una larga lista de adónde tenía intención de ir. A África, donde pasaría las noches durmiendo al raso, escuchando el sonido de los animales salvajes. A las pirámides y a nadar en

el océano Índico, donde el mar era de un turquesa transparente. Y a Estados Unidos: las resplandecientes luces de Las Vegas, las arenas doradas de California... Aunque ahora mismo sería feliz viendo Londres por primera vez en su vida.

En la actualidad las palabras de su madre le resultaban menos sabias de lo que siempre había pensado, más bien le parecían una soga en torno al cuello.

Muchos vivían toda la vida en Mull Bay y rara vez se aventuraban a salir de sus confines. Hannah sabía que la Bahía los aprisionaba con su hermosura y, a la vez, también los convertía en ignorantes. Estaban tan seguros de que era el lugar más espléndido para vivir que no tenían la prudencia de demostrar que tenían razón yendo a ningún otro. Y eso hacía que se sintiera atrapada, metida en una cárcel invisible. Hacía unas cuantas noches habían visto en la televisión *El Show de Truman*, y Hannah se quedó pensando: si volara a suficiente altura, ¿tocaría la burbuja de la cúpula que los rodeaba?

A medida que los críos de la Bahía crecían, se dividían en dos bandos. Por un lado los desesperados por marcharse lo antes posible, y después los demás, que se quedaban allí tan contentos el resto de sus días. Aquel curso salían del instituto de enseñanza secundaria de Mull Bay doce alumnos. Nueve tenían plaza en universidades de distintas partes del país, la mayoría, en grandes ciudades a las que sólo habían imaginado ir en sueños. Los otros tres eran chicos que procedían de antiguos linajes de pescadores, y les faltaba impulso para pensar en nada distinto. Aquel curso era excepcional: normalmente no se iban de la Bahía tantos jóvenes.

Hannah ya sabía a qué bando pertenecía: necesitaba marcharse. Pero también sabía que en su camino había dos obstáculos. Primero, su hermana, mucho menos entusiasmada con la idea; en realidad, Lauren era tan tranquila y despreocupada que Hannah ya se temía que se quedaría muy feliz en la Bahía por los siglos de los siglos, y hacer algo sin su hermana no entraba en sus planes. Segundo, y un estorbo mucho mayor: su madre. Hannah no entendía cuáles eran sus motivos pero, fueran los que fuesen, Kathryn parecía totalmente resuelta a impedir que las chicas tuvieran una vida fuera de Mull Bay. Aún recordaba la primera vez que le había pedido permiso para salir con amigos por la tarde después de clase. Tenía trece años, casi catorce, y un grupo había quedado en ir al cine. Pero Kathryn se quedó helada al oírla.

—No —se apresuró a contestarle—, desde luego que no.

—Pero ¿por qué no? Vamos todos juntos, y a los demás los dejan ir, y no volveremos tarde...

—No es seguro —respondió Kathryn, muy pálida—. Además, eres demasiado pequeña.

—Ay, venga, mamá... ¡no hay derecho!

—Claro que hay derecho, es algo absolutamente razonable, y no empieces a discutir conmigo. No soporto que me repliques.

Kathryn movió una mano en el aire para detener la conversación y, con aspecto agitado, tiró de una silla para sentarse.

Por lo que se refería a Hannah, fue una reacción exagerada y absurda, aunque no era ninguna rareza. A menudo su madre se aturdía, se dejaba llevar por el pánico cuando creía que iba a perder el control de sus hijas.

—Es que le preocupa que vaya a pasaros algo —le había explicado Morrie el día siguiente—. Para ella sois lo más importante del mundo. Creo que, simplemente, se muere de miedo al pensar que vayáis a tener algún problema.

Pero a Hannah le parecía que la preocupación de su madre las asfixiaba. Le parecía que Kathryn se centraba tanto en las dos que era como si quisiera vivir el resto de sus vidas por ellas.

Hannah echó una ojeada a Lauren, sentada en una toalla con los bordes bien alisados para que la arena no invadiera sus límites.

—¿Te pintas las uñas de los pies cada una de un color? —le preguntó.

—Sí, voy a ver cuál es el que mejor me queda.

—¿De verdad no tienes nada mejor en que emplear el tiempo?

—Hoy no —contestó Lauren—. Vaya, ¿y qué haces tú, hermanita?

—¡Ja, ja!

Hannah hizo una mueca.

Su madre siempre les decía que se llevaban cinco minutos, pero eso bastaba para que Lauren se otorgara la categoría de hermana mayor, aunque la mayoría de la gente solía creer que era al revés.

—Coge una revista, si te aburres —dijo Lauren, señalando con la cabeza el montón apilado sobre la toalla—. Tengo *Heat*, *Grazia*, *Now* y *More*. Viene todo lo que se necesita saber sobre quién está poniéndose demasiado gorda o demasiado delgada, y quién sólo puede estar engordando porque está embarazada.

—¿Y de verdad eso te resulta interesante? —Hannah meneó la cabeza—. Me preocupas. Además, no estoy aburrida. Estoy pensando.

—¿En qué?

—En varios asuntos. Ando dándole vueltas a un plan, aunque no estoy segura de que tengas muchas ganas de apuntarte.

—¿Qué plan?

Lauren alzó la vista y, con gesto cauto, miró a Hannah mientras desenroscaba con cuidado el tapón de un botecito de laca de uñas color rosa.

—Bueno, estoy harta de que mami diga que no podemos salir de aquí. Usa la excusa del dinero, pero no me lo creo. Así que pienso que, de un modo u otro, deberíamos procurar irnos solas este verano.

—Sí, claro, como si fuera a decirnos que sí.

—Bueno, está claro que no le hará gracia, pero deberíamos hacerlo y ya está. Por lo menos, sacarnos el pasaporte. Debemos de ser las únicas con dieciséis años que no lo tenemos.

—Estás buscándote un lío.

Lauren suspiró.

—Puede ser. Pero es ridículo. Todos los demás se van por ahí en vacaciones. Sophie se va a Turquía otra vez.

—Se va con sus padres, no sola. Y además, ¿qué hay en Turquía? Allí hace demasiado calor. Mami dice que a veces hace más de cuarenta grados, y eso no lo soportaría yo.

—¿Qué sabrá mami? Dudo de que se haya acercado alguna vez a Turquía.

—Hablando de mami, quiere que vayamos a ver a la abuelita este fin de semana.

Lauren miró a Hannah haciendo una mueca.

—¡No hablarás en serio! Pero si fuimos sólo hace dos semanas...

A Hannah se le cayó el alma a los pies al pensar en volver otra vez a la residencia tan pronto. Siempre había detestado visitar a su abuela, pero desde hacía un año la cosa iba a peor.

—Es su cumpleaños —le recordó Lauren—. Me parece que no hay más remedio.

—¿Por qué no va ella sola, por qué sigue llevándonos a rastras a nosotras también?

Lauren se encogió de hombros.

—No sé. Pero tenemos que hacerlo, supongo.

—De verdad, vamos a decirle que esta vez no vamos.

—¡Hannah, no seas niña! Ya sabes que mami no te lo permitirá. Acéptalo, iremos nos guste o no.

Hannah se levantó, tirando de la camiseta por la cabeza hasta dejar al descubierto la parte superior del bikini que llevaba debajo. «Voy a bañarme», le dijo a su hermana, y se alejó sin preguntarle si quería acompañarla. A Hannah la sacaba de quicio que su madre siguiera imponiéndoles esas visitas, como si no tuvieran nada mejor que hacer con su tiempo que mirar a aquella mujer que apenas les hablaba, y que si decía algo, rara vez era algo agradable o importante.

Decidió que iba a plantarse. Ese fin de semana se negaría. Que fuera Lauren si quería ser sumisa, pero ella no iba a ir. Le daba igual si a su madre le gustaba o no; no pensaba desperdiciar otro día yendo a ver a Eleanor a aquella residencia.

El frío del mar le estimuló la piel al sumergirse. Era justo lo que necesitaba para despejarse la cabeza. Hannah se dejó flotar en la superficie, pataleando sólo cuando era preciso. Ésta era su terapia, mirar el ancho océano y pensar: «Si quisiera, podría seguir nadando así. Nadie podría impedírmelo».

Cuando salió estaba más tranquila. Lauren alzó la mirada al verla volver y le preguntó:

—¿Qué es todo esto?

—¡Joder, Lauren, que eso es mío! ¿Qué haces leyéndolo?

Hannah le arrebató de las manos el cuaderno y lo metió en la mochila, que seguía estando a la puerta de la caseta.

—No pensé que quisieras ocultármelo. Además, me alegro de haberlo leído, en vista de que tiene mucho que ver conmigo.

—Sí, bueno. Iba a comentártelo. Sólo quería investigar un poco primero, ver lo que encontraba.

—Mami va a subirse por las paredes cuando sepa lo que tramas, Hannah.

—Mami es el motivo de que lo haga en secreto —replicó bruscamente Hannah—. Si fuera más sincera con nosotras, yo no tendría necesidad de actuar a sus espaldas.

—Pero ¿buscar a nuestro padre? Eso me parece demasiado. Y ya sabes lo que mami dice de él. Se desentendió de nosotras cuando éramos pequeñas.

—Puede ser. Pero eso es lo que cuenta ella. La verdad es que no sabemos lo que pasó. ¿No sientes un poco de curiosidad sobre por qué se marchó?

—No; por lo que sé, no quiso conocernos, así que yo no quiero conocerlo a él.

—Eso es ser muy corta de miras.

A Hannah le molestaba que su hermana no la comprendiera, y todavía más la frustraba que no compartiera su pasión por encontrar a su padre. Ella quería saber cómo era aquel hombre, qué facciones había heredado de él, si compartían el mismo sentido del humor, y todas las pequeñas cosas que pudieran tener en común, como si preferían tomarse los Weetabix poniéndoles leche caliente. Había muchísimas cosas que Hannah desconocía de su pasado, y la única persona que podría contárselas se resistía a hacerlo.

—Me lo imagino con el pelo oscuro como yo —se aventuró a decir—. ¿Qué te parece a ti?

Lauren dio un suspiro.

—Ni lo sé ni me importa. Probablemente sea calvo. Y probablemente esté viviendo con una mujer joven y sus tres críos llenos de mocos. Y, además, mami

se quedaría destrozada.

Hannah suspiró. Sabía cuándo debía parar. Decididamente, Lauren era más sensible que ella a las necesidades de su madre, y no quería hacerle daño a su hermana.

—Lauren, ¿te has puesto crema solar? —cambió de tema y le rozó el hombro—. Ya estás ardiendo.

—¡Mierda! Sí que me puse antes, y factor 30 además.

Sin decir nada, Hannah le pasó su camiseta y entró en la caseta a coger una toalla. No volvería a mencionar más a su padre, por lo menos hasta que no tuviese algo concreto que contarle a Lauren. Con un poco de suerte, por entonces su hermana estaría lo bastante intrigada como para ayudarla a encontrarlo.

CINCO

Kathryn había estado planeando un pequeño regalo para las chicas. Iba a ser una sorpresa, algo que las entretuviera un poco durante el verano. Lo tenía todo en la cabeza todavía, no había pensado detenidamente los detalles, pero se le había ocurrido que las tres podrían irse a una pensioncita con desayuno, quizá subiendo por la costa, sólo una escapada. Pretendía comentarlo en la cena la otra noche, pero Hannah empezó con su insistente interrogatorio sobre Peter, y todo el asunto se le pasó por completo. Ahora que lo pensaba ya no entendía qué atractivo tenía el plan: mucho mejor quedarse en la Bahía, donde todo le resultaba familiar; además, la idea de hacer las maletas siempre le parecía muy agobiante.

Sentada a la mesa de la cocina, se limaba las cortas uñas para dejarlas aún más cortas mientras se preguntaba qué debía llevarle a su madre por su cumpleaños cuando el ruido del buzón la sobresaltó. Echó una ojeada al reloj: ya eran más de las diez. ¿Por qué llegaba el cartero tan tarde? Echó hacia atrás la silla para mirar por la ventana y distinguió apenas al chico; debía de ser un chaval nuevo y tiraba de la cancela, intentando que el pestillo cerrara. Luego, al no conseguir que se enganchara, se limitó a dejarla a medio abrir. Después giró sobre sus talones y se dispuso a irse con la cancela abierta del todo.

Kathryn corrió a la puerta y, con un tono cantarín que daba a entender que estaba más alegre de lo que se sentía, dijo:

—Es que hay que tirar hacia arriba primero, entonces encaja. Es un poco complicado, pero te agradecería que la cerraras siempre al salir.

El chico la miró sin decir nada.

—Mira, voy a enseñártelo —añadió ella, y fue por el sendero, raspando las zapatillas en el enlosado de piedra.

—No hace falta, ya está —contestó él con rudeza; al tiempo que hablaba levantó la cancela, la cerró y se montó en la bicicleta que estaba echada al lado de la calle, delante de la casa.

«¡Gracias!», gritó Kathryn; él se fue pedaleando por la callejuela y agitó la mano como respuesta.

A Kathryn no le gustaban los cambios; recelaba de ellos. Confió en que volviera el cartero de siempre y se dijo que incluso se pasaría por la oficina de correos más tarde para preguntar dónde estaba. Las cosas casi nunca cambiaban en Mull Bay, de modo que cuando lo hacían resultaba complicado. El año anterior los dueños del café de la calle mayor anunciaron que lo ponían en venta, y Kathryn estuvo semanas con los nervios de punta pensando en qué negocio ocuparía su lugar. Cada vez que pasaba por delante del cartel de «Se vende» notaba que se ponía en tensión. Se preguntaba si sería la incertidumbre. Mientras tanto, todo el mundo comentaba quién lo compraría y qué harían con el local. Sobre todo, los vecinos hablaban de dos muchachos de Londres que querían convertir la cafetería en un bar especializado en vinos, algo que a Kathryn le provocaba escalofríos en la espina dorsal. Le sorprendió que algunos dijeran que no les parecía mal la idea, porque eso traería más dinero al pueblo. Para Kathryn aquello sólo suponía más jovencitos que llevaran por el mal camino a sus hijas bebiendo hasta las tantas. Por suerte, los propietarios del café cambiaron de opinión y no lo vendieron. El día que Kathryn se enteró de la noticia abrió una botella de vino y se la tomó toda en una noche. Su sensación de alivio fue increíble.

Volvió a mirar los sobres que tenía en la mano y les echó un rápido vistazo hasta que vio uno con una letra garabateada que le era familiar. Soltó los demás en la repisa y lo cogió, con las manos un poco temblorosas. Claro que no había nada que temer. Hasta entonces él no le había fallado. Pero cada vez que llegaba el sobre Kathryn sabía que existía la posibilidad de que quizá no hubiera adjuntado el cheque. O peor: de que le escribiera que quería volver a verla; eso, la verdad, no creía poder soportarlo.

Miró el espejo del recibidor y se inclinó hacia delante mientras comenzaba a abrir el sobre. «Empiezas a tener aspecto de anciana», le dijo a su reflejo. «Cada día te pareces más a mamá».

En realidad, Kathryn no aparentaba los sesenta y cinco años que tenía. De hecho, estaba muy bien para su edad, aunque desde luego en su rostro había signos de envejecimiento que un año antes no se apreciaban. Las ojeras le daban un aspecto más gastado a la piel, y tenía los párpados más cargados, como si llevara tiempo sin dormir bien. Unas hebras grises iban apareciendo en las entradas del pelo. La gente siempre le decía que parecía increíble que no se tiñera. Ella les contestaba que tenía buenos genes: a su madre no le habían salido canas hasta bien cumplidos los sesenta. Se pasó una mano por el cabello. Lo llevaba corto, casi al rape, pero hacía unos meses que no iba a la peluquería, y las puntas le sobresalían por encima de las orejas. El aire marino de la Bahía la había beneficiado aquellos años, pero últimamente era innegable que iba

pareciendo mayor.

Kathryn volvió al sobre, sacó el cheque, leyó la cantidad y, en silencio, le dio las gracias a Peter. Había demostrado su valía con el tiempo, y ella había llegado a confiar en él, aunque seguía sin gustarle nada depender tanto de su exmarido.

Miró dentro del sobre, pero esta vez no había nada más. De tarde en tarde él añadía una breve nota. El último cheque, el de justo antes de Navidad, llevaba una. Estaba escrita en papel rayado, arrancado de un cuaderno, y en ella le decía que ahora vivía en Liverpool, que le iba maravillosamente, y que esperaba que ella y las chicas se encontraran bien. Sus notas eran insustanciales, y Kathryn prefería que no se las enviara. No le molestaba su falta de emoción o de interés: así resultaba más fácil.

Durante años le había inquietado que Peter fuese a aparecer a la puerta de su casa. Antes de mudarse a Liverpool vivía en una ciudad que sólo estaba a dos horas en coche de la Bahía. Su madre siempre suspiraba cada vez que Kathryn le expresaba su ansiedad; con gesto de escepticismo, le aseguraba que Peter no tenía la menor intención de alterarle la vida. Eleanor siempre parecía estar muy segura respecto a este asunto y le decía que era patético que siguiera preocupándose por Peter. Pero Kathryn se preocupaba: ¿y si de buenas a primeras le anunciaba que quería volver a verlas?

Kathryn les había contado a Lauren y a Hannah que no mantenía contacto con su padre. En medio de una acalorada conversación incluso llegó a decirles que creía que Peter vivía en Australia, aunque después no recordaba dónde les había dicho exactamente y se reprochó el no acordarse, porque era probable que Hannah la cogiera en el engaño. Últimamente su hija le preguntaba mucho por su padre, y Kathryn deseaba con toda su alma que se acabaran aquellas preguntas.

Por fortuna, Peter no había aparecido nunca, y con el tiempo Kathryn dejó de imaginarse que fuera a hacerlo. Ahora le agradecía que siguiera mandando el dinero, tal como había prometido, y que pareciera no querer nada a cambio. En este momento lo necesitaba más que nunca, pues no tenía otra fuente de ingresos. Las enormes mensualidades de la residencia de ancianos iban consumiendo rápidamente los recursos de su madre, y eso implicaba que todo el futuro y la existencia de Kathryn en la Bahía dependían por completo de Peter. Hasta después de la muerte de su padre no se habían dado cuenta de que, pese a su aparente riqueza, había acumulado muchas deudas. A menudo Morrie le insinuaba que debería replantearse si le convenía la residencia donde estaba Eleanor, pero Kathryn no tenía suficiente valor para hacerlo. Su madre no soportaría estar en ningún otro sitio, y a ella le faltaban agallas para pensarlo, aunque, como le señalaba él discretamente, Eleanor no estaba en mucha

disposición de discutir.

Pronto tendría que hacer algo con el dinero, pero por ahora seguiría retrasando ese momento. Además, le preocupaban otros asuntos. Las chicas, en especial Hannah, le creaban más tensión. Iban creciendo y exigían más independencia. Algún día les saldrían las alas, y se irían volando... y entonces, ¿qué haría ella?

Y después estaba su madre. Desde luego, Kathryn lo veía, no era tonta: por mucho que procuraran decirle que su madre estaba bien, ella sabía que no era así. Eleanor era su mundo. La única persona que siempre había tenido al lado, y tenía miedo, porque perder a su madre era como si perdiera el juicio.

Tras meter el cheque en el monedero Kathryn se puso los zapatos y fue derecha al banco. Tenía que hacer varios recados en la calle mayor, y uno de ellos era encontrar algo especial para el cumpleaños de su madre. Cuando se trataba de comprarle un regalo a Eleanor todavía le entraba el pánico, aunque, como bien había dicho Hannah una vez, lo cierto es que ya daba igual. Le soltó un grito a Hannah por el comentario, pero su hija tenía razón; aunque Kathryn jamás lo reconocería en voz alta, le proporcionaba cierto alivio que su madre ya no pudiera juzgar lo que le regalaba.

Todo había empezado en una excursión escolar, cuando Kathryn tenía nueve años y compró el regalo de cumpleaños de su madre con su propio dinero. Eligió meticulosamente un tarro de cerámica pintado con vivos colores y se puso contentísima con lo que había hecho por su mamá. Pero cuando Eleanor lo desenvolvió, arrugó el entrecejo y dijo: «Es un poco chabacano, ¿no?», y el tarro quedó arrinconado. Kathryn aún recordaba la sensación de ansiedad, la absoluta consternación que experimentó por haber metido la pata, como siempre.

No es que estuviera deseando ver a su madre en la residencia ese fin de semana, aunque ni se le ocurriría comentárselo a las chicas. El viaje era largo, y ella procuraba evitar todo lo posible hacer trayectos largos en coche, pero, como Eleanor no podía ir a Mull Bay, no había más remedio.

Era evidente que a Hannah no le agradaban aquellas visitas, a pesar de que nunca lo había manifestado. Siempre que veían a Eleanor se mostraba más gruñona que de costumbre, y apenas hablaba con nadie mientras estaban en la residencia. Kathryn había renunciado a pinchar a su hija para que hablara con su abuela en el salón de residentes. Ya era bastante cansado intentar estar alegre ella misma sin tener que animar a Hannah a que hiciera lo propio. Al final no hacía caso del mal humor de Hannah y, en vez de eso, daba gracias por que su otra hija fuera más parlanchina. Lauren siempre era positiva y le contaba a Eleanor lo que

hacían las dos, aunque no obtuviera respuesta.

Al principio procuró no culpar a Hannah. Kathryn sabía de sobra que aquellas excursiones eran cualquier cosa menos divertidas, aunque a nadie se le ocurriría pensar que lo fuesen. Al contrario de lo que se creía, conocía de sobra los defectos de su madre y, aun así, la amaba. Sólo ella la había sostenido cuando estaba deshecha y la necesitaba. Pero con el tiempo a Kathryn empezó a molestarle la forma en que Hannah se comportaba con Eleanor, lanzándole miradas de exagerada incredulidad a Lauren y haciendo aspavientos de desesperación cuando pensaba que no la veía. Eso la irritaba y le recordaba la conducta de Abigail.

Apartó de su cabeza esas ideas y se concentró en lo que ofrecía la tienda de regalos de Mull Bay. Mientras echaba un vistazo por los anaqueles se recitó la lista de la compra. Era un buen truquillo que centraba su mente en lo que podía controlar: regalo de cumpleaños, comestibles, pila de reloj. «Había algo más», pensó, al tiempo que volvía a repasar murmurando la lista. «Ah, eso era, un asado de cerdo». Una vez encontrado el regalo, Kathryn fue derecha a la carnicería. Siempre tomaban asado el miércoles, una costumbre heredada de su madre. De niña, la noche del miércoles era cuando su padre, Charles, invitaba a cenar a los socios de su empresa y a sus esposas. Eleanor llevaba razón al creer que encargarle a la cocinera que preparara un asado a mitad de semana impresionaba a los invitados. Las esposas solían murmurar comentarios como: «Pero esto es magnífico, de verdad, Eleanor. No sé cómo te las arreglas para llevarlo todo adelante. Y encima, criando a una niña».

A Kathryn le gustaba que dijeran cosas así, porque Eleanor siempre alardeaba de lo fácil de «criar» que era su hija. Como si en realidad disfrutara teniendo una hija, algo que, según sabía la propia Kathryn, distaba muchísimo de ser verdad.

Si bien ella no igualaba las dotes culinarias de la cocinera, a Kathryn seguía pareciéndole apropiado inculcarles a las chicas ese tipo de detalles. Compartir juntas la cena todos los miércoles como una familia era uno de ellos.

Esa noche sirvió la carne con verduras a la plancha. Era un plato sencillo, pero sabía que a las chicas les encantaba. Por la tarde también había tenido intención de preparar un crujiente de manzana, una de las recetas de su madre. Sabía exactamente cuál quería hacer y esa mañana se lo había comentado a Lauren. Pero cuando llegó el momento ya no se acordaba de cómo se hacía. Había perdido dos horas intentando recordar la receta. Sólo confiaba en que a Lauren se le hubiera olvidado su comentario.

Al final no importó nada de aquello. La velada se estropeó cuando Hannah la emprendió con ella de nuevo, aunque esta vez no fue por Peter.

—¿Podemos preguntarte una cosa, mami? —dijo tímidamente—. ¿A ver qué

te parece?

—*Puedes* preguntar, querrás decir —murmuró Lauren.

Hannah le echó una mirada de reojo a su hermana antes de volver a mirar a su madre y proseguir.

—*Nosotras* —se calló un instante para subrayar la palabra—, *nosotras* habíamos pensado si podríamos irnos de viaje este verano, sólo Lauren y yo. ¿Podría ser, a lo mejor?

Kathryn dejó con cuidado el cuchillo y el tenedor en la mesa y miró a Hannah, que, a su vez, bajó un momento la mirada hacia la mesa y luego cobró valor, alzó la vista e intentó sonreír. De repente Kathryn había perdido el apetito.

—¿A qué te refieres, algo así como una excursión? —preguntó.

—Sé que tú no querrás ir a ningún sitio —continuó Hannah—, es decir, con lo de que la abuelita está enferma y todo eso, pero...

Guardó silencio un instante, y Kathryn esperó a que siguiera para ver si su hija había pensado detenidamente lo que deseaba preguntar. Ya sentía las mariposas royéndole las tripas por dentro.

—Así que a lo mejor podríamos ir a alguna parte sólo Lauren y yo. Fuera de la Bahía —las palabras salieron en tropel—. No al extranjero ni nada de eso, y no mucho tiempo, sólo ir a otro sitio, un poquito. A lo mejor. ¿Mami?

Kathryn abrió la boca para hablar pero no podía dar forma a las palabras que buscaba. Le habría gustado decirle tranquilamente a su hija que el mundo era un lugar demasiado grande para las chicas de su edad. ¿No les había dicho suficientes veces a las dos que cuanto necesitaban estaba en la Bahía? Pero temió que su voz no sonara tranquila; más bien creyó que gritaría las palabras, y eso quizá las apartara más aún de ella.

El miedo hervía en su interior. Cómo deseaba agarrar a sus hijas y no soltarlas nunca. ¿No comprendían cuánto las amaba? ¿No entendían que le partía el corazón pensar en que estuviesen en un lugar donde no las viera y no supiera lo que hacían? Con todo, sabía que a cualquiera le resultarían desquiciados sus sentimientos: su imperiosa necesidad de tenerlas cerca y evitar que se metieran en problemas. Se había pasado años construyéndoles una vida segura en Mull Bay, y ahora querían escapar. Cerró los ojos y, en silencio, rogó a su madre que le dijera qué hacer, pero nadie le contestó.

«¿Mami?». La voz de Lauren interrumpió sus pensamientos. Su hija parecía preocupada. Kathryn abrió de golpe los ojos y vio a las dos observándola, con gesto inexpresivo y la mirada clavada en ella. Quizá hubiera dicho en voz alta lo que pensaba.

Hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Perdona, no puedo hablar de eso ahora mismo. Tengo demasiadas cosas en

que pensar. Y además está el cumpleaños de la abuelita este fin de semana y...

Dejó la frase sin terminar.

—Tenemos dieciséis años —replicó Hannah por lo bajo—. Vamos a cumplir diecisiete en diciembre. Somos lo bastante mayores como para que te fíes de nosotras.

«No digas eso», pensó Kathryn. «No digas que tenéis casi diecisiete años. Todavía sois bebés, niñas que me necesitan. Y no cuestiones lo que digo». Recordaba muy bien que Morrie le dijo una vez que no tenía por qué inquietarse por sus hijas cuando estaban bien arropaditas en el dormitorio de al lado. «Espere a que sean mayores y usted no sepa dónde están, ni a qué hora volverán», le había comentado en broma. Pero no entendió la gravedad de sus palabras. Lo que Kathryn más temía era que las niñas crecieran y no pudiera controlarlas.

—Déjalo —dijo con toda la calma que pudo—. Por favor, déjalo. —Se levantó y empezó a recoger los platos, marcando así el final de la conversación—. Espero que las dos os hayáis acordado del regalo de cumpleaños de la abuelita —añadió mientras salía del cuarto y entraba en la cocina.

Le costaba trabajo respirar, y tuvo que agarrarse a la encimera para no perder el equilibrio cuando se acercaba al fregadero. No podía pasar por todo aquello otra vez, igual que hacía tantos años: no tenía fuerzas. Se puso a frotar con energía una cacerola y procuró no pensar en que estaba perdiendo un poco más de control, sólo que en esta ocasión no tenía ni idea de cómo enfrentarse a aquello.

SEIS

Querido Adam:

Pasaban cosas, Adam. En nuestra familia había secretos, tan bien apretados y metidos en paquetes ocultos que a veces se me olvidaba cuál era la verdad. Me enseñaron a mentir, pero yo nunca quise hacer eso contigo. Nunca fue mi intención y, sin embargo, te mentí.

Durante tres años y diez meses fuimos maravillosamente felices, y yo creí que nada lo estropearía. Nos habíamos casado en un registro civil de Escocia, una ceremonia tranquila a la que sólo asistieron tus padres. Fue el día más feliz de mi vida. Te agradecí muchísimo que aceptases de buen grado que yo no quisiera una gran boda, aunque me dio la impresión de que a ti sí te habría gustado. Pasamos unas perezosas vacaciones en Grecia e Italia, leyendo libros y sesteando en hamacas. Los fines de semana los dedicábamos a los largos brunches y, por la tarde, a deambular por los museos o a ver a tus amigos. La vida se acercaba mucho a la perfección.

Y entonces, una mañana de sábado desperté y vi que me sonreías como un chiquillo entusiasmado.

—Venga, vamos a hacerlo —me dijiste—. Vamos a por el bebé.

A mí se me paró el corazón.

—¿Cómo? —Me incorporé, poniéndome las almohadas detrás de la espalda, y te miré fijamente—. ¿Qué quieres decir? Nunca habíamos hablado de bebés.

—No, ya lo sé. —Seguías con tu amplia sonrisa—. Pero está claro que es algo que siempre he querido. Y he pensado: ¿por qué no ahora? Todo nos va muy bien. No podría irnos mejor.

«Sí», me entraron ganas de decir. «Todo nos va muy bien, así que, ¿por qué estropearlo hablando de tener bebés?». Y, además, ¿tan claro estaba que siempre habías querido tenerlos? Desde luego, para mí no. Tu gesto era de absoluta esperanza e ilusión. Supe que si te decía que no quería niños te dejaría destrozado, y no podía consentirlo. Te había prometido que haría cualquier cosa para que fueras feliz, porque eso era lo que tú siempre habías hecho por mí. Pero aquello no entraba en mis cálculos. La idea de ir a por un bebé me dejó

helada. Te besé en la frente y te dije que iba a darme una ducha. «Vale», respondiste, mientras yo salía de la cama e iba hacia la puerta. «Te quiero, Abi. En este momento soy muy feliz. No puedo creer que no lo hayamos hecho antes». Dejé que el agua fría me resbalara por el cuerpo al tiempo que luchaba con el dilema de ser fiel a mí misma o darle al hombre que amaba lo que él quería.

Un año más tarde estabas preparándote para volver al trabajo tras las vacaciones de Navidad. Era el 7 de enero de 2013, el día después de tu trigésimo cumpleaños. Parecías cansado, y por primera vez me fijé en que tenías arrugas en torno a los ojos. Éstos no brillaban de animación como solían. «¿No has dormido bien?», te pregunté.

—La verdad es que no. —Negaste con la cabeza—. He estado pensando en que deberíamos ir a ver a alguien, a un especialista en fertilidad. Una chica del trabajo estuvo hablándome de un tipo, el doctor Richards. Dijo que era muy bueno.

—Ah, ¿sí?

La verdad es que yo no quería que fuéramos por ese camino, de modo que procuré quitarle importancia a la idea.

—No parece muy entusiasmada —contestaste tú.

—Creo que deberíamos darnos otro par de meses —repuse—. No sé si me apetece pensar en ir a ver a un médico ya.

Respondiste con una sonrisa y dijiste: «Vale», pero yo sabía que ibas impacientándote.

Luego, al cabo de tres días, volviste del trabajo y me contaste que nos habías pedido hora.

—Ya sé que dijiste que todavía no, pero es el mejor que hay. —Sonreíste satisfecho—. Tenemos suerte de que nos hayan cogido tan pronto. Le han anulado una cita para la semana que viene, y dije que la cogíamos. No le veo sentido a esperar más, ¿y tú, Abs?

De repente la vida había vuelto a tus ojos.

—No entiendo que sea tan rápido —respondí—. ¿No hay una lista de espera o algo así?

—¿Por qué no ir por la privada, si podemos permitirnoslo? —replicaste tú.

Casi nunca solucionabas las cosas por la vía del dinero, pero me ponía mala cuando lo hacías.

Sentí que mi cuerpo se tensaba de irritación.

—Hay muchas otras cosas en que deberíamos gastar el dinero —dije—. Hay

que revisar el coche, y no nos vendría mal un lavavajillas nuevo. Éste ya casi no limpia los platos. No paro de sacar cuencos sucios, con pegotes de gachas de avena.

Dejaste ver una amplia sonrisa y me cogiste las manos.

—Abi, yo te compro un lavavajillas nuevo, si eso es lo que deseas. Pero esto también nos lo podemos permitir.

Me besaste en la frente sin dejar de sonreírme como un bobo.

Debí decirte que no en ese preciso instante, pero no pude. Se te había iluminado la cara como si fuera la mañana de Navidad. Pensabas que el doctor Richards sería la solución de nuestros problemas. Así que me mostré de acuerdo con tu plan hasta la misma mañana de la visita, cuando traté de cancelarla. Estaba en el trabajo y llevaba dos horas sin concentrarme en nada. Lucy me preguntó si me encontraba mal, pero no pude decirle que sentía náuseas por culpa de los nervios. Querría saber por qué, y eso no lo sabía nadie.

En vez de contárselo, llamé a la consulta del doctor Richards y hablé con la recepcionista; ya te diría luego que habían sido ellos los que nos habían anulado la cita.

—Me temo que no puedo hacer nada sin hablar con Adam Lewis —respondió ella—. Es quien pidió hora y pagó —añadió—. Además, cuando llamó la semana pasada me dijo que era urgente, y he hecho todo lo posible por hacerles un hueco. Si de veras tiene usted que cancelar, no podré devolverle el dinero.

Colgué. Me habías explicado que tenían una anulación. Me habías mentido, pero no podía reprocharte nada, porque entonces te preguntarías cómo sabía la verdad. No tenía más remedio que ir según lo previsto.

No comí nada en todo el día, y en la sala de espera me encontré vacía y con náuseas. Vi que me mirabas un segundo cuando rechacé un cappuccino de la elegante máquina de café, pero no me comentaste nada. Cuando el doctor Richards apareció a la puerta de su sala y nos llamó me quedé de piedra. «No se ponga nerviosa», me dijo, sonriente, mientras me lanzaba destellos de sus brillantes dientes blancos. Era mayor de lo que me esperaba. Las hebras grises de su pelo y las arrugas de su cara me resultaron extrañamente reconfortantes.

Se hizo a un lado y, con un gesto, nos invitó a entrar en su despacho, donde un escritorio de roble auténtico y unos sofás de cuero crema dominaban la habitación. En las paredes color gris francés había cuadros al óleo, y en el lado opuesto, una chimenea con un montón de leños. Todo rezumaba dinero, y te lancé una rápida ojeada para decirte que aquello no me hacía gracia.

«Y bien, ¿qué los trae a ustedes por aquí?», preguntó mirándome. Me entraron ganas de contestarle: «¿Y a usted qué le parece?». Creía que era evidente, puesto que estábamos en una clínica de fertilidad. Pero no dije nada;

era incapaz de expresarme. Y cuando el silencio se volvió excesivo interviniste tú.

—Queríamos hablarle de que intentamos tener un bebé pero no hemos tenido suerte —explicaste sin rodeos—. Nos preocupa que haya algún problema y, si es así, queremos saber cuál podría ser para hacer algo por remediarlo.

El doctor Richards hizo un gesto afirmativo y siguió sonriendo pero no dejó de mirarme, como si supusiera que era yo quien deseaba verlo. Se inclinó hacia delante en la butaca y puso los codos en la mesa, apoyando la barbilla en los pulgares. «¿Y cuánto tiempo llevan intentándolo?», me preguntó. Como tampoco respondí, vi que desviaba despacio la mirada hacia ti.

—Poco más de un año —le contestaste.

Él volvió a asentir con la cabeza e hizo más preguntas, sobre nuestra salud en general, sobre si teníamos tensiones en el trabajo y si alguno de los dos consideraba que estábamos estresados, incluso con cuánta frecuencia practicábamos el sexo. A ratos yo desconectaba de la conversación, como si flotara. Él hacía cada vez más preguntas, y tú contestabas a cada una de forma sucinta. De vez en cuando me echaba una ojeada, probablemente para ver si seguía viva. Yo no había hablado todavía, y se me pasó por la cabeza levantarme y salir de la habitación, dejar que los adultos hablaran de por qué aún no habíamos conseguido concebir un hijo.

En un momento dado todo se puso borroso, y creí que quizá me desmayaría. No me he desmayado en mi vida y no sé por qué pensé que podría hacerlo en ese instante, pero la habitación daba vueltas, y de pronto sentí un calor y un vértigo insoportables. Fue entonces cuando me di cuenta de que me mirabais los dos. Estaba ocupada abanicándome con un folleto que había cogido del escritorio y no había oído lo último que se había dicho, pero era evidente que esperabais que contestara.

—Sólo le preguntaba qué opina de todo esto —me animó el doctor Richards, sin dejar de sonreír—. Todavía no la hemos oído a usted. —Sus cejas se fruncieron, y me miró con gesto serio—. ¿Le traigo un vaso de agua?

Negué con la cabeza, y seguisteis esperando.

—No sé —fue todo lo que se me ocurrió contestar—. Lo que opino, quiero decir.

Si estabas molesto conmigo, no lo dejaste traslucir.

La amplia y radiante sonrisa del médico fue desvaneciéndose poco a poco. «Ésta es una rarita», debió de pensar. Probablemente no hubiera visto nunca nada parecido: una mujer que no tenía ni idea de qué le parecía el no quedarse embarazada.

Supe que esperaba más, y quise decir algo que os dejara a los dos satisfechos

y así dejar de ser el centro de atención. Sentía tu calor, sentado junto a mí. Te removías en el sofá, y yo no quería defraudarte más de lo que ya estaba defraudándote. «Supongo que me parece lo mismo que a Adam», farfullé, confiando en que bastara con eso, aunque, por supuesto, no fue así.

Para entonces la sonrisa del doctor Richards había desaparecido. Me cogiste la mano y me la apretaste como muestra de solidaridad. ¿Creíste que aquello era, simplemente, una más de las cosas de Abi? Siempre que me llevabas a las cenas de Navidad de tu oficina yo me quedaba delante de la última persona que me hubieras presentado, intentando pensar en algo divertido o inteligente que decir. Para cuando se me ocurría, ya se hablaba de otra cosa. Entonces me pasabas un brazo por encima del hombro y decías: «¿Sabíais que Abi trabaja en una agencia publicitaria? Joan, igual que tu marido, ¿no?». Y luego Joan, o quien quedara para darme conversación, me miraba y me preguntaba algo que yo pudiera responder sin problema. Siempre tuviste un don para llenar mis silencios.

Sin embargo, el doctor Richards había visto algo más que nervios. Al final del tiempo estipulado me dijo: «Abi, me gustaría que viniera a verme usted sola, si no le incomoda». La sonrisa había vuelto a brotar. «¿La semana próxima, quizá?».

—¿Es preciso? —preguntaste tú, y te adelantaste un poco para formar una barrera entre él y yo. Sabías que eso era lo último que yo querría hacer.

—No, si Abi no quiere, pero desearía tener la oportunidad de charlar con ella sola —contestó—. Si a usted le va bien, Abi.

Asentí porque, básicamente, no encontré la manera correcta de decir que no.

«Adam puso al doctor Richards en un pedestal», le dije más tarde a Maggie. Y así fue, ¿verdad? Estabas animadísimo cuando salimos de la clínica aquel día.

—Va a suceder —no parabas de decirme—. Lo noto, de verdad que creo que puede hacer algo por nosotros. —Te inclinaste y me achuchaste el brazo—. Sharon, la del trabajo, dijo que tan pronto como ella y su marido fueron a verlo les puso el tratamiento, y al cabo de sólo tres meses se quedó embarazada.

Estabas tan embelesado dentro de la burbuja de futura paternidad que no veías lo que pasaba justo delante de tus ojos.

SIETE

En el asiento trasero del coche Hannah, distraída, tamborileaba con las puntas de los dedos en la ventanilla. Notaba que Lauren la miraba fijamente y sabía que estaba irritándola, pero ella estaba aburrída e irritada también. Quería que su madre se diera prisa para que acabaran con aquel día lo más rápido posible.

—¿Quieres dejar de hacer eso? —le dijo su hermana en tono crispado—. ¡Es molestísimo!

Hannah dio otro golpecito, esta vez más fuerte, antes de parar y volverse a mirarla.

—¿Y qué es lo que lees, de todas formas? —preguntó, señalando con la cabeza el libro que Lauren tenía en el regazo.

Lauren le dio la vuelta y le enseñó la cubierta.

—Trata de un chico que es deforme.

—Estupendo para subir el ánimo.

Su hermana hizo un gesto de impaciencia.

—Pues sí que lo sube, y tú deberías leer más.

—¿Dónde está? —preguntó Hannah, mirando más allá de Lauren y hacia la casa—. ¿Por qué tarda tanto en salir, si nos dijo que estuviéramos listas hace diez minutos?

—No tengo ni idea, probablemente esté agobiándose por si se le olvida algo.

—Sólo vamos a pasar el día fuera, da igual que se le olvide —respondió Hannah con un suspiro.

—Bueno, ya sabes que a ella eso le da lo mismo —dijo Lauren, y volvió al libro.

—Por fin —comentó Hannah entre dientes cuando Kathryn apareció en la puerta, y se abrochó el cinturón de seguridad con un chasquido—. ¿Te imaginas lo despacio que va a conducir con esa puñetera tarta en el asiento delantero? Tardaremos toda la vida en llegar.

Lauren ahogó una risilla mientras su madre abría la portezuela y les echaba una ojeada.

—¿Qué es lo que tiene tanta gracia? —preguntó—. ¿Lo lleváis todo? No

quiero volverme al final de la calle porque una de vosotras tiene que venir a por algo.

—Mami —la interrumpió Lauren—, lo llevamos todo. Por favor, vámonos ya.

Kathryn se metió despacio en el asiento del conductor y las miró por el retrovisor.

—¿Y lleváis los regalos para la abuelita?

—Huy, sí, claro que sí —contestó Hannah con una sonrisa, mientras sacudía la caja de Quality Street que había pillado en la tienda esa mañana.

Kathryn, que para entonces centraba su atención en comprobar la tapa de la caja de la tarta, no pilló el toque de sarcasmo.

—A lo mejor una de vosotras debería sentarse delante para sujetar esto —propuso, al tiempo que toqueteaba, nerviosa, las lengüetas de cartón—. Si tengo que frenar de pronto, saldrá volando entera contra el parabrisas y se echará a perder.

—No pasará nada —respondió Lauren, suspirando—. Rodéala con el cinturón de seguridad, si quieres ir más tranquila.

—No, tienes razón. —Kathryn suspiró también al tiempo que ponía en coche en marcha y metía con esfuerzo la primera velocidad—. Seguro que va bien.

Hannah meneó la cabeza mirando a su hermana y, sólo moviendo la boca, exclamó: «¡Ay, Dios mío!».

Lauren sonrió y volvió a su libro. Iba a ser un largo día.

Hannah siempre temía ir a ver a su abuela. Incluso cuando eran pequeñas, quedarse con los abuelos no suponía la entrañable experiencia que debería haber sido. En cuanto su madre hablaba de pasar las vacaciones escolares en Yorkshire, en la casa grande y laberíntica de la abuela, a Hannah le entraban ganas de vomitar. Odiaba Lordavale House, donde los días pasaban muy despacio y las noches parecían eternas.

Lordavale era la clase de lugar que se esperaba encontrar en un libro de Los Cinco: largos pasillos, pasadizos secretos y multitud de habitaciones con las puertas cerradas. Daba la impresión de ser perfecto para unas aventuras infantiles, con muchos sitios donde esconderse y cosas que explorar. Si allí hubieran vivido unas personas que no fuesen Charles y Eleanor, a Hannah y a Lauren les habría encantado.

La casa era un antiguo internado, y a Hannah siempre le pareció algo muy lógico. A menudo se preguntaba si, cuando cerró, no se habrían dejado allí a la abuelita. Eleanor se ajustaba perfectamente al perfil de una antigua maestra de escuela, que pedía silencio golpeando el suelo de piedra con su bastón y mandaba a las niñas a la cama sin cenar si hablaban cuando no debían. En vez de emocionante, la casa resultaba sobrecogedora. Muchas noches las hermanas se

habían acurrucado en una de las camas individuales, imaginando que oían las voces de los niños pequeños que las llamaban desde los aleros del tejado.

En Lordavale no había más juguetes que una vieja casa de muñecas. Tenía tres pisos de altura y nueve cuartos, cada uno tan primorosamente amueblado como los demás. «Era mía cuando yo era pequeñita», les contó su madre en una ocasión, mientras se asomaba a uno de los minúsculos dormitorios y sus temblorosos dedos acariciaban suavemente una cama diminuta. En ese instante Hannah tiró a su Barbie sobre el tejado, y Kathryn soltó un chillido y la quitó de un tirón.

—No, oye, ten cuidado, esto no es un...

Hannah aún recordaba cómo su madre se había callado antes de terminar la frase.

—¿No es un qué, mamaíta? —preguntó Lauren varias veces—. ¿No es un *qué*?

—No es un juguete —murmuró Kathryn, mirando fijamente la casa.

Luego, mientras la voz de la abuela tronaba diciendo que el almuerzo estaba servido, Kathryn las hizo salir de la habitación y cerró la puerta tras de sí. Nunca volvieron a ver la casita de muñecas.

Lordavale contaba con un salón. Siempre que tenían invitados, Eleanor se enorgullecía mucho al anunciar que merendarían en el *salóóón*, alargando la palabra para que sonara más impresionante. Al oírlo, a las niñas siempre les daba la risa. Una vez que los invitados veían a Lauren y a Hannah y admiraban sus bonitos vestidos, Eleanor las mandaba a otra parte de la casa, y ellas echaban a correr riendo y susurrándose: «*salóóón*».

Echando la vista atrás, Hannah reconocía la belleza de aquella habitación. Las paredes revestidas de caoba rodeaban un hogar abierto, tan amplio como para que las dos hermanas se escondieran dentro cuando eran más pequeñas. El fondo era una pared de piedra, y tenía todos los accesorios imaginables, una pantalla de hierro y unos atizadores que asomaban de una olla que estaba al lado. Unos ventanales emplomados iban casi del suelo al techo y daban al gran estanque del jardín. Pero algo estropeaba el cuarto. Cuando cerraba los ojos, Hannah aún veía, colgado encima de la chimenea, el descomunal retrato al óleo de Eleanor, sentada en actitud regia en una butaca de terciopelo color azul intenso. Desde él los ojos de Eleanor la vigilaban, la marcaban a fuego; su mirada seguía todos y cada uno de sus movimientos, lista para saltar sobre ella si hacía algo malo. De niña, el cuadro le daba escalofríos, y no entendía por qué nadie más parecía inquietarse tanto como ella.

Pero Eleanor no sólo dominaba el salón: por toda la casa cuadros y fotografías suyos adornaban muchas de las paredes y mesitas auxiliares. La mayoría eran

imágenes de una Eleanor más joven, antes de tener la horrorosa cicatriz que le marcaba la mejilla izquierda; eso debía de haber ocurrido cuando aún no habían nacido las niñas, porque éstas recordaban desde siempre su cara cubierta de una gruesa capa de polvos que intentaba esconderla.

—Ella tiene que ver todo lo que hacemos —le susurró Hannah a Lauren una vez que pasaban con cuidado por delante de sus retratos al subir la escalera—. Como si fuera omnipotente.

—Omnipresente —le respondió Lauren por lo bajo—. Omnipotente significa que lo puede todo.

—Exacto —repuso Hannah con un suspiro—. Eso es justo lo que ella se cree que es.

Desde luego, Eleanor parecía ejercer poder sobre su madre. Hannah recordaba bien que, durante sus visitas a Lordavale, Kathryn daba la impresión de convertirse en otra persona, casi como si no fuese su madre siquiera. Hasta una niña notaba la diferencia. Cuando estaban en la playa las tres solas, Kathryn reía, las abrazaba y participaba en los juegos. Únicamente las regañaba si se perdían de vista y entonces les decía que no fueran adonde ella no pudiera verlas. Pero en Lordavale era distinta: no sonreía, no reía, se limitaba a vagar por la casa como un fantasma. Cuando regresaban a la Bahía, siempre tardaba un par de días en adaptarse y luego volvía a su ser normal. O al menos, pensaba ahora Hannah, todo lo normal que era su madre.

En la actualidad Kathryn no sonreía tanto. Iba transformándose cada vez más en una madre espectral, cuyo rostro mantenía una tensa expresión fija, como si continuamente esperase que algo fuera a aparecer de un salto para morderla. Ahora, los días que iban a ver a la abuelita adoptaba un aire festivo, casi al contrario de cuando ellas eran niñas. Pero ese teatro no engañaba a Hannah. Ella notaba que, por debajo de la falsa sonrisa y la risa estridente que las enfermeras verían más tarde, su madre no estaba cómoda visitando a Eleanor, como tampoco la propia Hannah lo había estado nunca.

Si su abuela había sido todopoderosa en tiempos, debería verse ahora; ya no era, ni mucho menos, dueña y señora de una casa solariega. Y tampoco era, ni mucho menos, dueña de su propia mente, por no hablar de ninguna otra parte.

Allá en su época Eleanor había sido una mujer atractiva y sofisticada. Era alta, y andaba siempre tan derecha que las niñas se figuraban que llevaba un palo atado a la espalda. Casi nunca la veían sin maquillar, con los párpados cubiertos de polvos de un gris metálico y una gruesa capa de color rojo aplicada a los labios. Su cabello siempre iba dispuesto de forma que no se le moviera, y un collar de perlas le rodeaba el cuello, sobresaliendo cuando éstas pasaban por sus puntiagudas clavículas. Eleanor jamás había parecido una abuela, ni siquiera una

anciana. Siempre se presentaba de manera impecable al mundo exterior. Pero desde que estaba en la residencia, sus nietas habían visto menguar muy deprisa todo cuanto la había hecho elegante alguna vez.

El sonido de los dedos de su madre dando golpecitos en el volante con monótono tamborileo empezaba a crisparla. Desde el principio del viaje, cuando todo la inquietaba, Kathryn no había vuelto a decir palabra. Sus ojos permanecían fijos en la carretera, y el rígido cuerpo, arqueado hacia delante como si se preparase para ver saltar un animal ante el parabrisas. De vez en cuando echaba un vistazo a la tarta, pero enseguida su cabeza regresaba como un rayo a la posición inicial. Centrada de nuevo. Costaba imaginar qué iría pensando. Además de lo evidente: preocuparse por la precaria salud de su madre y por si las chicas hacían alguna atrocidad, como querer salir con un chico o volver a casa después de las diez de la noche. Aparte de todo eso, a Hannah le resultaba casi imposible adivinar qué pasaba dentro de la mente de Kathryn.

Aquella misma mañana Lauren le había preguntado si estaba bien y cómo se sentía por ir a ver a la abuelita. Kathryn giró sobre sus talones, con una sonrisa en forma de U encolada en la cara, y respondió:

—Estoy muy bien, ¿por qué no iba a estarlo?

—Pero, mami, debes de estar preguntándote cómo estará hoy o...

—¡Bah, tonterías! Claro que no, estoy deseando verla —murmuró en tono animado—. Bueno, Lauren, ¿dónde está tu regalo para ella?

—Aquí mismo —dijo entre dientes Lauren.

Hannah había sentido ganas de zarandear a Kathryn hasta que entrara en razón. Hasta el más descerebrado veía que no estaba deseándolo. Si les contara qué pensaba de verdad sobre Eleanor, a lo mejor ellas llegarían a conocer un poco su forma de ser. ¿Le asustaba que Eleanor estuviera enferma y pudiera morir? ¿Le irritaba que ya no fuese la madre de antes? ¿Le caía bien siquiera? Hannah deseaba que Kathryn dejara de perder el tiempo tratando de protegerlas de todo y fuese sincera. Estaba tan ocupada levantando barreras que no dejaba que las chicas se le acercaran.

Pero la negación de la realidad era el lugar feliz donde su madre habitaba. El día que les contó que su abuela se iba a vivir a una residencia, envolvió la noticia en papel brillante y añadió un lazo en lo alto: «Para ella será estupendo, muchísimas personas más de su edad de las que hacerse amiga y con las que jugar al Scrabble». Las hermanas no habían visto a su abuela jugar al Scrabble en su vida. Cualquiera se preguntaría por qué iba a querer empezar a hacerlo en

un hogar de ancianos. Al principio creyeron que su madre actuaba así por ellas, para protegerlas y ocultarles la verdad, aunque ahora Hannah creía que lo más probable era que, sencillamente, no lo hubiera aceptado.

Kathryn podía comportarse de manera muy infantil, y el modo en que idolatraba a la abuela resultaba extraño. Las noches que se quedaban en Lordavale, las niñas se sentaban a escuchar en el rellano de mármol donde confluía la escalera doble. Con las piernas colgando por la balaustrada oían cómo, abajo, Eleanor minaba a su madre.

—Si fueran hijas mías, yo nunca les permitiría a esas niñas que hicieran la mitad de las cosas que hacen —le había dicho una vez—. Correr por los pasillos, chillando... Y, además, no tienen modales.

—Sí que tienen modales, mamá. Es que los niños de hoy no son como cuando yo era pequeña.

—¡Tonterías! La culpa la tienes tú, eres demasiado blanda con ellas. Dejas que te pisoteen. Si no vas con cuidado, ya sabes lo que ocurrirá.

Las niñas se habían mirado y se habían encogido de hombros. No tenían ni idea de lo que ocurriría, pero no les gustó la amenaza que había en la voz de Eleanor. Hannah alargó el brazo, apretó la mano de Lauren y volvieron de puntillas a sus camas, deseando esconderse bajo las mantas para resguardarse de ella. Eleanor les hacía sentir miedo, y Hannah no soportaba que su madre lo permitiera.

Se estremeció al recordarlo y se puso los auriculares. La abuelita ya no era una amenaza para ellas. En un intento por aislarse durante el resto del viaje hasta Elms Home, Hannah se centró en lo que deseaba del verano e hizo una lista mental: salir de la Bahía, buscar a mi padre.

Echó una ojeada a Lauren, que seguía enfrascada en su libro, y se maravilló de cómo su hermana parecía desconectar. A Lauren le gustaba Eleanor tanto como a Hannah, pero nunca se ponía tan tensa como ella. «Lauren es mucho más plácida», oyó una vez que le comentaba su abuela a una visita que había ido a merendar a Lordavale. «La fogosa es Hannah». Ésta prefería pensar que le corría fuego por las venas: probablemente, así hiciera algo con su vida. No se conformaría con Mull Bay sin más, para siempre, como su madre esperaba.

«¡Ya hemos llegado, chicas!», voceó Kathryn cuando tomaron el amplio camino de acceso.

Elms Home era una hermosa casa, demasiado buena para la abuelita, pensaba siempre Hannah mientras cruzaban despacio la verja de entrada y pasaban por

encima de los badenes. Salieron del coche y esperaron a que su madre sacara con cuidado la tarta de cumpleaños. No era una tarta casera sino comprada el día antes en una panadería. Hannah daba gracias por que su madre no las hubiera obligado a echar la tarde metidas en harina hasta los codos, aunque no le sorprendería que hiciese creer a las enfermeras que la tarta la habían hecho ellas: pequeños detalles como ésos demostraban más cariño y más atención. Por lo visto.

—Venga, vamos a entrar. —Kathryn sonrió a las chicas y luego al edificio—. Espero que la abuelita esté esperándonos —añadió, anhelante; las palabras sonaron levemente entrecortadas.

Hannah echó una mirada a Lauren, que respondió encogiéndose de hombros. Ambas sabían que su abuela no estaría haciendo eso en absoluto.

Junto a la puerta las recibió Patricia, la enfermera que estaba a cargo de Eleanor. Cincuentona, era el perfecto arquetipo de una supervisora. Si no hubiera elegido ser enfermera, de un modo u otro un hogar de ancianos habría acabado dando con ella. Siempre se mostraba encantada de ver a las hermanas y las bombardeaba con preguntas sobre sus ocupaciones. A menudo Hannah se preguntaba qué maldades debería de haber hecho Patricia en una vida anterior para acabar cuidando a Eleanor.

—¡Aquí están las chicas! —exclamó desde la entrada, con una radiante sonrisa—. Qué bien verlas a todas ustedes, ¿han tenido buen viaje?

—Maravilloso, gracias —respondió Kathryn, sonriente.

Hannah y Lauren se adelantaron para que Patricia les diera un beso en las mejillas.

—¿Y cómo están hoy mis mellizas favoritas? —preguntó—. Cada vez que os veo os parecéis más.

Kathryn siguió sonriendo como una boba mientras empujaba a las chicas hasta el vestíbulo.

—¿Dónde está mamá hoy? —dijo.

—Está en la sala. —Patricia hizo una seña con la cabeza hacia las puertas del fondo—. Hemos abierto las puertas del patio porque hace un día precioso. Después pueden ustedes sacarla al jardín, si quieren.

—Oh, sería una delicia, chicas, ¿verdad? —aseguró Kathryn, entusiasmada, al tiempo que se dirigía a la sala—. Ah, sí, ya la veo. Mirad, está allí, junto a la ventana. ¿Y nos trae unos platos, por favor? —Miró a Patricia—. He hecho una tarta para mamá.

Patricia asintió.

—Hasta he puesto unos juegos, por si a alguien le apetece una partidita —comentó, ya camino de la cocina.

—Oh, es perfecto, ¿verdad? —respondió Kathryn.

—Sí, una fiestecita de cumpleaños perfecta para la vieja bruja —masculló Hannah entre dientes.

Cuando entraron en el salón Eleanor estaba sentada de espaldas a ellas. Hannah se dijo que era un modo muy apropiado de recibirlas.

—Hola, mamá —la llamó Kathryn mientras la rodeaba para verla de frente—. ¡Feliz cumpleaños! Te hemos traído regalos y una tarta, mira.

Hannah y Lauren fueron arrastrando los pies al lado de su madre, y Hannah contuvo el aliento y esperó lo inevitable. Costaba saber qué esperaba Kathryn porque siempre parecía estúpidamente optimista.

Eleanor no se inmutó; miraba más allá de las tres al jardín como si no fuese consciente siquiera de su llegada. Cuando por fin movió la cabeza clavó la vista en ellas, una por una, sin sonreír; en su rostro no apareció la mínima emoción.

—¿Tú quién eres? —preguntó por fin, centrándose en Kathryn.

Hannah y Lauren miraron a su madre, que seguía sonriendo. «Qué valerosa», pensaría cualquiera. «Qué mujer tan fuerte». Pero a ninguna de las dos se le escaparon las señales: la brusca inspiración del aliento, la mano agarrando el lateral de la butaca donde estaba sentada Eleanor, los ojos que se nublaban y parpadeaban mucho.

—Debía de haber una tonelada de emociones hirviendo dentro de ella —le comentó Lauren en secreto a Hannah más tarde—. Si yo hubiera sido mami, me habrían entrado ganas de gritar.

«Sin embargo, ella no grita nunca», repuso Hannah. Y eso siempre le hacía preguntarse qué sucedería si, al final, algún día aquellas emociones acababan desbordándose.

OCHO

La mañana que a Kathryn le confirmaron que su madre tenía alzhéimer fue un día muy ventoso del octubre anterior. Lo recordaba bien porque esa vez había ido a la residencia sola. Las niñas estaban en el colegio, y Joanne Potts, la gerente de Elms Home, la había llamado la víspera pidiéndole que fuera a verla. Le dijo que era un asunto importante y que convendría que Kathryn procurase ir esa misma semana.

Kathryn se puso a murmurar y a hojear la agenda, pero al final respondió: «Creo que puedo cambiar unas cuantas cosas e ir mañana, si le va bien». Quedaron en una hora, y Kathryn la anotó en la página vacía. Mantuvo un tono de voz alegre al despedirse; no quería que pensaran que se preocupaba sin motivo, aunque mientras tanto sus tripas daban saltos mortales. Por supuesto, sabía lo que se avecinaba.

Terminada la visita, Kathryn cerró la puerta de la residencia al salir. Su cara era el lienzo en blanco con que había llegado una hora antes. Mientras se dirigía hacia el coche haciendo crujir la grava bajo los pies, de repente se levantó el viento, y las hojas de árbol corrieron a su alrededor como entregadas a una especie de frenesí. Kathryn se quedó quieta y separó los brazos de los costados; luego alzó el rostro hacia el cielo y dejó que el mundo girara en torno a ella. Toda aquella escena resultaba muy adecuada y casi la consolaba. Parecía como si el universo se equilibrara, como si la confusión que reinaba dentro del cerebro de su madre se recreara en el exterior. Aunque, por otro lado, Kathryn se daba cuenta de lo grande que, asimismo, iba haciéndose su propia sensación de confusión, porque si su madre ya no era capaz de dirigirla, ella no tenía la menor idea de hacia dónde debía encaminarse.

Las enfermeras no habían comprendido esa analogía sobre el universo. Parecían inquietas cuando salieron a ver cómo estaba. Le dijeron que llevaba veinte minutos allí de pie, sin moverse. Claro que no sería tanto tiempo. Ellas siempre exageraban.

—¿Está segura de que se encuentra bien, Kathryn? —le preguntaron, mientras sus caras perfeccionaban un gesto de preocupación—. ¿Desea volver a entrar un

momento?

—Estoy bien —insistió ella—. Estoy completamente bien.

Aunque, desde luego, no estaba bien. Qué tontas eran al preguntarle siquiera. No se fiaba de las enfermeras que trabajaban allí, en especial de Patricia, que, para su gusto, siempre parecía demasiado contenta y demasiado interesada en sus vidas. Tampoco le gustaba la forma en que trataba a su madre, como si fuese una niña que no supiera lo que quería.

La noche del cumpleaños de Eleanor, una vez que las dos chicas se fueron a dormir, Kathryn se sentó en el asiento de piedra que estaba al fondo del jardín trasero y sacó un cigarrillo del paquete. Sus finos dedos temblaban cuando lo sujetó para ponérselo entre los labios mientras, torpemente, intentaba darle al mechero con la otra mano. Ya encendido, inspiró hondo, inhalando el humo, y por primera vez aquel día sintió que volvía a respirar. Ojalá pudiera revivir la sensación que había experimentado el otoño anterior. El universo ya no parecía en equilibrio. Cada día que pasaba suponía que un nuevo fragmento de la memoria de Eleanor se desconchaba. Se perdía para siempre. Qué ilógico que una mente en tiempos tan vigorosa acabara así.

Aquel día la visita había sido especialmente dura. Que su propia madre no la reconociera... La impresión que recibió fue como si Eleanor se hubiera levantado de la butaca y le hubiese dado un puntapié en el estómago. Una pequeña parte de Kathryn deseaba haber bajado la guardia, aunque fuera ese instante tan sólo. Qué alivio hubiera sido gritar: «¿Qué demonios quieres decir, preguntándome quién soy? ¡Soy tu hija, que lleva viniendo a verte todas las semanas desde que estás en esta residencia!». O incluso llorar, y dejar que alguien la cogiera en brazos y se la llevara, que le dijera que, por supuesto, todo iba a ir bien y le diera la clave de cómo iban a actuar ahora. Pero no había hecho nada de eso. Se había quedado allí, de pie, mirando sonriente a su madre como una imbécil, como si aquélla fuera la pregunta más normal del mundo y a ella no la perturbara lo más mínimo.

¿Por qué obraba así? Se lo habían preguntado durante todos estos años. ¿Por qué dejaba que su madre la convirtiera en una sombra de la mujer que podía ser? Algunos le decían que era idiota, que era débil. Le decían muchas cosas. Pero nadie conocía a Eleanor como ella.

Otros días eran más fáciles; otros días su madre sabía quién era Kathryn. Otros días mantenían conversaciones, aunque cada vez más sobre cosas triviales y sin importancia. Como la que habían tenido hacía un mes cuando Kathryn le

pidió consejo sobre si debía permitir que Lauren fuera por ahí en el coche de su amiga. La chica en cuestión había aprobado el examen sólo tres semanas antes, y Kathryn tenía clarísimo que Lauren no debería acercarse siquiera al vehículo. Sin embargo, quería hacer lo correcto, asegurarse de no estar perdiendo a sus hijas al darles cierta libertad. Como siempre, había hecho el trayecto en coche hasta la residencia llena de esperanza. Confiando en que Eleanor estuviera comunicativa. Y al principio parecía que iba a estarlo. Pero en cuanto le pidió su opinión, Eleanor empezó a hablar de Maureen, que, según decían todos, había usado los mismos zapatos tantos meses que les había hecho agujeros en las suelas. Y nadie hacía nada para remediarlo.

—¿Quién es Maureen, mamá? —preguntó Kathryn, paciente.

Eleanor se encogió de hombros.

—¿Qué importa, de todos modos? —contestó suspirando.

¿Qué importaba nada de aquello? Lejos habían quedado los días en que Eleanor le decía lo que debía hacer. Su madre siempre había sido la columna donde encontraba fuerza y decisión. Incluso de pequeña, la gente se reía y decía que algún día tendrían que separarla quirúrgicamente de las faldas de Eleanor. Pero no comprendían que si tenías una madre así, poco podías hacer, aunque quisieras.

Tras envolver el encendedor en un pañuelo, Kathryn volvió a metérselo en el bolsillo de la bata. Se terminó el cigarrillo, apagó la colilla en la piedra, al lado, y la lio en un pañuelo de papel antes de tirarla a la basura. Se llevó las manos a la nariz e hizo una mueca al notar el olor, porque, en realidad, la idea de fumar la asqueaba. «Es una costumbre horrorosa», les repetía una y otra vez a las chicas. Ellas sabían muy bien que habría consecuencias, si pillaba a alguna de las dos con cigarrillos.

Entró en la casa y se lavó las manos con energía hasta que el perfume a rosa y jazmín casi enmascaró el del humo rancio. Mientras su pulgar rozaba el encendedor que tenía en el bolsillo, se dijo que aquél sería el último. Más valía tirarlos todos a la basura, afrontarlas cosas de otra manera. Aunque a Kathryn nunca se le había dado bien afrontar nada.

Pero antes se había encontrado mejor, y la intensa quemazón de ansiedad que le atravesaba el estómago como un cuchillo casi había desaparecido. Luego empezó a notar una vez más aquella punzada tan familiar. La mañana siguiente al día aquel de mucho viento despertó notando un desasosiego que desde entonces rara vez la abandonaba. Ahora casi todos los días despertaba con la impresión de que todo estaba ligeramente descentrado. No era bueno empezar la jornada aterrorizada.

Ahora volvía a sentirse expuesta al mundo. Nunca había tenido que

preocuparse de pensar por sí misma, porque de eso siempre se encargaba Eleanor. Hasta el punto de que Kathryn se alegraba de que lo hiciera, pues desde temprana edad se había dado cuenta de que, de todos modos, sus opiniones tenían muy poco valor.

—Estoy pensando ser enfermera —le había comentado cuando tenía doce años.

—No digas tonterías —repuso bruscamente Eleanor—. Nunca serías buena enfermera; hay que tener más bríos. Podría cortarme la mano aquí mismo, y tú saldrías corriendo y dando gritos.

Levantó la mano derecha e hizo como si se diera un tajo con la otra.

Kathryn volvió a su cuarto y tachó «enfermera» de la lista. Desde luego, probablemente su madre tuviera razón. La verdad es que no creía que le gustara ver sangre, aunque no recordaba haberla visto muchas veces.

Y así ocurría siempre. Kathryn hacía una sugerencia, y si Eleanor no estaba de acuerdo, ella aceptaba su opinión. ¿Qué sentido tenía luchar contra alguien que siempre iba a ganar?

Pero el panorama había cambiado. Eleanor ya no podía decirle ni la hora que era, así que, de pronto, a Kathryn le parecía que se enfrentaba sola contra el mundo y todos sus problemas. Tenía un futuro que no estaba segura de cómo manejar y un pasado que siempre temía que la alcanzara. Estar tan desprotegida implicaba tener que responder sus propias preguntas... como la de Abigail. Ésa era una pregunta que no dejaba de surgir últimamente. Las imágenes de Abigail se burlaban de ella, y eso la asustaba. Ahora su madre no podía darle la respuesta. Cada vez que veía el rostro de Abigail se sorprendía preguntándose: «¿Qué he hecho? ¿Y si no hice lo que debía porque no lo pensé bien?».

Y nadie le contestaba.

Kathryn se sobresaltó cuando sonó el teléfono, y la consecuencia fue que se quemó el pulgar con el borde del cazo. Había puesto a hervir leche para prepararse una taza de chocolate.

—¿Diga? —preguntó, al tiempo que echaba un vistazo al reloj, pensando en quién llamaría tan tarde.

—Kathryn, soy yo —respondió Morrie—. Perdón, ya sé que es tarde, pero tenemos un problema en la playa. Unos jóvenes vinieron esta noche, y tiraron botellas y basura por todos sitios. Esto está hecho un asco. Quería saber si las chicas podrían pasarse mañana, necesitamos ayuda para limpiar este desastre.

—Claro —respondió ella, mientras metía el dedo en agua fría y sacudía la

mano para aliviar el dolor—. Estoy segura de que estarán encantadas de ir.

—¿Cómo fue la cosa hoy? —preguntó Morrie—. Me topé con Hannah esta mañana, y me contó que es el cumpleaños de Eleanor.

—Fue bien —dijo Kathryn con un suspiro.

—Vale, bueno, ya sabe dónde estoy. Es decir, si es que necesita usted algo.

—Gracias, Morrie, tengo que colgar. Mandaré a las chicas a primera hora.

Kathryn colgó el teléfono y volvió a darle vueltas a la leche; retiró la telilla de arriba con una cuchara de madera y dejó ésta sobre el lateral del cazo.

«Qué encanto de Morrie», pensó. A veces se moría por contarle a alguien lo que pensaba de verdad y si alguna vez se decidiera, se lo contaría a él. Las conocía a ella y a las chicas desde que se mudaron a la Bahía en 2001. La primera vez que lo vio, Morrie estaba sacando a rastras una red llena de peces de una barca, era uno de los pescadores del pueblo. Sólo le llevaba nueve años, aunque su cara curtida hacía que pareciera mucho mayor. Cuando alguien le dijo la edad que tenía, Kathryn no podía creérselo. Después lo vio algunas veces más, siempre que estaban cerca de la playa. Las saludaba con la mano si pasaban, y les sonreía a las niñas cuando andaban con paso inseguro por la arena, pero nada más.

Ni siquiera recordaba si había hablado con Morrie antes de aquella ocasión, casi un año después, en que había llevado a las niñas a coger conchas a la playa. Era a principios de primavera, y brillaba un sol radiante. Se detuvieron junto a las casetas, y Hannah se puso a remover una poza con el mango de su red.

—No molestes a los peces —le dijo Kathryn.

Le pareció que sólo había apartado la vista de Lauren unos segundos para centrarse en los inseguros golpes de Hannah, pero en ese breve lapso de tiempo Lauren se había alejado y estaba trepando por las rocas que bordeaban la Bahía.

«¡Lauren, vuelve ahora mismo!», la llamó Kathryn al divisar su cabeza que asomaba por encima de las piedras. Pero la pequeña siguió gateando hasta que resbaló y perdió el equilibrio. Entonces Kathryn dejó de verla, sólo oía su llanto.

—¡Lauren! —chilló, aterrada—. Lauren, ¿dónde estás?

Morrie, que la había oído, corrió por la playa y luego, directamente hacia las rocas. Subió por ellas con ágil seguridad hasta llegar junto a Lauren y se la llevó en brazos a Kathryn.

—No se ha hecho daño —le dijo, al tiempo que le pasaba a la niña—, quizá sólo esté un poco espantada. Aunque no tanto como usted, por lo que parece.

Esa noche se había pasado por la casa para ver cómo estaban.

—Podría haberla cogido usted —le dijo a Kathryn en tono amable—. La niña no corría ningún peligro.

—Qué bien.

—¿Es que le dio a usted miedo?

—No sé nadar —reconoció Kathryn.

Morrie sonrió.

—Va a tener que aprender, si quiere vivir en la Bahía —repuso—. Y las niñas también, claro. Puedo enseñarles, si usted quiere.

Y Morrie cumplió su palabra. Tomó a las niñas bajo su protección y las convirtió en dos pececitos. Pero Kathryn nunca metió un pie en el agua. Y desde que las chicas crecieron apenas se aventuraba a pisar la playa tampoco.

A partir de aquel día si Kathryn necesitaba que alguien le arreglara una fuga en una tubería, o que le montara unos estantes, allí que aparecía Morrie con una amplia sonrisa y una caja de herramientas. Y además jugaba con las niñas, les enseñaba trucos de magia y les prometía cosas que cumplía siempre, como darles un paseo en su barca.

A lo largo de los años, de vez en cuando Kathryn se había permitido considerar la posibilidad de tener algo más que una amistad con Morrie. Sabía que él estaba deseándolo; no se lo había dicho abiertamente, pero estaba claro que ella le gustaba. Aunque lo último que necesitaba era tener una relación con otro hombre. En particular, después de lo que le había pasado con el anterior. Entonces debió de dejarse guiar por el corazón, ella sabía que aquello no estaba bien. Nadie llenaría el hueco que Robert le había dejado en el alma, y menos Peter... y, sin embargo, se había casado con él.

Pero algunas noches, en la cama, se sentía sola y dejaba que su imaginación se preguntara cómo sería estar con un hombre como Morrie. Con su áspera pelambrera gris y sus tupidas cejas no era un guapo de libro. El sol le había envejecido la piel, y tenía unas profundas arrugas instaladas en torno a los ojos y a la boca, pero le hacía sentirse segura y jamás le pedía nada.

Kathryn siempre descartaba la idea. Aunque Morrie se lo pidiera directamente, había motivos por los que ella no permitiría que ocurriera nada. Contó tres. Primero, nadie podía acercarse tanto a su familia, era demasiado peligroso. Si su pasado llegaba a saberse alguna vez... Segundo, estaba Peter. No podía arriesgarse a que él descubriera que había un hombre nuevo en su vida y dejara de enviar los cheques, o, peor aún, se le presentara en la puerta. Aunque más que todo aquello pesaba el tercer motivo, su madre. Las observaciones que le había hecho durante aquellos años, como: «Veo que otra vez está aquí ese pescador. Como no vayas con cuidado tendrás dos hijas que trabajen con el pescado». No, Eleanor nunca aprobaría que tuviera una relación con Morrie.

Tres motivos que lo hacían imposible. De modo que Kathryn arrinconaba la idea en su mente cada vez que lo pensaba. Además, no sabía si podría amarlo. No como había amado a Robert.

En vez de eso, se representó en la cabeza la conversación que habría tenido con Morrie aquel día.

Empezó diciendo: «Desde que llevé a mi madre a la residencia es como si estuviera muriéndome con ella». Era algo en lo que últimamente pensaba mucho: si no era eso, en realidad, lo que hacía. Morirse por dentro. Dio vueltas a las palabras en la boca, saboreando su textura. Algunos días le costaba demasiado que todas las partes de su cuerpo encajaran como es debido. Lo único que deseaba era que todo aquello desapareciera. A lo mejor la afortunada era su madre: ella ya no tenía que pensar en nada.

NUEVE

Querido Adam:

El 5 de enero de 1990 Kathryn recibió una llamada que cambió el rumbo de nuestras vidas para siempre. Ese día lo recuerdo como si lo hubiera visto por televisión ayer, la memoria me lo proyecta como una cinta a cámara lenta. Cuando alguien me pregunta por mi padre, ese día sigue siendo lo primero que recuerdo.

Mi madre estaba en la cocina preparándole el té. Cantaba bajito y estaba de buen humor, porque aquella mañana él había llamado para decir que volvía temprano del trabajo. Había pasado fuera tres noches, y ella estaba ilusionadísima por verlo, era como si llevara semanas ausente. Se había puesto su jersey amarillo preferido y el collar de perlas que él le había comprado por Navidad, y yo olía su perfume, que me llegaba desde la cocina mezclado con los olores del pollo con verduras al horno.

Yo también estaba contenta: me encantaba ver a mi papaíto. Tumbada en la alfombra de la sala, le dibujaba una tarjeta para decirle «Bienvenido a casa». Tenía tres monigotes en la parte delantera y flores por todo el borde, y estaba tan ensimismada que no oí sonar el teléfono hasta que mi madre entró a cogerlo. Al verme frunció el ceño, y supe que no le hacía gracia que usara mis rotuladores cerca de la moqueta, pero no dijo nada.

Contestó: «¿Diga?» por el auricular, y la observé, intentando adivinar quién llamaba. Entonces se llevó rápidamente la mano a la boca y, despacio, se desplomó en el suelo. Mientras soltaba el teléfono, gritó: «¡Abigail, ponte el abrigo!». Me quedé allí, mirándola, y me dijo: «¡Vamos, Abigail, deprisa! Tenemos que ir al hospital».

—¿Puedo ponerme mi uniforme de enfermera? —le pregunté.

—No.

—Oh. Pero...

—He dicho que no, venga, haz el favor de hacer lo que te digo y ponte el abrigo. Y los zapatos, ¿dónde están tus zapatos?

Fui todo el camino llorando, entre lamentos de que quería ser enfermera. Me

dijo que parara, que no estaba para lidiar con mis gritos. No me dijo por qué íbamos al hospital. Ni siquiera recuerdo que me dijera quién estaba allí, aunque en algún momento debí de descubrir que era mi padre.

Conducía rápido, y cada vez que nos deteníamos pisaba el freno tan fuerte que yo me caía hacia delante en el asiento. Paramos a la puerta del hospital, y ella me sacó de un tirón de la trasera del coche.

—Aquí es donde aparcan los minusválidos —dije sollozando; creí que así la ayudaba—. Mira, ahí está el dibujo de la sillita de ruedas. Papaíto dice que no deberíamos aparcar donde...

—No hay tiempo —contestó ella.

La seguí, corriendo por los pasillos y cruzando puertas batientes, colgada de su mano y procurando no retrasarme. Cuando llegamos al sitio donde estaba mi padre, una de las enfermeras me retuvo mientras mi madre abría la puerta de un empujón y me dejaba atrás.

—¡Quiero ir con mami! —grité.

—No, ven y mira lo que tenemos aquí dentro —me contestó la enfermera.

Yo esperaba que aquella habitación daría al reino de Narnia. En vez de eso había unas cuantas cajas de juguetes de plástico, muñecas de pelo apelmazado y un cochecito de bebé con una rueda floja. Me negué a jugar con aquello y me senté en un rincón mientras ellas me ofrecían un refresco y unas galletas integrales que yo no quería.

Tan pronto como mi madre apareció en la puerta supe que había pasado algo horrible. Estaba toda despeinada, como si hubiera estado tirándose del pelo. Unas rayas negras le bajaban desde los ojos hasta la barbilla, y no decía nada; sólo me miraba y se quitaba las lágrimas con el dorso de la mano.

Cuando me tendió la mano me puse de pie y la cogí, y volvimos al coche en silencio. Ni se me ocurrió decir palabra; creo que ya sabía que no quería oír lo que fuera a decirme.

Cuando estábamos dentro del coche hablé por fin.

—¿Por qué estás triste, mamaíta? —pregunté.

Ella apretó la mano contra la boca, abrió de par en par la portezuela y vomitó en el aparcamiento.

—¿Mamaíta?

Por fin se dio la vuelta, y entonces alargó el brazo y me puso la mano en la rodilla. «Todo irá bien», dijo. «Estaremos bien, no te preocupes». Mientras hablaba me miraba fijamente con unos ojos sin vida, y a través de aquella mano puesta en mi pierna noté que le temblaba todo el cuerpo. Hasta con seis años supe que todo no iba bien y que no estaríamos bien.

—Mamaíta, ¿qué ha pasado?

—A tu papaíto se le rompió el corazón —me dijo—, y no han podido arreglárselo.

Maggie me pidió hoy que le hablara de mi padre. «Quiero saber cómo encaja en el mundo de usted y en el de Kathryn», me dijo, y me pidió que pensara en todos los recuerdos que tengo de él. Le respondí que era curioso, pero que no podía pensar en mi padre como un todo, sino más bien como una serie de acontecimientos que yo engarzaba hasta formar la persona que creía que debía de haber sido. Claro que no lo conocí durante mucho tiempo, pero, desde luego, hay partes que veo con claridad.

El único problema es lo difícil que me resulta recordar a mi padre sin pensar inmediatamente en Kathryn también. Los dos iban de la mano en mi infancia. Siempre los recuerdo enamoradísimos. Yo estaba segura de que él la quería, tanto como a mí, aunque ahora no me imagino lo que un hombre como mi padre vio en ella.

Le conté a Maggie que pienso que era un hombre apasionado. Tenía una colección de elepés de música clásica que solía poner a la hora de cenar, y los sábados por la mañana me llevaba a las galerías de arte, donde me enseñaba cuadros de hombres y mujeres, diciendo: «Mira las caras, Abigail. Piensa en lo que sienten, mira lo enamorados que están por cómo se miran». Más tarde me enteré de que había conocido a Kathryn mientras trabajaba en el Museo de Orsay de París. Me hizo muchísima ilusión cuando me llevaste allí justo después de que nos prometiéramos, pues eso quería decir que lo vería entero contigo, sin dejarme ni un rincón; tú te prestaste a hacerlo amablemente, aunque sé que no te interesaba tanto como a mí.

Me pregunto si mi padre se habría quedado en París de no haber sido por mi madre. Una vez Kathryn me dijo que él regresó a Inglaterra únicamente porque ella se negó a vivir en Francia. ¿Se planteó mi padre alguna vez la vuelta como una renuncia? A veces oigo a Kathryn tomándole el pelo: «Robert, debiste quedarte en París si no te gusta cómo cocino».

—Renuncié a la comida por amor —le respondía él, bromeando.

Mi abuela lo llamaba «gitano». La primera vez oí que se lo decía a mi madre cuando, en teoría, yo debía estar en la cama. Por entonces yo tendría cuatro o cinco años y no sabía qué era aquello. La mañana siguiente le pregunté a mi madre qué era un gitano, y ella me miró entornando los ojos y respondió:

—¿A quién le has oído esa palabra?

—A la abuelita —le contesté.

—¿Estabas escuchando nuestra conversación, Abigail? —preguntó—. Ya sabes que escuchar a escondidas es de mala educación.

No me dijo qué era un gitano, y a mí se me olvidó hasta tres meses después, cuando hubo una feria. Mi padre le pedía que me llevara, decía que me encantarían las luces y la música y montarme en el tiovivo.

Pero Kathryn se mantuvo inflexible, no quería que fuéramos.

—Aquello estará plagado de gitanos y gente así —replicó—. No quiero pasarme la noche pendiente del bolso por si uno de ellos me lo roba.

Yo no podía creer que Eleanor pensara que mi padre era un ladrón y me pregunté si les habría robado algo a ellos. Había bastantes cosas bonitas que podía coger, y me puse a imaginar que encontraba montones de joyas de mi abuela en el cajón de la mesita de noche de mi padre. Una noche, cuando mi madre me metía en la cama, le pregunté si papaíto era malo. Ella me miró, sonrió y dijo: «No, tu papaíto es el mejor».

Por supuesto, años después supe que no era aquello a lo que Eleanor se refería. Ella se limitaba a decirle a mi madre que mi padre no estaba a su altura.

Eleanor no veía al hombre que veía yo. El padre que se sentaba conmigo en la cama si yo tenía una pesadilla, que me preparaba caldo de pollo si me encontraba pachucha y que me daba fricciones de loción de calamina cuando tuve la varicela. Unas navidades se pasó horas haciendo cadenas de papel que luego colgó por toda la casa, entrelazadas con bombillas de colorines, hasta que mi madre lo obligó a quitarlas todas, diciendo que había peligro de incendio.

Creo que tú serías la clase de padre que él era, Adam. Te veo reuniendo un montón de hijos y leyéndoles cuentos, corriendo con ellos por la playa y dejando que te tiraran al suelo una y otra vez, con paciencia infinita. Ojalá sepas que no era de ti de quien yo dudaba, ojalá sepas que era de mí.

La semana siguiente no intenté anular mi cita con el doctor Richards, pero cuando me dejaste ante la puerta me planteé echar a correr. Quedamos en vernos una hora después en el bar de la esquina, me deseaste suerte, me despediste con un beso y te fuiste. Esperé a que desaparecieras, pero no dejabas de volverte para decirme adiós con la mano. ¿Sabías que existía la posibilidad de que yo no entrara? En cuanto te perdiste de vista, puse un pie, vacilante, en el escalón del consultorio.

Nunca hasta ese momento había entendido que la gente dijera que se cambiaban el chip. Porque, de pronto, pensé: «Abi, ya es hora de dejar de huir». Así que di media vuelta, entré en la sala de espera y le dije mi nombre a la hosca

receptionista. Entonces supe que no había marcha atrás.

El doctor Richards me preguntó cómo me había ido la semana, y hablamos del trabajo. Luego desvió hábilmente la conversación hasta centrarse en ti y en mí. Me hizo unas cuantas preguntas que estaba segura de que tú ya le habías respondido. ¿Cuándo nos conocimos? ¿Cuánto tiempo llevábamos casados? ¿Cuánto hacía que íbamos a por el bebé? Pensé si no estaría poniéndome a prueba para comprobar si nuestros relatos coincidían. Era casi como si se hubiera olvidado por completo de que yo había estado en aquella habitación la semana anterior. Pero ésas fueron las preguntas fáciles. La difícil llegó después, cuando quiso saber cómo me sentía al intentar en vano tener un bebé. Creo que me limité a encogerme de hombros, porque entonces me preguntó por nuestra relación. Sus ojos me traspasaron mientras le contestaba; me pareció que me calaba hasta el fondo del alma.

Le conté que fuiste tú quien me hizo probar los mejillones por primera vez, y quien hizo que me diera cuenta de que eran mi nueva comida favorita; que en nuestro primer aniversario me tapaste los ojos y me llevaste al teatro, donde habías reservado entradas para Miss Saigón. Le conté que cada mañana de Navidad nos sentábamos en la cama a abrir los calcetines, bebiendo champán y comiendo pasteles de fruta. Y que siempre que te ibas en viaje de negocios me dejabas notas de amor escondidas por toda la casa, y que me decías que me querías todas y cada una de las mañanas, y todas las noches sin faltar una. Sólo para asegurarte de que yo lo supiera siempre.

En realidad, no le conté nada de esto. Ninguno de «nuestros» momentos. La verdad es que creo que dije: «Está bien».

Lo curioso es que no le conté nada que valiera la pena saberse hasta que ya me iba de su despacho.

Me llevé una sorpresa al ver que se había acabado el tiempo. No creí que el médico hubiera sacado mucho de nuestro encuentro, pero me levanté, le estreché la mano y me dirigí hacia la puerta. Sin embargo, cuando llegué a ella, estaba enfadada. Irritada conmigo misma por zafarme de la verdad una vez más, aquella verdad que me desgarraba por dentro.

Debí de detenerme un instante, porque me llamó por mi nombre y me dijo: «¿Está segura de que no hay nada más que quiera comentar conmigo?». Me tenía cogida del brazo, no fuerte, aunque sí lo bastante como para hacerme pensar que no deseaba que me marchara. «No quiero malgastar su dinero si no es éste el camino que desea seguir. A muchas mujeres no les agrada la idea de someter sus cuerpos a la fertilización in vitro, y aunque sea algo que quiere su marido, si usted no...»

—Basta —lo interrumpí. No quise oír nada más, sobre todo porque se

equivocaba por completo—. Ni siquiera estamos intentándolo —añadí—. Estoy tomando la píldora, nunca he dejado de tomarla.

Hizo una seña con el brazo indicándome la butaca y, sin decir nada, volví a sentarme. Incliné la cabeza hacia el regazo porque no quería que él viera el rubor que me subía por el cuello, aquel calor que me oprimía como si alguien quisiera estrangularme.

—Supongo que Adam no lo sabe, ¿no? —me preguntó al cabo de unos momentos.

Las lágrimas me caían por las mejillas, y me las limpié bruscamente con la manga del abrigo. Me consideraba una tramposa por llorar, pero una vez que empecé no pude parar. Me sentía muy culpable; estaba aniquilando hasta tu última esperanza de formar una familia, y no tenías ni idea de aquello.

Cuando nos vimos una hora después en el bar, me preguntaste cómo me encontraba por haber visto al médico sola. Te contesté que no me había gustado nada, que no había estado cómoda sin la seguridad que tú me dabas. Pero, por extraño que parezca, no era cierto: me sentía liberada.

«Vamos a comer algo», sugerí mientras cogía una carta. «Ya hablaremos esta noche». Me miraste, y supe que querías preguntarme más, pero no lo hiciste; en vez de eso, te echaste hacia atrás en la silla mientras yo llamaba al camarero.

Pero aquella noche no te conté hasta qué honduras llegaba mi engaño, ni tampoco la noche siguiente. En realidad, pasó otro mes sin que te dijera nada. Yo quería decírtelo, Adam, más que nada en el mundo. Pero cada vez que trataba de encontrar las palabras se me secaba la boca. Sólo con pensar en ello me figuraba que te perdía, y esa realidad me abofeteaba la cara.

El mes siguiente, cuando me llegó el período, te quedaste muy triste. Te pregunté por qué parecías más preocupado que de costumbre, y me respondiste:

—No sé por qué, es que esperaba que a lo mejor esta vez sería distinto.

En ese instante supe que no podía hacerte pasar así un mes más.

—Tengo que decirte una cosa —repuse.

Me callé un momento y alcé la vista hacia Maggie, pero ella seguía mirándome con la misma expresión carente de crítica.

—¿No le parece que es horrible? —le pregunté—. Porque a mí, sí. No me perdono el haberle mentado a Adam.

—Creo que probablemente estaba usted desesperada, Abi —respondió ella—. No creo que usted sea horrible.

Yo no creía que fueras a entenderlo nunca, Adam. No podía pensar en traer

otra vida a este mundo. Tenía mucho miedo de ser mala madre, como el linaje de madres que me había precedido, y tú te merecías muchísimo más.

Cuando te conté la verdad no reaccionaste como pensé que harías. Esperaba que te enfadaras; no que me pegaras, desde luego, pero sí que al menos golpearas algo. Fue muchísimo peor: permaneciste tranquilo. Por lo menos, si hubieras gritado yo habría recibido mi merecido.

—No puedo hablar contigo de esto ahora mismo —dijiste—. Lo haré, pero todavía no.

Vi cómo echabas tu neceser y tu ropa en una maleta.

—¿Adónde vas? —susurré.

Tú te encogiste de hombros.

—Probablemente, a casa de mis padres unos días.

—¿Se lo contarás?

—No.

Fui detrás de ti mientras bajabas la maleta por la escalera y salías por la puerta.

—¿Adam? —se me quebró la voz cuando te llamé.

Diste media vuelta y dijiste:

—Necesito tiempo, Abi. Tengo que lograr entender lo que esto significa.

Cuando me dejaste aquella noche todo mi mundo se derrumbó de nuevo. Esta vez no había sorpresas desagradables, yo sabía que estabas dejándome. Esta vez sí sabía por qué, y comprendía que, decididamente, el motivo era yo.

Había perdido al amor de mi vida, igual que lo había perdido mi madre hacía muchos años. Sólo que su pérdida no la había provocado ella. A veces echo la vista atrás y pienso en cómo fueron las cosas después de que mi padre muriera, y en cómo debió de sentirse Kathryn. En medio de mi cólera y mi rencor, a veces siento una pizca de lástima por ella, aunque siempre se me pasa rápidamente cuando recuerdo algún otro detalle suyo. Como la vez, unas cuantas semanas después de la muerte de mi padre, que volví a casa y encontré que faltaban todas sus fotografías. Me quedé delante de la pared, con la vista clavada en las manchas claras de pintura que se veían donde antes habían estado las fotos.

—¿Dónde está papaíto? —pregunté cuando mi madre entró en la habitación.

—Ya lo hemos hablado —contestó—. Papaíto se ha ido al Cielo.

—No, se ha ido de la pared —dije yo.

—Ah, sí, bueno... —Se puso nerviosa y me llevó a la cocina, donde me sentó de un empujón en una silla y señaló unos emparedados de mermelada—.

Probablemente sea mejor que las guardemos por ahora. Así no nos pondremos tristes.

—Pero yo quiero ver a papaíto —respondí, mientras un torrente de lágrimas me caía por la cara hasta dar en el plato—. Si no lo veo, a lo mejor se me olvida cómo es.

Mi madre se volvió de espaldas a mí, atareada en el fregadero, con un entrechocar de platos y tazas. Vi que le temblaban los hombros, pero no me dijo nada más. Me escurrí de la silla, salí con sigilo de la cocina y me puse a rastrear la casa en busca de cualquier cosa que pudiera encontrar. Al final di con una solitaria foto metida dentro de un libro: una foto de la cara de mi padre, sonriente, bronceado y feliz. Fui corriendo a mi cuarto y la escondí debajo del colchón para que nadie me la quitara.

Poco después de aquello Eleanor le dijo una cosa a mi madre. Me da la impresión de que fue días después, aunque bien pudieron pasar meses.

—La niña necesita una figura paterna —comentó.

Mi abuelo estaba allí en ese momento. Yo no veía a menudo a Charles, rara vez aparecía. Estaba siempre trabajando sin parar o, si se encontraba en la casa, se quedaba escondido en su despacho hasta que Eleanor lo llamaba para que bajase a cenar.

—Eleanor —intervino con aspereza—, es demasiado pronto.

—Sólo digo que Kathryn no debería perder el tiempo —le respondió ella, crispada—. Tiene casi treinta y dos años.

No recuerdo que mi madre le contestase nada. Tal vez protestara pero, si lo hizo, no la oí. Entonces Eleanor mencionó a un hombre llamado Peter que, según explicó, por lo visto no se había casado aunque tenía treinta y cinco años; hizo que eso pareciera algo bueno.

—Peter trabaja para tu padre —le dijo a mi madre en el tono de voz que reservaba para darse tono—. Y quiere entrar en política con Charles.

La mañana siguiente, en el desayuno, volví a oír su nombre.

—Charles, ¿has sabido algo de Peter últimamente?

La miré y luego miré a mi madre que, cabizbaja, clavaba la vista en la mesa del desayuno mientras daba vueltas despacio a la cuchara por el cuenco de los cereales. Yo no sabía por qué, pero aquel día tenía una sensación rara en la tripa. No me gustaba que Eleanor hablara de ese hombre, aunque entonces no tenía ni idea de cuánto iba a afectar a mi vida. Esperé y confié en que mi madre se negara a escucharla, pero claro está que no lo hizo.

Estoy segura de que Kathryn no quería conocerlo. Fue Eleanor quien nos lo impuso, pero mi madre se lo permitió. Ojalá pudiera retroceder hasta aquel día y zarandearla para que despabilara, ojalá pudiera pedirle que no lo dejase entrar en nuestras vidas para desmontar todo lo que teníamos. ¿Por qué no dijo que no, por qué dejó que se llevaran el recuerdo de mi padre tan fácilmente?

Dos semanas después, al volver del colegio, me encontré a un desconocido en la cocina.

—Abigail, te presento a Peter —dijo Kathryn—. Es mi nuevo amigo.

Peter tenía un brazo apoyado en la encimera, un tazón de té en una mano y la otra metida en el bolsillo de los pantalones. Tenía el pelo oscuro y rizado, llevaba gafas de montura metálica y era sólo un poco más alto que mi madre. Se apartó un rizo de la delgada cara, dejó la taza y me alargó la mano. Me quedé mirándola; yo tenía siete años, no quería estrecharle la mano, y lo único que veía era unos nudillos velludos y unos dedos como patas de araña que no eran los de mi padre.

—¿Por qué? —le pregunté a Kathryn.

—¿Qué quieres decir con «por qué»?

—¿Por qué quieres un amigo nuevo?

Ella soltó una risilla nerviosa y contestó que íbamos a pasar bastante tiempo con él, de modo que estaría bien que me gustara.

—¿Qué te parece? Mañana va a llevarnos a la playa, a pasar el día. Será divertido, ¿verdad?

—¿Qué te parece? —volvió a preguntarme al final de la jornada en Bournemouth—. ¿Crees que te gusta?

Peter me había comprado un helado y había pagado para que jugásemos al minigolf, aunque, cuando le tocaba, él pasaba siempre y esperaba con gesto aburrido a que acabáramos. Fuimos andando al paseo del muelle, y me dio un montón de monedas y me dijo que podía gastármelas en las tragaperras. Entré sin prisas en el salón de juegos, entre las brillantes luces que lanzaban destellos y los pitidos de las máquinas, pero no tenía ningún deseo de tirar el dinero en ellas. A mi padre nunca le habían gustado; él siempre decía que eran para los idiotas. Así que me guardé las monedas y volví sin prisas al exterior, donde vi que Peter manoseaba a mi madre. Ella estaba con la risa tonta otra vez, y ninguno de los dos se fijó en que yo, sentada en el banco, esperaba a que terminasen.

Así que, desde luego, Peter no me gustaba.

—No está mal —contesté, encogiéndome de hombros.

—¿Y nada más? —preguntó ella.

—No quiero un papaíto nuevo —contesté.

Kathryn me miró e inspiró hondo.

—Nadie va a sustituir a tu papaíto —repuso, suspirando.

Durante los dos meses siguientes me preguntó mucho:

—Entonces, Abigail, ¿qué te parece Peter? ¿Te gusta?

No tengo ni idea de por qué le interesaba mi opinión; estaba claro que no contaba mucho.

«No está mal», decía yo. Y eso era todo lo que me parecía: no estaba mal. Peter ni una sola vez me preguntaba qué había hecho en el colegio, ni cuáles eran mis asignaturas preferidas. Nunca jugaba a ningún juego de mesa conmigo, ni me llevaba al parque, ni se sentaba a la mesa mientras yo merendaba. Alguna vez me traía un regalo, aunque nunca era nada que yo quisiera. A menudo oía que le preguntaba a mi madre cuándo me iría yo a dormir. Y después, cuando ya estaba metida en la cama, oía sus murmullos y las risitas disimuladas de ella, y me tapaba la cabeza con las mantas para no escuchar aquel ruido.

Un día mi madre volvió a preguntarme.

—¿Qué opinas de Peter, Abigail? ¿Te gusta?

—No está mal.

—¡Ay, Abigail, podrías decir algo más que eso! Es un hombre muy agradable y me ha pedido que me case con él. ¿Qué te parece, Abigail? ¿A que es maravilloso? Tendré un nuevo marido.

Me miró sonriendo con la mandíbula tensa y los ojos apagados.

No, aquello no era maravilloso. Sentí náuseas en la boca del estómago. Yo sólo quería a mi padre, no a este hombre nuevo. No a Peter, que apenas reconocía mi existencia. Me quedé mirando a mi madre y me eché a llorar. Y ella me miró fijamente a su vez. Después pareció despertar de pronto y, con voz muy alegre, dijo: «Bueno, ¿palitos de pescado para la merienda?».

A veces pienso dónde estará ahora Peter. No tengo ni idea de si todavía vive con Kathryn y las niñas o no, pero espero que no forme parte de sus vidas. A Peter sólo le interesaba una cosa, que era anteponer su propio interés. Aún me pregunto qué motivos tuvo Eleanor para traerlo a nuestra familia.

DIEZ

Los exámenes habían terminado. Hannah y Lauren caminaban hacia la casa de comidas encaramada al borde del acantilado que dominaba la bahía. Casi todos los alumnos del undécimo curso en adelante solían acudir, y contaban con que aparecieran al menos cuarenta. Se trataba de una invitación informal que siempre organizaba alguien del último curso. Ese año se encargaba Donna Morton.

Donna ya estaba allí cuando llegaron. Su pelo rubio, recogido en lo alto de la cabeza, no se le movía mientras ella hablaba con mucho meneo de brazos. Vestía una blusa escotada blanca y unos vaqueros cortos, probablemente demasiado cortos pero que, aun así, quedaban bien en sus largas y bronceadas piernas. Uno de los chicos se inclinó sobre ella y le susurró algo al oído, y Donna echó atrás la cabeza y se rio en voz alta, exhibiendo sus grandes y blancos dientes. A continuación lanzó una rápida ojeada por el local sólo para comprobar que todo el mundo la miraba.

—¡Ah, hola, mellizas! —exclamó al verlas entrar—. Tomaos un cóctel de mentirijillas. —Les guiñó el ojo al tiempo que cogía zumo de una ponchera con unas tazas de plástico y se las pasaba—. Si queréis ponerle algo más —susurró—, id a ver a Becky. Está fuera, junto a la barbacoa.

—Estoy convencida de que no nos distingue —murmuró Lauren mientras salían al calor del sol de media tarde—. Creo que nunca me ha llamado por mi nombre. Si tú no estás cerca, sencillamente se refiere a mí como la Melliza A.

Hannah se rio.

—Bueno, no hay duda de que tiene más en las tetas que en el cerebro. ¿Has visto qué tamaño? Debe de llevar implantes, nadie las tiene tan grandes de manera natural.

—Eso dice Sophie. Por lo visto, se las compró su padre cuando cumplió dieciocho años. ¿Puedes creértelo?

—La verdad es que no. Probablemente es lo que le ha contado a todo el mundo, nada más. —Hannah echó una ojeada para ver si reconocía a alguien—. Así parece que su padre es guay. Mira, ahí está Becky. —Señaló hacia el grupito reunido al lado de la zona de la barbacoa—. ¿Qué dices? —Meneó su taza de

plástico—. ¿Vemos qué podemos echarle a esto?

—No estoy segura.

—Ay, venga. —Hannah tiró del brazo de su hermana—. Si, de todos modos, no vamos a quedarnos mucho tiempo... Más vale que nos divirtamos un poco.

Era la primera vez que Hannah y Lauren iban a la fiesta de final de los exámenes. Todos los años se celebraba en la casa de comidas, donde los padres tenían plena seguridad de que alguien estaría vigilando a los potenciales bebedores menores de edad. Pero cada año una Donna o una Becky se las arreglaba para meter de extranjis botellas de vodka y ginebra que habían robado de casa de sus padres.

La fiesta solía terminar temprano. El local no estaba autorizado a servir alcohol, y nadie de la Bahía tenía muchas ganas de animar a unos adolescentes a que pasaran el rato bebiendo en la playa. Eso no quería decir que algunos no lo hiciesen, pero, en general, cuando llegaban al bachillerato, y si sus padres eran tan indulgentes como para permitirselo, los estudiantes salían de la Bahía y se iban a la ciudad más próxima, que estaba a media hora de distancia.

—¡Esto es una condenada cárcel! —Becky estaba riéndose cuando se le acercaron con sus tazas de zumo—. Podrían filmar *El Gran Hermano* aquí, de la cantidad de ojos que te miran. —El líquido que vertía en el creciente montón de tazas salía de una gran botella de agua—. Mejor no arriesgarse —añadió, enseñando la botella—. ¿Más agua? —gritó fuerte.

Becky era un calco de Donna. Salvo por su pelo castaño oscuro, que una vez intentó teñirse de rubio aunque obtuvo un rotundo fracaso, las dos parecían clones. Los pantalones cortos de Becky eran blancos, y su camiseta, un pelín menos reveladora, pero aparte de eso se vestían y sonaban igual. Y, mientras alargaba la taza, Hannah se dijo que ambas eran igual de tontas.

—Me parece que ella se ha tomado bastante *agua* ya —comentó Lauren riendo con disimulo cuando, después de llenar las tazas, se sentaron en un banco.

Hannah se bajó las gafas de sol para taparse los ojos y luego cambió de postura para ver bien el sendero que llevaba de la carretera al local.

—¿A quién buscas?

—A nadie.

—Venga ya, Hannah. No soy idiota. ¿Es a Dominic?

—No.

Hannah sintió que le ardían las mejillas y se tomó de un trago lo que le quedaba. La fuerza del alcohol, fuera cual fuese, que Becky le había puesto le provocó arcadas, y lo escupió delante, en la hierba. Entonces, justo al alzar la vista, lo vio. Dom caminaba hacia ellas con un brazo echado en actitud relajada sobre el hombro de uno de sus amigos, un chico llamado Cal; los dos reían.

Hannah no supo si se reían de ella, no creía que Dom hiciera algo así, aunque tampoco lo conocía tanto como para afirmarlo con seguridad. Habían hablado varias veces; él siempre era amable, pero no había nada más, si bien Hannah confiaba en que pudiera haberlo.

Dom inclinó la cabeza hacia ella e hizo un saludo militar antes de desaparecer dentro de la casa de comidas con Cal.

—¡Qué historiado! —Lauren soltó una risa contenida.

—No, mujer.

—¡Huy, que Hannah se ha enamorado de verdad! —repuso Lauren dando un suspiro, y puso los ojos en blanco.

—Es que es muy guapo —repuso Hannah—. ¿No crees?

—No, no es mi tipo en absoluto.

—¿Y cuál es tu tipo, querida hermana?

—La verdad es que no lo sé. Menos típico, supongo —respondió Lauren—. Es demasiado rollo surfero para mí.

—No me dirás que un cuerpo tonificado y bronceado no es atractivo.

—Tiene los ojos demasiado juntos.

—¡Ay, Señor!

—Y prefiero a los morenos.

—¿Como Cal, quizá?

—¡Por Dios, no!

Ambas se echaron a reír. Cal tenía fama de ligón, aunque ninguna de las dos comprendía por qué. Dom le sacaba la cabeza por lo menos, y lo que le faltaba de altura Cal lo compensaba hablando fuerte y siendo presuntuoso. Hannah no sabía por qué Dom iba siempre con él, como no fuera para destacar más todavía.

—Bueno, cuéntame —dijo Lauren, volviéndose para mirar de frente a Hannah—, ¿has pensado algo más sobre lo que me comentaste el otro día?

—¿Sobre qué?

—Lo de buscar a nuestro padre.

A Hannah le sorprendió que su hermana sacara el tema. No habían vuelto a hablar de ello desde el día de la playa, y, en vista de su reacción anterior, había estado dándole vueltas a cómo abordarla.

—Sí —contestó, y se echó hacia delante en el banco—. He hecho una lista de todo lo que sé de él. O, al menos, de todo lo que mami nos ha dicho y que, por supuesto, no podemos considerar el evangelio.

—Vale, sigue.

—¿En serio?

Hannah estaba entusiasmada. Contar con Lauren tan fácilmente era más de lo que había imaginado.

—No digo que esté de acuerdo con lo que haces, pero tampoco quiero quedarme al margen.

—Bueno... —Hannah extendió una mano y empezó a doblar dedos—. Sabemos que se llama Peter Webb. Sabemos que debió de abandonarnos alrededor de 2001, porque fue entonces cuando nos vinimos a la Bahía. No sabemos cuántos años tiene, pero, suponiendo que tenga más o menos la edad de mami, debe de andar por los cincuenta y muchos. Y creemos que tal vez esté en Australia.

—¿Ah, sí?

—Bueno, probablemente no. Mami me dijo eso una vez, pero no estoy segura de si creérmelo. Está un poco visto el salir con lo de Australia, ¿no? Creo que fue lo primero que se le vino a la cabeza. No parecía saber lo que decía.

—¿Y nada más?

—Pues no... material de primera para avanzar, ¿eh? Seguro que lo encontraremos enseguida —añadió Hannah, sarcástica.

—¿Y por dónde piensas empezar? —preguntó Lauren, y dio un sorbo a la bebida—. Esto está asqueroso, yo no bebo más.

Hannah alargó la mano y lo vertió en su taza.

—No está tan malo. Además, me gusta el subidón que te da.

Se había fijado en que Dom salía del local, y vio que se dirigía hacia donde Becky seguía riéndose fuerte y atrayendo a su alrededor a un grupo de estudiantes que buscaban cualquier tipo de alcohol que pudieran conseguir. Becky se separaba poco a poco del grupo e iba directa hacia Dom.

—Mira cómo menea el pelo y le pone morritos. Qué poco discreta. A él no le gustará Becky, ¿verdad?

—¿No les gusta a todos los tíos? Bueno, a lo nuestro.

Hannah suspiró.

—Tengo que echarle mano al iPad de alguien. Pensaba usar el ordenador de Morrie, pero no puedo arriesgarme a que se lo cuente a mami. Y probé en el colegio, pero las redes sociales están bloqueadas, y Facebook debe de ser el sitio más fácil para empezar a mirar. ¿Puedes creerte que en plena era tecnológica sea casi imposible buscar en internet?

Kathryn había dejado muy claro que no quería que tuvieran acceso a la red.

—Hay demasiadas personas por ahí fingiendo ser lo que no son —les dijo—. Es más seguro andar por las calles que estar en un cuarto de charla.

—Un *chat*, mami. Y hasta las niñas de trece años tienen Facebook —replicó Hannah.

—¡Me da igual! No son mis hijas.

Cuando finalmente aceptó comprarles teléfonos móviles, Kathryn se pasó una

eternidad eligiendo los que no tuvieran acceso a wifi ni conexión 3G. Al darle el suyo a Hannah, ésta lo había echado a la mochila, indignada. No pensaba dejar que nadie del colegio viera que no tenían el último modelo de iPhone... serían el hazmerreír de todos.

—¡Eh, qué tal, chicas!

Hannah levantó la mirada y vio que Dom iba hacia ellas, con Cal presumiendo detrás como de costumbre, a su sombra. Dom le sonreía directamente, una sonrisa que le daba calor, y Hannah rogó al cielo que no estuviera ruborizándose. Dio otro buen buche a su bebida y, más acostumbrada al sabor, consiguió tragárselo sin estremecerse.

—¿Os importa que me sienta con vosotras?

—En realidad, acabo de ver a Sophie —le dijo Lauren a Hannah—. Voy a hablar con ella. Vuelvo dentro de un ratito, ¿vale? Y tendremos que irnos pronto —añadió, mirando con intención a su hermana.

Hannah se desplazó tímidamente en el banco para dejarle sitio a Dom y le pasó la taza vacía de Lauren a Cal, que se había ofrecido a ir a por más.

—Entonces, ¿vas a la ciudad luego? —preguntó Dom.

Hannah negó con un gesto.

—Lo dudo —respondió—. ¿Y tú?

—Preferiría no ir, pero me figuro que Cal me llevará a rastras. Qué pena que no vengas, a lo mejor me lo pasaba un poco mejor si estabas allí.

Sonrió a Hannah, y ella bebió otro trago. ¿Estaba tirándole los tejos? Hannah nunca había salido con ningún chico y no tenía ni idea de qué debía hacer.

—Quizá podríamos coger las bebidas y dar un paseo por la playa —sugirió Dom.

—No sé.

Hannah sintió que el calor se le extendía por el cuello. Sabía que a estas alturas debía de tenerlo del color de una remolacha. Vio a su hermana de espaldas a ella, en animada conversación con Sophie. Si se marchaba con Dom, tendría que avisar a Lauren, no podía escabullirse sin más. Pero si Lauren terminaba volviendo a casa sin ella, se armaría la gorda.

—O sea, es que mi madre nos espera y no sé... —Se calló, molesta por seguir dejando que su madre decretara lo que debía hacer. A Dom no le interesaría alguien que se iba corriendo junto a su mamáita, y menos, cuando tenía a Becky lista para saltar sobre él, a poco que pudiera—. Vale —añadió, sonriendo—. De acuerdo.

—¡Genial! Se lo diré a Cal, si es que vuelve con las bebidas, aunque me parece que igual tarda un rato. Creo que Becky lo ha atrapado, pobrecillo. Probablemente esté como pez en el agua, aunque no tengo ni idea de por qué.

—Ah, ¿a ti no te parece guapa?

—¿Becky? —preguntó Dom, y se volvió para mirar el grupo, que ahora bailaba y cantaba fuerte—. No está mal. Es un poco demasiado de plástico para mí —matizó, riendo.

Hannah sonrió.

—Voy a decirle a Lauren que nos vamos —repuso.

Sabía cómo reaccionaría su hermana y se preparó para que aquello acabara en enfado, pero sus discusiones nunca duraban mucho. Hannah no llegaría tarde, y en cuanto estuviera en casa esa noche y se metiera en la cama, a Lauren se le pasaría. Era a su madre a la que habría que manejar con más cuidado, pero en ese instante Hannah sólo pensaba en estar a solas en la playa con Dom. Merecía la pena correr el riesgo.

—Debes de estar de broma —contestó Lauren—. Mami se va a poner furiosa. Lo más seguro es que salga a buscarte.

—Pues no le digas dónde estoy. Dile que estoy con Sophie, o con una de las otras. Por favor, Lauren. Te prometo que no llegaré tarde. Sólo estaré una hora o así, después te juro que vuelvo a casa.

Lauren meneó la cabeza.

—Muy bien, pero luego no me digas que no te avisé.

Hannah no se fijó en lo tarde que se había hecho, y cuando miró el reloj y se dio cuenta de que habían pasado dos horas le dijo a Dom que iba a tener que marcharse. Él insistió en acompañarla a casa, pero se pararon en la esquina de la callejuela, donde Dom le tomó la cara entre las manos, la besó suavemente en los labios y luego le dijo que le gustaría verla otra vez, si ella quería. Era la primera vez que le daban un beso, y cuando, sin hacer ruido, cerró la puerta principal al entrar, Hannah se apoyó en ella y se rozó los labios con la punta de los dedos: estaba enamorada.

—¿Qué crees que estás haciendo?

La voz de su madre la sobresaltó. Dio media vuelta y vio a Kathryn sentada a la mesa.

—Dijiste que estarías de vuelta a las diez, y son casi las once. ¿Dónde has estado?

—No me di cuenta de la hora —respondió Hannah tranquilamente. Sabía que su madre estaba enfadada, pero le daba igual. Nada iba a estropearle su buen humor—. Es que estaba charlando con las otras que no han ido a la ciudad y se me olvidó la hora.

—¿Estabas con un chico?

—Había chicos también.

—No te las des de lista. Te pregunto si has salido con un chico, Hannah. Eres demasiado pequeña para hacer cosas así.

—En realidad no, mami. Tengo edad más que suficiente para tener novio, si quiero.

Hannah empezó a subir la escalera. Esto iba poniéndose ridículo, estaba harta de que la trataran como a una niña.

—¡Como me entere de que me mientes...! —gritó Kathryn mientras Hannah llegaba a lo alto de la escalera y cerraba la puerta del dormitorio tras de sí.

«¿Qué harás?», murmuró Hannah por lo bajo.

Siempre lanzaba muchas amenazas, pero ella estaba segura de que no llegarían a nada. Además, su madre no podía hacer gran cosa para impedir que viese a Dom.

—¿Estás despierta todavía? —le susurró a Lauren, al tiempo que se metía en la cama, junto a la de su hermana.

—Apenas.

—Dom es maravilloso —afirmó Hannah con un suspiro—. Estaba nerviosísima por bajar a la playa con él, pero es un encanto. No hicimos nada más que hablar, fue muy bonito.

—Oí que mami te esperaba abajo —dijo Lauren.

—Me ha pedido que salga con él. —A Hannah le dio la risa—. Hemos quedado el jueves que viene, en cuanto empecemos las vacaciones.

—¿De verdad?

—*Fíjate...* —Hannah siguió con sus risillas.

—Mami se rayará, claro.

—Claro.

—¿Ella sabe la edad que tiene Dom?

—Sólo tiene dieciocho años, Lauren. No es precisamente un viejo verde. — Hannah dio un suspiro—. Es guapísimo. Y se interesa mucho por mí, me ha preguntado montones de cosas, como qué voy a hacer cuando termine el colegio, si quiero ir a la uni... Me preguntó: «¿Cuáles son tus sueños?». ¡Imagínate!

—Qué gilipollez.

—Es que estás celosa. Por cierto, ¿sabes una cosa? Va a prestarme su iPad. Dice que me ayudará a buscar a nuestro padre. Parecía interesarle mucho la idea.

Lauren se dio la vuelta y miró fijamente a su hermana.

—¿Cómo? ¿Le contaste que estabas buscando a nuestro padre? ¿Por qué demonios has hecho eso, Hannah? Ahora se sabrá en toda la Bahía.

—No. Me dijo que no se lo diría a nadie.

—Eres increíble —repuso Lauren, mientras se volvía de nuevo y cerraba los ojos—. Anda, cállate ya y déjame dormir un poco. Y, por cierto, mami está cabreada contigo.

—Pues vaya novedad —contestó Hannah. Ahuecó la almohada y se tumbó bocarriba.

Estuvo despierta un rato. Había demasiadas cosas emocionantes en que pensar, y de repente el verano parecía estar lleno de posibilidades que una semana antes ni se habría imaginado. Con ayuda de Dom, encontraría a su padre. Desde que empezó a pensar en buscarlo, una idea se había encendido en su interior. Él era otra pieza de su rompecabezas. Sí, sabía que las había abandonado cuando eran niñas y entendía por qué tal vez a Lauren no le interesaba darle una oportunidad, pero ella quería dársela.

Porque, ¿y si tenían una conexión que Hannah se había perdido toda su vida? ¿Y si, de sus padres, era con él con quien de verdad se llevaba bien? Pasarían los veranos y las Navidades juntos, y él la llevaría a sitios y mostraría interés por lo que ella hacía, y le diría que procurara hacer realidad sus sueños en vez de tratar de reprimirlos, como hacía su madre.

Escuchó cómo se hacía más lenta la suave respiración de Lauren y supo cuándo se había quedado dormida. Oírla era como oír el familiar tictac de un reloj. Hannah le tiró un beso a su hermana y cerró los ojos. No se figuraba cómo podría dormir si Lauren no estuviera en la cama de al lado, pero cuanto más soñaba con grandes cosas, más sentía que, poco a poco, iba alejándose de ella.

ONCE

Había un momento, cuando tenía ocho años, que Kathryn recordaba muy bien. Caminaba con su madre, cogida de su mano. Era otoño, y las aceras estaban llenas de hojas de árboles. Marrones, doradas, rojas... Kathryn no podía apartar los ojos de aquellos colores mientras las veía caer sobre sus zapatos. Los coches pasaban como una exhalación por delante, pero ella procuraba concentrarse en el crujir de las hojas bajo los pies. Era una calle concurrida, y por eso su madre la agarraba con tanta fuerza; tanta que de vez en cuando notaba el agarrón demasiado apretado en la mano.

«Anda bien». Sintió un tirón en el brazo. Pero las hojas eran preciosísimas, y quería correr por ellas y levantarlas a puntapiés, bien alto por el aire. Kathryn empezó a saltar. Siguió ajustando el paso de su madre, pues sabía que no debía adelantarse. «Ya está bien», le dijo ella en tono cortante. «Deja de saltar», con voz más fuerte esta vez. Un empujón le apartó la mano, y Kathryn se quedó sin nadie a quien agarrarse, nadie que la mantuviera a salvo, y de pronto el fragor de los coches fue más fuerte que el crujir de las hojas. Su madre ya había empezado a ir por delante, y Kathryn tuvo que correr para seguirle el ritmo. Con la cabeza gacha, supo que no coger la mano de su madre era un castigo pero no entendía por qué. ¿Era su felicidad lo que molestaba a Eleanor?

Últimamente los recuerdos volvían en tropel, recuerdos en los que hacía años que no pensaba. Era casi como si en su cabeza se hubiera abierto una válvula que permitía que fragmentos del pasado se le colaran otra vez, cuando ella creía que había logrado impedirles la entrada.

Kathryn echó atrás el edredón. Hacía demasiado calor en el dormitorio, y estaba sudando. Era la cuarta noche de aquella semana que no podía dormir, y se planteó pedirle más pastillas al doctor Morgan, aunque éste solía mostrarse reticente. No creía que la medicación solucionara siempre lo que ella necesitaba y le había dicho que fuese a verlo pronto para hablar de algunas cosas. Kathryn había aceptado, ¿qué mal podía hacerle? Su antiguo médico ya había muerto, y tenía que acostumbrarse a que otra persona se ocupara de ella.

Mientras se levantaba despacio de la cama se dio cuenta de lo agotada que se

sentía. Lo único que deseaba era volver a acostarse y dormir el día entero. Pero, a pesar de estar cargados, tenía los ojos muy abiertos, como si buscaran algo. Su cuerpo quizá tuviese sueño, pero su mente no descansaba.

La noche anterior Hannah no había vuelto hasta las once, aunque le había asegurado que volvería antes de las diez. Kathryn oía la voz de su madre diciéndole que no sabía controlar a sus hijas. Se temía que Eleanor también tenía razón en esto y que, en realidad, era incapaz de hacer casi nada.

Sabiendo que no volvería a dormirse, bajó con sigilo la escalera y fue a la cocina. Llenó el cacharro del agua y se sentó a la mesa del desayuno esperando a que hirviera. Al observarse las manos, abiertas sobre la mesa delante de ella, se fijó en que tenía las uñas hechas una pena. Mordidas como las de un niño. Otra vez debía de haber estado haciéndolo sin darse cuenta. La uña del pulgar derecho la tenía tan roída que la carne empezaba a sangrar. «Mierda», murmuró entre dientes mientras buscaba una tirita por los cajones de la cocina. Sabía que la otra semana había comprado tiritas, pero no estaba claro dónde las había puesto. En su cocina todo tenía un sitio. Las tiritas tenían un sitio. Las chicas bromeaban sobre lo organizada que la tenía, y, sin embargo, ahora, por más que lo intentaba, no recordaba dónde estaban aquellas condenadas tiritas.

Cuanto más buscaba, más se exasperaba. Le subía el calor en el cogote, hirviendo bajo la superficie de la piel. Incluso con el fino camisón de dormir sentía la necesidad de sacudir la parte de arriba para refrescarse. Todo aquello era una estupidez. La sangre del pulgar ya se le había secado, pero al no dar con las tiritas se decidió a no parar hasta encontrarlas.

—¿Mami?

Kathryn oyó la voz pero no dejó de sacar cajones y abrir armarios. Tenían que estar en algún lado, las tiritas no se esfumaban sin más.

—Mami, ¿qué haces?

—Estoy buscando una cosa —murmuró.

—¿Qué buscas? —preguntó Lauren—. ¡Mami! —Le agarró el brazo, haciéndola girar sobre sus talones y mirarla de frente—. ¿Qué buscas?

Kathryn se detuvo y miró de hito en hito a su hija, al tiempo que se preguntaba por qué parecía estar preocupada. Entonces, por el rabillo del ojo, vio el caos que había organizado. Por lo general, la habitación estaba impecable; si no estuviera en mitad de aquel desbarajuste, habría supuesto que habían entrado ladrones.

—Bueno, ¿quién iba a saber que teníamos tantas cosas? —respondió Kathryn.

Lauren la miró sin parpadear, incrédula.

—Normalmente, no están tiradas por la cocina. ¿Qué buscabas, de todos modos?

—Una tirita —contestó Kathryn, enseñándole el pulgar.

—¿Para qué?

—Estaba sangrando.

Lauren cogió el pulgar y se lo acercó al ojo.

—¡Joder, mami! no puedo creer que hayas montado todo este follón por eso.

—Haz el favor de no decir palabrotas.

—¿Tú has mirado en el botiquín? —preguntó Lauren mientras empezaba a meterlo todo de nuevo en los cajones abiertos.

¡Ah, el botiquín! Claro, ahí es donde estarían. Qué tonta, no se le había ocurrido mirar allí.

—Sí, aunque por encima —respondió Kathryn—. Deja eso, Lauren. Yo lo ordenaré.

—¿Desde cuándo tienes algunas de estas cosas? ¿Tiras algo alguna vez?

Lauren levantó una postal y miró el dorso. Kathryn reconoció la foto: Morrie la había mandado desde Escocia hacía tres años. Se la quitó de la mano y volvió a meterla a empujones en el cajón.

—Te he dicho que hagas el favor de no preocuparte de esto, Lauren. Ya lo arreglo yo.

—A lo mejor podríamos revisar las cosas, y así sabrás dónde está todo.

—Yo ya sé dónde está todo —replicó Kathryn—. No necesito revisar nada.

—¿En serio? —preguntó Lauren, sin dejar de recoger papeles, latas y cajas del suelo—. ¿Sabes lo que hay dentro de cada una de éstas?

—Clips, gomas elásticas, bolígrafos, sellos... Sí, sé qué hay dentro de cada una de ellas, Lauren. No estoy perdiendo la cabeza, gracias —contestó su madre bruscamente.

—Yo no he dicho que estuvieras perdiendo la cabeza. —Lauren dio un suspiro—. ¿Y esto? —añadió, y le enseñó un sobre de papel manila, de un marrón desvaído, que se había caído del fondo del armario despensa—. ¿Qué hay aquí dentro?

Kathryn abrió mucho los ojos. Hacía años que no veía aquello. Tal vez desde que se habían mudado a la casa. Habían llegado a Mull Bay en plena noche. Había subido los dormidos cuerpos de las niñas a su habitación, primero una y luego otra, y las había metido con cuidado en sus camas, Lauren a la derecha y Hannah a la izquierda. Recordaba esa noche como si hubiera sido el día anterior. La Bahía le había parecido espectral, y ella estaba sola. Fue una experiencia sumamente aterradora; no tenía ni idea de cómo iba a salir el día siguiente, por no hablar del futuro de las tres. Sólo ella y las niñas en una casa nueva, donde en teoría iba a pasar el resto de su vida, y lo único que podía hacer era confiar en las personas que le habían dicho que se marchara. No podía creer que hiciera ya

catorce años y que aún vivieran en la misma casita. Su madre estaba en lo cierto: las cosas habían salido como dijo que saldrían. Su madre siempre tenía razón.

Esa noche Kathryn había metido el sobre en la parte de atrás del armario. Por entonces las chicas eran demasiado pequeñas como para llegar al estante superior, y siempre había pensado cambiarlo de sitio cuando encontrara un lugar más adecuado, pero se le había olvidado por completo. Se lanzó hacia delante intentando coger el sobre mientras Lauren echaba atrás la mano.

—Ay, ay... —Lauren se echó a reír—. No hasta que me digas qué hay dentro.

—Dámelo ahora mismo —exigió Kathryn.

—Claro que siempre puedo echarle una miradita —continuó Lauren, fingiendo despegar la solapa.

—¡Te he dicho que me lo des ahora mismo! —Kathryn se puso derecha—. ¡Es privado, y no tienes ningún derecho a mirarlo!

—Muy bien —contestó Lauren, pasándole el sobre—. Sólo estaba tonteando.

Kathryn volvió al agua, que ya había hervido, y la vertió en un tazón. Mientras lo hacía sintió que la mirada de su hija le traspasaba la nuca. Sentía haberse dirigido a ella con aspereza, pero ahora le temblaban las manos, y lo único que quería era salir de la habitación y estar sola.

—¿Qué haces levantada tan temprano? —le preguntó, pero cuando se volvió a mirar Lauren ya se había ido.

Dando un hondo suspiro, Kathryn terminó de prepararse el tazón de té. Aquel sobre tenía que estar en un lugar más seguro, no metido al fondo de un armario de cocina. Había sido un estúpido error por su parte, aunque desde que llegaron a Mull Bay no había necesitado los papeles que estaban dentro. Pero si las chicas vieran alguna vez lo que había allí... Mientras subía la escalera para volver a su cuarto decidió que necesitaba una caja fuerte. Eso o alguna cosa que pudiera cerrar con llave. La compraría en la ferretería esa mañana.

En lo alto de la escalera oyó a las chicas hablar en voz baja detrás de la puerta del dormitorio. Se imaginó a Lauren contándole a Hannah cómo estaba la cocina, y que Kathryn le había hablado en tono brusco. La respuesta de Hannah sería poner cara de resignación, murmurar algún comentario sobre lo propio de Kathryn que era eso y preguntarle por qué no había mirado dentro del sobre; ella lo habría hecho.

Kathryn siempre había enseñado a las chicas que no estaba bien escuchar a escondidas, pero hablaban muy bajo, y necesitaba saber qué decían. Pisando con cuidado la moqueta para evitar que crujieran las tablas del suelo, se acercó despacio a la puerta y se inclinó hacia delante todo lo que pudo.

—De verdad que me gustaría que no lo hicieras —susurraba Lauren.

Silencio. Luego Hannah masculló algo que Kathryn no entendió. Pensó que

aquello era absurdo, y estaba a punto de retroceder cuando oyó: «Mami se enterará, ¿sabes? Y entonces no te dejará que hagas nada».

¿Nada de qué?

Con cuidado, Kathryn se acercó un poco más.

—No tiene por qué saberlo, si tú no se lo dices —contestó Hannah.

Kathryn frunció las cejas. ¿De qué hablaban sus hijas?

Lauren suspiró.

—Claro que tiene que saberlo. De todas formas, en algún momento lo averiguará. Eres tonta, si piensas que puedes hacer esto sin que ella se entere.

Se produjo un silencio hasta que Lauren habló de nuevo.

—De verdad, olvídate de todo esto.

—No puedo —respondió Hannah—. Ahora que he empezado a pensar en eso, sé qué es exactamente lo que quiero hacer.

Kathryn sintió ganas de gritar a través de la puerta cerrada: «¿Qué quieres hacer? ¿Cuál es este secreto que no va a gustarme nada?».

—Voy a buscar a nuestro padre —afirmó Hannah—. Y, cuando lo encuentre, voy a preguntarle qué pasó de verdad en nuestro pasado, porque a veces tengo la sensación de que mami no nos lo cuenta todo.

Kathryn se quedó petrificada. Habría querido escabullirse hacia la seguridad de su dormitorio, pero sus piernas parecían de plomo y le anclaban los pies a la moqueta, ante el cuarto de sus hijas. «Ay, no», pensó, «¡esto no puede estar pasando!». El corazón le latía demasiado deprisa, y, al agarrarse el pecho, dejó caer el tazón de té; el líquido marrón oscuro se extendió por la alfombra y salpicó el rodapié.

Clavó la mirada en aquel desastre. «¡Coge un paño!», gritó una voz en su interior. «¡Límpialo antes de que deje mancha!». Sin embargo, parecía que estaba a punto de estallarle la cabeza al pensar en Peter, y en que de ninguna manera podía permitir que las chicas lo encontrasen nunca... y lo único que pudo hacer fue dejarse caer al suelo y mirar cómo las fibras de su moqueta de pelo largo color crema absorbían lo que quedaba del té.

DOCE

Querido Adam:

Rechacé una y otra vez la idea de buscar a las niñas en Facebook. Sabía que sólo harían falta unos cuantos clics para ver sus caras de dieciséis años devolviéndome la mirada. Pero siempre que me lo planteaba, me paralizaba el miedo a lo desconocido. En el momento en que las viera estaría abriendo una caja de Pandora que no podría volver a cerrar.

Al menos eso es lo que pensaba hasta esta mañana, cuando me invadió un arranque de valor y, antes de que yo misma me disuadiera, me puse a buscar. Tecleé sus nombres, Hannah y Lauren Webb, pero nada. Probé con el apellido de Eleanor, Bretton. Incluso con el mío, Ryder. No tenía ni idea de por qué Kathryn iba a cambiarles el apellido por el de mi padre, pero valía la pena intentarlo. Escudriñé las infinitas fotos de Hannahs y Laurens de toda Gran Bretaña, pero cuantas más caras miraba, más me preguntaba si ahora reconocería siquiera a las niñas. Quizá pase por delante de ellas en la calle todos los días sin saberlo. Quizá hayan estado delante de mí en una cola, y pude haberlas tocado sólo con alargar el brazo, pero no vi sus boquitas de botón de rosa ni las naricillas pecosas en sus rostros adolescentes. Ya no sé qué aspecto tienen y lo que quiero en este momento, más que ninguna otra cosa, es saber.

A veces cuando desaparecen niños la gente hace después unas fotografías especiales que muestran su posible aspecto. Quiero ver a las niñas, Adam. Me resulta insoportable no tener ni idea de cómo son ya. Las únicas imágenes que tengo están en mi cabeza y reflejan su apariencia a los dos años. ¿Cómo voy a reconocerlas ahora?

La noche que se marcharon le abrí la puerta a mi abuela. Estaba envuelta en un largo abrigo de pieles que le rozaba los tobillos. Me revolvió las tripas mirarla, y eso sin pensar en qué animal había tenido que sufrir para vestirla. Con la cabeza, señaló el coche de policía aparcado en la calzada y me preguntó qué hacía delante de nuestra casa. Le contesté que los agentes estaban dentro; le

conté que mi madre había desaparecido.

—Repíte eso —respondió despacio.

Volví a decirle que Kathryn se había ido, y las niñas también. No nos movimos del peldaño. Oí a los dos policías hablando en la sala y vi que Eleanor miraba por encima de mi hombro al vestíbulo que quedaba más allá. Vaciló y me miró de nuevo.

—¿Sabes adónde?

—Claro que no —respondí—. ¿Por qué crees que ha venido la policía? Tengo miedo —añadí de pronto, aunque odiaba confesárselo—. ¿Dónde están?

Volvió a mirarme con sus ojos fríos y duros, y luego me apartó de un empujón y entró con paso enérgico, muy resuelta. Me pregunté qué iba a decirles, y si ellos la reconocerían por los periódicos. De pronto tuve la sensación de que ella tomaría el mando de todo y no supe si eso era bueno o malo.

Hoy dejé el trabajo. Maggie me preguntó en qué pienso emplear el tiempo, y le respondí que, si estuviera mejor cualificada, me encantaría estudiar. Le pareció una idea estupenda, pues muchos alumnos adultos aprendían más tarde nuevos oficios, y quiso saber por qué creía que necesitaba una titulación mejor. Le conté que había dejado el colegio a la edad de diecisiete años sin el título de secundaria, sólo con un puñado de asignaturas aprobadas. No estaba segura de tener madera de estudiante.

—¿Cuántas asignaturas son? —dijo.

—Cinco —contesté—. Todas con un aprobado nada más.

—Eso no está mal, Abi.

—¿Teniendo en cuenta las circunstancias, quiere decir?

—No, no sólo teniendo en cuenta las circunstancias. —Se calló un momento—. ¿Por qué no hablamos de lo que ocurría por entonces en su casa? —sugirió, con cautela—. Sus dos últimos años escolares.

Ya habíamos tocado esta época de mi vida en dos ocasiones, hacía un tiempo. Pero las dos veces me había mostrado muy poco comunicativa, y desde entonces Maggie no había sacado el tema. Ella dice que sabe cuando no quiero hablar de las cosas porque empiezo a mordermme el labio inferior. Yo no me había dado cuenta de que lo hacía hasta una vez que me lo mordí tan fuerte que me salió sangre.

Para ser justos, fue un milagro que consiguiera sacar cinco asignaturas. Pero en una época anterior me gustaba mucho el colegio: aprender me entusiasmaba.

Cuando tenía trece años nuestra profesora de Arte, la señorita Jennings, nos

pidió que montáramos un cuadro con objetos encontrados en la basura. Yo quise hacerlo bien porque tenía interés en sacar buena nota. La señorita Jennings me sugirió que escogiera Arte como optativa del curso siguiente, y la idea me gustó tanto que me esforcé especialmente con el collage. Se convirtió en un mapa del mundo. Elegí con esmero los materiales para representar los países. La bota de Italia estaba llena de penne secas, y el mar lo hice con etiquetas de latas de atún y de sardinas. La señorita Jennings me puso un diez y me pidió que se lo enseñara al director, y él me dijo que lo había impresionado aquel despliegue de originalidad. ¡Yo estaba emocionadísima! Casi nunca llevaba nada a casa para enseñárselo a mi madre, pero, lógicamente, aquello quise llevarlo.

Cuando me acercaba a la casa empecé a oír voces. No los oía discutir con frecuencia, pero esa tarde mi madre y Peter discutían. Hice bastante ruido al cerrar la puerta principal, pues quería que supieran que había vuelto para que dejaran de gritar, y eso hicieron. Entré en la cocina, donde mi madre, junto al fregadero, me daba la espalda.

—Mami... —Me acerqué a ella—. Hoy he sacado un diez en el colegio por esto.

Sin sonreírme, se volvió para ver lo que le enseñaba. Me quitó el cuadro de las manos y lo miró. Sentí ganas de cogerlo otra vez... me dio miedo que el fuego de sus ojos fuera a hacerle un agujero.

—Vaya —murmuró Peter—. Arte. Con eso no llegarás a ningún lado en la vida.

Hizo girar el whisky en el vaso, se lo tomó de un trago y después salió de la cocina dando un portazo.

Mi madre llamó a Peter y tiró mi cuadro. Creo que pretendía ponerlo en la mesa, pero cayó más allá y acabó en el suelo. «¡Peter!», gritó. «¡Peter, no hagas ninguna temeridad!». Y se fue corriendo escaleras arriba detrás de él.

Recogí mi obra del suelo y la agarré unos instantes. Estaba enfadadísima, con ellos y también conmigo, por tener deseos de llorar. Con el arte quizá no llegase a ninguna parte —mi padre no había llegado a ninguna parte—, pero no tenía intención de dejarlo por lo que pensara Peter. Contemplé mi cuadro, pensando en mis absurdas esperanzas de que a lo mejor ocuparía un lugar de honor en la puerta del frigorífico. Y a continuación lo hice trizas y esparcí los diminutos pedazos como si fueran confetti. Después de eso me decidí aún más a hacer lo que quisiera y no me molesté en llevar nada para enseñárselo a mi madre.

Más tarde, aquel mismo curso, el colegio iba a celebrar una velada de padres y alumnos, pero esa noche Cara había comprado entradas para que fuéramos las dos a ver a los Backstreet Boys. Aunque sólo teníamos trece años, no me sorprendió cuando me dijo que sus padres la dejaban ir. Ellos creían que Cara

debía «ser libre y explorarse a sí misma». No se daban cuenta de que estaba dejando que la mitad del colegio la explorara también, y no creo que hubieran sido tan sumamente liberales de saber las libertades que Cara se tomaba con el tabaco, el alcohol y los chicos.

A mi madre no le gustaba Cara, y no lo disimulaba. Yo veía que entornaba los ojos siempre que la llevaba a casa, y que la seguía con la mirada a la espera de que hiciera algo incorrecto. En cuanto Cara se iba, mi madre chasqueaba la lengua y decía: «No me fío de esa niña. Se lo tiene demasiado creído». Kathryn sabía que era una mala influencia y tenía razón. Pero con Cara me divertía, y me encantaba estar con ella. Además era una chica popular, y yo no quería desperdiciar la oportunidad de ser muy amiga de una de las chicas guays.

De modo que decidí escabullirme al concierto con Cara y ni me tomé la molestia de contarle a mi madre lo de la velada de padres. Sabía que me reñiría mucho cuando descubriera que no le había hablado de la reunión del colegio. Le mandarían una carta preguntando por qué no habían sabido de ella. Era la primera vez que me arriesgaba de esa manera pero me la jugué porque, en realidad, me daba igual.

Si llegó a enterarse, o si recibió una carta, Kathryn prefirió no decirme nada, pero yo estaba tan segura de que lo averiguaría que me encontré esperando un castigo que jamás llegó. Le dije a Maggie que, probablemente, ahí había empezado todo. Cuando pensé que si a ella no le apetecía una mierda reprenderme, a mí no me daba la gana de hacer lo que ella me mandaba.

Maggie quiso saber más acerca de Cara.

—Parece que influía en usted —me comentó.

—Mostraba interés por mí —le contesté—. Y eso era algo de lo que yo andaba muy escasa.

—¿Y fueron amigas las dos durante un tiempo?

Asentí.

—Justo hasta después de que se fuera mi madre, luego yo descarrilé un poco, y al final sus padres se dieron cuenta de lo que su chiquitina andaba haciendo también. Cuando Kathryn se marchó, me quedé en mi casa unas seis semanas, pero tan pronto como mi abuela me dio una cantidad de dinero, me mudé y alquilé una habitación en una casa compartida. Entonces empecé a vivir la vida algo más libremente, y los padres de Cara decidieron que aquello era demasiado. La mandaron a una escuela privada donde se sacaría el título de bachillerato sin que yo le fastidiara el plan. No volví a saber más de ella.

—¿Por qué le dio dinero su abuela? —preguntó Maggie—. ¿Era mucho?

Hice un gesto afirmativo.

—Más de lo que debería dejarse bajo la responsabilidad de una adolescente,

en todo caso. Me lo pasó en un sobre y dijo que era cuenta mía cómo lo gastaba, pero que era lo último que recibiría. Me duró poco más de un año. Yo lo guardaba en el sobre debajo del colchón. Tuve suerte de que nadie lo encontrara, ya que después no me dio ni un penique más.

Pasado un momento, añadí:

—Tiene mucha gracia, ¿verdad? Que al final pensarán que era yo quien representaba una mala influencia para Cara.

—Vayamos otra vez a ese momento decisivo —dijo Maggie—, el trimestre anterior a Navidad, cuando tenía usted trece años. Su madre empezó a dar señales de indiferencia hacia usted. ¿Eso se convirtió en norma hasta que se marchó?

Negué con la cabeza.

—No, había veces en que le daba por mí, y yo apenas podía respirar.

—¿En qué sentido? —preguntó Maggie.

—Controlándome. Asegurándose de que respetaba las reglas.

—¿Las reglas que le imponía ella?

—Lo dudo. Más probablemente, las reglas heredadas de mi abuela.

Mi madre era como una marioneta cuyos hilos manejaba Eleanor. En especial, cuando las cosas salían mal. Entonces Kathryn lo metía todo en una maleta y las dos nos largábamos a la casa de Yorkshire adonde sus padres acababan de mudarse. Por lo general, para entonces a mi madre no le quedaban energías. Sucedió por primera vez poco después de que mi padre muriera. Yo sólo tenía siete años, pero me parecía que me faltaban los dos. Mi padre ya no estaba, y aunque mi madre sí, era como si no estuviera. Kathryn apenas tenía ánimos para preparar la merienda. Después de tomar ravioli en lata seis noches seguidas le dije que ya no podía comer más. Incluso hoy día, su olor me recuerda las semanas que siguieron a la muerte de mi padre.

Mi madre me bañaba, me vestía para ir al colegio y a veces me llevaba al parque, pero todo lo hacía casi sin hablarme. Tenía los ojos como de vidrio. Se quedaba mirando fijamente a través de mí como si ya no me viera. Yo me preguntaba si se la habrían llevado al mismo lugar adonde había ido mi padre. O a lo mejor ella sólo deseaba que hubiera sido así. Desde luego, no fue la misma desde que él murió.

Entonces fue cuando se presentó Eleanor y se hicieron los cambios. Ya no hablamos más de él, y sus fotografías se quitaron. Mi madre le permitía a Eleanor limpiarnos de su recuerdo. Pero lo único que hacían las dos era quitarnos las partes buenas que tenía nuestra vida, y mi madre o no lo vio, o no tuvo fuerzas para luchar contra aquello.

Ocurría cada vez que se topaba con un obstáculo, Kathryn musitaba: «Tengo

que hablar con mamá», y allá que íbamos a Lordavale. Cuando Eleanor nos veía a la puerta, sus cejas subían hasta colocársele en la nuca. Parecía que le entraban ganas de gritar, pero nunca lo hacía. Generalmente, agarraba del brazo a mi madre y la metía de un tirón; luego la llevaba a empujones a un cuarto, y allí alzaba la voz y le hablaba largo y tendido. Con frecuencia yo vagaba por el jardín hasta que ellas terminaban. A menudo llamaban al médico para que la viera, un hombre extraño, de aspecto achaparrado, que yo siempre pensé que parecía una comadreja. No me gustaba. Me daba una impresión furtiva, y me alegro de que no tuviera que atenderme nunca cuando era niña.

Después salía mi madre, con un nuevo chute de vivacidad puesto, y cuando Eleanor se convencía de que Kathryn funcionaba de un modo que ella juzgaba aceptable, nos mandaba a las dos de vuelta a Londres. No me sorprendería enterarme de que, en esas ocasiones, Eleanor le realizaba su lobotomía particular.

—¿Cree usted que su madre padecía algún desorden mental? —preguntó Maggie cuando le conté aquello.

Me encogí de hombros.

—Creo que Eleanor la tenía atrapada en su embrujo. Y que era muy débil. Pero no sé, tal vez sí. Nunca me lo dijeron.

—Desde luego, parece que a Eleanor se le daba bien manipular a Kathryn.

Eleanor poseía la habilidad de manipular a todo el que tenía alrededor. Mi madre era maleable; adoptaba cualquier forma que Eleanor deseara. Pero nunca pensé que yo haría lo mismo hasta el día en que se marcharon, cuando, más tarde, Eleanor me convenció de que me convenía mucho mantenerme al margen. Durante una temporada me aseguró que aquello pasaría y que mi madre volvería en cuanto estuviese mejor, y yo la creí. «Dale tiempo», me aconsejaba, «y cuando esto se calme, todo se arreglará». Nunca me explicó cómo. Pero a medida que los días se convertían en semanas, y yo me volvía más exigente con mis preguntas, mi abuela comprendió que iba transformándome en una amenaza, y una amenaza de calibre mayor del que ella había previsto. «Toma esto», me dijo, y me lanzó desesperadamente el dinero. Era más del que yo había visto nunca. Fui hojeando los billetes, sumando millares en mi cabeza, y luego, al final, encontré mi primer momento de consuelo en el fondo de una botella de vodka.

—Sí —le respondí a Maggie—. Se le da muy bien manejar a todo el mundo una vez que descubre su punto vulnerable.

Rezo para que no esté buscándolo en las niñas.

TRECE

Hannah decidió contarle a su madre que aquel jueves iba a ver a Dom. Habían quedado en el café de la calle mayor, y sabía que sólo era cuestión de tiempo que Kathryn se enterase. El chisme correría como un río por las callejuelas de la Bahía hasta llegar a ella. «Ah, Kathryn, hoy vimos a su hija en el café con ese chico, Dominic. No, Hannah, claro. ¿No es mayor que ella? ¿Qué le parece a usted, Kathryn? Personalmente, no estoy demasiado segura de la familia Wilson. ¿No le han contado que...?». Luego añadirían una pizca de cotilleo casi seguro que inventado, porque a las mujeres de la Bahía no parecían preocuparles demasiado ciertos detalles como la verdad.

Le dijo que Dom iba a ayudarla con un trabajo escolar que les habían puesto para las vacaciones de verano. Al principio su madre no reaccionó, y Hannah se planteó salir de la habitación sin que se diera cuenta. Cuando, finalmente, le preguntó de qué iba el trabajo y quién lo había mandado, a Hannah le sorprendió la rapidez con que las mentiras salían de su boca. El cuento le brotaba de la punta de la lengua sin problemas. Su hermana estaba oyéndola, y estaba convencida de que Lauren la respaldaría, si fuera preciso. Casi notaba su desaprobación taladrándole la espalda, pero sabía que no haría nada por comprometerla.

Ojalá no tuviera que mentir. Sería muchísimo mejor si su madre fuera de esas que sentaban a sus hijas a la mesa y querían enterarse de todos los detalles de sus novios. De las que se ponían nerviosas con ellas si esperaban una llamada y se entusiasmaban cuando por fin les pedían salir. De las que invitaban a cenar a los chicos y se reían con ellos, de las que querían saber qué cosas les interesaban y, cuando ellos salían de la habitación, guiñaban un ojo y reconocían que les parecían guapos.

Pero su madre no era como la mayoría, su experiencia con los chicos era muy limitada. Les había contado que tenía treinta y un años cuando conoció al padre de las mellizas y, por lo que ellas sabían, antes no había habido nadie en serio. Y luego él acabó dejándola para que criara sola a dos niñas pequeñas en un pueblo donde no conocía a nadie. Hannah se figuraba que eso contribuía mucho a

explicar el extraño comportamiento de su madre.

Dom ya estaba en el café cuando llegó. Estaba sentado frente a la puerta, pero tenía la cabeza inclinada hacia delante, con gesto de concentración, mientras daba golpecitos con los pulgares en el móvil. La campanilla de la puerta sonó al entrar Hannah y, automáticamente, él alzó la cabeza y se levantó para sacarle una silla.

—¿Qué te traigo? —le preguntó.

—Un café con leche desnatada, por favor —contestó Hannah, sonriendo.

Dom volvió con dos cafés con leche y una porción de bizcocho Victoria, que partió en dos; luego empujó una mitad hacia ella.

—No me digas que eres de esas chicas que le dicen «no» a una tarta —comentó.

Hannah dejó ver una amplia sonrisa y cogió un tenedor del plato.

—Nunca le digo «no» a una tarta.

Dom se echó a reír.

—¡Bien! No soporto a las chicas que no paran de decir que están a dieta. Qué aburrimiento.

Hannah se preguntó a cuántas chicas conocería bien. Alguien tan guapo como Dom probablemente habría salido con muchas. Ella sabía por lo menos de tres exnovias que la pondrían de vuelta y media cuando supieran que estaba con él.

Dom se pasó los dedos por la rizada pelambreira rubia y le dirigió una amplia sonrisa. Era surfista y daba el tipo. El sol le había aclarado el pelo, y tenía la piel de un moreno dorado. Hannah se imaginó la forma de su tonificado cuerpo debajo de la camiseta. Lo había visto ya muchas veces cuando él se quedaba en pantalones cortos en la playa. Dom siempre era de los primeros en quitarse la camiseta y meterse corriendo en el mar, fuera cual fuese la época del año. Pero Hannah prefería fantasear con los contornos que ocultaba su ropa.

—¿Nos terminamos esto y nos vamos a otro lado? —sugirió Dom.

—¿Adónde, por ejemplo? —Hannah se sorprendió. No se le había ocurrido que fuesen a ir a ningún sitio más que al café.

—No sé. ¿A la playa?

Hannah hizo un gesto negativo.

—Siempre estoy allí. Y además habrá mucha gente que conocemos.

—Entonces tengo una idea —repuso él, al tiempo que se ponía en pie y le tendía la mano—. Venga, vámonos.

Hannah nunca había estado en un descapotable. Cuando Dom la llevó a su casa y

le dijo que esperara en el camino de acceso, no se figuró que saldría con las llaves del coche de su padre en la mano y proponiendo que fueran a dar una vuelta. No estaba del todo convencida de que a Dom le hubieran dado permiso, y no le cabía en la cabeza que muchos padres se quedasen tan tranquilos dejándoles las llaves de un Mercedes que sólo tenía un año a sus hijos de dieciocho.

—No pasa nada. —Dom se echó a reír mientras ponía en marcha el motor, cuando Hannah le preguntó por segunda vez si aquello lo sabía su padre—. Es un tío guay con estas cosas.

—¿Estás seguro?

—Mi padre trabaja en un concesionario de automóviles. —Dom se encogió de hombros—. Éste ni siquiera es suyo. Además, estoy asegurado. Así que haz el favor de no preocuparte.

Hannah sonrió y se recostó en el asiento de cuero color crema. Cuando Dom aceleró y salieron de la Bahía notó que el viento le alborotaba el pelo. Se sentía alocada y libre, y era una sensación euforizante.

—¿Por qué sonríes? —dijo Dom, alzando la voz por encima del sonido del viento y del motor.

—¡Estoy viva! —gritó Hannah, levantando los brazos en el aire y riendo.

—Tengo que sacarte más.

—Quiero que conduzcas sin parar. Si sigues adelante, ¿dónde terminaríamos?

—No sé. Al final en la costa sur, quizá en Brighton. Pero tardaríamos mucho en llegar.

—¿Qué hay en Brighton?

—Un paseo en el muelle, una playa... No tengo ni idea, nunca he estado allí. ¿Por qué? ¿Quieres ir?

—¡Sí, quiero ir a Brighton! —Hannah se echó a reír—. Quiero ir a todas partes. Quiero ir a Londres y a Cornualles y a Liverpool también. Quiero que me lleves por todo el país en tu coche, ¡y no volveremos hasta que no lo hayamos visto entero!

—Estás loca —respondió él, riendo—. Pero trato hecho. Este verano te llevaré a uno de esos sitios. Elige adónde te gustaría más ir.

Hannah le echó una mirada y sonrió. El chico más guapo del mundo estaba sentado junto a ella y acababa de ofrecerse a sacarla de Mull Bay. Dom era el comienzo del resto de su vida.

—A Londres —respondió—. Vamos a Londres un día.

Veinte minutos después dejaron la carretera y se metieron por un camino de piedra. Dom se detuvo junto a una valla y señaló la hierba del otro lado; Hannah salió del coche y esperó a que sacara del maletero una manta de pícnic y unas

bebidas. «Es lo único que he encontrado», dijo él, encogiéndose de hombros; le pasó una lata de Coca-Cola y saltó por encima de la valla. Hannah fue detrás, y Dom extendió la manta para que se sentasen.

—Estoy impresionada de que metieras una manta —dijo Hannah.

—No, si ya estaba dentro —reconoció él—. Y seguro que te quedabas más impresionada si abriera una botella de vino.

—No, ni siquiera me gusta el vino.

—Sí que eres distinta de la mayoría de las chicas con las que he salido —comentó Dom, sonriente.

—¿Ah, sí?

—Eso no es malo, créeme.

Hannah observó cómo Dom se tendía en la manta y cerraba los ojos, un gesto que le pareció lleno de confianza en sí mismo. Se tumbó a su lado pero no estaba tranquila. Se encontraban en medio de un campo. Era un sitio raro para llevarla, y no se sentía del todo cómoda. El calor del sol les daba de lleno, y empezó a notar que le sonaba el estómago. La tarta no la había llenado, y ya había pasado la hora de almorzar.

—¿No te relajas? —preguntó él sin abrir los ojos.

—Sí, claro que sí.

—¿Te gustaría que no te hubiera traído aquí? ¿Preferirías que nos hubiéramos quedado en la Bahía?

—¡Dios mío, no!

Hannah se pasaba la vida queriendo salir de la Bahía, así que no lograba entender por qué se sentía tan inquieta ahora que ya no estaban allí.

Dom se apoyó en el codo y la miró.

—Vamos a hablar.

Hablaron de la Bahía, del surf, de los amigos y del colegio. Él le contó anécdotas de Cal que la hicieron reír, y ella se dio cuenta de que no quería estar en ningún otro sitio que no fuera en mitad de un campo con Dom.

—¿Has pensado más en lo de buscar a tu padre? —preguntó él.

—Un poquito —reconoció Hannah—. Si te soy sincera, Lauren tiene tantos altibajos con eso que, la verdad, no sé qué hacer. Tan pronto se muestra interesada como se preocupa por nuestra madre.

—Pero ¿qué quieres hacer tú?

—Yo quiero encontrarlo —insistió ella—. Pero también estoy preocupada. Como dice Lauren, él no quiso saber nada de nosotras, ¿y si sigue igual?

—Hablas mucho de Lauren —repuso Dom—. No me imagino cómo es tener un mellizo.

—Es maravilloso. —Hannah sonrió—. Ella es mi otra mitad.

—¿No os peleáis nunca?

—Claro que sí. Pero siempre lo solucionamos.

—Sois muy distintas —dijo él.

—¿En qué sentido?

—Ella parece un poco más... —Agitó la mano en el aire—. No sé, distante conmigo. Yo no sabría qué decirle. Me resulta más fácil hablar contigo.

Hannah se echó a reír.

—Probablemente sea porque no has probado a hablar con Lauren. Conmigo no hablabas mucho hasta la otra noche.

—Es verdad —contestó él sonriendo, sin dejar de mirarla.

Hannah se preguntó si estaba en el cielo. Eso le parecía. Cuando en ese momento cerró los ojos y sintió el calor del sol acariciarle los párpados ya no tenía hambre.

—No tardaré mucho en tener que volver... —dijo Dom, rompiendo de pronto el silencio.

A Hannah se le cayó el estómago a los pies. Nunca como ese día había sido tan consciente de los movimientos de sus tripas. Era demasiado pronto para abandonar la seguridad de aquel campo que habían convertido en su territorio particular.

—¿No hay más remedio? —susurró—. Me gusta estar aquí, lejos de todo el mundo.

Dom se rio.

—Parece que no sales mucho.

—No.

—¿De verdad es tu madre tan mala como dice la gente?

—¿A qué te refieres? —preguntó Hannah, y abrió los ojos para mirarlo—. ¿Qué dice la gente?

—Nada del otro mundo, que no deja que ninguna de las dos hagáis demasiadas cosas solas.

Hannah no respondió.

—¿Siempre ha sido así?

—Me imagino que sí. Se angustia por todo. Es como si pensara que seguimos siendo unas crías, y no quiere que crezcamos. Algunas veces me pregunto si es porque mi padre la dejó y le preocupa que hagamos lo mismo. Pero es agobiante, y cuanto más fuerte me agarra, más quiero yo soltarme.

Sólo el pensar en cómo Kathryn las asfixiaba sacaba de quicio a Hannah. Ella y Lauren siempre se habían portado bien, nunca le habían dado motivo de inquietud. Ojalá confiase lo bastante en ellas como para dejarles tomar algunas decisiones en vez de intentar controlar cómo vivían.

—Entonces, ¿tu padre vivía con vosotras en la Bahía antes de irse?

—No, nos mudamos justo después, creo. Antes vivíamos en una casa en el norte de Londres, pero no la recuerdo. Sólo teníamos dos años cuando nos marchamos.

En cierta ocasión Hannah se enteró de que un niño no tiene recuerdos anteriores a los cuatro años, pero no creía que fuera así. En su mente había ciertas cosas que sabía que debían de ser recuerdos. Lauren coincidía en la mayoría de ellos también. Por ejemplo, las dos se acordaban de que al cumplir tres años les regalaron sendas bicicletas de segunda mano. La de Hannah era morada y la de Lauren, rosa, y Hannah se veía muy claramente llorando porque quería la de Lauren. Al parecer, Lauren dijo que no le importaba cambiársela, pero esa parte Hannah no la recordaba.

Luego estaba la vez que Lauren se cayó de un columpio, algo que su madre confirmó que había pasado no mucho después de que se trasladaran a la Bahía. Hannah aún oía el grito desgarrador y veía a su hermana tendida en la hierba junto al columpio, con la pierna doblada de una forma que parecía imposible.

—Seguro que se recuerdan cosas como una pierna rota —comentaba su madre.

Aunque Hannah no estaba convencida de que fuera así, si no eran los huesos propios los que se rompían.

Si embargo, no se acordaba de la casa donde vivían antes de mudarse a la Bahía. Por mucho que lo intentaba, no veía las habitaciones ni qué aspecto tenía por fuera. No ayudaba el que no tuviesen fotos de ella. La casa no llevaba a ninguna parte.

Pero, a pesar todo, había algo más; en un rincón de su memoria tenía un pedacito de recuerdo que no se desvanecía, aunque en este caso Lauren no lo compartía con ella. Hannah juraba y perjuraba que se acordaba de alguien más que vivía con ellas. A veces se lo imaginaba nítidamente: otra persona de la casa, que jugaba con ellas, las acariciaba y las quería.

—Debía de ser nuestro padre —dijo Lauren una de las muchas ocasiones en que Hannah había hablado del asunto.

—No es él, yo sé que no.

De eso estaba segura.

—Bueno, pues allí no había nadie más. No que yo recuerde, por lo menos.

Hannah sabía que no era su padre, porque la presencia que evocaba era femenina. Se acordó por primera vez cuando alguien pasó por delante de ella y dejó tras de sí un aroma a White Musk. Fue una sensación muy fuerte, y tenía que aferrarse a ella para creer que no se equivocaba. En cierta ocasión se lo preguntó a su madre, aunque Kathryn le respondió con brusquedad y le dijo que

no dijera tonterías, y luego lo tomó a risa. Pero Hannah estaba convencida de que aquello no era producto de su imaginación. En sus vidas había alguien más y, fuera quien fuese, estaba segura de que era una persona a la que ella y Lauren habían querido muchísimo.

CATORCE

Kathryn esperaba junto a la ventana de la cocina. Había bajado a medias las persianas de modo que veía el exterior pero también podía retroceder despacio, sin que la vieran, cuando alguna de las chicas se acercara a la cancela. Las dos habían salido. Lauren andaba corriendo por la Bahía en un coche que conducía una chica de diecisiete años que apenas acababa de sacar el carné. Kathryn, por supuesto, no estaba nada contenta. Los datos eran irrefutables: hoy día los conductores jóvenes suponían la amenaza más peligrosa de las carreteras.

Pero quien le causaba más inquietud era Hannah. No había ningún trabajo de vacaciones de verano. Lo supo en cuanto la mentira salió de boca de su hija. ¿En qué momento la había perdido? ¿Cuál había sido el instante en que Hannah pensó que más valía mentir porque tenía muy claro que estaba haciendo lo que no debía? Kathryn no soportaba que sus hijas creyeran que no podían contarle sus cosas. Esta vez había procurado hacerlo todo bien: decirles que siempre estaba allí, vigilarlas, preocuparse por ellas... ¿No era eso lo que hacía cualquier madre normal? Lo intentaba con todas sus fuerzas, pero a menudo le parecía que quizá siempre se quedaba corta.

Ya no estaba segura de nada. Hasta ella regresaban rostros y pensamientos que distorsionaban su percepción de la realidad. Hannah hablaba de cosas y quería saber demasiado, y Kathryn no tenía todas las respuestas. Al menos, no las que podía compartir con ellas. Hannah estaba despertando el pasado. Peter, Abigail e incluso Robert habían vuelto a aparecer en sus sueños, todos dando vueltas como caballitos de un tiovivo. Y cuánto deseaba Kathryn detener la música y bajar, pero aquello no se paraba. No dejaba de girar y girar hasta emborronarse, convertido en un único y desordenado caos, y en él no distinguía nada.

Alargó la mano para coger los comprimidos que el médico le había recetado de mala gana y se tomó otros dos. No la dejarían inconsciente. Por lo visto, para eso hacía falta algo más que temazepam, pero ayudaban a que el tiovivo se moviera más lento, aunque fuese de forma temporal.

El doctor Morgan había accedido a darle algo que la ayudara a dormir, aunque seguro que cualquiera veía en sus ojos que se pasaba despierta casi todas las

noches. Por fin, había tecleado una receta en el ordenador y luego se había inclinado hacia delante mientras esperaba a que se imprimiera.

—Estuvo usted en tratamiento mucho tiempo, Kathryn —comentó—. Con proclorperazina.

—Sí, era para los vómitos. De niña tenía unos vómitos terribles —explicó ella; según hablaba se dio cuenta de que no recordaba haber sufrido nunca fuertes vómitos.

—De acuerdo, ¿y cómo se siente ahora, en términos generales? Aparte de los problemas de sueño, por supuesto.

Kathryn se encogió de hombros. No hacía mucho que conocía al doctor Morgan, no lo conocía bien. Tan sólo hacía poco más de un año que iba al consultorio de manera regular, desde que murió el doctor Simmonds, porque su madre ya no estaba tan atenta como para buscarle un sustituto adecuado. De todos modos, a estas alturas era lógico tener un médico del pueblo, aunque seguía sin gustarle abrirse demasiado a él, en particular cuando parecía desconfiar del doctor Simmonds.

Edgar Simmonds era amigo de la familia. Kathryn había sido su paciente desde pequeña. También era tío de Peter, algo que no había descubierto hasta tiempo después de que ellos dos se conocieran. Peter no tenía mucho trato con él pero, aun así, Kathryn no asistió al funeral de Edgar por si volvían a encontrarse.

De niña veía a Edgar Simmonds bastante a menudo, sobre todo al principio de la adolescencia. Él iba a la casa y hablaba con ella en el salón, mientras Eleanor se quedaba siempre rezagada en una esquina. Es curioso, por lo visto la norma era que no acudieran a su consultorio, como hacía la mayoría de la gente.

Kathryn sospechaba que era por sus padres. Lord Charles Bretton, su padre, era un miembro de la Cámara de los Lores conocido por su franqueza, y también formaba parte de ciertos comités selectos. Su madre, famosa por derecho propio como su elegante cónyuge, había aparecido en muchas revistas de la década de 1950 presumiendo del glamuroso estilo de vida de los ricos y promocionándose como la perfecta ama de casa. La imagen lo era todo para ella, y Kathryn siempre supo que no formaba parte de aquel retrato que Eleanor deseaba transmitir.

Era una niña bonita y, siendo muy pequeña, también la habían exhibido en las fotografías familiares, sonriendo en su caballito balancín o jugando tiernamente con una muñeca en la esquina del salón mientras su madre posaba al borde de la otomana, con una copa de martini en la mano. Pero luego llegó a una edad en que se convirtió en «una niña rara», «una decepción continua» e incluso «un estorbo» para su madre... en palabras de la propia Eleanor, unas palabras que a Kathryn le habían dolido mucho hasta que pensó que, casi con toda seguridad,

eran ciertas.

Ella sabía que Eleanor no quería hijos, pero que había accedido a ir a por un varón, un heredero que se hiciera cargo del negocio y heredase el título. Esa conversación en particular desearía no haberla oído.

Conocer a Robert le había cambiado la vida, porque él evitó que se sintiera una fracasada y la hizo sentirse aceptada. Le demostró que podían amarla, y la amó todos y cada uno de los días hasta el día en que murió. A Eleanor no le gustaba Robert, no era el yerno que ella esperaba, pero a medida que su hija fue acercándose a los veinte años dio la impresión de que estaba dispuesta a entregársela al primero que la quisiera.

Aquel día había muerto con Robert. Alguien apareció y se la llevó también, dejando en el suelo un caparazón vacío que su madre había recogido y llenado con todas las extrañas piezas que componían a Kathryn. No sabía por qué quería tanto a Eleanor. Muchos se lo habían preguntado. Sabía que no era un amor correspondido, pero, con todo, su madre siempre había estado con ella. Sin Eleanor, Kathryn creía que no seguiría viva.

Subió rápidamente la persiana y se asomó. No había tardado mucho en llegarle la noticia de que Hannah había estado con Dominic Wilson en el café. Al menos pudo decirles a las chismosas que estaba enterada del encuentro, eso sí lo sabía. Por lo visto, habían compartido una porción del bizcocho Victoria de Janice.

—La escena era un verdadero encanto. —Theresa, la de la tienda de la esquina, soltó una risilla—. Amor juvenil, ¿eh? —dijo, al tiempo que le daba a Kathryn un pan Hovis y el cambio.

Sí, claro, amor juvenil... Kathryn hizo cuanto pudo por responder con una sonrisa, aunque lo más probable es que pareciera una mueca.

—Claro que no se quedaron mucho tiempo —Theresa hablaba y hablaba, encantada de poder contarle a Kathryn algo sobre su hija—. Los dos se marcharon del café y se fueron a algún sitio juntos, aunque estoy segura de que usted ya está al tanto de todo.

«Sí, por supuesto». Kathryn se ruborizó mientras se metía el cambio en el bolsillo. Si la tienda de la esquina no estuviese tan bien situada, iría a comprar a otro lado. Cada vez que veía la rubia permanente de Theresa saltar arriba y abajo mientras ella iba dando brincos por la tienda, a Kathryn le hervía la sangre. Nunca le había gustado aquella mujer.

Dominic Wilson... No sabía demasiado de la familia Wilson. La madre parecía bastante agradable. Las dos se saludaban y, de tarde en tarde,

intercambiaban unas palabras en la cola del banco pero no tenían mucho en común. Rosemary Wilson era madre de dos varones. El mayor, Benedict, tenía veintiún años y salía y entraba de la comisaría como si lo sujetaran con una goma elástica. La gente decía que sólo era por delitos menores, pero estaba claro que no era fácil que la gente de Mull Bay olvidara una cosa así. Kathryn suponía que por eso Rosemary era tan comedida, por la vergüenza de tener un hijo metido en líos con la policía. Dominic era el que se portaba mejor de los dos, claro que, dada la competencia, eso no suponía gran cosa.

Kathryn estaba a punto de abandonar su puesto junto a la ventana de la cocina cuando divisó a Hannah abriendo el pestillo de la cancela. Se apresuró a sentarse a la mesa, cerró con fuerza la mano en torno a un tazón de té frío y procuró parecer serena. Quizá las pastillas que se había tomado antes empezaban a producirle un efecto tranquilizador. Se notaba un poco menos agitada que antes.

—¡Hola, cariño! —voceó cuando oyó cerrarse la puerta principal—. ¿Qué tal tu pequeña cita?

Hannah apareció en la entrada, y Kathryn vio que arrastraba los pies.

—No era una cita, mami —dijo entre dientes.

—¡Oh, no seas tonta, con un chaval tan agraciado, además! Y has estado horas fuera. ¿Adónde habéis ido, cariño?

Hannah no contestó, sino que, con aire nervioso, siguió pasando el peso del cuerpo de un pie al otro.

—Venga, puedes contármelo.

Advirtió que los hombros de Hannah se relajaban.

—Sólo fuimos por ahí un rato a charlar. No hicimos nada más.

—No digo que lo hicierais, nenita. Tan sólo quiero saber dónde habéis estado.

Kathryn estaba segura de que su voz sonaba chillona pero, por lo visto, no podía evitarlo.

—Salimos un poco de la Bahía, pero no lejos.

—¿Y cómo llegasteis allí?

—Ay, mami —respondió Hannah con un suspiro—, ¿qué importa todo esto?

—Me importa a mí, Hannah. Anda, haz el favor de decirme adónde fuisteis. Por favor. Tengo que saberlo.

Sabía que parecía desesperada. Pero es que lo estaba: desesperada por tener a sus hijas donde ella pudiera verlas.

—Pues por ahí. No tengo ni idea de cuáles eran las coordenadas exactas —le contestó Hannah con hosquedad, al tiempo que retrocedía hasta salir de la cocina y subía la escalera pisando fuerte.

Por un momento Kathryn se quedó sin palabras.

—¡A mí no me hables así, Hannah! ¡Baja otra vez a disculparte! —gritó; salió

de la cocina tras ella y se quedó al pie de la escalera.

Nada.

—Ésta es la influencia que ese chico tiene sobre ti, ¿verdad? Dos horas con él, y ya me hablas así. ¡No volverás a verlo más!

La puerta del dormitorio de las chicas se abrió, y Hannah apareció en el descansillo.

—Tú no puedes impedirme que lo vea, mami. Tengo dieciséis años.

—Y mientras vivas bajo mi techo...

—Oh, por favor... —le soltó su hija, mientras volvía al dormitorio y cerraba de un portazo—. ¡Pues muy bien, me mudaré! —gritó desde el otro lado de la puerta.

Eran las doce y cuarto de la madrugada, y de nuevo Kathryn no podía dormir. Llevaba dos horas dando vueltas en la cama; hacía demasiado calor, pese al aire nocturno que entraba por la ventana abierta. Tenía la cabeza atestada de pensamientos, los giros de su mente eran demasiado rápidos. Las mismas preguntas la perseguían una y otra vez desde que había oído la conversación de las chicas. ¿Qué pasaría si Peter volvía a entrar en su vida? ¿Descubrirían las chicas la atrocidad que había hecho ella tantos años atrás? ¿Cómo iban a perdonarla? Por supuesto que no la perdonarían, si ni ella misma se lo perdonaba. En su momento había aceptado que aquello era lo correcto, que no tenía más remedio, y que era lo mejor para ella y para las niñas... pero ¿y si no lo era?

Sin hacer ruido, bajó con sigilo la escalera, se puso un jersey sobre el pijama y se calzó los fríos pies con las botas que estaban junto a la puerta principal. No sabía qué les pasaba a sus pies, ni a sus manos, en realidad. El resto del cuerpo tenía mucho calor, pero, incluso en pleno verano, sentía en ellos pinchazos de frialdad y hormigueo.

Tras coger las llaves del colgador se las metió en el bolsillo del jersey, abrió despacio la puerta y la cerró con cuidado al salir. El aire estaba limpio. Había un toque de fresco en la brisa, de modo que Kathryn se rodeó la cintura con los brazos mientras abría y cerraba los dedos de los pies para hacer circular la sangre.

No tenía ni idea de adónde dirigirse pero, de todas formas, echó a andar: salió por la cancela, giró a la derecha y siguió la callejuela, muy silenciosa a esa hora de la noche. La primera vez que había visto un cielo iluminado con muchísimas estrellas fue la noche que llegó a Mull Bay. Pocas farolas alumbraban el pueblo,

y su hermosura y transparencia la asombraban siempre. Sin embargo, sentía náuseas al pensar en aquella primera noche. Siempre que ese recuerdo acudía a su mente lo apartaba lo más rápido que podía. Había hecho lo que le dijeron y se había marchado, pero ¿eso estuvo bien?

Cuando ella no acababa de decidirse respecto a alguna cosa Robert solía decirle: «¿Qué te dice tu instinto?». Aquella noche, a decir verdad, su instinto no le había dicho nada bueno, pero, aun así, no había reaccionado. Ahora no le resultaba tan fácil eliminar los recuerdos. En parte la responsable era Hannah, que estaba todo el rato interrogándola, pero también era porque su madre ya no le daba las respuestas.

Torció a la izquierda al final de la callejuela y continuó por la calle, dejando atrás la tienda, más allá de la oficina de correos. Se dio cuenta de que se encaminaba hacia la playa, aunque no lo había planeado; simplemente, las calles la llevaban allí. La Bahía parecía distinta cuando estaba desierta. Era agradable pensar que podía hacer lo que quisiera y que, por una vez, nadie la vería y nadie hablaría de ella.

En la esquina cruzó casi sin mirar si venían coches, dando zancadas hasta el otro lado, pero a esta hora de la noche nadie iba a ningún sitio. Era una idea euforizante. Podía correr por el camino que llevaba a lo alto del acantilado, con los brazos abiertos, gritando si quería, y no la pillaría nadie. Podía bajar dando saltos la escalera hasta llegar a la arena; la adrenalina incluso podría meterla en el mar, y no había nadie que la detuviera. Una vez en el agua, podía seguir adelante, si deseaba. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que alguien se diera cuenta de lo que había hecho? ¿Horas? ¿Días?

Por supuesto, Kathryn no bajó a la playa. Hasta de día aquella inmensa extensión de mar la asustaba. De noche estaba negra como la tinta, y cuando llegó a la cima y oteó todo lo lejos que pudo, la idea de estar tan cerca del agua como para que se la llevase a algún sitio la paralizó. Se agachó en la hierba, al borde del acantilado, y desde allí miró hacia la playa.

—¡Háblame, mamá! —le gritó al mar—. ¡Dime cómo puedo soportar esto!

Para cuando se marchó del acantilado y volvió a su casa, las primeras líneas de luz empezaban a quebrar el cielo. Debía de haber pasado horas allí. Kathryn se sentía un poco más ligera al llegar a la casa porque había tomado una decisión: si Hannah estaba tan decidida a buscar a su padre, ella iba a asegurarse de que fracasara. Y el único modo de hacerlo era ver ella misma a Peter. Pero antes de llamar al hombre con quien hacía catorce años que no hablaba, tenía que hablar

con su madre. Había cosas que necesitaba saber, cosas a las que debía hacer frente, y le daba la impresión de que Eleanor era la única que poseía las respuestas. Sólo le cabía esperar que hubiese alguna forma de sacárselas.

QUINCE

Querido Adam:

Mi madre no tenía amigas... creo que no le veía sentido al hecho de tenerlas. Siempre estaba comentando que las mías no eran una buena influencia para mí. Yo sabía que no lo eran, pero tampoco lo era ella. Kathryn había dejado que Peter entrara en nuestras vidas y, sin embargo, era evidente que no lo quería a su lado. Había enterrado los recuerdos de mi padre en su ataúd, aunque él era el único a quien amaba de verdad. ¿Qué clase de influencia era alguien que no hacía caso a sus propios sentimientos?

Cara me convencía para que hiciera cosas, y a veces yo las hacía porque sabía que a mi madre no le parecerían bien. A lo mejor era por fastidiarla, o a lo mejor sólo era por ver cómo reaccionaba. Fue el curso escolar en que cumplíamos catorce años y creíamos que lo sabíamos todo. Un día Cara llegó al colegio con una separación de veinticinco centímetros entre los calcetines, altos hasta la rodilla, y el dobladillo de la falda. Yo no podía creerme que no la hubieran pillado y, por supuesto, quise hacer lo mismo con la mía. Esa noche saqué las tijeras del costurero de mi madre y recorté una tira del bajo de mi falda.

La mañana siguiente, al verlo, Kathryn se puso a gritarme. A la fría luz del día vi el dobladillo, deshilachado e irregular, y me di cuenta de que no se parecía en absoluto al de Cara. Intentó impedirme que saliera de casa «con esa pinta de gentuza», pero yo salí corriendo sin mirar atrás. Sabía que había cometido un error pero no quería que mi madre lo supiese. Además, el día anterior Cara me había dicho que lo hiciera, así que no podía dejar de llevar al colegio mi nueva falda corta.

—¡Joder, Abi! —Cara se echó a reír cuando me vio bajarme del autobús—. ¿Por qué te has cortado la falda a hachazos? ¡Pareces una vagabunda!

Me entraron ganas de llorar de vergüenza, pero me mordí el labio y me tragué el nudo que tenía en el interior de la garganta.

—¿Cómo es que le tuya está bien? —le pregunté; se me quebraba la voz.

Se subió la camisa, que no llevaba metida por dentro, y dejó al descubierto el

rulo de la falda enrollada en la cintura. Clavé la mirada en ella, con las mejillas y el cuello ardiendo del dolor que me producía la humillación.

—¡No puedo creer que hayas sido tan tonta!

Se reía a carcajadas, y advertí que la gente se paraba a ver qué era todo aquel alboroto.

Sentí deseos de volver a casa corriendo pero no podía darle a mi madre esa satisfacción. Entonces, mientras estaba junto a la verja, vacilante e indecisa, oí que alguien me gritaba desde el otro lado del patio de recreo: «¡Oye, qué look tan guay, Abi!». Yo conocía aquella voz. Era Tasha Abbot, la chica más alta, más flaca, más popular y, sin embargo, más aterradora del curso. Quise que me tragara la tierra hasta que me di cuenta de que lo decía en serio. Cara se quedó confusa, sorprendida... Parecía enfadada.

Me volví a mirar a Tasha, que me sonreía. No con gesto burlón, sino aprobando de verdad el aspecto con que me había presentado en el colegio ese día.

Y eso fue todo. Ése fue el instante decisivo en que entré con Cara en el cogollo del grupo de críos más guays de nuestro curso. Donde era fundamental vestirse como una Spice Girl y ponerse un piercing en el ombligo. La «gente inadecuada», como los llamaba mi madre.

Pertenecer a la pandilla de Tasha era divertido. Nos poníamos a hablar del sexo que todos ellos practicaban. Y si nosotras no lo practicábamos, nos lo inventábamos. Yo no dije que con trece años aún era virgen. No tenía el menor deseo de acostarme con ninguno de los chicos del colegio, aunque daba la impresión de que eso estaba bien visto en la pandilla de Tasha. No me malinterpretes, Adam. Yo sabía que aquello no estaba bien, y sabía que mis nuevos amigos eran, con gran diferencia, la minoría, pero eran muy guays. Todos querían ser ellos o ser amigos de ellos... o, al menos, eso creía yo.

Juntarme con Tasha supuso empezar a volver tarde, escaparme a hurtadillas de casa por la noche, andar oliendo a humo de cigarrillo y beber latas de Diamond White en el parque las noches de los sábados. Yo era todo lo que una niña de trece años no debería ser. Quizá fuera la peor pesadilla para unos padres, pero el hecho era que tenía una madre desencantada que creía estar creando una familia feliz con un padrastro que no nos gustaba a ninguna de las dos. Una madre que, a su vez, recibía órdenes de mi abuela, cuyo planteamiento de la educación de los hijos era casi enloquecido: imponía unas normas que ya estaban anticuadas en la década de 1950 y que sólo la beneficiaban a ella. Y por encima de todo lo demás estaba un padre al que yo echaba de menos cada día, aunque el mundo entero parecía haber olvidado que había existido siquiera.

Kathryn no tenía ni idea de cómo manejarme. Llamaba una vez por semana a

Eleanor. Siempre que ésta iba a la ciudad, aparecía para «hacerme entrar en razón» o le decía a mi madre por teléfono lo que debía hacer. Yo siempre sabía cuándo Kathryn había hablado con ella porque se ponía a imitar su tono. «No pienso consentir que mi hija me hable así», o «No toleraré semejante comportamiento en mi casa».

Yo no soportaba vivir en casa. Kathryn o me gritaba o me ignoraba, y a mi padrastro yo no le importaba nada en absoluto. Iba convirtiéndome en una adolescente furiosa y desorientada, y lo único positivo de mi vida era mi nueva amistad con la panda de críos más «pasada» del colegio.

Y justo antes de las vacaciones de Navidad se incorporó un chico nuevo: Jason. Su pelo oscuro le caía a ambos lados de la cara, y una cicatriz le cruzaba la parte superior del labio. Se rumoreaba que se la habían hecho en una pelea, pero más tarde me contó que se había caído de la bici cuando tenía seis años.

Cruzaba el patio del recreo con andares de superioridad, como si se deslizara, de lo desenvuelto y seguro que era; llevaba los vaqueros más bajos que los calzoncillos y unos auriculares que se quitaba al llegar a la puerta pero que se dejaba colgados al cuello. Otros tres chicos de nuestro curso habían adoptado el mismo aire, pero Jason destacaba. Yo estaba enamorada de él... mi único problema era que también lo estaban Cara y Tasha.

Esas Navidades nos quedamos con mis abuelos una semana. Peter nos acompañó, aunque yo advertía que no quería estar allí. En su cara había una mueca inalterable, y cuando mis abuelos no estaban delante, siempre miraba a Kathryn ceñudo por algo. Durante los dos primeros días se refugió con frecuencia en el despacho de mi abuelo, donde ambos se quedaban fumando puros, bebiendo coñac y hablando de política. A mi madre el que pasara tanto tiempo sin ella no parecía importarle.

Kathryn empleaba aquellas visitas para absorber los maravillosos consejos maternos de Eleanor sobre cómo controlar a una hija. Desde luego, ella tenía a la suya bien a raya, de modo que debía de sentirse cualificada para dárselos. Yo las sorprendía susurrando por los rincones, mi madre con los hombros gachos, asintiendo con aire melancólico y con los ojos brillantes como un conejo sorprendido ante los faros de un coche hasta que, por fin, se daba cuenta de que yo estaba allí.

El día de Navidad, una vez terminado el almuerzo, Peter y el abuelo se retiraron de nuevo al despacho, esta vez a beber oporto (no, no era Downton Abbey, estábamos en la década de 1990). A mí me dejaron sentada a una mesa ovalada de caoba, pensada para veinte comensales, con la única compañía de mi madre y de Eleanor.

—Debes saber, Abigail —afirmó mi abuela—, que si tu comportamiento sigue

así, te enviaremos a un internado de Escocia.

Esperé el golpe chistoso final, pero no llegó. Por lo visto, hablaba en serio. Miré a mi madre, pero Kathryn tenía la cabeza tan baja que creí que iba a chocar con la mesa de comedor.

—¿Si mi comportamiento sigue cómo? —pregunté.

—Eres una vergüenza para esta familia, y no vamos a tolerar más tus jugarretas. Ninguna nieta mía actuará de esta manera. ¿Lo entiendes?

—¿Mami? —pregunté a mi madre, que permanecía sentada, muda y casi inconsciente—. ¿Qué es eso de un internado en Escocia?

Ahora me asusté. Hacía mucho tiempo que no me sentía querida en nuestra casa, pero que me mandaran a un internado... y tan lejos... Miré a mi madre, rogándole en silencio que dijera algo, que me asegurara que no me mandaría a ningún lado, pero no dijo nada.

—¿Lo decís en serio? —le pregunté.

—Sí —contestó Eleanor, al tiempo que se levantaba para irse de la mesa.

—¿Mami? —pregunté otra vez. ¿Por qué no decía nada?

—Ya no hay más que hablar del tema, Abigail —me dijo mi abuela—. Tú decides cómo quieres actuar, pero no consentiré que me abochornes. Y me temo que eso es lo que quieres hacer.

Abochornarla. A eso se reducía todo. Siempre tan preocupada por la dichosa imagen, por cómo afectaría aquello a Charles y en qué situación quedaría ella. Eleanor dejaba ver a la gente lo que ella quería que vieran, pero ojalá conociesen a la persona que estaba detrás de la puerta. Cómo anhelaba enseñarles a la Eleanor que conocía yo. Su popularidad me irritaba, pero, por lo visto, sólo yo veía lo falsa y egocéntrica que era. A Eleanor no le importaban sus supuestos amigos; únicamente le importaba ella misma.

El éxito de Charles era también el punto débil de Eleanor. Yo no me di cuenta entonces, pero más tarde sí, y procuré emplearlo en mi propio provecho. Mi abuela vivía bajo la continua amenaza del miedo a que nos saltáramos las reglas y dañáramos su queridísima reputación, y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para evitar que eso ocurriera.

Quizá hayas pensado que la amenaza del internado funcionaría, pero no fue así. Al volver al colegio aquel enero no sólo seguí viendo a mis amigos, sino que también empecé a andar con Jason. Estaba enfadada con Eleanor por creerse que podía mangonearme la vida, y todavía más resentida con mi madre por no tener agallas para dar la cara por mí. Sentía que Kathryn iba abandonándome poco a poco, de modo que mis amigos eran mi única fuente de consuelo.

Un día Jason me preguntó: «Bueno, entonces, ¿quieres salir conmigo?». ¡Claro que sí! Yo lo adoraba. Nadie más del colegio chuleaba como él.

Mi madre no lo sabía. De ninguna manera iba a compartir con Kathryn este secretillo mío para que luego ella procurase por todos los medios que yo no volviera a verlo más.

Jason y yo no hacíamos mucho más que pasar el rato. Al atardecer yo lo miraba practicar con el monopatín por el parque vacío. O esperaba en las líneas de banda de los campos de fútbol, helada, sin tener ni idea de lo que ocurría en el juego, y después volvía a casa a merendar. Pero no corría riesgos innecesarios con Kathryn. Empecé a cumplir las normas para que no se diera cuenta de que seguía saliendo con Tasha o con Cara, y de que, además, veía a Jason, porque la amenaza del internado aún flotaba en el aire. Aunque por entonces ella tampoco me prestaba mucha atención. Mientras que nada de lo que yo hiciera le exigiera nada, prácticamente me dejaba en paz.

Al volver de las Navidades en casa de mis abuelos vi muy claro que Peter se marcharía. A mi juicio, aquel matrimonio era una farsa: el más idiota advertiría que ninguno de los dos estaba a gusto. Pasé casi todo el mes esperando el día en que me encontrara a Kathryn llorando porque él se había ido. Pero no se fue; seguía rondando por allí y, si acaso, parecía esforzarse más con ella, aunque eso lo agotaba. A veces yo veía cómo le cambiaba el gesto cuando mi madre salía de la habitación. La sonrisa que Peter se pegaba a la cara en honor a Kathryn se le caía si pensaba que yo no lo miraba. Con frecuencia me pregunté por qué estaba tan enfadado y deprimido, si podía evitarlo.

Y es que Peter era todo lo que no era mi padre: un hombre que vivía para su carrera profesional. Se sentaba a la mesa de la cocina a hablar por el teléfono móvil sólo porque lo tenía. Con una pierna cruzada sobre la otra, subía y bajaba una mano por la raya de la pernera de los pantalones, con el ceño siempre fruncido, mientras vociferaba al teléfono: «Pues entonces deshazte de él. Encontraremos sin problema a otro que esté encantado de ganar su sueldo». Peter iba ascendiendo por una escala profesional, pero era evidente que se la sujetaba Eleanor. Intentaba introducirse en política y para eso usaba a mis abuelos. Ellos debían de saber que un zorro como él los utilizaba y, aun así, yo no comprendía qué beneficio sacaban ellos. Mi madre, sin embargo, parecía ajena a cuanto ocurría. Estaba demasiado ocupada pintándose en la cara una expresión que decía: «Estoy felizmente casada».

Durante la cena Peter la entretenía con anécdotas de las mujeres de la oficina y de lo incansables que eran a la hora de pedir más dinero que no se merecían. Y mi madre se reía con él como una idiota. Yo clavaba la mirada en ella, asqueada. La despreciaba por estar demasiado ciega para ver que se había casado con un verdadero imbécil, o por ser demasiado débil como para cambiar las cosas. Iba transformándose en alguien que yo no reconocía: si fuera posible

que una persona se convirtiese en su propia sombra, sin duda, ésa era Kathryn.

De vez en cuando yo procuraba hacer algo respecto al asunto. Recuerdo una noche, el 20 de marzo, porque era la previa a mi decimocuarto cumpleaños. Nuestra relación familiar se había tensado todo lo que yo creía posible, cada uno de nosotros tiraba de la punta de un elástico, y yo estaba esperando a que se rompiera. Estaba enfadada porque la noche siguiente Jason tenía un partido de fútbol que se había negado a suspender, de modo que me había quedado sin nada que hacer en mi cumpleaños. Mientras tanto, Tasha iba distanciándose de mí y difundía rumores de que había dejado plantadas a mis amigas por un chico. Sus celos eran contagiosos, y Cara había pillado el microbio también.

Mi madre no me había preguntado qué quería hacer en mi cumpleaños, así que no le sugerí nada, pero esa noche Peter no volvía del trabajo a la hora de costumbre, y ella me propuso prepararme una tarta.

—No te molestes —contesté yo; fue la respuesta automática de la adolescente que me había vuelto, aunque por dentro sólo deseaba gritar: «¡Sí, por favor, prepárame una tarta! Es justo lo que quiero por mi cumpleaños».

Me dirigió una mirada de resignación y, con un suspiro, salió del cuarto y entró en la cocina. Escuché atentamente, confiando en oír señales de que se trabajaba en el horno, pero no hubo ninguna. Al final entré también, con el pretexto de ir a por algo de beber, y la encontré sentada a la mesa con la mirada perdida.

—¿Qué haces? —pregunté.

Nada.

—¿Mami?

Tenía la piel tan pálida que la recuerdo casi azul, y los ojos vidriosos, como si los tuviera cubiertos con una capa de plástico. Seguí buscando con la mirada por si veía algún indicio de movimiento, pero en vano. Kathryn estaba inmóvil salvo por el leve temblor de una mano que tenía cerrada sobre algo, tan fuerte que los nudillos estaban blancos.

—Mami, ¿eso que tienes en la mano es un bote de pastillas? —le pregunté.

Nada todavía. Le agarré la mano y traté de separarle los dedos por la fuerza hasta que al final se le abrieron, y, al soltar el bote, una lluvia de diminutos comprimidos blancos se desparramó por el suelo.

—¡Por Dios! ¿Te has tomado alguna? —grité.

Ella salió de golpe del trance y clavó la vista en el suelo, donde yo recogía las pastillas y volvía a meterlas en el bote.

—Sí, me he tomado dos —contestó con claridad—. Es paracetamol, Abigail. Me duele la cabeza.

Me arrancó el bote, volvió a enroscarle el tapón y lo dejó de nuevo en el

estante más alto del armario.

—No tienes que quedarte con él si no quieres, ¿sabes, mami? —le dije—. Si no te hace feliz, siempre podemos marcharnos.

Cuando me miró, su gesto era más dulce. Habría jurado que estaba a punto de contarme lo que pasaba de verdad dentro de aquella confusa cabeza suya, y de convenir en que sí, en que, decididamente, deberíamos irnos. Abrió la boca para hablar y luego la cerró de golpe mientras se volvía para mirar por la ventana, y al cabo de un instante, me miró de nuevo. Su expresión había cambiado otra vez; no quedaba ni rastro de la ternura que yo había visto apenas segundos antes. En vez de eso había vuelto aquella mirada vidriosa, y finalmente habló con voz fría y tranquila.

—Abigail, yo amo a Peter, y él me ama. No quiero volver a oír jamás que sugieras algo tan absurdo. ¿Me entiendes?

Se me cayó el alma a los pies, y la caída arrastró consigo cualquier esperanza que yo hubiera podido tener. ¿Se habían llevado el alma de mi madre y la habían sustituido por piezas mecánicas? No me habría extrañado.

—Eres patética —le solté, irritada—. Él no te ama. Cualquiera puede verlo. Aún siento el escozor que me dejó su mano al cruzarme la cara.

DIECISÉIS

Algo despertó a Hannah a las cinco menos cuarto. Su cuerpo dio una sacudida de súbita alerta, y se quedó escuchando por si oía algo. Entonces sonó el golpe de la portezuela de un coche y el ruido sordo de un motor al ralentí. Supo que era el Peugeot de su madre incluso antes de llegar a la ventana, desde donde vio que el coche de Kathryn recorría la callejuela, doblaba la esquina y desaparecía.

—Lauren, despierta. —Sacudió a su hermana por el hombro—. Mami acaba de irse.

Lauren gimió y se movió un poco pero no abrió los ojos.

—Lauren —dijo Hannah más fuerte.

—¿Qué pasa? —contestó en tono enfadado Lauren.

—Oye, que mami acaba de irse en coche. ¿Tú sabes adónde ha ido?

—¿Qué hora es? —preguntó Lauren, frotándose los ojos.

—Todavía no son las cinco —respondió Hannah, mientras echaba mano al reloj de la mesita de noche y lo miraba—. Por eso lo digo. ¿Adónde va a esta hora de la madrugada?

—Baja a ver si ha dejado una nota —dijo Lauren, soñolienta, mientras se levantaba de la cama para mirar por la ventana también—. Si no, intentaremos llamarla.

Incapaz de encontrar una nota, Hannah cogió el teléfono y marcó con fuerza el número de móvil de su madre. No habían hablado mucho desde que ella amenazara con irse de la casa la semana anterior. Hannah había procurado no molestar a Kathryn, y, por su parte, ésta no le había dicho nada más sobre Dominic. No tenía ninguna intención de marcharse, no habría que llegar a eso, pero por ahora se alegraba de que la amenaza hubiese aplacado aquel continuo interrogatorio.

El teléfono sonó en el otro extremo de la línea y, tras un chasquido, saltó el contestador automático. Después del pitido, Hannah dejó un mensaje: «¿Mami? Es que acabo de ver que te vas con el coche. ¿Dónde estás?».

Hannah llenó dos vasos de zumo de naranja y los subió al dormitorio. Ninguna de las dos se dormiría ahora que, al parecer, su madre se había

marchado por las buenas.

—Entonces, ¿a ti no te dijo nada? —le preguntó a Lauren. Le pasó uno de los vasos y volvió a acostarse.

—Ni una palabra —contestó Lauren—. ¿Adónde crees que ha ido?

Hannah bostezó.

—No tengo ni idea, y probablemente ella tampoco.

—Estoy preocupada por ella. —Lauren la miró con gesto serio—. Otra vez hace cosas raras.

Hannah pulsó el mando a distancia para encender el televisor que había en una esquina del cuarto.

—No dan nada decente.

—Claro que no. La mayoría de la gente no se levanta tan temprano.

—La mayoría de la gente normal, al menos. ¿A qué te refieres con lo de cosas raras?

—Parece como si no supiera lo que pasa, da la impresión de que siempre está con la cabeza completamente en otro sitio. Ay, no sé, es como si la mitad del tiempo no estuviera con nosotras. ¿Sabes lo que quiero decir?

Hannah hizo un gesto afirmativo, sin dejar de contemplar la pantalla del televisor mientras zapeaba deprisa.

—Hace un par de noches también salió en plena madrugada. No sabe que la vi, pero yo había ido al baño y la reconocí por la ventana, volvía más o menos a esta hora.

—¿Por qué no me lo contaste? —preguntó Lauren; apoyó una almohada en el cabecero y se incorporó.

—Se me pasó. ¡Anda, están poniendo *El programa de Jeremy Kyle!* —comentó Hannah, y se echó a reír.

—Apaga eso —refunfuñó Lauren; alargó el brazo para coger el mando, y Hannah apartó la mano.

—Pues entonces vamos a ver las noticias. A lo mejor sale ella.

—¿Por qué? ¿Qué crees que ha hecho?

—Creo que, si en estos momentos no piensa como es debido —contestó Hannah—, ahora mismo podría estar haciendo cualquier cosa. A lo mejor está en pijama y tiene como rehén a un pobre hombre detrás del mostrador de una gasolinera.

—No digas eso, mira que voy a preocuparme.

—Estoy bromeando. —Hannah se rio—. Ella está bien. Habrá una explicación.

Lauren dio un suspiro.

—Tiene muchas cosas en la cabeza, entre la abuelita y...

—Venga, dilo —la interrumpió Hannah—. Dom y yo.

—Se preocupa por ti, nada más.

Pero Hannah no creía que fuera eso. Los extraños estados de ánimo de su madre llevaban algún tiempo burbujeando bajo la superficie. Siempre estaba con los nervios de punta, y le soltaba un comentario brusco a cualquiera de ellas en cuanto intentaban alejarse del maravilloso plan de vida que les había diseñado con esmero. Cada vez más, a Hannah le parecía que su madre sabía muy bien lo que quería de ella y de su hermana. Lo que ahora le preocupaba era hasta dónde iría para asegurarse de conseguir lo que deseaba.

Cogió un paquete de toallitas húmedas para el rostro, sacó una y se la pasó por la piel.

—Trata de impedir que yo vea a Dom.

—Pues está claro que no le funciona —replicó Lauren—. ¡Y qué asco! Mira todo el maquillaje que te ha salido con eso. Deberías quitártelo antes de acostarte.

—Pero si Dom es buen chico. Mami no tiene ningún derecho, ni motivo, para no querer que lo vea. ¿Por qué no se alegra de que haya encontrado a alguien decente? —Miró a su hermana—. ¿Y por qué no te gusta a ti, Lauren? Yo quiero que te guste mi novio.

—No es que *no* me guste.

—¿Pero...? —preguntó Hannah.

Lauren se encogió de hombros.

—Es que no me gusta cómo ese asunto afecta al ambiente de la casa. Voy con pies de plomo cuando estoy aquí. Tú y mami, todo el rato de puntillas y evitándoos... me hace sentir incómoda.

—¿Y de verdad crees que todo eso pasa desde que Dom apareció en escena? Vamos, Lauren, los cambios de humor de mami no son ninguna novedad.

Bajó con trabajo de la cama y miró por la ventana, pero seguía sin haber ni rastro de su madre.

Lauren cogió el mando a distancia, continuó zapeando y se detuvo un momento cuando se encontró con Jeremy Kyle de nuevo.

—Por lo menos no estamos tan mal como ellos —comentó, y señaló el televisor con el mando.

—¡Pues nos falta poco!

A las nueve y media de la mañana las chicas oyeron que un coche se detenía delante de la casa.

—¡Ha vuelto! —exclamó Hannah al tiempo que iba a la ventana a asomarse—. ¡Ay, Dios mío, Lauren! Ni te imaginas lo que se ha traído.

—¿Qué? —preguntó Lauren, que ya bajaba corriendo la escalera.

—A la abuelita.

Lauren abrió la puerta y vio a Eleanor, que se agarraba a la cancela con una mano y gesticulaba con la otra. Kathryn le tiraba suavemente del brazo derecho para separarla de la cancela.

—Venga, mamá —le decía—. Seguro que te acuerdas de la Bahía, ¿verdad? ¿Y de nuestra casita?

Hannah fue a la puerta junto a su hermana.

—Pero ¿de qué va? Es imposible que la abuelita se acuerde de esto —dijo Lauren.

—No puedo creer que la dejaran salir —susurró Hannah—. ¿Crees que mami la ha robado?

—¡No! ¿Tú crees que sí? —Lauren se quedó boquiabierta—. ¿Te parece que deberíamos llamarlos?

—No, a ver qué dice... si es que entran en la casa.

Por fin Kathryn animó a su madre a andar por el sendero; Eleanor apenas levantó la mirada cuando pasó por delante de las chicas para entrar en la sala, donde Kathryn ahuecó los cojines del sillón, la instaló en él haciéndole muchas fiestas y lo volvió para que pudiese mirar por la ventana. Las chicas se quedaron rondando junto a la puerta y esperaron a que su madre saliera del cuarto.

—¿Por qué está aquí la abuelita? —preguntó Lauren, mientras la seguía hasta la cocina.

—Porque se me ocurrió que le vendría bien un bonito día de excursión —contestó Kathryn con aire desenfadado. Igual podía haber dicho: «Se me ocurrió que esta mañana iba a desayunar Weetabix»—. A lo mejor podríamos llevarla después a la playa —añadió.

—Pero si lleva un año sin salir de la residencia —prosiguió Lauren.

—Ya lo sé —replicó bruscamente Kathryn—, y por eso pensé que ya era hora de que diera una vuelta.

—¿Saben ellos que está aquí? —intervino Hannah.

—Pues claro.

—¿Y no les importa?

—Es mi madre —respondió Kathryn, elevando la voz; enseguida inspiró hondo—, y si quiero sacarla, la saco —añadió con voz más tranquila.

—O sea, que sí les importa —murmuró Hannah entre dientes.

Observó cómo su madre trajinaba por la cocina, tarareando bajito mientras preparaba el té, disponía galletas en un plato, buscaba tazas y platillos en el

fondo del armario y lo colocaba todo en una bandeja. Hannah ni siquiera reconoció la porcelana blanca, decorada con delicados pájaros azules, que había sacado. Kathryn estaba absorta en los detalles del teatrillo del té, como si pensara que no necesitaba nada más para resolver todos sus problemas.

—¿Cuándo es la hora de almorzar? —preguntó Eleanor desde la sala.

—¡Todavía no, mamá! —voceó Kathryn.

—¿Traía una bolsa? —le preguntó Hannah a Lauren cuando su madre se llevó la bandeja—. ¿Crees que mami planea que se quede, o te parece que volverá esta noche?

A las once de la mañana Kathryn estaba visiblemente nerviosa con las incesantes peticiones de almuerzo de Eleanor. «Muy bien», exclamó en tono tenso. «Ahora mismo lo preparo». Puso unos emparedados en los platos de diario de Marks & Spencer, y se sentaron en torno a la mesa del jardín. Sin decir palabra, Eleanor hizo caso omiso del almuerzo que le ofrecían, algo que, a su vez Kathryn procuró pasar por alto mientras seguía soltando sin parar cuanto le pasaba por la cabeza. Hannah hacía rato que se había escabullido de la pantomima que se representaba delante de ella. Ojalá no tuviera que ver cómo la trama seguía desarrollándose. La angustia de su madre era penosa.

A mediodía la abuela se encontraba de nuevo en el sillón, mirando la callejuela de la que estaba claro que no se acordaba. Esperando, aunque Hannah no sabía qué. Probablemente, que la llevaran de vuelta a la residencia; esperando ver algo o a alguien que significara algo para ella, porque, sentada en la casa de Mull Bay, parecía absolutamente perdida. La cara de Eleanor mostraba la misma expresión desconcertada que tenía desde que la habían visto esa mañana junto a la cancela.

—De verdad que creo que quiere volverse pronto —le dijo Lauren a Kathryn, después de llevársela aparte.

—Tonterías, está pasando un día estupendo.

—Mami, no tiene ni idea de dónde está.

—Vamos a la playa. Un poco de aire marino le sienta muy bien a todo el mundo.

Las hermanas vieron cómo su madre engatusaba a Eleanor para que se levantara mientras se esforzaba por ponerle la rebeca. Cada vez que Kathryn alargaba la mano para cogerle el brazo, Eleanor la apartaba de un manotazo como si aplastara una mosca. La paciencia de Kathryn flaqueaba. A Hannah le parecía evidente que Eleanor no tenía ninguna gana de aire marino. Al final la

rebeca acabó colgada de nuevo del brazo del sillón. Se preparó más té, esta vez servido en tazones y con el líquido derramándose por los bordes al aterrizar de golpe en la mesita auxiliar.

—Muy bien —dijo Kathryn finalmente—. Te llevaré de vuelta a la residencia.

Eleanor casi se levantó de un brinco del sillón en que llevaba arrebujada todo el día y, tambaleándose sólo un poquito, se puso la rebeca sobre los hombros y anunció que tenía que ir al baño.

—¿Quieres que vayamos contigo a la residencia? —preguntó Lauren a su madre mientras esperaban en el recibidor.

Hannah le lanzó una mirada, y su hermana respondió encogiéndose de hombros.

—Yo sólo quería que fuese un día especial para ella —repuso Kathryn, apoyada en la puerta del cuarto de baño—. Quería que viera la Bahía. Estaba segura de que siempre le gustó esto, creía que se acordaría de la casa.

—Mami, fue una idea muy bonita. —Lauren se cogió de su brazo—. Estoy segura de que a pesar de todo se lo ha pasado bien.

—Creí que, si volvía, a lo mejor empezaba a recordar más cosas. Que la haría volver al pasado.

—Bueno, no sabemos cuánto ha comprendido —aventuró Lauren—. Quizá la haya ayudado más de lo que piensas.

Mientras Kathryn agarraba el brazo de Lauren, un breve gesto de decisión asomó a su rostro.

—Creo que en esa residencia la reprimen —dijo, acercándose más por miedo a que la oyera Eleanor—. He estado pensando que quizá debería traerla con nosotras.

—Mami, no puedes hacer eso —terció Hannah casi sin aliento.

—¿Por qué no? ¿Te parece que no puedo cuidar de mi propia madre? Lo haría mejor que ellas. No me fío de esas enfermeras.

La puerta del cuarto de baño se abrió, y Eleanor salió arrastrando los pies. En ese momento, al ver cómo su abuela se esforzaba por tirar del cordón de la luz, a Hannah le pareció una sombra de la mujer que había sido. Kathryn tal vez no lo viera, o acaso no quisiera verlo, pero, pese a la forma de ser de Eleanor, era un espectáculo lamentable. Ya no podía manipular la vida de nadie, ni siquiera controlaba la suya; sus palabras ya no significaban nada. «A lo mejor no ha estado tan mal lo que mami hizo hoy», pensó. «Sólo quiso que su madre viese un poco de la vida con que antes disfrutaba».

Eleanor se había detenido y, aferrada a la barandilla, al pie de la escalera, miraba atentamente a Hannah. Sus cejas se arqueaban en un gesto de concentración mientras clavaba los ojos en su nieta, pero, por una vez, a Hannah

no le dio miedo.

—¿Va todo bien, abuelita? —preguntó.

—¿Qué haces tú aquí? —dijo Eleanor; sus largos y huesudos dedos se cerraban y se abrían en torno al poste de madera.

—Vivo aquí.

Eleanor meneó la cabeza, y Hannah notó el silencio que la rodeaba. Todo el mundo había dejado lo que estaba haciendo; el aire estaba cargado de expectación, todas esperaban lo que Eleanor iba a decir. La ráfaga de ternura que Hannah había sentido por la anciana se le iba pasando.

—¿Y qué andas tramando esta vez? —Eleanor alzó la voz—. Nada bueno, imagino. Crees que puedes venir aquí con esas ideas tuyas, estropeándonos las cosas a todos.

Hannah no sabía dónde meterse y se volvió a mirar a su madre, le imploró con la mirada que acudiese a rescatarla. Pero Kathryn se había quedado paralizada, petrificada en aquel instante, boquiabierta de asombro.

—¿Mami? —susurró Hannah—. ¿Qué pasa?

Estaba claro que su abuela no sabía lo que decía, pero aquello resultaba incómodo, y necesitaba urgentemente que Kathryn interviniese.

—¡Pues no te lo consentiré, niña! ¿Me oyes? —continuaba Eleanor, y se le acercaba más.

—Abuelita, no sé a qué te refieres —contestó Hannah.

Eleanor parecía creer muy firmemente en lo que estaba diciendo, aunque nadie más lo entendía.

—Mami —dijo Lauren desde detrás—. Di algo, ¿de qué habla la abuelita?

Pero Kathryn siguió sin responder.

—Me aseguraré de que no digas nunca ni una palabra de esto —prosiguió Eleanor; se inclinó hacia delante y miró a Hannah directamente a los ojos.

—¡Ya está bien! —exclamó con aspereza Kathryn por fin—. Volvemos a la residencia ahora mismo, mamá.

Apartó de un empujón a Hannah, alargó la mano para coger el brazo de Eleanor y la llevó a rastras hacia la puerta lo más rápido que le consentían sus débiles piernas. Mientras guiaba a su madre por el sendero, Kathryn no se volvió a mirar a las chicas que estaban en la puerta, confusas aunque aliviadas al ver que su abuela se marchaba.

Habían llegado a la cancela cuando Eleanor se dio la vuelta.

—Abigail —dijo, y asintió con la cabeza como si acabara de recordar aquel nombre—. Ésa eres.

—¿Abigail? —preguntó Lauren—. ¿De qué está hablando, mami?

Pero Kathryn, que para entonces había conseguido que su madre pasara por la

cancela y saliera a la callejuela, no se molestó en responder.

—¿De qué iba todo eso? —dijo Lauren, y miró a Hannah, que seguía viendo cómo Kathryn y Eleanor se metían laboriosamente en el coche.

—Y yo qué sé —contestó Hannah, pero estaba conmocionada.

Había algo en el tono de voz de su abuela, algo en la forma en que la había mirado... Fuera quien fuese la persona a la que había creído ver en ese momento, Eleanor estaba convencida de que era alguien llamado Abigail.

Abigail... Hannah dio vueltas al nombre en la boca.

Ai-gai. Ella conocía aquel nombre, estaba segura.

DIECISIETE

Kathryn procuró no apartar la mente de la carretera, pues llevar a su madre sana y salva otra vez a la residencia era algo tangible en lo que centrarse. Por un lado quería que aquello acabara cuanto antes, pero por otro disponía de una hora a solas con Eleanor, y hablar con ella había sido el motivo principal de que la trajera otra vez a la Bahía. Esperaba que un cambio de paisaje, un lugar que tal vez le provocara recuerdos, la relajaría y haría que se abriera a ella. Pero Eleanor había sacado a relucir el nombre de Abigail, y ahora Kathryn se sentía caer más hondo, mucho más hondo, en el agujero donde llevaba semanas hundándose y sabía que tendría que salir como fuera si quería hacer frente a su madre.

Eleanor tenía los hombros hundidos hacia delante y la cara tan fruncida que parecía estar sumida en profunda meditación. «Oh, si pudiera entrar en su cabeza», pensó Kathryn; si supiera los mecanismos de aquel cerebro. Ahora mismo Eleanor podía estar en cualquier parte, a kilómetros de distancia de la tormenta que acababa de desencadenarle a Kathryn allá en casa.

Piensa. ¿Qué era lo que habías preparado para esta mañana? Peter. Necesitaba la ayuda de su madre para impedir que las chicas encontraran a Peter. Tenía que averiguar qué sabía Eleanor de Peter, cuánto tenía que ver de verdad Eleanor con su matrimonio, porque a Kathryn le daba la impresión de que no estaba enterada ni de la mitad.

¿Por qué me abandonó Peter de pronto, mamá? Eso es lo que le preguntaría.

¿Por qué te empeñaste tanto en meterlo en mi vida pero luego te alegraste de que se quitara de en medio cuando las cosas se pusieron feas de verdad?

¿Y por qué pronunciaste el nombre de Abigail?

«Peter», dejó escapar casi sin darse cuenta. Por mucho que deseara poder cerrar los ojos y borrar cuanto la rodeaba, Kathryn sabía que el viaje terminaría pronto. Había que hacerlo.

Eleanor levantó un poco la cabeza; su mirada se concentró ahora en la carretera en lugar de en su regazo.

—¿Te acuerdas de Peter? —preguntó Kathryn, vacilante.

—Claro que me acuerdo de Peter —respondió Eleanor en tono áspero.

Sí, a lo mejor recordaba muchas más cosas hoy, y eso era bueno. A lo mejor todo iba a salir bien.

—Las chicas quieren volver a verlo, mamá. Y yo no quiero que lo vean. Cuando nos mudamos a la Bahía tú me aseguraste que había salido de nuestras vidas. ¿Recuerdas?

Eleanor no dijo nada, y Kathryn continuó.

—La verdad es que no sé por qué me lo presentaste siquiera. Debías de saber que no era mi tipo.

Eleanor hizo un ruidito, algo parecido a un gruñido.

—¿Cómo dices, mamá?

Eleanor siguió en silencio, pero se apartó para mirar por la ventanilla de la izquierda.

—No era precisamente Robert —prosiguió Kathryn para ver qué le decía, al tiempo que inspiraba hondo en un intento de calmar el remolino que empezaba a subirle por el estómago.

No quería otro marido, en particular no quería a Peter. Sin embargo, había estado de acuerdo con aquello, se había dejado arrastrar por el deseo que su madre sentía de encontrarle un marido apropiado a su hija, según sus propias palabras.

—Peter tenía un buen porvenir —murmuró Eleanor, y casi la sobresaltó—. Grandes planes. —Asintió con la cabeza—. Tu padre se hacía mayor. No tenía un hijo al que pasarle el testigo.

Prácticamente escupió la palabra «hijo».

—Pero tú sabías que yo no lo amaba.

Eleanor se encogió de hombros, un gesto que Kathryn prefirió pasar por alto.

—Quiso dejarme, justo antes de que me quedara embarazada —prosiguió.

Eso era algo que nunca había terminado de entender. No el abandono, sino más bien qué hizo que se quedara al final. Peter había vuelto del trabajo y se la encontró haciendo la cama. Sin quitarse la chaqueta del traje, entró en el dormitorio y le dijo:

—No puedo seguir con esto, Kathryn. Estoy harto y ya no quiero estar más contigo.

Ella lo había mirado de hito en hito mientras Peter sacaba una maleta del atillo del ropero y la abría sobre la cama que intentaba hacer.

—Me da igual lo que pase, no soy feliz.

—¿Adónde vas a ir? —le había preguntado Kathryn; su ojos fueron de él a la maleta y vuelta a su cara.

—Yo he co... ejem, cogeré una habitación de hotel.

—¿Hay otra persona?

Peter había negado con la cabeza, sin mucho convencimiento. Pero ella no lo creyó. Sabía que probablemente tuviera otra mujer, aunque, en realidad, no le importaba. Vio cómo abría las puertas del armario, quitaba las almidonadas camisas blancas de las perchas y las echaba en la maleta, evitando su mirada. Y mientras lo observaba se planteó que, después de todo, quizá no fuese mala idea que se fuera.

Cuando sonó el timbre, él se quedó quieto de pronto.

—¿Quién es? —preguntó en tono brusco.

—Probablemente, mis padres. Esta noche vienen a cenar. Papá se reunía hoy con otros parlamentarios en el club de Londres. ¿Lo habías olvidado?

Al oírlo, Peter palideció. «¡Joder!», exclamó, al tiempo que cerraba el ropero dando un portazo y se dejaba caer en la cama al lado de la maleta, con la cara entre las manos.

—Voy a abrirles —dijo Kathryn, y salió del cuarto.

Tres horas después sus padres entraron en la cocina para decirle que se marchaban. Los había dejado hablando con Peter en el comedor y se había ido a fregar los platos (Abigail ya hacía rato que se había retirado a su habitación). En cuanto se fueron, Peter subió tras ella al dormitorio y le ofreció una desmañada disculpa.

—Antes no hablaba en serio —murmuró mientras sacaba rápidamente las camisas de la maleta y las metía en la parte baja del armario; luego cerró la puerta empujando con el pie—. No voy a marcharme.

Kathryn, al volante, miró a su madre.

—Estoy segura de que le recordaste lo que perdería si me dejaba. No soy tonta, mamá. Sé que seguía allí por su carrera, para hacerse cargo del negocio de papá.

Eleanor siguió sin hablar, aunque a su hija le dio la impresión de que lo captaba todo.

—Pero lo que no entiendo es por qué se marchó de repente. Cuando yo ya estaba en la Bahía y llegó el momento decisivo, se fue sin dudar. —Kathryn se calló un instante—. No tiene sentido. ¿Qué cambió? Y precisamente entonces.

Eleanor se volvió a mirarla.

—Las chicas quieren verlo otra vez —argumentó Kathryn—. Y yo no sé con qué o con quién me enfrento. Sólo quiero saber la verdad. —Contuvo el aliento y esperó—. ¿Mamá?

—No tengo ni idea de lo que hablas —dijo por fin.

Kathryn asió fuerte el volante. Una ráfaga de cólera le atravesó el cuerpo. «Sí que lo sabes», sintió ganas de gritar. «Tú sabes perfectamente de lo que hablo». ¿Por qué, de pronto, su madre la excluía cuando la necesitaba más que nunca?

«Porque le conviene», fue la respuesta inmediata, «porque siempre mira por ella». Kathryn deseó alargar el brazo para agarrar a Eleanor y zarandearla; para hacerle entender que, una vez más, estaba dándole la espalda a su única hija. *¿Por qué me haces esto, mamá?*

Pero no le dijo nada de eso. En su lugar inspiró despacio, hondo, echó hacia atrás los hombros en un intento por liberar la tensión y, como siempre, dejó que las palabras se le acumularan dentro, amontonándose una encima de otra, listas para el día en que ella estallase como un volcán y todo saliera a borbotones. Entonces sabrían que había sido sagazmente consciente de cuanto ocurría a su alrededor, pero que había optado, sin más, por no reaccionar. No era ingenua; es que nunca había tenido agallas para afrontar la situación.

Entraron en el aparcamiento de Elms Home, y Kathryn apagó el motor y miró de frente a Eleanor, que ya se desabrochaba el cinturón de seguridad. Se dio cuenta de que, por lo visto, daba igual cuántas veces la rechazara su madre: seguía sintiendo un anhelo abrumador, casi patético de que la necesitara, la quisiera o incluso, simplemente, la aceptara. La ira iba y venía, pero ella siempre se quedaba con lo mismo: una desesperada añoranza de su madre.

Puso una mano sobre la de Eleanor, en parte para impedir que saliera del coche, en parte para calmarse los nervios. El roce de la piel de Eleanor bajo los dedos la sorprendió, y no pudo evitar mirarla. A menudo cogía a su madre del brazo, casi siempre para dirigirla hacia donde iban, pero ¿cuándo había sido la última vez que la había tocado como Dios manda, que había notado su carne? La piel parecía de papel, una fina lámina que cubría los huesos de debajo. Impresionada, apartó la mano; temía que fuera a rozársele la piel si apretaba demasiado. No era que tuviese un tacto distinto del que recordaba, más bien era que apenas recordaba haber cogido la mano de su madre.

—¿No entramos? —preguntó Eleanor.

Ni siquiera cuando era niña su madre le había mostrado amor. Kathryn no se acordaba de una sola vez que Eleanor la hubiera cogido en su regazo, que la hubiera rodeado con sus brazos o acariciado cuando estaba disgustada. Le dieron ganas de alargar el brazo y tocarla otra vez, de coger las manos de su madre entre las suyas y sentirlas pegadas a su piel. Se concentró en una mancha de la edad que Eleanor tenía entre el pulgar y el índice. «¿Cuánto tiempo llevará ahí?», se preguntó, y levantó el índice para tocarla. Esta simple necesidad de tocar a su madre seguía siendo tan irresistible como siempre. Kathryn siempre había hecho todo lo que su madre le había dicho que hiciera con la esperanza de

que algún día Eleanor la recompensara con una cálida sonrisa, o la abrazara y le dijera que la amaba. Y, sin embargo, sus dedos se quedaron suspendidos en el aire, porque sabía cuál sería la reacción de su madre. Y si Eleanor apartaba bruscamente la mano, a Kathryn sólo le quedaría sentirse más rechazada de lo que ya se sentía en ese momento. Volvió a ponerse la mano en el regazo y evitó el peligro.

—Oye, ¿entramos? —vociferó Eleanor, interrumpiendo sus pensamientos.

Kathryn alzó la vista.

—¿Por qué eres así, mamá —dijo, sorprendida de su repentino valor—, cuando lo único que hago es complacerte? Como hoy: lo hice por ti. ¿Has pasado un buen día hoy?

Pero Eleanor la miraba con gesto inexpresivo y ojos cansados. Los hombros se le habían caído todavía más hacia delante, como si su cuerpo se hubiera dado por vencido.

—¿Te gustó ver a las chicas? —continuó Kathrin.

—De verdad que quiero entrar ya —contestó Eleanor con un suspiro.

—No sé qué más hacer, mamá —susurró Kathryn, y dejó que la humedad de unas lágrimas nuevas se le deslizara por las mejillas—. Debí de hacerlo todo mal cuando era pequeña, pero no sé por qué.

Patricia esperaba en la entrada mientras Kathryn y su madre iban despacio hacia el edificio. Eleanor apuró el paso al ver la puerta abierta.

—Me parece que no ha sido buena idea... —Patricia se hizo a un lado para dejarlas entrar—. ¿Ha pasado buen día, querida? —le dijo a Eleanor.

Eleanor gruñó, y Patricia llamó a una jovencita para que la llevara al comedor a merendar. La chica parecía tener edad de estar todavía en el colegio. Era la primera vez que Kathryn la veía, y vaciló antes de soltar a su madre. La chica llevaba una tarjeta de identificación: «Janie, Alumna».

—Adiós, mamá —dijo, y besó a Eleanor en la mejilla—. Hasta pronto. He disfrutado mucho de este día juntas.

Cuando se marcharon Patricia miró de nuevo a Kathryn.

—No debería habérsela llevado, es demasiado perturbador para ella.

—Sólo quería que mi madre volviera a mi casa, un sitio que antes le encantaba —repuso Kathryn, áspera—. Puedo hacerlo, ¿no?

—Si ella quiere, sí, pero ésa es la cuestión: que no era lo que ella quería.

Kathryn sintió que la irritación le hervía bajo la piel. Sin darse cuenta, empezó a rascarse el brazo. ¿Cómo se atrevía Patricia a regañarla, a decirle lo que debía

o no debía hacer con su propia madre? Eso no le correspondía. Sintió deseos de decirle que tuviese cuidado con lo que le decía, que, después de todo, era una asalariada.

—¿Kathryn? ¿Se encuentra bien?

Por supuesto, ahora se sentía culpable. Por eso no tomaba decisiones, porque nunca conseguía hacer las cosas bien. No sólo el día no le había gustado nada a su madre, sino que lo más probable era que le hubiera provocado un empeoramiento de salud.

—¿Kathryn?

La habitación se puso a dar vueltas a su alrededor otra vez, y no le llegaba el aire. ¿Habían cerrado todas las puertas? Hacía muchísimo calor. Por eso le costaba trabajo respirar.

«Joanne, ¿puedes venir un momento?». La voz de Patricia sonaba muy lejos. ¿Se había ido a algún sitio?

Los demás pacientes debían de notarlo. También tendrían que tener calor. El corazón le latía muy deprisa ahora. Sentía el pum, pum, pum repicándole dentro del pecho. Otra vez empezaba el hormigueo en las puntas de los dedos. «Concéntrate en menearlos», pensó, «y en hacer respiraciones cortas e iguales». Pero el calor iba volviéndose excesivo, se le había ido derecho a la cabeza. ¿No lo notaba nadie más?

—Cóglele el otro brazo. Rápido, llévala a la butaca.

Le ponían un paño húmedo en la frente. Qué bien. Sintió un escalofrío por la columna vertebral que le dio ganas de reír. Y fuera lo que fuese lo que le habían dado para que respirase dentro, servía. El aire acondicionado debía de estar estropeado, si tenían material especial a mano.

—¿Se encuentra usted bien, señora Webb?

La directora, Joanne, la miraba desde arriba.

Kathryn dijo que sí con la cabeza, mientras su respiración se hacía más lenta y volvía a su ritmo normal. Le apartaron el aparato de la boca. Se fijó en que era una bolsa de papel. ¿Nada más?

«Patricia, tráele a la señora Webb un poco de agua, por favor». La voz de Joanne era amable. Kathryn agradeció que estuviera allí; Patricia tenía algo que no le gustaba. «¿Pasamos a mi despacho?», preguntó Joanne, señalando con la cabeza la puerta que tenían detrás.

Le tendió una mano, y Kathryn la cogió y se puso en pie despacio. Las piernas le temblaban un poco mientras caminaba, aunque ya se sentía mejor. Una vez en el despacho, se sentaron una a cada lado del escritorio. Tras adelantar su silla Joanne apoyó los codos en la mesa, enlazó los dedos, los estiró y luego volvió a doblarlos. Resultaba casi hipnótico mirar aquel movimiento, aquellas uñas de

manicura perfecta, con las puntitas blancas limadas de forma cuadrada.

Joanne le sonrió.

—Señora Webb... —empezó a decir.

—Llámeme Kathryn, por favor.

—Desde luego, Kathryn. —Asintió, y la rubia cola de caballo le dio un latigazo en la nuca.

Por su aspecto Joanne Potts no parecía el tipo de persona que dirigiría un hogar de mayores. Kathryn se preguntó: «¿Cómo le da tiempo de estar tan bien arreglada?». Claro, no tenía hijos. Sólo debía cuidar a un prometido, y, por el tamaño del diamante que llevaba en el dedo anular, era él quien la cuidaba a ella.

—¿Se encuentra mejor?

—Sí, gracias —dijo Kathryn—. No tomé nada en el almuerzo —añadió, a guisa de explicación.

Joanne volvió a asentir con la cabeza.

—Claro. Sólo nosotros sabemos lo complicado que puede ser esto para los familiares, y siempre nos tiene usted aquí por si desea hablar de cualquier cosa. —Guardó silencio un instante—. Es que me quedé un poco preocupada esta mañana cuando Patricia me contó que se había llevado a su madre a pasar el día fuera. No estoy del todo segura de que eso fuese... —volvió a callarse un momento— adecuado.

Kathryn dio un suspiro. El tema la aburría ya. Joanne cambió de postura en el sillón de cuero, que soltó un chillidito. En el silencio de la habitación quedó gracioso. A Kathryn empezó a darle la risa e intentó controlarse. No era muy agradable que la hicieran ir al despacho de aquella señorita, pero de repente no se le ocurría más que reírse.

—¿Dónde está la gracia, Kathryn?

Kathryn no lo sabía ya, pero el gesto de Joanne —sorpresa mezclada con una pizca de espanto— volvía toda aquella situación aún más divertida. Se reía tanto que había empezado a llorar. Sólo que ahora la risa se había desvanecido, y las lágrimas seguían cayendo.

Joanne sacó un pañuelo de papel de la bonita caja rosa que había sobre el escritorio y se lo pasó.

—Yo quería que volviese a ver el mar —explicó Kathryn—. Pensé que le gustaría. Pensé que lo recordaría.

—Algunas veces pasa, pero no siempre.

—Quería llevarla otra vez a mi casa y que todo fuese como era antes.

Joanne hizo un gesto afirmativo.

—Lo comprendo.

—Dudo de que lo comprenda —murmuró Kathryn.

—Veo a muchos familiares que pasan por lo mismo que usted y...

—No es lo mismo en absoluto —la interrumpió Kathryn con brusquedad—. No es lo mismo que tener a tu madre mirándote fijamente y no saber qué piensa o qué va a decir a continuación. O si te conoce siquiera.

Joanne no dijo nada. Su móvil se puso a vibrar sobre la mesa, y ella le echó una ojeada a la pantalla antes de apagarlo. Justo entonces Patricia entró en la habitación con un vaso de agua. Eso bastó para que Kathryn dejara de hablar. Sólo eran pequeños detalles, pero le recordaban que para las demás personas la vida cotidiana continuaba. En realidad, no les interesaba lo que les sucediera a ella y a su madre.

—Creo que voy a marcharme —dijo; se levantó y fue hacia la puerta—. Gracias por su tiempo, Joanne.

—Tiene usted todo el tiempo... —empezó a responderle ella, pero Kathryn ya salía del despacho.

¿Todo el tiempo para qué?, no lo sabía. De hecho, el tiempo era precisamente lo que a Kathryn se le acababa. Desde luego, el tiempo no corría a favor de su madre; su paso no hacía más que empeorarle las cosas. Y el tiempo hacía que sus hijas crecieran demasiado rápido, las apartaba de ella, les permitía extender las alas, tomar sus propias decisiones y quién sabe si hasta meter de nuevo a Peter en sus vidas. No, el tiempo era lo único que Kathryn no tenía de su parte, y en aquel preciso instante supo que tan sólo le quedaba buscar a Peter y encontrarlo antes que las chicas. Tenía que averiguar qué había sucedido de verdad y asegurarse de que Peter no volviera a ver a las chicas jamás.

DIECIOCHO

Querido Adam:

Con catorce años, lo último que yo quería era enterarme de que mi madre estaba embarazada. Pero eso fue lo que pasó.

En el colegio no dejaban de machacarnos con aquello: la práctica del sexo seguro y cómo evitar que te hicieran un bombo. Una chica de undécimo, Paula, había dejado los estudios el año anterior, embarazada de seis meses. Luego, después de las vacaciones de Navidad, volvió para enseñarnos a su bebé. Era un bomboncito azul, un niño llamado Tyler. Al principio todas estábamos bobas con él, pero después Tyler se puso a gritar y ya no paró. Miré la cara de Paula; intentaba con todas sus fuerzas sonreír, pero vi que parpadeaba para contener las lágrimas de frustración mientras lo mecía cada vez más fuerte en el cochecito. En cuanto se marchó, todo el mundo empezó a murmurar: «Menos mal que no me ha pasado a mí», y: «Ya se le acabó la vida». Creo que, en el fondo, los profesores estaban encantados de que Paula hubiese traído a Tyler para que todas lo viéramos; era la lección perfecta sobre lo que ocurría cuando las chicas no tenían cuidado.

Por entonces no me hablaba mucho con Cara, o más bien ella no me hablaba a mí. Seguía estando celosa porque yo le gustaba más a Jason que ella. Jason y yo no nos acostábamos. Me presionaba para que lo hiciéramos gente como Tasha y, desde luego, también Jason, pero la verdad es que yo no quería. Sólo tenía catorce años, y la idea me asustaba. No tenía a nadie con quien pudiera hablar en confianza. Y aunque empezaba a preocuparme que Jason perdiese interés en mí, lo que me quitó las ganas más todavía fue que mi madre se quedara embarazada.

Lo descubrí por error cuando vi una prueba de embarazo en la papelera junto al váter. Estaba medio envuelta en un pañuelo de papel, pero vi asomar la punta del palito. La saqué de la papelera, abrí el pañuelo y me quedé mirando boquiabierta las dos rayas color rosa vivo en la ventanita. Tardé un momento en dar una ojeada a lo que estaba escrito al lado, y mis temores sobre que mi madre debía de estar embarazada se confirmaron.

Cómo la odiaba. Odiaba que fuera a traer otro hijo al mundo cuando no le importaba nada la hija que ya tenía. No eran celos: estaba enfadada con ella. Enfadada porque creyera ser una madre tan buena como para merecer hacerlo otra vez, e incluso por querer tener un hijo que no era de mi padre.

Estaba tan enfadada que cogí aquello y bajé a buscarla. Estaba en la cocina, como siempre, esta vez con la vista clavada en una taza de té. Lo agité delante de su cara y le grité: «¡No puedo creer que hayas hecho esto!».

Se quedó blanca como el papel. No tenía palabras para defenderse.

—¿No has oído hablar de los puñeteros condones? —chillé—. ¡Esto es de lo más vergonzoso!

Siguió sin decir nada pero empezó a removerse en la silla, y su incomodidad me irritó más.

—Espero que te deshagas de él —le espeté.

—¿Cómo te atreves...? —respondió finalmente—. ¿Cómo te atreves a sugerir siquiera algo semejante?

Yo sabía que era imposible que mi madre abortara. Había recibido una educación católica, y, además, mi abuela nos había inculcado a todas ciertas creencias; valorar la vida, con independencia de la edad, era una de ellas.

—¡Eres demasiado vieja para tener un bebé, joder! —grité—. ¡Todo el mundo va a reírse de mí!

Me eché a llorar.

—Oh, qué propio de ti, Abigail —comentó ella tranquilamente—. Pensando siempre en ti misma y nunca en nadie más. Debería haber sabido que no te alegrarías por mí y por Peter.

—¿Y él está alegre? —Levanté de golpe la cabeza para mirarla, mientras daba sorbetes como una niña y, con la mano, me limpiaba los mocos.

En sus ojos apareció un brevísimo centelleo.

—Desde luego que Peter está alegre. Le hace muchísima ilusión que vayamos a tener un bebé juntos —me dijo en el tono monótono y mortecino que me había acostumbrado a esperar de ella.

Maggie me preguntó cómo me había sentido en lo más hondo.

—Sola —recordé—. ¿Le parece una tontería?

—En absoluto —contestó ella—. Muchas personas se sienten solas y durante mucho tiempo están rodeadas de gente. Algunas personas se sienten solas en sus matrimonios, como acaso le ocurriera a su madre.

—Yo nunca me sentí así con Adam —afirmé—. En realidad, era lo contrario.

Incluso cuando no estaba conmigo, yo sabía que sólo nos separaba una llamada de teléfono. No me parecía que estuviese lejos ni aunque estuviera en otro país.

Maggie sonrió.

—Es una hermosa forma de resumir su matrimonio —dijo.

Le hablé a Maggie de aquella vez que te encontrabas en Surrey, en un congreso, cuando yo, acostada, oí un estruendo en el piso de abajo. Pensé que había entrado un ladrón y, literalmente, sentí que se me helaba el cuerpo de miedo. Eran las tres de la madrugada, esa hora espantosa en que la mañana aún está lejos y no quieres estar despierta porque todos los demás duermen. Te llamé, y cogiste el teléfono enseguida. Oí el pánico de tu voz, aunque procurabas ocultarlo. Me dijiste que llamara a la policía y que vendrías, y entonces me sentí lo bastante tranquila como para encender las luces y bajar con sigilo antes de marcar el 999. Menos mal que lo hice, porque sólo era un estante roto que había mandado las cacerolas con estrépito al suelo.

Maggie se rio cuando acabé de contárselo.

—Sin embargo, no creo que pudiera hacer eso ahora —añadí—. Ahora que no estoy acompañada no tendría valor para enfrentarme a unos posibles ladrones.

Me siento ahora más sola que nunca. ¿No fue Tennyson quien dijo: «Es mejor haber amado y perdido que no haber amado nunca»? Me parece que no estoy de acuerdo con él. Amarte y perderte, Adam, a veces resulta más duro que si no te hubiera conocido jamás.

Yo vivía en una casa con dos personas que no me agradaban. Peter, que nunca había querido saber nada de mí, y Kathryn, que también iba disparándose rápidamente hacia una actitud parecida. Para colmo, me rodeaba de amigos que me hacían sentirme vacía. Estupendos si querías divertirte, pero inútiles si necesitabas algo más. Cuando trataba de hablar con Tasha sobre mi madre, una vez me dijo que dejara de lloriquear; «Abi, ¿de verdad crees que quiero tenerte cerca si vas a darme la tabarra con tus depres?».

Durante las semanas siguientes Eleanor anduvo por allí mucho más que de costumbre. Charles tenía asuntos en Londres, en un selecto comité o en otro, para hablar de políticos agraviados, o más bien de políticos que habían hecho algo que no debían. Eleanor aprovechaba al máximo esas ocasiones: se reunía con otras esposas en Harvey Nichols para tomar café, se hacía la manicura en las garras y adquiría ropa nueva que colgar de su anciano cuerpo. Luego venía a la casa armada con su particular equipo reparador de primeros auxilios, firmemente dispuesta a enlucir las grietas de un hogar que amenazaba con

venirse abajo en cualquier momento. Ella no habría dejado que la cosa llegara hasta ese punto, por supuesto. Pero la primera vez que vino después de que mi madre le contara la feliz noticia del embarazo, vi que en sus ojos aparecía un brillo de alarma.

Si se hubiera tratado de una tuya como la tuya, habría sido maravilloso tenerla allí. La tuya Vee habría preparado tazas de té sin parar, y habría tejido mantitas y patucos para el pequeñín. Aquella habría sido la feliz morada de una familia que esperaba un nuevo miembro. No el sitio en que yo vivía, envuelto en temor y silencios. Todo el mundo se ahogaba en sus propias preocupaciones, sin tiempo ni deseos de averiguar si alguien más de la casa mantenía la cabeza fuera del agua.

Y entra en escena Eleanor. No venía para hacer que nadie se sintiera mejor: estaba allí para asegurarse de que la cosa no empeorara, porque debía de saber que mi madre no podría con aquello.

En esa primera visita Peter estaba especialmente malhumorado. Fue tres días después de que me encontrara la barrita en la papelera. Yo no le había dicho a él nada del embarazo, y él a mí tampoco. Los dos fingíamos que no pasaba nada.

Mi madre apenas nos había hablado a ninguno. La mayor parte del tiempo estaba o vomitando en el cuarto de baño o acostada. Sus náuseas matinales duraban todo el día, aunque, por mi parte, me inclinaba más bien a pensar que las empleaba como excusa para aislarse del mundo que no paraba de girar a su alrededor. Yo estaba enfadada con ella por su reacción: como no afrontaba las consecuencias, se metía en la cama. Era justo lo que quería hacer yo también: cerrarle la puerta a mi vida y taparme la cabeza con las mantas para no enterarme de nada.

Peter andaba dando golpes en el garaje, rezongando entre dientes mientras examinaba las cajas. Yo lo observaba por una rendija de la puerta pero lo veía sólo en parte. La noche anterior mi madre se lo había contado a Eleanor, y a él no le había hecho ninguna gracia.

—¿Por qué se lo has dicho ya? —refunfuñó cuando creía que yo no lo oía.

—Es mi madre —respondió Kathryn—. Tiene que saberlo.

—Tú necesitas que ella lo sepa, más bien.

—¿Por qué te disgusta tanto que se lo diga? Pensé que te alegraría compartir la noticia.

Mi madre hablaba en tono crispado, intentaba que su voz sonara jovial, pero yo sabía que estaba forzada.

—Yo sólo quería que no lo dijéramos todavía —contestó Peter.

Mi madre se echó a llorar. No lloraba a menudo. Uno pensaría que era de las

que lloraban mucho, pero no, y con frecuencia yo me preguntaba si no estaría tan desprovista de emociones que la mitad del tiempo ni siquiera se planteaba esa posibilidad. Pero esa noche lloró, y Peter intentó calmarla a su manera torpe y brusca.

—Vamos, Kathryn, no te apures ahora, todo va bien —gorjeó, casi palmoteándole la espalda.

Ya se sabe: hay que guardar la compostura, y todas esas cosas.

Esa noche cuando sonó el timbre Peter se detuvo en seco, con una caja en una mano. Esperó a que alguien abriese la puerta, y yo sabía que debería acudir yo, pero no podía dejar de mirarlo. Al final mi madre bajó la escalera arrastrando los pies, con su bata morada bien ceñida.

—Qué aspecto tan horrible tienes —le dijo Eleanor cuando abrió la puerta.

Peter juró por lo bajo, soltó la caja y enderezó la espalda, así que me aparté rápidamente y me senté a la mesa. Se sorprendió al verme allí cuando salió del garaje, y si Eleanor no hubiera aparecido en la entrada en ese mismo instante, seguro que me habría hecho más de una pregunta.

—Peter —Eleanor lo saludó con una inclinación de cabeza—. ¿A que es una noticia maravillosa? —preguntó en tono aburrido.

No le parecía maravillosa en absoluto. A mi abuela los bebés le interesaban todavía menos que los niños en que se convertían al crecer. Era más probable que estuviese planteándose cómo otro nieto le alteraría la vida. Y, dado que mi madre estaba claro que no sabría arreglárselas, aquello sólo era una cosa más con la que tenía que lidiar.

Él le rozó la mejilla con los labios y dijo:

—Sí, Eleanor. Estamos absolutamente entusiasmados.

Solté algo parecido a un resoplido. No fue voluntario: yo sólo quería escaparme del circo que estaba montándose y subir a mi cuarto sin que se dieran cuenta.

—¿Qué ha sido eso? —me dijo Eleanor.

—Nada, abuelita, sólo digo que sí, que todos estamos completamente encantados de que mami vaya a tener un bebé. Es perfecto. Justo lo que todos queríamos.

Salí de la habitación antes de que nadie pudiera decir nada, pero no antes de oírla decir: «Esperemos que al nuevo lo críes con mejores modales».

Así que mi madre estaba embarazada de un bebé que por entonces yo no quería que tuviese. No me gustaba la idea de que aquellos dos criaran a otro niño... no había derecho.

—Quiero saber cómo son las niñas ahora —le dije a Maggie hoy—. A veces intento dibujar el aspecto que me figuro que tienen. Pero podría hacer centenares de dibujos y seguiría sin tener ni idea. —Cuesta imaginárselo cuando el recuerdo es un lienzo en blanco—. Y no sólo hablo de su aspecto, me pregunto si Hannah es la más gritona, porque siempre montaba más berrinches. ¿Se pasa Lauren todo el tiempo con las risillas, como hacía cuando empezaba a andar? Le encantaba su pequeño pianito de plástico... ¿tocará ahora el piano, o con los años les han arrancado a las dos hasta la última brizna de alegría e imaginación, y ahora sólo son sombras de las chiquitinas que eran?

Maggie esperó unos instantes y luego me preguntó:

—¿Ha pensado usted en todas las cosas que podrían salir mal si las busca? ¿O, claro está, si las encuentra?

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Bueno... —respondió ella con cautela—. Lo más probable es que no sepan de su existencia. O, quizá sí que sepan, pero no quieran tener nada que ver con usted.

—Creía que estaba de mi parte —dije, sorprendida. Maggie siempre me había mostrado su apoyo en todo lo que le contaba.

—Oh, Abi, y estoy de su parte. Por eso se lo digo. Usted no sabe qué ha sucedido en estos catorce años ni lo que les habrán dicho.

—Ya. Por eso hago todo esto, ¿no? El pasar por todo otra vez. Revivir todo lo que ocurrió antes de que ella me abandonara, y así averiguar qué sucedió después.

Maggie asintió.

—Desde luego que sí, Abi. No pretendo preocuparla. En fin, continúe con su relato.

Eleanor se trasladó al Claridge's para poder pasar por casa casi todos los días. No a traer regalos, ni a ofrecerse a ayudar: venía con palabras de acero y con una mirada que nos recorría para asegurarse de que todo fuera sobre ruedas. Por entonces no sé a quién vigilaba más, si a Peter, a mi madre o a mí. Todos éramos capaces de cometer alguna locura.

Peter se comportaba como un cachorrito siempre que ella estaba allí: «Sí, Eleanor», «No, Eleanor». Luego, en cuanto Eleanor salía de la casa, parecía que iba a estallar. Unas cuantas veces lo sorprendí blandiendo un hacha y partiendo leña al fondo del jardín. En una ocasión incluso vi que cavaba un gran agujero en medio del césped, que volvió a rellenar el día siguiente. Estaba

claro que no tenía ni idea de qué hacer con el agujero una vez hecho, pero me gustó imaginarme que planeaba tirar allí a mi abuela.

Un domingo volvió del pub a la hora de almorzar, con unos cuantos whiskies encima. Eran las dos, y mi madre había estado preparando un asado. Era algo bastante poco corriente, y estaba claro que se le había pasado decírselo a Peter, pues cuando él entró y olió el pollo carbonizado, le dijo que no tenía hambre y que sólo había vuelto porque se había dejado el teléfono.

Al cabo de cinco minutos volvió a marcharse. Es probable que yo tuviera una sonrisilla en la cara, porque Kathryn me dijo:

—¿Qué es lo que te parece tan gracioso?

—Nada.

—¿Tú crees que disfruto cocinando todo esto para unas personas que no lo agradecen?

—Pues ve a contárselo a él.

Las cacerolas chocaron con estrépito contra el fregadero; judías y zanahorias fueron escurriendo mientras el agua caía en cascada por el lateral hasta el suelo. Me quedé mirando cómo sus zapatillas empezaban a absorber el agua.

—Me refería a ti —me dijo finalmente.

—Pero qué blanducha eres —respondí con aspereza.

—¿Cómo dices? —Kathryn dio media vuelta—. ¿Qué me has llamado?

—BLANDUCHA —pronuncié la palabra despacio—. Él no quiere este bebé, y tú finges no darte cuenta. Es patético.

—¿Cree usted que me porté fatal con ella? —le pregunté a Maggie.

—No, usted era una adolescente, y estaban ocurriéndole muchas cosas. Por supuesto, era con ella con quien se desquitaba.

—A veces, cuando me acuerdo de lo que le decía, me siento culpable.

—¿De verdad?

—Durante un momento. Luego recuerdo todo lo demás y pienso que se lo merecía.

—Usted sólo tenía catorce años, Abi. Los críos les dicen cosas así a sus padres todo el rato.

—Pero aquel día yo vi algo en sus ojos. Ella sabía que Peter no quería un bebé. Kathryn debía de saber que era lo peor que podía pasarle.

—Parece que se arrepiente usted de lo que dijo.

—Me figuro que tan sólo me pregunto si las cosas podrían haber salido de forma distinta —contesté—. A lo mejor fui demasiado dura con ella.

De tarde en tarde, Adam, yo te preguntaba si a ti te lo parecía también. A menudo era cuando me sentía triste por algo totalmente distinto, y entonces, de repente, la idea de mi madre abandonándome no se me iba de la cabeza. «¿Crees que fue por mi culpa?», te preguntaba yo.

—¡Dios mío, no! De ninguna manera, en absoluto. —Siempre te mostrabas muy firme—. Nunca jamás fue culpa tuya, ni te lo plantees siquiera. Sólo ella fue responsable de sus actos.

Pero ¿lo fue? Kathryn estaba hecha un desastre. En realidad, no creo que haya sido responsable de nada de su vida.

Maggie se movió en la butaca y me miró, esperando que siguiera, pero no dije nada más.

—¿Qué ocurrió después? —me preguntó.

—Mi madre me dijo que me fuera de la casa —respondí.

Fui al teléfono público de la esquina de la calle y marqué el número de Jason. Le dije que tenía que verlo, pero él me contestó que no podía salir hasta dos horas después, porque toda su familia estaba allí. Yo le dije que lo esperaría; me fui al centro comercial, y maté el tiempo viendo escaparates y bebiendo Diet Cokes en la cafetería. Cuando el centro comercial cerró, me puse en los escalones de fuera y esperé un poco más. Empezaba a pensar que no aparecería, pero yo seguía sin querer volver a casa.

Tres horas después de que lo llamara se presentó por fin, con los bolsillos abultados por las botellas de alcohol que había cogido del armario de las bebidas de sus padres. Fuimos a Hampstead Heath y entre los dos nos tomamos tres botellas de cerveza y una botella pequeña de Jack Daniel's de su padre. Era el 25 de abril, una fecha que recuerdo perfectamente.

DIECINUEVE

—Vale, está claro que hay miles de Peter Webb, y eso sólo en el Reino Unido, pero pensé que debía empezar por ahí —le dijo Dom a Hannah—. Después añadí fechas y metí colegios de Londres entre 1965 y 1975, y lo dejé en treinta y cuatro. Claro, no tenemos ni idea de qué edad tiene, pero por esa franja debe de andar. ¿Estás completamente segura de que era de Londres?

—Completamente no.

—Esto va a llevarnos toda la vida —dijo él con un suspiro—. Tenemos que pensar en un enfoque distinto. ¿Cómo se conocieron? ¿En qué trabajaba él? Intenta pensar en cualquier cosa, aunque sólo sea una suposición.

Hannah hizo girar los dedos en la arena y echó una ojeada al iPad.

—No sé más. No lo sabría ni aunque me enseñaras una foto y me dijeras: «Éste es».

—Pues vamos a hacerlo de otra manera. Empezaremos buscando en Google a tu familia y veremos adónde llegamos así.

—¿Mi familia? ¿Qué tiene eso que ver?

—¿Nunca te has buscado en Google? —Dom se echó a reír—. Dame los nombres completos de tus abuelos y de tu madre.

—Esto no va a salir bien. —Hannah suspiró mientras recitaba los nombres y vio que Dom se ponía a teclear—. Es una causa perdida.

Le encantaba que Dom hubiera accedido a ayudarla, pero no creía que fuesen a llegar a ningún sitio, y menos porque ella sabía muy poco. Se tumbó de nuevo en la arena, cerró los ojos y dejó que el sol le calentara la piel; casi se había dormido cuando de repente él habló.

—En realidad, a lo mejor no es una causa perdida: no me dijiste que tu abuelo era un lord. Aquí hay montones de cosas sobre él.

—Déjame ver. —Hannah se incorporó y se acercó más—. ¡Hala, parece muchísimo más joven! Tiró del iPad hacia sí—. Yo sabía que era un lord pero, la verdad, eso nunca me interesó mucho. Mi madre no parecía saber a qué se dedicaba. ¿Puedo leerlo?

Hannah fue pasando la página, saltándose palabras, sin entender

prácticamente nada. No sabía mucho de su abuelo, Charles. Había muerto cuatro años antes, cuando ella tenía doce, pero mientras vivió nunca había desempeñado un papel demasiado importante en sus vidas. Leyó que era miembro de la Cámara de los Lores y que pertenecía al Comité de Privilegios y Conductas, fuera aquello lo que fuese.

Echaron una ojeada a los artículos, leyéndolos por encima.

—Por lo visto, era todo un figura —bromeó Dom—. Retrocede una página, ahí hay algo sobre tu abuela.

—Mira todas esas fotos, ¡parece una sesión fotográfica para una revista de propaganda! No sabía que fuera una *minicelebrity* por derecho propio. ¡Vaya, pues sí que es ella! A pesar de todo, se ve la frialdad de su mirada. Incluso ahí da la impresión de que se cree la maravilla de las maravillas.

—Aquí hablan de la empresa de él —dijo Dom, recuperando el iPad—. Bretton Inc.

Hannah asintió mientras Dom seguía dando golpecitos en la pantalla con el dedo.

—¿Sabes una cosa, Hannah? Puede que acabemos de ganar el premio gordo.

—¿Qué quieres decir?

—«Peter Webb, director de Servicios, se hace cargo de Bretton Inc.» —leyó él en voz alta—. Parece que tu padre no sólo trabajaba para tu abuelo, lo reemplazó cuando se jubiló el viejo.

—¿Cómo? Pero a lo mejor no es el mismo. Creo que a lo mejor no es mi padre...

Hannah no podía creer que lo hubieran encontrado. Era demasiado fácil, demasiado irreal.

—Tiene que serlo. Es mucha casualidad. Me parece que quizá debería plantearme ser detective privado —repuso Dom—. Nada más ponerme, te consigo una foto de tu padre.

Hannah clavó la mirada en la pantalla, en el desconocido de la fotografía que la miraba sonriente. Pelo oscuro y rizado, gafas redondas que le empujaban los ojos, sin bigote ni barba, vestido con elegante traje azul marino y corbata roja. Estaba estrechándole la mano a un hombre que le sacaba al menos una cabeza. La foto se había tomado en el año 2000, un año después de que se marchara. Se obligó a recordarlo o, por lo menos, a reconocer algún pequeño rasgo, pero fue en vano.

Meneó la cabeza.

—No siento nada. Creí que sentiría algo, pero no. —Siguió mirando al hombre que tenía que ser su padre, asimilando otra vez hasta el último centímetro de su rostro—. No creo que sea él, porque seguro que sentiría algo, ¿verdad? Nada de él me resulta ni remotamente familiar. —Apartó la vista—. No es él.

—Hannah, tiene que ser. No es posible que lo reconozcas, no lo ves desde que tenías dos años.

—Pero yo creí que sentiría algo —insistió ella, apretando la mandíbula para contener el nudo que tenía en la garganta.

No quería llorar por un hombre que ni siquiera pensaba que fuera su padre pero, de pronto, se sentía muy triste. Esto no era en absoluto lo que se esperaba. Mirar al hombre de la foto... no la hacía sentir nada.

—Creí que lo miraría y lo sabría por dentro, pero éste no es más que un extraño y además no se parece en nada a como yo me lo imaginaba. —Empujó el iPad hacia Dom y se tapó la cara con las manos—. Señor, estoy hecha un lío.

Se levantó. Ya no podía mirarlo más. La cabeza le decía que tenía que ser su padre, pero algo en su interior rechazaba ese hecho, y Hannah sabía que aquello no tenía sentido.

—Voy a meterme en el mar —dijo. Necesitaba que el agua helada se llevara su confusión. Hundir la cabeza en el agua le borraría los agitados pensamientos aunque sólo fuese un rato, y luego volvería a pensar con más claridad.

—Voy contigo —contestó Dom, y tapó las cosas de los dos con la toalla.

Fueron juntos hacia el mar y se detuvieron en la orilla. Hannah metió el dedo gordo del pie pero lo sacó en cuanto sintió el mordisco del agua. Por muy acostumbrada que estuviera a la sensación del mar, el primer contacto del día siempre la hacía estremecerse.

Se quedaron así un rato, contemplando el agua. Dom parecía comprender la necesidad de silencio que tenía Hannah y esperó a su lado sin decir palabra, hasta que al final alargó el brazo, le cogió la mano y se la apretó.

—Mi abuela me llamó Abigail el otro día —dijo ella por fin.

—¿Quién es Abigail?

—No sé. Y normalmente me daría igual —respondió Hannah—. Ahora casi nada de lo que dice tiene mucho sentido.

—¿Y qué te preocupa entonces?

—Lo dijo de un modo raro —explicó Hannah—, como si supiera a qué se refería. Y por cómo reaccionó mi madre, se diría que deseaba que la abuela no hubiera pronunciado aquel nombre.

—¿Sabes una cosa? —repuso Dom al cabo de unos instantes—, yo creo que todo el mundo viene a la Bahía para huir de algo, o de alguien.

Hannah notó que él le apretaba la mano más fuerte y lo miró a la cara.

—¿Y de qué huías tú? —preguntó.

—Yo no, mi familia... De mi hermano mayor —explicó Dom—. Nathan, murió a los diecisiete años. Habría cumplido treinta la semana pasada.

—¿Tu hermano? —dijo ella casi sin aliento—. No sabía que tuvieras otro.

—Yo sólo tenía cinco años cuando murió, pero todavía me acuerdo de él. Ya no vivía en casa aunque volvía casi todos los días a merendar, y todos los domingos traía una bolsa de ropa sucia para que la lavase mi madre. Ella decía: «Nathan, ¿cuándo vas a empezar a aprender a guisar y a lavar solo?». Pero lo decía siempre con una sonrisa en la cara. No le importaba.

—¿Y cómo murió? —preguntó Hannah. Vio que la cara de Dom se crispaba. Estaba claro que le dolía hablar de un hermano que ella no tenía ni idea de que existiera.

—Estaba en el lugar equivocado cuando no debía. Un tipo empezó una pelea en una discoteca, y uno de los colegas de mi hermano se vio metido en ella. Lo sacaron a rastras y empezaron a pegarle, y Nate intervino. A esas alturas ya eran unos diez tíos. Según los testigos, al final no se sabía quién estaba en cada bando. Yo creo que algunos participaron sólo para divertirse.

—Tu pobre familia...

—Mi madre asegura que Nate no era así, que él no era de peleas. Claro que nunca se sabe, ¿verdad? —comentó Dom—. Uno de ellos sacó una navaja, y dio la casualidad de que delante estaba Nate. Los polis aparecieron a los cinco segundos, pero para entonces ya era demasiado tarde. El colega acabó lleno de moratones, pero Nate estaba muerto. Mi madre no consiguió entenderlo.

—No me extraña.

—Ella se echa la culpa. No hay quien la convenza de que no podría haber hecho nada para protegerlo, pero me figuro que así son las madres.

—Sí.

Hannah no podía ni imaginarse cómo se las arreglaría su madre si perdiera a una de sus hijas. Últimamente se sentía desbordada hasta cuando se equivocaba al darle al botón de la lavadora. Eso demostraba lo poco por lo que había pasado Kathryn en la vida en comparación con la señora Wilson, aunque, al verlas, se creería que era al revés.

—¿Sabes?, a veces aún la oigo hablar con él, cuando cree que no hay nadie cerca. Le cuenta lo que ha hecho ese día, aunque sean cosas aburridas como ir al supermercado. —Dom le echó una ojeada a Hannah—. Mi padre no está mucho por casa, trabaja un montón, y ella nunca me dice nada de eso a mí. Me pregunto si cree que Nate es el único que va a escucharla.

—Tu madre debe de ser muy fuerte para seguir cuidando así de vosotros.

Él se encogió de hombros.

—De todos modos, lo que quería decir era que la Bahía es un escape. Si uno no nace aquí y no es pescador, me parece que necesita un motivo muy bueno para venir.

—Nunca pensé que nosotras lo tuviéramos. Siempre creí que a mi madre le gustó el nombre, y ya está.

Ahora no estaba tan segura. Quizá hubieran huido hasta aquí. Desde luego, había cosas que su madre quería ocultarles. Siempre había pensado que sólo se trataba de su padre, aunque empezaba a preguntarse si no habría algo más.

—Mira a tu alrededor —prosiguió Dom, señalando con un gesto la playa casi vacía que tenían detrás—. Esto está apartadísimo. En algún momento todos los chavales de aquí se mueren por irse. Seguro que la mayoría de la gente del país ni siquiera sabe que esto existe. Te lo aseguro: vinisteis aquí porque no queríais que os encontraran.

Hannah miró la bahía. Dom tenía razón, y alguna vez ella ya lo había pensado, pero, aun así, era una idea triste. Aunque Mull Bay era precioso la retenía en sus garras, y, más que nunca, sintió la necesidad de liberarse.

—Sí que quiero examinar los demás artículos —afirmó—. Tengo que dar con él y necesito saber qué sucedió. Pero ahora mismo no tengo ánimos para eso.

—Vale, pues lo haremos —contestó Dom—. Consúltalo con la almohada esta noche, y mañana empezamos ya con la búsqueda, si quieres.

Le guiñó un ojo y añadió: «Lo haremos juntos».

VEINTE

Peter nunca había querido hijos. Tener una familia implicaba poner las necesidades de otro por delante de las propias, y eso no encajaba con su forma de ser. Lo único que a él le importaba era el número de personas que trabajaban a sus órdenes, la cuantía de su siguiente prima y a quién debía impresionar para fomentar su carrera. Por tanto, Kathryn no planeaba quedarse embarazada; no había pensado traer al mundo a un niño no deseado. Pero había cometido un error: había olvidado tomar la píldora y una noche se acostó con su marido sin ganas, sólo para que se calmara.

Al ver el positivo en la prueba de embarazo le dio un vuelco el corazón. Se lo contó a Peter, y él mantuvo un gesto inexpresivo: no dejó entrever ninguna reacción, ninguna emoción; se limitó a salir tranquilamente de la casa, con el maletín bien metido bajo el brazo y el teléfono móvil agarrado fuerte en la mano. Entonces Kathryn confiaba en que Peter cambiaría, y en que aprendería a desear y amar lo que crecía dentro de ella. Ahora lo único que esperaba era que no fuera así, y que siguiera sin querer tener trato con las chicas.

Eleanor le había presentado a Peter un mes después de que él empezara a trabajar para Charles. Le dijo: «Tengo a una persona maravillosa que quiero que conozcas». Kathryn debería haber seguido sus instintos. No estaba preparada para conocer a nadie tan poco tiempo después de lo de Robert. Nadie podía llenar el hueco que le había dejado en el corazón.

—No sé, mamá. Es muy pronto.

—¡Tonterías! No puedes seguir recreándote en tu desgracia, Kathryn. Eso no es sano.

—Muy bien —contestó Kathryn, suspirando.

De todas formas, no tenía espíritu de lucha. La muerte de Robert la había dejado vacía. Casi todos los días deseaba no tener que levantarse de la cama, y estaba segura de que no se habría levantado de no ser porque su madre no dejaba de hostigarla para que siguiera adelante.

—Piensa en cómo me afecta verte así —le decía Eleanor—. ¿De verdad crees que puedo soportar ver cómo mi hija desperdicia su vida?

Aquel sentimiento fue una sorpresa para ella, hasta que su madre añadió: «De todos modos, no puedes seguir siendo una madre soltera mucho más tiempo. Eso no está bonito».

La primera vez que Kathryn y Peter quedaron, él la llevó a un restaurante de lujo que había abierto hacía poco. Soportó una velada en que Peter se pasó todo el tiempo alardeando: de cómo se las había arreglado para conseguir que les dieran la mejor mesa y de cómo, por supuesto, se encargaría de pedir el vino, porque sabía mucho de eso.

—Me va espléndidamente bien en el trabajo, ¿sabes, Kathryn? —le dijo a los postres—. Ahora mismo dirijo a diecinueve personas pero, desde luego, espero que sean el doble cuando el año que viene me haga cargo del equipo de proyectos.

Dio una calada a su cigarillo y echó el humo por la comisura de la boca. Kathryn le sonrió, cortés, mientras él proseguía.

—Tu padre valora mi labor, por supuesto —continuó—. Si te soy sincero, a estas alturas no creo que supiera qué hacer sin mí. He saneado aquello desde que llegué.

—¿Ah, sí? —preguntó Kathryn con fingido interés.

—Sí. El negocio necesitaba una nueva perspectiva y viveza de ideas —le aseguró Peter, dándose golpecitos en la sien—. Creo que él sabe que soy un valor en alza y me presta atención. —Le guiñó un ojo—. Claro que, a cambio, tengo muchas esperanzas de que también tu padre me ayude. Me veo de primer ministro algún día —dijo con una risilla—. Se me daría muy bien, ¿no te parece?

Kathryn no estaba segura de por qué su padre le prestaba atención. Pero Charles era un hombre inteligente, de modo que debía de haber encontrado algo valioso en él. Se dijo que ella tendría que seguir buscando ese algo.

—Me gustaría salir contigo otra vez —dijo Peter al final de la velada.

No se lo preguntó, sino que supuso que Kathryn querría salir de nuevo con él, como si no tuviera nada mejor que hacer. Y así resultó ser, porque, para su frustración, se sorprendió accediendo a volver a verlo.

No tenían nada en común, pero el interés de Eleanor se despertaba siempre que surgía el nombre de Peter, y Kathryn sentía una necesidad enorme de contar con la aprobación de su madre. Desde que había perdido a Robert su vida se ensombrecía cada vez más, y se encontró aferrándose a Eleanor como si fuera un bote salvavidas. De modo que si a Eleanor le gustaba Peter, pensó que, probablemente, en algún momento a ella también le gustaría.

A medida que transcurrían las semanas y seguían viéndose, Peter pasaba cada vez más tiempo hablando del trabajo y llevándola a sitios a los que ella no tenía particular deseo de ir, como elegantes bares especializados en vinos,

espectáculos o la ópera. Y cuando le pidió que se casara con él, lo cierto es que a Kathryn no se le ocurrió un motivo para decirle que no. Aparte de que no lo quería ni disfrutaba especialmente con su compañía, pero, sin saber por qué, eso no modificó su respuesta.

Sabía que no debía haber dicho que sí, y que él no la quería tampoco, pero ya había perdido a su alma gemela y nunca amaría a otro hombre tanto como a Robert ni mucho menos, así que no tenía sentido esperar a nadie más. Daba igual apañárselas con Peter.

Kathryn estaba tendida en la cama mirando el techo. Siempre que cerraba los ojos notaba que la invadían las náuseas. Llegaban en oleadas, le recorrían el cuerpo y luego se retiraban; por un momento le hacían creer que se le habían pasado, hasta que enseguida otra oleada más grande la ahogaba de nuevo. Era mejor mantener los ojos abiertos.

Tenía las manos apoyadas en el estómago, cobijando el papel con el número de Peter. Éste se lo había enviado hacía un año, adjunto a un cheque. Cuando lo sacó del sobre estuvo tentada de tirarlo a la basura. La breve nota explicaba que había cambiado de número de teléfono, y que a Peter le parecía que ella debía tenerlo, por si acaso. Kathryn no tenía ni idea de lo que aquel «por si acaso» quería decir. Por si acaso ellas se mudaban, quizá. Por si acaso ella ya no necesitaba su dinero, o necesitaba más. En lugar de tirarlo, lo metió en el fondo del cajón de la mesita de noche. Por si acaso.

Ni se imaginó que algún día iba a llamar a ese número. Llevaba más de una hora tendida en la cama, realizando la llamada telefónica en su cabeza y anticipándose a las respuestas de Peter. Tras inspirar hondo cogió el teléfono y, despacio, marcó los números. Le palpitó el corazón al escuchar la señal de llamada. Notaba su fuerza debajo del pecho, un fuego que casi le atravesaba la piel cada vez que sonaba. Se incorporó, se recostó en la almohada y esperó a que él contestara.

—¿Diga?

El sonido de su acento entrecortado la cogió por sorpresa. Si hubiera intentado acordarse de cómo era su voz no lo habría conseguido, pero en cuanto la oyó fue como si hubiesen hablado el día anterior.

—¿Diga? —repitió él; en la voz mostraba una leve irritación—. Si es un centro de llamadas extranjero...

—Peter —dijo ella finalmente—, soy yo, soy Kathryn. Tengo que verte.

Tres días después Peter estaba sentado en un sofá al fondo del Costa Coffee. Le ocultaba la cara un ejemplar de *The Times* que sacudía al pasar las páginas, pero Kathryn lo reconoció nada más entrar. Por encima del periódico asomaba la parte superior de su cabeza, con el pelo elevado en unos rizos que, al mismo tiempo, empezaban a canear y a retroceder. Cuando inclinó la cabeza hacia delante Kathryn vio un principio de calva. Qué seguridad en sí mismo debía de tener para no preocuparse de estar atento a su aparición, sabiendo que ella iba a llegar en cualquier momento.

Kathryn se calmó agarrando el respaldo de una silla. «Media hora», se recordó. «Esto no necesita durar más». Luego saldría de allí y no volvería a ver a Peter. Llevaba dos horas diciéndoselo una y otra vez como si fuese un mantra: «Consigue lo que necesitas y márchate».

Peter bajó el periódico y la miró fijamente al tiempo que levantaba la mano en un semisaludo al verla. Aunque se removió en el asiento como si estuviera a punto de levantarse, siguió sentado. No sonreía, de modo que tampoco Kathryn le sonrió; se limitó a ir hacia él murmurando entre dientes: «Consigue lo que necesitas y márchate». Al llegar hasta él advirtió un asomo de sonrisilla regocijada y se le pasó por la cabeza que tal vez hubiera hablado en voz alta.

—¿Te pido un café? —preguntó Peter, y señaló la butaca de enfrente.

«No». A Kathryn le temblaba la voz. Debía estar serena, pero ya sentía subirle el calor por debajo de la camisa de tela liviana que había decidido ponerse. Tenía que refrescarse, abanicarse con el cuello de la camisa, pero entonces Peter sabría lo incómoda que estaba, de modo que se sentó, y empezó a respirar hondo y de manera regular.

—Vaya, pues derechos al negocio. —Peter sonrió ante su propio chiste, mientras la observaba atentamente como si Kathryn fuera a hacer algo raro de pronto—. Tienes... buen aspecto.

Pero aquella mañana Kathryn se había fijado en sus ojeras y en sus chupadas mejillas. No le contestó.

—En fin, ¿han pasado cuánto, diez, once años, y no soportas un cumplido? —preguntó él, levantando las cejas.

—Catorce, Peter. Han pasado catorce años. Las chicas cumplen diecisiete en diciembre.

Se estremeció al mencionarlas. No pretendía decir nada personal de ellas tan pronto.

—Diecisiete. ¡Caramba! ¿Tienes alguna foto?

—No, me temo que no —respondió Kathryn con frialdad.

Peter asintió.

—¿Y cómo les va? ¿Estás aquí por ellas?

—Están bien —repuso ella, sin explicar nada más.

—Venga, vamos, Kathryn —dijo él. Se inclinó hacia delante, puso los codos sobre la mesita que estaba en medio, cruzó las manos como si rezara y apoyó la barbilla en la punta de los dedos—. ¿Qué te trae aquí con tanta urgencia? —Abrió mucho los ojos con gesto de sorna al pronunciar la palabra *urgencia*—. No me tengas en ascuas.

Aquella expresión estúpida que Peter solía decir... A Kathryn siempre la había irritado. Se admiró de la rapidez con que unas cuantas palabras le recordaban una época en la que no quería estar. Peter ya había conseguido desconcertarla, y debía calmarse para recuperar el control.

—Tengo que saber una cosa, Peter —empezó a decir—, la verdad sobre nosotros. —Esperó, pero él no dijo nada. Se removió en la silla y procuró concentrarse. «Consigue lo que necesitas y márchate», se dijo de nuevo—. ¿Cómo es que nos dejaste de repente cuando nos mudamos a la Bahía?

Peter se arrellanó en el sofá, con los ojos muy abiertos y la cabeza inclinada a un lado mientras la observaba.

Tiene una boca tuerta. Kathryn recordó de pronto las palabras de Abigail. *Los labios finos, y cuando los abre parece que tuviera la boca llena de lápidas torcidas.* En su momento había regañado a su hija por ser tan grosera, pero ahora que lo miraba entendía lo que Abigail quería decir. Peter no era atractivo, si se analizaban sus facciones por separado. La boca tenía una forma rara, y los ojos eran demasiado redondos y pequeños. *Parecen botones de un tamaño que no pega con la cara.* No recordaba de dónde le llegaba aquel despotricar de Abigail, pero estaba facilitándole el proceso. La verdad, ¿por qué diablos se había casado con él? No era por el dinero. Y, además, la ambición de Peter la desquiciaba: todas aquellas noches escuchando lo triunfador que se creía...

—¿Por qué ahora te importa tanto el pasado? —preguntó él, interrumpiendo sus pensamientos.

—Sólo necesito algunas respuestas.

—¿Es porque Eleanor ya no puede dártelas, o porque te dice cosas que no quieres oír?

—¿A qué te refieres? —preguntó Kathryn, boquiabierta.

—Sé que está en una residencia, Kathryn. Sé lo que ha ocurrido.

Kathryn notó el escozor de las lágrimas en los ojos. Quizá esto no fuera buena idea... Nunca aventajaría a Peter, y la verdad era que la situación iba poniéndose insoportablemente incómoda.

—A lo mejor debería irme —dijo, y cogió el bolso del suelo.

—Oh, Kathryn, pero si acabas de llegar —repuso él riendo—. Aunque si es lo que deseas... —Hizo un gesto con la mano señalando más o menos hacia la puerta—. Dale recuerdos míos a tu madre, ¿quieres?

Kathryn se quedó quieta.

—¿Sabes una cosa, Peter? Nunca te he pedido mucho. Aguanté todo lo que te apeteció echarme encima. Primero querías dejarme, pues muy bien. Pudiste haberlo hecho. Después cambiaste de opinión, pues muy bien. Te permití quedarte. Luego decidiste que te marchabas otra vez, y tampoco hubo ningún problema. Te fuiste. Lo único que te pido es que seas sincero. ¿Qué fue lo que pasó en realidad?

—Vale, tranquila —dijo Peter apretando los dientes, al tiempo que se inclinaba hacia delante y echaba una ojeada a los pocos clientes del local, enfrascados en sus conversaciones. Guardó silencio un momento y pareció pensarse la contestación—. Mi partida no te afectó demasiado, Kathryn. Ninguno de los dos era feliz, ¿verdad?

—No quiero hablar de lo felices que éramos. No digo que no fuera la decisión correcta, tan sólo quiero saber cómo de pronto tuviste la seguridad de que eso no repercutiría en tu carrera.

Kathryn sabía que no estaba equivocada al pensar que Peter sólo aguantaba casado porque le beneficiaba; sin embargo, después de que ella se mudara a la Bahía y él se marchara, a pesar de todo, se había hecho con el negocio de Charles. Y eso era lo que nunca había comprendido.

—¿Qué tuvo que ver mi madre con aquello? —le preguntó.

Peter cogió la taza de café, la movió haciendo girar el líquido y luego la puso de nuevo sobre la mesa sin darle ni un sorbo. Después alzó la vista, y Kathryn se dijo que al menos tenía la consideración de parecer que se avergonzaba un poco.

—No estoy orgulloso de lo que hice —contestó—. No pretendía hacerte daño. Cuando nos presentaron pensé que eras preciosa, ¿sabes? Jamás esperé casarme con alguien como tú. Desde luego, sabía que tenían mucho interés en que nos juntáramos. Eleanor deseaba un yerno que se hiciera cargo del negocio, y el hecho de que conocieran a mi tío... —Se calló un momento y volvió a mirar la taza de café—. Yo esperaba que a lo mejor nos salía bien, pero está claro que no. Lo cierto es que somos demasiado distintos, ¿verdad, Kathryn?

Ella esperó a que continuara, sin saber qué responderle.

—Yo sabía que nunca me querías. Nunca dejaste de querer a Robert, ¿verdad? Pero no tardé en darme cuenta de que no me gustaba tener una esposa que la mitad del tiempo ni siquiera estaba allí.

—¿Qué quieres decir con eso?

Peter se encogió de hombros.

—No hablábamos, no mostrabas el menor interés en mí o en estar conmigo. Eras más bien una compañera de piso que una esposa.

—Yo no he venido a esto —repuso Kathryn—. No necesito saber por qué salió mal el matrimonio.

—Nunca me gustó la forma en que dejabas que te controlara tu madre —prosiguió él—. Siempre deseé que le hicieras frente, pero los dos sabemos cómo es, ¿eh? Yo también dejé que me controlara, a su manera.

—Porque sacabas algo a cambio —añadió Kathryn—. El negocio de mi padre, por ejemplo.

—Sí, desde luego estaba eso —convino Peter—. Aunque contigo... —Meneó la cabeza—. Siempre quise hacer más, pero me temo que no lo conseguí.

—No te entiendo.

—Quise contarte lo que ella estaba haciendo, pero no podía. Lo habría perdido todo.

—¿Contarme qué? Lo que dices no tiene sentido —contestó Kathryn.

Peter apartó la taza y se removió en el asiento. Su mirada fue y vino de prisa de ella a la mesa, mientras inspiraba hondo.

—El motivo de que, a pesar de todo, me hiciera cargo del negocio fue porque hicimos un trato. Eleanor me dejó marchar, y yo le prometí que no le contaría a nadie lo que había averiguado.

Kathryn abrió la boca para hablar, pero él levantó una mano y la detuvo.

—Ahora déjame terminar —dijo—. Hubo una época en que ya no soportaba más tus rachas de melancolía, la manera en que te metías en ti misma y no dejabas que nadie se te acercase. Al principio lo achaqué a la pena o a la depresión. —Se encogió de hombros—. No tenía ni idea de qué te pasaba, pero aquello me deprimía a mí también, de modo que fui a ver a mi tío para preguntarle por ti. Por supuesto, Edgar no quiso hablar conmigo; me dijo que no podía, por lo de la confidencialidad del paciente y todo eso, pero yo supe que me ocultaba algo. Se parecía demasiado a mi padre, un tremendo embustero.

Kathryn se movió con ademán nervioso. Empezó a erizársele el vello de los brazos; tenía la sensación de que no quería oír lo que Peter iba a contarle.

—Así que me puse yo mismo a investigar algunas cosas; por ejemplo, los medicamentos que tomabas. Esos que te decían que eran para los vómitos. Había cosas que no terminaban de encajar, y luego te quedaste embarazada y volví a ver a Edgar otra vez, le rogué que me dijera la verdad. Le dije que estaba preocupado por cómo podrían afectar los medicamentos al embarazo, que había hablado con un amigo mío, médico, y que me había dicho que no sólo se empleaban para los vómitos. Edgar me contó que, cuando tenías doce años, te había diagnosticado esquizofrenia, Kathryn.

—¿Cómo? —Kathryn se quedó boquiabierta—. Te lo estás inventando.

—Me temo que no. Entonces se sabía menos de eso, y tu madre estuvo a punto de que le diera un ataque; dijo que no podía dejar que se supiera que tenía una hija con algo así. Como siempre, a Eleanor le obsesionaba lo que la gente pensara de ella. De modo que Edgar estuvo de acuerdo en ocultarlo. En escondérselo al mundo y a la prensa. A ti te dijeron que las medicinas eran para los vómitos.

—Pero... —Kathryn no supo qué decir ni qué significaba todo aquello. Fuera lo que fuese lo que pensara que Peter iba a contarle, no alcanzaba aquel nivel de engaño—. No te creo.

Negó con la cabeza. No podía ser verdad, era imposible que en todos esos años su madre no le hubiera dicho que tenía una enfermedad. Y menos aún, porque se avergonzaba.

—Estoy diciéndote la verdad —contestó él con gesto serio.

—No. —Kathryn volvió a hacer un gesto negativo; el aire que la rodeaba estaba cada vez más enrarecido, y hasta el mover la cabeza le provocaba mareos, pero tenía que procurar centrarse—. No puede ser, ni siquiera sé lo que significa. ¿No es que se tienen dos personalidades?

—No, no tiene nada que ver con eso —respondió Peter—. Debes hablar con alguien y que te lo expliquen, que te proporcionen la ayuda que necesitas...

—No. ¡No te creo! —exclamó Kathryn—. ¿Por qué demonios no me lo contaste nunca?

—Yo creía que aquello estaba controlado. Y, además, sabía que si decía algo, mi tío perdería el trabajo. Lo siento —añadió—. Como ya te he dicho, no estoy orgulloso de todas mis decisiones.

—¡Por Dios!

El aire iba encerrándola de nuevo, pero no quería tener otro ataque de pánico, y menos en el Costa, y menos delante de Peter. Abanicándose con una servilleta, Kathryn hizo amago de levantarse, pero los pies no la sostenían, y volvió a caer sentada en la butaca.

Peter se puso en pie, se inclinó por encima de la mesa y alargó la mano para cogerle el brazo y ayudarla a mantener el equilibrio.

—Lo siento, Kathryn —repitió.

—Suéltame.

Kathryn apartó el brazo de golpe, maldiciéndose por estar poniéndose nerviosa. Era lo último que necesitaba.

—Tengo que salir un momento —dijo, mientras volvía a levantarse con cuidado—. Necesito un poco de aire.

—Vale, bueno. ¿Voy contigo? —le preguntó él; sus ojos la observaban,

curiosos.

—No —contestó Kathryn—. No, quédate aquí. —Dio unos pasos, vacilante, y, agarrada a la butaca, se volvió para mirarlo antes de salir—. Pero haz una cosa por mí —le dijo—. Necesito que me prometas una cosa relacionada con las chicas.

Una vez fuera, Kathryn apoyó la espalda en la pared. Le daba punzadas la cabeza, un intenso dolor que la atravesaba como un rayo y la obligaba a cerrar los ojos. Se secó las húmedas palmas de las manos en la blusa y esperó a que pasara aquella sensación, mientras se preguntaba si volver otra vez adentro o no. Peter había convenido en que si Hannah, o incluso Lauren, iban alguna vez a su casa o lo llamaban por teléfono, les diría que no quería verlas. Al menos accedió a hacer eso por ella.

Pero las demás cosas que había dicho... que tenía una enfermedad que su madre le había ocultado... Eso no podía ser verdad. Seguro que no.

Sentía la cabeza como si la tuviera cogida en una prensa que apretara cada vez más. Los mismos pensamientos la acosaban ahora, sobre el traslado a la Bahía, sobre dejar a Abigail. Si su madre le había ocultado aquello, ¿qué más había manipulado?

—¿Qué has hecho, mamá? —preguntó a voces—. Dime que me ha mentado. ¡Ay, Dios mío!

Sentía muchas náuseas; debía buscar algún sitio, apartarse de la calle principal por lo menos. Pero lo único que veía era una multitud de gente que iba con paso apresurado de acá para allá, de acá para allá.

—¿Qué demonios he hecho? —gritó.

Una mujer que empujaba un carrito de bebé se detuvo y la miró fijamente con el ceño fruncido. Luego habló con ella, pero Kathryn no oyó las palabras.

—Mi hija —dijo Kathryn—. Dejé a mi hija.

Trató de taparse la boca con la mano. Ahora sí que estaba a punto de vomitar y, para colmo, encima de los bonitos zapatos azules de aquella mujer.

—¿Le pasa algo? —preguntaba otra.

—Dice que ha dejado a una hija en algún sitio.

—¿Una hija?

La otra parecía sorprendida. Ahora las dos miraban a su alrededor, una de ellas señalaba el interior del café, ambas le hablaban con demasiadas palabras.

«Corre, corre», dijo una voz. Así que Kathryn corrió y siguió corriendo calle abajo sin tener ni idea de adónde iba, pero tenía que huir de la gente que

empezaba a apiñarse en torno a ella, que clavaba la mirada en ella como si estuviera perdiendo el juicio.

VEINTIUNO

Querido Adam:

La noche que me dejaste creí que no volverías nunca, pero no te culpé. ¿Por qué ibas a querer estar con alguien que te mentía, que te hacía creer que ibais a por un precioso hijo cuando, en realidad, lo único que hacía era evitar por todos los medios que eso ocurriera? La mañana siguiente me mandaste un SMS para decirme que estabas en casa de tus padres y que me llamarías pasados unos días. «Dame algo de espacio para pensar», decía tu mensaje.

Tres semanas después regresaste a casa. No esperaba encontrarte en la cocina cuando volví de comprar. Te sobresaltaste al verme, como si tampoco me esperaras; creo que estabas tan ensimismado que no habías oído abrirse la puerta.

—¡Adam! —exclamé. Solté las bolsas de la compra en el suelo y me acerqué para abrazarte.

«No...». Levantaste una mano, y me detuve, paralizada. Era la primera vez que me negabas un abrazo, y de repente sentí que me invadía una nueva oleada de dolor. Claro, no habías venido porque quisieras estar conmigo; probablemente, habías vuelto a por tus cosas.

—Antes tenemos que hablar —dijiste—. Tengo que saber por qué.

«Antes», habías dicho «antes». Eso indicaba que habría un después. Y eso quería decir que había esperanza. Empecé a permitir que la sensación de nerviosismo que tenía en la boca del estómago se pusiera a bailar en una burbuja optimista.

Me sacaste una silla, y me senté a la mesa.

—Adelante, Abi. Te toca a ti hablar.

Tu voz era imperiosa, pero no severa. Era dulce y amable, me suplicaba que te hiciese comprender por qué te había mentado. Sólo entonces te miré bien, y vi que todo el daño que yo te había causado te ensombrecía los ojos y les hacía perder su brillo. Tenías la cara demacrada... ¿no habías dormido desde que me dejaste? Sentí deseos de acariciarte la mejilla, de borrarle el cansancio, de convertirte de nuevo en el Adam que eras, lleno de vida y de alegría. Y me

pregunté si alguna vez podría hacerlo.

En ese momento tuve que decidir si contarte la verdad o dejar que te marcharas.

—El 25 de abril de 1998 —me recordó Maggie hoy—. Dijo usted que era una fecha de la que se acordaba bien.

Fue el día que perdí la virginidad con Jason. Sólo nos acostamos una vez, aunque él estuvo más que dispuesto a volver a hacerlo después, aunque no conmigo. Ahora su objetivo era Tasha.

Dos semanas más tarde no me vino el período, pero no lo pensé mucho porque tenía otras cosas en la cabeza, como que Jason apenas me hablaba. Siempre que lo veía en el patio del recreo o en la cantina estaba bromeando con una pandilla de colegas; Tasha, colgada de su brazo, echaba atrás la cabeza riendo a carcajadas cada vez que él decía algo ligeramente divertido. Sin embargo, a Cara, contenta de que mi efímero noviazgo hubiera terminado, no le importaba ser amiga mía otra vez. Así que al cabo de un mes, cuando de nuevo no me llegó el período, fue a ella a quien acudí para confiarle mi creciente inquietud de que tal vez estuviera embarazada.

Fue idea de Cara robar la prueba del embarazo en la farmacia. Yo monté un número en el mostrador por el precio del chicle mientras que ella se la metía con disimulo en el bolsillo. Una hora después Cara estaba a la puerta del cuarto de baño de sus padres y yo, orinando en el palito; luego entró y se sentó conmigo mientras esperábamos a que aparecieran las rayas color rosa.

Salieron dos. A esas alturas yo sabía dónde buscar y supe que estaba embarazada sin ninguna duda.

—Ay... Dios... mío —soltó Cara—. ¡Ay, no, Abs! ¿Qué vas a hacer?

Me eché a llorar, y Cara me abrazó al tiempo que me consolaba diciendo: «¡Joder, tu madre te va a matar!».

Eso me hizo llorar más fuerte.

—¿No usasteis condones? —preguntó.

—Dijo que prefería sin.

—Sí, bueno, esa parte no se la cuentas a tu madre.

—Ella también está embarazada —solté de golpe.

—¡Coño, esto es graciosísimo! —repuso ella riendo antes de ponerse seria—. Si no fuera tan duro para ti, claro. Pobre Abs —añadió.

Vi que le daba la risa e intentaba contenerse, y supe que Cara nunca sería una verdadera amiga, pero en ese instante era la única que tenía.

Aún estábamos sentadas en las frías losetas del baño cuando volvieron sus padres. Cara dio un grito ahogado al oír abrirse la puerta y me miró con fingido horror antes de salir corriendo hacia el descansillo, gritando: «Mamá, ¿puedes venir un segundo?».

—Cara, ¿qué haces? —exclamé yo.

—Se enterará antes o después —contestó ella, encogiéndose de hombros.

—No, cuéntale otra cosa.

—Mamá —dijo Cara cuando su madre apareció junto a la puerta y contuvo el aliento al verme llorando en el suelo de su cuarto de baño—. Abi acaba de enterarse de que está embarazada.

La madre de Cara me preparó un té frío con mucho azúcar y me dio tres galletas integrales de chocolate. No parecía que le hiciese mucha gracia la perspectiva de que la amiga de su hija de catorce años estuviera encinta, pero no dijo nada que me hiciera sentir peor de lo que ya me sentía. Empezaba a agradecer que Cara se lo hubiera contado cuando las oí hablando en la cocina.

—Apuesto a que te alegras de que no me haya pasado a mí, ¿verdad, mamá? —decía Cara.

—Yo sé que tú no serías tan pendón, cariño —contestó la madre.

De modo, Adam, que eso fue lo que ocurrió. Tuve un bebé. Tengo un bebé.

En algún lugar.

Sé lo que debes de estar pensando:

—Estuvimos juntos cinco años, ¿y no tuviste valor para contármelo?

No, Adam, no lo tuve.

—Y, sin embargo, te las arreglaste para contárselo a Maggie al cabo de cuánto, ¿tres meses?

Sí. Aunque no fue fácil. Y, para ser justos, ella es una profesional. Y, para ser más justos todavía, probablemente yo fuera a verla todas las semanas con la intención de decírselo, aunque al principio no lo reconociese.

—¿Por qué no me lo dijiste?

No te lo dije por varios motivos. Podría mentirte ahora y decir que era un recuerdo reprimido, pero no lo era. Nunca lo he olvidado, tan sólo aprendí a dominarlo impidiéndole llegar a mi cabeza. Si no se lo contaba a nadie, ya no era importante. Podría

vivir sin que aquello me marcara. O, por lo menos, eso creía yo.

—Pero ¿estabas dispuesta a perderme?

Estaba dispuesta a hacer lo que fuera preciso para no volverme loca. Pero rogaba a Dios una y otra vez que eso no implicara tener que perderte.

Me gusta representar mentalmente nuestra conversación: así hago que parezcas más sensato. Y, además, al final consigo que me resulte favorable.

Maggie sugiere que, al marcharse mi familia, yo metí los recuerdos de mi bebé en mi memoria subconsciente. Me dijo que, en esos casos, a veces esa memoria pone en marcha una señal de advertencia. Así procura explicarme por qué te mentí en lo de tomar la píldora: mi subconsciente me advertía que no era buena idea que yo tuviera hijos.

Cuando me hablaste por primera vez de que buscáramos un bebé, esa noche desperté empapada en sudor. Las palabras de mi abuela me corroían, resonando en mis oídos: «Eres demasiado egoísta para ser una buena madre, Abigail. Mira cómo actúas, siempre poniéndote a ti la primera. No podrías mantener a salvo a un niño, ni darle lo que necesita». Me las lanzaba tan a menudo que nunca he sido capaz de librarme de ellas. Pasé de niña a mujer creyendo aún que eran ciertas.

Lo justifico recordándome que ya tengo una hija que no he sido capaz de mantener a salvo, de modo que no podría ser madre de tus hijos porque no soportaría pensar que fastidiaba las cosas como la primera vez. Y tampoco soporto la idea de poseer los genes maternos que tiene mi familia... unos genes que me convertirían en la clase de madre que era Kathryn... o peor aún, Eleanor.

Así que por eso te mentí, Adam. Fingí que había dejado de tomar la píldora. Dejé que creyeras que estábamos intentándolo y que yo iba a darte todo lo que querías. No te conté la verdad porque no quería que trataras de convencerme de lo contrario.

Volviendo atrás, la noticia de mi embarazo no tardó en llegar a mi madre. La madre de Cara la llamó por teléfono una semana después: «Sólo para que usted lo sepa, Kathryn. Por si Abigail no le ha dicho nada».

Por supuesto, mi madre se enfureció. «¿Cómo has podido hacer esto?», me

repetía sin parar, mientras se pasaba los dedos por el pelo y las manos le temblaban con violencia. «¿Ahora qué pasa? ¿Qué hacemos ahora?». Lo preguntaba una y otra vez en un desvarío febril, aunque, desde luego, ninguna de las dos sabía qué contestar.

Yo no había querido que aquello ocurriera, aunque estaba claro que mi madre ni se planteaba tal cuestión. Intenté suplicarle que me ayudara, porque estaba asustada. Un bebé ya iba creciendo dentro de mi tripa, y no tenía ni idea de cómo lo haríamos parar. Casi le rogué que me abrazara y me dijera que todo saldría bien, y que juntas idearíamos algo. Pero en vez de eso ella no dejaba de dar vueltas y más vueltas sobre lo mismo, meneando la cabeza mientras sus ojos traicionaban su miedo y, prácticamente, zarandeándome para que le diese yo la respuesta.

Así que dejé de preguntarle.

Aquella noche llegó la caballería en forma de mi abuela. Abrí la puerta y me la encontré allí, con una hoguera de furia en los ojos. Me apartó de un empujón y entró en la casa sin hablarme.

—¿Adónde va a ir a parar esta familia? —le espetó en tono crispado a mi madre, en ese momento refugiada detrás de un montón de libros que había decidido quitar del desván—. ¿Y qué demonios crees que estás haciendo, Kathryn?

—Es que estoy ordenando las cosas —respondió mi madre con un piar de pájaro.

—Pero ¿qué te pasa? —prosiguió Eleanor; a puntapiés, echó los libros a un lado de la habitación—. No es de extrañar que tu hija esté metida en este lío, si ni siquiera te centras en lo que traes entre manos.

Mi madre empezó a meter otra vez los libros en las cajas de donde los había sacado momentos antes.

—Es que no sé qué hacer —dijo, lloriqueando.

—Pues por eso estoy yo aquí, ¿no? —le respondió Eleanor con aspereza—. Porque ya te aseguro que no vamos a dejar que esto llegue a saberse: le diremos a todo el mundo que vas a tener mellizos.

Estábamos a mediados de junio, y yo estaba embarazada de nueve semanas. Eleanor tomaba las decisiones; los planes iban cristalizando. Nadie más sabría de mi situación. «Aparte de Cara y su madre, desde luego», sentenció Kathryn

en tono solemne. Esa misma noche Eleanor hizo una visita a los White y, para ser justos, a ellos jamás se les escapó nada. (La semana siguiente Cara me dijo que su madre había hecho la reserva de unas vacaciones en España en agosto. Iba a ser el primer viaje de la familia al extranjero, y Cara no podía creerse la suerte que tenía de que sus padres pudieran permitirselo, de pronto y sin saber cómo...).

Se decretó que yo seguiría asistiendo al colegio hasta las vacaciones de verano.

—Tendrás que aflojarte la ropa y contarle a todo el mundo que andas comiendo demasiado, y ya está —me dijo Eleanor.

De forma instintiva, me llevé la mano al estómago. No había cambiado, estaba igual de liso que siempre.

—Mientras tanto —le comentó Eleanor a mi madre—, debemos lanzar el rumor.

El día siguiente mi abuela me llevó a rastras a la oficina de correos. Nos pusimos en la cola, y esperé a que ella, en voz bien alta, le anunciara a la cajera:

—Quisiera abrir dos cuentas a mi nombre, por favor. Sí, es emocionantísimo todo: mi hija vio dos bebés en la ecografía, ¡espera mellizos!

Inmediatamente las tres ancianas que estaban detrás de nosotras en la cola se pusieron a comentar qué bendición debía de ser eso, y Eleanor convino en que sí, en que era muy afortunada, antes de mirar otra vez a la cajera, guiñar un ojo, darse un golpecito en la nariz y añadir: «Pero no se lo cuente a nadie, querida, ¿eh?». Todo el mundo sabía que Cheryl era una chismosa. Vivía al final de nuestra calle, y tomaba notas de todas las idas y venidas para «comentarlas» en detalle luego con las clientas. Con la cabeza bien alta, mi abuela salió de la oficina de correos; había tachado una tarea más de su lista.

El día después de acabar el colegio Kathryn cogió el coche y nos fuimos a casa de mis abuelos en Yorkshire, donde pasaríamos los seis meses siguientes. Eleanor llamó a mi director para decirle que yo no volvería hasta primavera porque iba a llevarme de viaje a África, donde tendría un profesor particular. Él, por supuesto, sabía quién era mi abuelo, de modo que se tragó la historia entera y nos deseó todo lo mejor, tras comentar que tenía muchísimas ganas de que yo se lo contara todo a mi regreso. El abuelito había vivido en África siete años. Gracias a eso no tuvo ningún problema para enseñarme cuanto yo debía saber, según instrucciones de Eleanor.

En realidad, pasé los siguientes cuatro meses en su casa, volviéndome loca de aburrimiento. Eleanor no paraba de trajinar, de interrogarnos a mi madre y a mí como si nos hiciera una entrevista, y de asegurarse de que entendíamos la

historia hasta que se convencía de que ninguna de las dos iba a decir alguna estupidez en el último momento.

Mi madre oscilaba como un péndulo. De pronto se relajaba con Eleanor al mando y volvía de las tiendas cargada con bolsas llenas de artículos de tocador para bebés, camisetas y peleles blancos, pijamitas, chucherías para una habitación infantil y libros sobre crianza, como si fuese una primeriza. A veces casi se provocaba ella misma un frenesí de entusiasmo, y yo no lograba entender si estaba contenta de verdad o perdiendo la cabeza por completo. Pero en otras ocasiones se encerraba en su dormitorio y sólo salía para cenar; entonces apenas hablaba con nadie, y mantenía un gesto inexpresivo e indescifrable.

En cuanto a mí, yo me quitaba de en medio todo lo posible. Cada pocas semanas veía al doctor Edgar Simmonds, que sabía la gravedad de nuestra mentira. Pero, aparte de eso, pasaba horas haciendo dibujos y bocetos sólo para mantener la mente ocupada. Así me sentía más cerca de mi padre, porque en aquel momento, más que nunca, necesitaba a alguien que estuviera de mi lado.

A medida que mi tripa crecía empezó a parecerme que no estaba tan sola. Cada vez que notaba un aleteo o una patada, y, con el tiempo, a mi bebé dándose la vuelta entero dentro de mí, llegué a amar a la personita que llevaba dentro. Era mío, mi precioso bebé, y sentí la imperiosa necesidad de no darlo. Algunas noches me quedaba despierta imaginándome qué podría hacer para huir, cómo nos fugaríamos y viviríamos juntos en una isla lejana donde nadie nos encontrara, pero siempre volvía a aterrizar en la realidad con un tremendo golpetazo. Sabía que había renunciado a cualquier alternativa hacía mucho tiempo.

La fecha en que cumplía mi madre llegó y pasó. Once días después se puso de parto, y el 15 de diciembre nació la primera de las «mellizas». Aunque a mí me faltaba otro mes para cumplir, la madrugada del día de Nochevieja sentí los primeros y fuertes dolores de lo que supuse que eran contracciones. Chillé horrorizada: el dolor me había pillado por sorpresa, y no me gustaba lo que le ocurría a mi cuerpo. Eleanor entró en mi cuarto, cogió mi maleta y me metió en el coche. Vi a mi madre mirándome desde la ventana de su dormitorio, abrazando a su bebé bien pegado a su pecho, mientras nos adentrábamos en la noche camino del hospital.

Pasaron las horas, y las contracciones se hicieron más fuertes. Llegó el doctor Simmonds junto con una matrona llamada Mae, que pagaba Eleanor. Mae me dijo que me encontraba bien, y que pronto nacería mi bebé. Le grité que me lo sacara, asustada y aferrada a ella porque no quería que se fuera. Pensé que no quería que nadie más me ayudara a pasar por aquello, pues era la única persona que tenía una mirada amable. No quería a Edgar cerca de mí.

Eleanor se quedó en el hospital, aunque sólo a veces entraba en la habitación para ver cómo me iba. Cuando aparecía, yo apartaba la vista; no aguantaba verla mirándome mientras sufría tantísimo dolor. En ese momento yo la culpaba de hacerme seguir con aquello.

Al anochecer necesitaba desesperadamente algo que me quitara el dolor, y le rogaba a Mae que me ayudara. Le pedí que me diera cualquier cosa que acabara con aquel suplicio, pero ella me dijo que ya no había tiempo: mi bebé venía de camino.

Grité y maldije y empujé hasta que la oí exclamar que veía una cabeza. Y treinta minutos después de la medianoche del día de Año Nuevo nació mi hija.

Me la pasaron, y la tomé en brazos. Era diminuta y escurridiza, y tenía los ojos cerrados tan fuerte que se le fruncía la nariz. Su cabeza estaba cubierta de pelo oscuro y suave. La tapé con mi sábana y estreché su cuerpo desnudo contra el mío; mientras mis lágrimas caían sobre su carita no podía apartar la vista de ella: mi hija. Tenía en brazos lo más preciado del mundo y sentía un ardiente deseo de cuidarla toda la vida.

—¡La primera nenita del Año Nuevo! —gritó una enfermera, entrando en la habitación—. Tendremos que hacerle una fotografía especial para la pared.

—Ni se le ocurra —repuso bruscamente Eleanor, que venía tras ella.

Mi abuela se inclinó para mirar a mi bebé e hizo un gesto afirmativo. Yo no alcé la mirada; no le dije ni palabra. Sólo quería que Eleanor saliera de la habitación y me dejara tranquila con mi hija otra vez. Cuando se fue, Mae volvió, se sentó a mi lado y me acarició el brazo.

—¿Va todo bien, Abigail? —preguntó—. ¿Estás bien?

Asentí, vertiendo lágrimas aún, mientras abrazaba a mi niñita contra el pecho y pegaba la cara a su cabeza. La habría inhalado si hubiera podido.

—Es perfecta —susurré.

—Sí. —Mae sonrió—. Pero, oye —me cogió el brazo y aflojó mi agarrón—, no la achuches demasiado.

Miré el pelo negro y sedoso que cubría la cabeza de mi hija; sus dedos minúsculos y regordetes que con tanta fuerza me agarraban el pulgar. El pañal que Mae le ponía y que le estaba demasiado grande. Observé en detalle hasta el último centímetro de su cuerpecito, que todavía podría describirte perfectamente.

No sabía cómo iba a soltar nunca a mi nenita y, sin embargo, sabía que no tenía más remedio. Debí salir corriendo del hospital ese día, como quería hacer, pero no me fui... Me daba demasiado miedo perderla del todo.

—¿Qué nombre vas a ponerle? —preguntó Mae.

—Hannah —contesté.

—Qué nombre más bonito.

—Leí en un libro del bebé que significa «Dios me ha favorecido» —dije—. Eso me gusta. Quiero que siempre esté cuidada.

Y mientras tenía a Hannah bien pegada a mi pecho, supe que eso era lo único que quería para mi niñita: que se sintiera segura, feliz y amada. Que la cuidaran como nunca me habían cuidado a mí.

No hubo ninguna entrega ceremoniosa de mi bebé, porque, claro está, yo seguí viviendo con su nueva madre. El 31 de enero de 1999 Kathryn, yo y las dos niñas, Hannah y Lauren, regresamos a casa. Era un plan bien definido. Yo hice lo que me dijeron y, en cuanto estuve de nuevo en Londres, volví al colegio, donde tuve que llevar vida de adolescente otra vez.

Lo que pasa es que nadie se preocupó de cómo me sentía. Todas las noches me pasaba horas con la vista clavada en las pequeñas. Cuando estaban bien dormidas en sus cunas, me metía con sigilo en su cuarto y ponía la mano en la diminuta tripa de Hannah para notar los tranquilizadores movimientos de su respiración. Luego hacía lo mismo con Lauren, mi medio hermanita, pues no me gustaba la idea de que se lo perdiera tan sólo porque no era mía.

Las dos eran preciosas, cada una en su estilo. El pelo de Hannah iba aclarándose pero seguía siendo castaño oscuro, y tenía unos mofletes que me recordaban a un hámster. Era un poco más grande que Lauren, con las piernecitas y los bracitos regordetes. El plumón de pelo rubio de Lauren la hacía parecer casi calva. La gente, por supuesto, aceptó que eran mellizas porque eso era lo que le habían contado. ¿Por qué iban a creer otra cosa? Pero cuando yo las miraba me maravillaba de cómo podían ser tan crédulos. Apenas si parecían hermanas, algo que desde luego no eran: Lauren era la tía de Hannah. Siempre que las veía dormir profundamente, juntas en sus cunas, esa idea me perturbaba, tanto que me horrorizaba pensar cómo les afectaría si alguna vez supieran la verdad.

No sé si a Kathryn le obsesionaron alguna vez semejantes pensamientos. No te sorprenderá saber que jamás hablamos de ello, aunque yo estaba segura de que no siempre manejaba la situación tan bien como intentaba hacerme creer.

—¡Lauren va a la derecha! —me chilló un día que las había acostado yo—. ¿Qué haces?

—¡No es que haga falta distinguirlas, precisamente! —le repliqué con brusquedad.

Yo no tenía ni idea de por qué ella hacía esas pequeñeces, pero me

*preguntaba si no estaría procurando infundirles cierto «mellicismo».
Compensarles el que no hubieran compartido la misma matriz.*

VEINTIDÓS

Hannah miró a su madre con cara de incredulidad. No había nombrado a su padre desde que leyó el artículo sobre él, y hasta esa mañana Kathryn había cerrado el pico siempre que se mencionaba su nombre. Y ahora, de buenas a primeras, no sólo parecía querer hablarles de Peter, sino que se obstinaba en que debían oírla en ese preciso instante.

Kathryn apareció en la cocina ya vestida, con una rebeca de cachemira color crema sobre un traje de playa. Era evidente que había hecho un esfuerzo, y casi consiguió dar el pego hasta que Hannah se fijó en que llevaba mal abrochados los botones, y un zapato rosa y el otro rojo. A punto de comentárselo, se detuvo cuando su madre alzó la mano para hablar. De pronto, se mostró más que dispuesta a contarles cosas de su padre. De hecho, insistió en que supieran en detalle la clase de hombre que en realidad era Peter Webb.

Peter. Su rostro surgió súbitamente en la mente de Hannah mientras Kathryn trazaba su particular, y desagradable, retrato de él.

—Me enamoré de su encanto —les explicó—. Tenía todo lo que yo buscaba en un hombre: ambición, inteligencia y atractivo. Luego me quedé embarazada, y todo cambió. Me dijo que nunca había querido tener hijos, que él no era un hombre familiar. Y cuando nacisteis, fiel a su palabra, no quiso saber nada de vosotras. Entonces empezó a...

Se calló y esperó hasta que Hannah y Lauren la animaron a continuar con un gesto.

—Se puso un poco violento, no con vosotras, sólo conmigo. Así que, finalmente, le dije que tenía que marcharse. Me dio miedo que os hiciese daño a vosotras también. Y por eso no quiero que lo busquéis. No quiero que tengáis nada que ver con él. Lo entendéis, ¿verdad? No debéis acercaros a ese hombre. No podéis fiaros de él.

Hannah la escuchó con atención y, junto con Lauren, movió la cabeza para responder que no, que por supuesto que no se acercarían a él, y menos si era un hombre así. Pero había algo extraño en la expresión con que las miraba su madre, en aquellos ojos que les rogaban que la creyeran. Hannah no pudo evitar

pensar que allí pasaba algo.

Cuando Kathryn quedó satisfecha con la promesa de que no volverían a preguntar más por él y nunca irían a buscarlo, salió de la casa.

Iba a ver a Morrie, o al menos eso dijo.

Lauren estaba muy pálida. Hannah se figuró lo que su hermana debía de estar pensando.

—Por lo visto, es un monstruo —dijo Lauren.

Hannah sabía que estaba conteniendo las lágrimas porque tenía la espalda arqueada y rígida, y porque se clavaba las uñas en las palmas de las manos, dejando pequeños semicírculos en la carne. Lo hacía siempre, desde que eran pequeñas; era una maniobra de distracción para no llorar.

—Sí, bueno... —respondió por fin—, desde luego no me lo esperaba.

Lauren hizo un gesto negativo.

—¿Te figuras por lo que mami ha pasado? Debe de haber sido horroroso. De verdad que no comprendo cómo alguien no quiere conocer a sus propias hijas, y un hombre tan violento, además... Por Dios, Hannah, da horror sólo pensarlo.

—Sí.

—Se me pone la piel de gallina al pensar que nuestro padre es una persona así. ¿A ti no?

Hannah asintió. Vio que Lauren se levantaba y recogía el bolso del suelo.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—Tengo que hacer algo, algo normal. Sophie iba hoy al centro comercial, y me voy con ella. Ahora mismo no puedo quedarme aquí pensando en él. Vente también.

Pero Hannah negó con la cabeza.

—No, ve tú. A mí no me apetece.

No tuvo que repetírselo. En cuestión de minutos Lauren había salido, y Hannah se quedó reflexionando sobre lo que no había querido decirle a su hermana: que, desde luego, en el relato de su madre había algo que no cuadraba. Aquel modo de brindarles la información, tan espontáneo, y el que fuese una historia tan cuidadosamente estructurada que, al oírla, Hannah se preguntó qué era lo que pasaba en realidad. Le había sorprendido que se pusiera a hablar en cuanto ellas llegaron a la cocina, y la había observado con atención mientras desplegaba los datos. Más bien parecía que Kathryn estuviera leyendo un guion, aunque sin la expresividad de una actriz de talento, sin alterar la voz y hablando sin parar hasta que terminó lo que quería decir. Incluso cuando Lauren le hizo

una pregunta, había levantado una mano para impedirse.

Lo cierto era que Hannah no se creía ni una sola palabra de lo que su madre había dicho.

Ante tanta insistencia en que se olvidaran de su padre por completo, Hannah, claro está, había dicho que sí tan sólo para que su madre se marchara. Mientras la escuchaba y miraba sus gestos nerviosos, se acordó de algo que Lauren le había contado una semana antes: que había encontrado a Kathryn nerviosa, frenética por un sobre que era evidente que no quería que viese nadie más. En su momento a Hannah aquello no le había llamado la atención: las rarezas de su madre formaban parte de la vida cotidiana. Pero ahora se preguntó si allí no habría algo más. Y ahora que tenía la casa para ella, iba a buscar qué era lo que escondía.

Empezó en el dormitorio de Kathryn: sacó los cajones de la cómoda, revolvió con cuidado el maquillaje, la ropa interior y los calcetines enrollados, y luego volvió a ponerlo todo en su sitio. Dentro del armario quitó los zapatos y los bolsos, y abrió las cajas de zapatos. Luego pasó la mano por la parte de arriba pero no encontró nada. Tras levantar el cubrecama de ganchillo, miró debajo de la cama y corrió una maleta hacia el espacio vacío. Mientras hacía una breve pausa, sus ojos observaron el cuarto y se posaron en la mesita de noche.

Algo estaba atascando el cajón, y tuvo que meter la mano dentro y apretar para liberarlo. Una vez abierto, miró la cantidad de cosas que atestaban el interior, a diferencia de todos los demás cajones de la casa, tan organizados. Se puso a ojear recibos, fotos, una libreta y unos pasaportes hasta que se fijó en un sobre marrón que estaba debajo del todo.

Hannah lo sacó a duras penas. En él, con letras mayúsculas y doble subrayado, estaba escrito: «Privado y confidencial». El cierre se había despegado, y, suelto, colgaba un trozo de cinta adhesiva, tan vieja que se había oscurecido y ya no pegaba. Inspiró hondo y, con cuidado, lo abrió y miró dentro. Nada; lo que hubiera allí se lo habían llevado. Se le cayó el alma a los pies. Tenía tantas expectativas que, de repente, le entraron ganas de llorar. A punto de devolverlo al cajón, con gesto distraído hizo un último barrido de mano y tocó algo, un papel doblado en el fondo. Apretó los dedos, tiró fuerte del papel y, una vez fuera, lo desplegó, una, dos, tres veces, hasta que quedó abierto en su regazo: era una página de periódico. La escudriñó por ambos lados, buscando algo que le diera alguna pista, pero no parecía estar relacionada con el asunto. Así que empezó de nuevo, esta vez mirando más en detalle, leyendo cada línea, buscando

cualquier cosa que tuviera que ver con su madre.

Y fue entonces cuando lo vio: un pequeño artículo embutido en la esquina inferior derecha de la página. Un artículo que, aunque no tenía sentido alguno, hizo que se le parase el corazón.

VEINTITRÉS

Kathryn no había pensado decir tantas mentiras sobre Peter pero, una vez que empezó a hablar, no pudo evitar que las palabras salieran en tropel de su boca. Sin embargo, se alegraba de que las chicas se hubieran tragado el cuento y le hubieran prometido que no proseguirían su búsqueda. Al menos, por esa parte estaba tranquila.

Esa noche tuvo una llamada perdida de Peter. La había llamado a medianoche y le había dejado un mensaje, preguntándole por qué se había escapado y diciéndole que tenía más cosas que contarle. También hacía una confusa alusión, algo relativo a la verdad acerca de Mull Bay, aunque no estaba claro a qué se refería. Kathryn no sabía cuánto más podría soportar, pero era consciente de que Peter tal vez fuera el único que podía darle las respuestas.

Se detuvo en lo alto del acantilado, donde pensaba devolverle la llamada. Con un poco de suerte las chicas no la verían, y aunque la vieran, podría decirles que todavía iba de camino a casa de Morrie.

Al meter la mano en el bolsillo se dio cuenta de que se había dejado el móvil sobre la cama. Mierda, no quería volver a por él, pero ¿y si Peter llamaba otra vez y contestaba una de ellas? De mala gana, dio media vuelta y regresó a la casa.

Las chicas debían de haber salido, todo estaba muy silencioso. Kathryn dejó las llaves en la mesa del recibidor y empezó a subir la escalera. Pero cuando se acercaba a lo alto oyó un crujir de papeles que salía de su dormitorio; al llegar a la puerta la empujó despacio y vio a Hannah agachada en el suelo, junto a su cama.

Aquello la desconcertó.

—¿Hannah?

La miró y luego miró el cajón de su mesita de noche, medio abierto, y luego otra vez a Hannah, hasta que sus ojos se detuvieron en el recorte de periódico que su hija tenía en la mano: la noticia que en su día el hospital había filtrado a la prensa local y que, por suerte, Eleanor nunca había visto. El recorte donde se daban los detalles del primer bebé del Año Nuevo, que Kathryn había guardado

porque era la única verdad que tenía.

Hannah se volvió despacio. Había palidecido. Kathryn se tambaleó hacia el marco de la puerta, y sus dedos lo agarraron fuerte, sujetándole el cuerpo, al tiempo que, con los ojos desorbitados, miraba rápidamente de Hannah al periódico y de nuevo a Hannah. Su boca se abrió formando una O y luego volvió a cerrarse de golpe.

Allí estaba, aquél era el momento que llevaba temiendo desde que nacieron las niñas.

—¿Qué haces? —preguntó por fin; sus palabras fueron poco más que un ronco susurro.

—¿Qué significa esto? —respondió Hannah, enseñándole el periódico—. No tiene sentido, mami. No lo entiendo.

—Es, mmm...

Kathryn frunció el ceño. Estaba pensando con toda la intensidad que podía, pero no le salían las palabras.

—Quiero decir, es mi nombre, ¿no? Y eso significa que debo de ser yo, ¿verdad? Aunque no puede ser, ¿no, mami? ¿Y Lauren? ¿Y la fecha? Ni siquiera es el día de mi cumpleaños. —Hannah dio un golpecito con el dedo en el papel—. Y no entiendo por qué dice que nací en Leeds, cuando yo creía que era en Londres. Entonces, ¿es otra persona?

Kathryn siguió mirándola fijamente.

—¿Vas a decirme algo? —gritó Hannah—. Dime qué es esto, mami. Y sé sincera conmigo. Por favor.

Ohhh. El ruido que Kathryn oyó salir de su propia boca era un quejido, como de un animal que sufriera un tremendo dolor. Se llevó rápidamente las manos a la cabeza, con los dedos abiertos, se los hundió en el cuero cabelludo y vio que Hannah, horrorizada, observaba cómo caía de rodillas en la moqueta.

—¡No, no, *no!* —murmuró Kathryn entre sollozos—. ¡Ohhhh, *Dios mío!*

Las palabras se prolongaron, interminables.

Su mundo se desmoronaba sin que ella hubiera tenido nada que ver con aquel desastre.

VEINTICUATRO

—Mami... —a Hannah le temblaba la voz—. Por favor, dime qué pasa. Lo soportaré, no puede ser tan malo.

No era la primera vez que veía a su madre así. El día que habían llevado a la abuela a Elms Home Kathryn se quedó en el vestíbulo de Lordavale House, dando aullidos como un lobo.

—No es nada, chicas —les había dicho una enfermera—. Sólo es la impresión. Dentro de un momento estará como nueva, id a esperar a la otra habitación.

Pero esta vez Hannah no podía marcharse y dejar que otra persona se ocupara del estado de histeria en que su madre iba entrando, y eso empezaba a asustarla.

—Vale —procuró parecer tranquila—. Tú cuéntame qué pasa. Después te sentirás mejor.

—¡Yo no quería que te enteraras, Hannah! —dijo a voces Kathryn.

—¿Que me enterara de qué, mami?

—De lo que sucedió —respondió ella; agarró la manga de la blusa de Hannah y la retorció hasta convertirla en una apretada pelota—. Yo lo hacía por ti. Por ti y por Lauren.

—¿Qué hacías por mí? —Hannah sacudió el brazo y se soltó—. ¿Mami? ¿Qué hiciste?

—Yo no soy... —empezó a decir—. No soy...

—¿No eres qué? —exclamó Hannah—. ¿No eres *qué*? Dímelo.

Aunque empezaba a darse cuenta de que, probablemente, ya sabía la respuesta.

Kathryn meneaba la cabeza de un lado a otro como si hubiera perdido completamente el control.

—¿Tú eres mi verdadera madre?

—¡Ay, Dios mío! —murmuró Kathryn, y se agarró el cuello con una mano—. Lo siento muchísimo, Hannah. Lo siento muchísimo. Nunca debiste enterarte.

—¿Quién...? —Hannah se detuvo un instante cuando se le quebró la voz—. ¿Quién es mi madre?

—Abigail.

Hannah tuvo que esforzarse para oír las palabras de Kathryn.

—Abigail es tu verdadera madre.

—¿Quién día...? Pero así me llamó la abuelita el otro día...

Sintió deseos de alargar las manos, de coger a su supuesta madre por el pelo, y de gritarle que se callara y dejara de contarle mentiras de mal gusto. Deseos de rogarle que le dijese que estaba inventándose todo, que estaba desorientada, como le ocurría a veces. Le entraron ganas de abofetear a Kathryn, tan fuerte que dejaría de gimotear en el suelo del dormitorio y soltaría lo que tuviera que decir. Pero Hannah tenía el cuerpo paralizado, y los brazos le pesaban como si fueran de plomo.

—¿Quién es Abigail? —su voz era un mero murmullo.

Kathryn se puso las manos en las rodillas para recobrar el equilibrio y pareció calmarse un poco.

—Abigail es mi hija —respondió finalmente—. Y tu madre. Yo te adopté. Ella era demasiado pequeña y no podía criarte. —Meneó la cabeza otra vez—. Yo quería criarlos como mellizas y...

—¿Y Lauren? —preguntó Hannah—. Dime que nos adoptaste a las dos, ¿eh? A mí sola no, ¿verdad?

Pero Kathryn cerró los ojos muy fuerte y se los tapó con las manos.

—¡Mami —chilló Hannah—, dime que Lauren es mi hermana!

La cabeza de Kathryn apenas se movió pero hizo un mínimo gesto negativo, muy leve, aunque lo suficiente para indicarle a Hannah lo que, en realidad, ésta no quería saber.

—Lauren es mía —susurró.

—¡Ay, por Dios! —gritó Hannah, y le pareció que estaba a punto de vomitar. Apartó a Kathryn de un empujón y entró corriendo en el cuarto de baño.

—¡Hannah, espera!

—¿Dónde está Abigail ahora? —preguntó Hannah a voces, aferrada al lavabo.

Kathryn, que la había seguido, se apoyaba en la puerta y se daba tirones de la rebeca como si quisiera arrancársela.

—Está... —Alzó la mirada al techo y puso los ojos en blanco.

Hannah nunca la había visto así. Resultaba un espectáculo inquietante, pero tenía que saber la verdad.

—Está... No lo sé —contestó Kathryn por fin.

—¿Que no lo *sabes*? ¿Qué quieres decir con que no lo sabes?

—Perdimos el contacto cuando nosotras nos vinimos aquí.

—¿Perdisteis el contacto? ¿Cómo se pierde el contacto con una hija? ¡Nada de esto tiene sentido, mami! —exclamó Hannah—. O quien seas... —añadió—. Ay,

por Dios, ¡eres mi abuela!

—Hannah... —Kathryn alargó el brazo para tocarla, pero ella se apartó bruscamente.

—¡Suéltame! —gritó—. Entonces, ¿qué pasó? ¿Ella huyó de ti?

Kathryn lloraba otra vez, meneando la cabeza y tapándose la cara con las manos.

—¡Dime la verdad!

—¡Tuvimos que escapar! —respondió a voces Kathryn—. ¡Tuvimos que marcharnos! Tuvimos que hacerlo... Yo tuve que hacerlo.

—¿Dejaste a tu propia hija?

Hannah creyó de veras que iba a vomitar en ese mismo instante. Tenía que irse, alejarse de aquella repugnante embustera; ya no aguantaba más. Mientras tanto su madre se dejaba caer al suelo, hecha un ovillo. Hannah sintió el impulso de darle una patada y sacarle toda la verdad, pero también necesitaba salir de allí, apartarse de ella. Todo un ejército de preguntas le descoyuntó las ideas hasta que ya no pudo pensar. Preguntas que pronto se moriría por hacer, aunque en ese preciso momento sólo se planteaba escapar de la persona que ella había creído que era su madre.

La vida entera de Hannah era una mentira. La había traicionado la única persona que en teoría debía ser su apoyo, pasara lo que pasara; la persona que le había arrebatado la posibilidad de conocer jamás a su madre verdadera.

Minutos más tarde Hannah estaba en lo alto del acantilado. Había intentado llamar por teléfono a Lauren y luego, a Dom, pero ninguno de los dos contestaba, y de algún modo tenía que llegar hasta Lauren. Divisó a Dom en el mar, tumbado en su tabla de surf, con los brazos colgando a cada lado y enfrascado en una conversación con Cal. El agua estaría fría. A pesar de todo lo sucedido ya esa mañana sólo eran las nueve, y el sol no había tenido tiempo de calentarla. Se estaba levantando el viento, y Hannah supo que eso significaba que Dom se pasaría casi toda la mañana surfeando. Mientras bajaba corriendo hacia la orilla, lo llamó. Él alzó la vista, levantó la mano para saludarla y luego se volvió hacia Cal.

Hannah hizo bocina con las manos y lo llamó de nuevo, al tiempo que le hacía señas de que se acercara. Él dejó ver una amplia sonrisa y le hizo un gesto de aprobación; después señaló el mar y, junto con Cal, usando los brazos como remos, empezó a alejarse.

—¡Dom! —gritó otra vez—. ¡Vuelve, tengo que hablar contigo!

Pero sabía que era inútil: él no la oía, y los dos iban apartándose cada vez más. Hannah se limpió las lágrimas con el dorso de la mano; no tenía ni idea de qué hacer. Necesitaba a Dom, quería que la llevara junto a Lauren, y ahora el viento soplaba más fuerte, y ella tiritaba, vestida sólo con una blusa fina y pantalones cortos. Pero a la casa no podía volver, no se había traído las llaves de la caseta, y Morrie estaría pescando. De verdad que no sabía adónde ir y más que nada en el mundo quería estar con Lauren.

Corrió hasta el montón de ropa que los chicos habían dejado en la arena, cogió la sudadera de Dom y se la acercó un momento a la cara; al aspirar su olor familiar sintió un poco de consuelo y luego se la puso. Notó que en el bolsillo había unas llaves y se volvió a mirar la cima del acantilado. No se había fijado en que el coche del padre de Dom estaba aparcado allá en lo alto. Tiritando aún, Hannah decidió esperarlo dentro: así los vería cuando salieran del agua. Le tecleó un SMS diciéndole que necesitaba urgentemente que la llevara a ver a Lauren al centro comercial. Que acababa de enterarse de una cosa sobre su madre. Luego se fue de la playa y subió la escalera de nuevo.

Se sentó en el asiento del conductor para meter la llave en el contacto y encender la calefacción. Apoyó la cabeza en la ventanilla y cerró los ojos. «Mi mami no es mi madre», dijo, probando la idea en voz alta. «Mi madre es alguien que se llama Abigail. ¡Y eso ni siquiera es lo peor!», exclamó; las lágrimas ya le corrían por las mejillas hasta caerle en las piernas desnudas. «No; ¿quieres saber qué es lo peor?», prosiguió, sin dirigirse a nadie. «Ella sólo me tuvo a mí. A Lauren no, sólo a mí. Así que Lauren ni siquiera es mi hermana. ¡Y lo jodido de verdad, lo que daría para un culebrón estupendísimo, es que, en realidad, Abigail es la hija de mi mami!». Hannah se echó a reír como una histérica.

—¡Mi mami es mi abuela! —gritó—. ¿Qué clase de familia de bichos raros somos?

La hondura del engaño de Kathryn era inmensa. Todas sus vidas eran un montón de mentiras apiladas, y no tenía ni idea de si alguna vez sabría qué partes de aquellas vidas eran de verdad. ¿Sabía Lauren algo de esto? Seguro que no, se dijo, aunque, ¿en quién podía confiar ya? Nada de lo que dijera su madre volvería a tener importancia para ella. Nada de lo que ella misma hiciera importaba. Podría correr y correr, y ¿quién tendría derecho a preguntarle adónde iba, o a prohibírselo? Nadie: eso es. Durante toda su vida Kathryn le había dicho que no hiciera esto, que no fuera allí, que no volviera muy tarde... Hannah tenía que contarle hasta el último de sus actos, pensamientos o planes. Desde que tenía memoria, Kathryn se le había agarrado con todas sus fuerzas... ¿Y todo para qué? ¿Para proteger la telaraña de mentiras que ella había creado? Y, además, le había impedido conocer a Abigail, a su madre... a la hija de Kathryn. ¿Qué clase

de persona enferma haría todo eso, y por qué?

Hannah agarró el volante con ambas manos, tan fuerte que habría sentido el dolor si no hubiera estado llorando tanto.

—¡Dios mío! —exclamó—. Y tú, Dom, ¿por qué demonios no estás conmigo? —añadió, mirando al mar.

Dom seguía remando con los brazos, él y Cal daban vueltas uno alrededor del otro como tiburones a la espera de una presa. Hannah gritó hasta sentir que parte de la tensión escapaba de su cuerpo, pero aquello no valía de nada, no podía quedarse allí más tiempo. Tenía que escapar de la Bahía, encontrar a Lauren, hablar con la única persona que comprendería el dolor que sentía en ese instante. Pero también debía averiguar si Lauren lo sabía ya. La necesidad de estar junto a su hermana empezaba a volverla loca.

Cogió el móvil e intentó llamarla otra vez, pero de nuevo saltó directamente el contestador automático. A esas alturas estaba enfadada con todo el mundo. Enfadada con Lauren por tener apagado el teléfono y enfadada con Dom por tontear en el mar cuando ella lo necesitaba. Y entonces el teléfono empezó a zumbiar. En la pantalla apareció «Casa».

No tenía el mínimo deseo de hablar con su madre, aunque una diminuta parte de ella, y no le gustaba reconocerlo, estaba nerviosa por lo que Kathryn pudiera hacer. Y como también cabía la remota posibilidad de que fuera Lauren, Hannah pulsó el botón verde y, vacilante, respondió: «¿Diga?».

—¿Cariño?

—¡No quiero hablar contigo! —gritó Hannah.

—Hannah, vuelve, por favor. Tenemos que hablar. ¿Está contigo Lauren?

—Ah, es eso, ¿verdad? —Hannah soltó una risa ahogada—. ¡Sólo quieres asegurarte de que no hable con Lauren antes que tú!

—No —contestó Kathryn despacio—. No, no es eso, pero...

—¡Ay, por Dios, sí, es eso! —exclamó Hannah, y colgó; luego lanzó el teléfono al asiento del copiloto y aporreó el volante con las manos. «Señor, ¿qué hago?».

Maldiciendo a Dom, miró al mar de nuevo, aunque sabía que él tardaría en salir. Y entonces sopesó sus posibilidades, que se reducían a coger un autobús o llamar a un taxi. Pero con las prisas por marcharse no había cogido nada de dinero, de modo que se planteó una última opción mientras pasaba los dedos por las llaves que colgaban del contacto. No era una alternativa que debiera considerar siquiera, y de no haber estado tan absolutamente decidida a ver a Lauren, hasta el punto de que no le importaba ninguna otra cosa, ni la habría tenido en cuenta.

Hizo girar la llave un poco más y contuvo el aliento cuando sonó el motor. El

único punto en contra de esta idea descabellada, aparte de que, básicamente, estaría cometiendo un robo, era que no sabía conducir. Al menos, no bien. Morrie las había llevado a las dos de paseo en coche muchas veces. En un par de ocasiones había ido a un gran aparcamiento al aire libre, que en invierno siempre estaba desierto, y había dejado que se pusieran al volante.

—Se te da bien —le dijo una vez a Hannah—. Creo que tienes un don natural. Pero no vayas a contarle a tu madre lo que hacemos —añadió, riendo.

Sin pensárselo más, puso el coche en marcha, echó una última y breve ojeada a la figura de Dom, que flotaba en el mar, y se fue por la grava hasta salir a la calzada.

El coche se lanzó demasiado rápido por las calles que salían de la Bahía. Las maniobras de Hannah eran bruscas, pisaba el freno demasiado fuerte y, a menudo, demasiado tarde. No tenía control del coche; claro que ya no controlaba nada y, como era de esperar, nada de aquello le importaba.

Llegó a la carretera principal e intentó señalar hacia la derecha, pero en lugar de darle a los intermitentes puso en marcha los limpiaparabrisas, que empezaron a barrer con furia el cristal, impidiéndole ver bien. El sonido fuerte y continuo de la bocina de un camión estalló, agresivo, y Hannah se dio cuenta de que debía de habersele cruzado justo delante sin verlo venir.

«Concéntrate, Hannah», se dijo. «Tú ve junto a Lauren».

El móvil empezó a zumbear en el asiento del copiloto, y ella lo miró y vio que el nombre de Dom aparecía en la pantalla. «No», murmuró mientras alargaba la mano para cogerlo, pulsaba la tecla roja para cancelar la llamada y lo tiraba en el asiento otra vez. Volvió a mirar rápidamente la carretera y de nuevo echó una ojeada al móvil por si Dom repetía la llamada. Un pitido le indicó que había dejado un mensaje.

Hannah volvió a coger el móvil, le dio a la tecla del buzón de voz y apartó la vista de la carretera un segundo de más, ajena a las rojas luces de freno de los coches que tenía delante, que, de pronto, se habían detenido.

VEINTICINCO

Kathryn inclinó la cabeza sobre el váter y vomitó por tercera vez. Al ponerse de pie para limpiarse la boca, clavó la vista en el reflejo que la miraba de hito en hito. Ya no reconocía a la mujer del espejo. Aquella mujer estaba pálida, con unas ojeras oscuras que indicaban su absoluto agotamiento vital. Ahora tenía el blanco de los ojos enrojecido, y eso hacía que pareciera un animal salvaje.

—¿Qué has hecho, estúpida? —preguntó—. ¡So estúpida, vieja *estúpida!* ¿Qué hacemos ahora?

Agarró el lavabo y siguió mirando, esperando una respuesta.

Nunca se le había dado bien hallar las respuestas sola. Eleanor siempre había estado a mano para proporcionárselas. Al mínimo indicio de que algo iba mal, Kathryn acudía al teléfono buscando a su madre, preguntándole, rogándole que le dijera qué hacer. Ahora todo se derrumbaba, y no tenía ni idea de cómo recomponerlo de nuevo.

«¡Deberías aprender a valerte por ti misma!», le gruñó Peter una vez. Pudo ser cualquiera de las varias en que se lo dijo, ahora todas aquellas ocasiones se desdibujaban hasta formar una vida larga y trágica. «Ella te controla, Kathryn, pero lo más triste es que tú se lo permites».

—Sí —le dijo al fantasma del espejo—. Muy bien, tenías razón, Peter. Y no te preocupes, porque ya estoy cargando con las consecuencias.

Cuando le escupió aquellas palabras, Kathryn había visto el hastío en los ojos de Peter. Tal vez fuera un padre inútil que abandonó a sus hijas, pero ella era peor. Ella era la madre... y ninguna madre debería hacer eso.

—¿Por qué tienes que ser tan débil? —le dijo un día Abigail—. ¿Por qué no le haces frente y me pones a mí por delante, para variar?

¿Cuándo había sido aquello? Kathryn escudriñó sus recuerdos. No es que importara. Nada de aquello importaba, pero quería recordarlo. Fue cuando murió Robert. No, Abigail era demasiado pequeña. Fue cuando se quedó embarazada. Sí, probablemente fuera entonces. Abigail había necesitado a Kathryn, y Kathryn, por su parte, se había buscado un armario y se había escondido.

—Las niñas nunca sabrán la verdad —le había dicho su madre.

Kathryn se echó a reír. Cómo se había obstinado Eleanor en que debía marcharse.

—¡Pero ellas ya saben la verdad, mamá! —le gritó al espejo—. ¿Y dónde estás ahora, cuando necesito que me digas qué tengo que hacer? Claro, ahora que la mierda llega al ventilador te quitas de en medio. Pero tú causaste este desastre, no yo. Lo hiciste tú.

Eleanor se había equivocado. La verdad auténtica era angustiosa, y una vez que Kathryn había logrado entenderla todo le parecía muy evidente. La idea llevaba persiguiéndola algún tiempo, pero desde que había visto a Peter prácticamente se le metía de un salto en la cabeza y le daba patadas en el cráneo. Eleanor no le había dicho lo que tenía que hacer porque fuera lo mejor. No para Kathryn, al menos. Ni para las niñas, ni, sin duda, para Abigail.

A Eleanor le aterraba que la gente se enterase de lo de las niñas. Cuando llegó el momento, se mantuvo firme en que lo que habían hecho no se revelara nunca. Le dijo que le preocupaba que se llevaran a Hannah, y Kathryn la creyó. Por el modo en que Abigail se comportaba entonces, pensó que su madre tenía razón y se asustó también.

Pero ¿y si en realidad no fuera así? ¿Y si lo recordaba mal? Después de lo que le había contado Peter, estaba claro que Eleanor tenía más cosas que perder.

Kathryn estampó el puño en el espejo. «¡So estúpida, *estúpida!*», volvió a gritar, golpeándolo cada vez más fuerte hasta que el espejo se hizo añicos, y soltó un chillido de dolor; un trozo de cristal le había dado un tajo en el puño cerrado. La sangre acudió deprisa a la superficie y goteó en el lavabo. Kathryn se quedó mirando un instante, fascinada por el contraste radical de las gotas color rojo vivo que salpicaban la porcelana blanca. Tras tirar del papel higiénico y cortar un trozo, se envolvió el puño con él; un vendaje rudimentario que absorbiera la sangre que no paraba de salir.

Hannah le contaría a Lauren lo que ahora sabía.

Hannah querría buscar a Abigail.

Ninguna de ellas la perdonaría; ninguna de ellas querría saber de ella. Ella nunca se perdonaría a sí misma.

Se quedaría sola del todo; no tendría a nadie. Era demasiado insoportable pensarlo. Tenía que hacer algo, cualquier cosa... pero ¿qué?

Kathryn fue retrocediendo hasta salir del cuarto de baño. No podía seguir mirándose sin que el torrente de bilis le subiera por la garganta. Bajó a toda prisa la escalera, cogió la chaqueta y cruzó como un rayo la puerta principal. Tenía que marcharse, aunque no sabía adónde; sencillamente, tenía que ir a algún sitio.

Cinco horas después Kathryn volvió a la casa. La campana de la iglesia daba las dos cuando abrió la cancela y fue por el sendero arrastrando los pies. No se explicaba cómo había pasado cinco horas andando, intentando entender lo que había ocurrido, cuánta verdad había en lo que le había contado Peter, qué le reservaba el futuro. Había decidido regresar y llamar a Peter; quitarse de encima aquella llamada.

Una vez dentro de la casa, colgó las llaves en su sitio y cogió el móvil que se había dejado en su afán por huir. Le lanzaba furiosos destellos. Pulsó una tecla y la pantalla se iluminó. «Tiene 14 llamadas perdidas», decía, todas de números que no identificaba. Sus dedos vacilantes pinchaban la tecla del buzón de voz cuando el timbre chillón del teléfono fijo le dio un susto. Sacó el aparato del soporte y contestó.

—¿Diga?

—¿Mami? —exclamó la voz—. ¿Dónde estabas? Llevo horas intentando dar contigo.

—Estaba fuera, estaba paseando, estaba... Lauren, ¿qué pasa, va todo bien?

—No —contestó Lauren sollozando—. Estoy en el hospital. Yo... ¡Ay, mami! Tienes que venir. ¡Tienes que estar aquí! Hasta le dije a Morrie que te buscara. Nadie te localizaba.

—Lauren, dime qué pasa —le rogó Kathryn.

—Hannah ha tenido un accidente. El coche chocó con un árbol y...

Se echó a llorar y no terminó la frase.

—¿Qué dices de un coche? ¿Qué ha pasado? ¿Ella está bien?

—No sé todos los detalles pero creo que es grave.

—¿Qué quieres decir con grave? Se pondrá bien, ¿verdad?

—No lo sé, están haciéndole un escáner ahora mismo para averiguar qué le pasa. Dijeron algo de una hemorragia interna. Está fatal, mami. Tiene la cara tan hinchada que casi no la reconocí, y dijeron que podría tener conmoción cerebral. Perdona —añadió Lauren llorando—. La verdad es que no sé qué decían, esto es demasiado.

—¡No! —gritó su madre—. ¡Dios mío, *no!*

Todo era culpa suya. El karma, que volvía a por ella con todas sus fuerzas.

—¡No te llesves a Hannah! —suplicó Kathryn entre sollozos cuando colgaba el teléfono.

VEINTISÉIS

Querido Adam:

He encontrado a Eleanor. Me lancé y, tras figurarme que lo más fácil sería empezar por mi abuela, busqué en Rightmove su casa de Yorkshire. Lordavale surgió enseguida. Resulta que con sólo un código postal se puede encontrar cualquier inmueble que se haya sacado al mercado en los últimos años. No esperaba verla, porque no creía que Eleanor fuese a dejar su preciada casa, pero allí estaba, inconfundible en todo su pavoroso esplendor. Fotos de todas las habitaciones, tan austeras y frías como eran de verdad. Al verla otra vez sentí como si me hubiera atravesado un fantasma.

Unos cuantos clics más y apareció que su vecina, Doris, no había puesto a la venta su casa. Digo «vecina», y vivía a sus buenos quinientos metros de la casa embrujada, pero, de todos modos, fue fácil localizar a Doris, cuyo número de teléfono está todavía. Le dije que era una antigua amiga del colegio de Kathryn, que habíamos perdido el contacto hacía años y que trataba de dar con ella para invitarla a una reunión. Doris me dijo que sabía de Eleanor, aunque no consiguió concretar mucho.

—Mi memoria —me repetía sin cesar— no es la que era.

Doris tiene unos ochenta y cinco años y no oía bien. No paraba de preguntarme cómo me llamaba, así que al final me inventé el nombre de Nancy, y contestó: «Ah, sí, querida, ya me acuerdo». No recordaba demasiadas cosas de Kathryn y no sabía qué había sido de ella, pero me dijo que probablemente encontraría la dirección de Eleanor, si me servía de algo.

Le respondí que claro que sí. «Pues espere un momento, querida y echaré un vistazo en el cajón», contestó. La voz se desvanecía a veces, porque llevaba el teléfono. La oí rebuscar y chasquear la lengua. «No, no, puede ser que ya no la tenga». Mientras buscaba se dedicó a darme retazos de información sobre la familia.

—Por supuesto —me aseguró—, cuando el querido Charles falleció hace cuatro años ella se resintió. La casa grande tenía muchos gastos de mantenimiento.

Me desconcertó saber que mi abuelo había muerto. La verdad es que no me había parado a pensar en lo que podría descubrir con esa llamada, así que, cuando Doris me soltó lo de su muerte, fue una sorpresa. El abuelo era una presencia esquiva que iba y venía entre su despacho y la mesa de comedor, siempre absorto en su trabajo. No es que fuese poco amable, simplemente no sentía el mínimo interés por nada que no fuera los negocios. Así pues, no diría que me entristeció de una forma especial el saber de su muerte, es que no había vuelto a pensar más en él.

—Y luego, hace un año más o menos, Eleanor se mudó a la residencia.

—¿La residencia? ¿Quiere decir una residencia de ancianos?

—Sí, querida. Y Lordavale se vendió a una familia joven. Toda una odisea fue aquello, claro está, con todas las deudas de Charles. No creo que Eleanor cogiera mucho dinero al final.

—¿Él tenía deudas? —pregunté.

Pero Doris no me contestó.

—Ay, Señor, no encuentro la dirección. La verdad es que no estoy ayudándola mucho, ¿eh? —dijo.

—No se preocupe —respondí suspirando—. Dudaba de que fuera a dar con ellas, de todas maneras.

—Es en un lugar justo al oeste de Darlington —añadió Doris—. No me acuerdo de cómo se llama, pero es un sitio fabuloso.

—Muy bien, Doris —repuse—. Gracias.

Colgué e inspiré hondo. Me temblaban las manos; no me había dado cuenta de lo nerviosa que estaba. Pero había sido fácil... demasiado fácil. Sentí un estremecimiento de emoción mientras tecleaba otra búsqueda en Google. En aquella zona encontré veinte residencias de ancianos, así que empecé a llamar una por una. A la quinta tuve suerte. Me dijeron que Eleanor se encontraba en Elms Home, un enorme edificio victoriano y, según su página web: «El culmen de las residencias de mayores, donde todo el mundo desea que cuiden a sus seres queridos».

La persona con quien hablé me preguntó quién era yo. «Soy», respondí, «una nieta de su prima Mabel. Me llamo Katie».

Otra mentira, aunque Mabel sí que existió: murió joven, y después su familia se trasladó a Estados Unidos; aunque Eleanor no tuviese ningún interés en ver a la nieta de su prima, confié en que se creyera el cuento. Le dije a la enfermera que estaba cerca de allí y deseaba ver a Eleanor, y ella respondió que tendría mucho gusto en que fuese, siempre que concertara una visita.

Dejé el teléfono y me di de golpe con la realidad: había encontrado a mi abuela. Un enlace fundamental con las niñas, y con mi madre, y, sin embargo,

no sabía si podría enfrentarme a ella. ¿Qué le diría? Hola, abuelita, ¿te acuerdas de mí? Bueno, ha pasado mucho tiempo, pero aquí estoy, y es que me preguntaba si no te importaría tener la inmensa amabilidad de darme la dirección de mi madre. ¿No te importa? ¡Qué maravilla! Vaya, pues entonces me pasaré un día a saludarla.

Allí estaba Eleanor. Pero no se trataba de una abuela corriente: ella era la fuerza que había impulsado nuestras vidas, la mujer que lo había regulado todo. Era la bruja malvada que me había obligado a entregar a mi hijita.

Claro que si no iba a verla, ¿qué haría?

Así que voy a ir hoy, Adam. Ahora mismo estoy en una habitación de hotel, rodeada por un mar beis y mostaza. Hay costrosas cortinas de cuadros amarillos y una deslustrada moqueta llena de manchas. Me horroriza pensar en lo que pueden ser, y tengo que pasar a toda prisa por encima de ellas para ir del cuarto de baño a la cama.

Llevo yendo y viniendo por la habitación desde las seis de la mañana, y sabía que si sólo hablaba conmigo misma, lo más probable es que me entrara el miedo, por eso hablo contigo. Espero que me des valor. Debo tener presente mi objetivo final, encontrar a las niñas. No puedo dejar que Eleanor gane otra vez sin enfrentarme a ella siquiera. Sólo confío en que, cuando lo haga, no me derrumbe... No quiero que todo el duro trabajo que he hecho con Maggie se venga abajo en cuanto vea a Eleanor. Porque a ella eso se le da muy bien, hacerme sentir que no soy nada.

Eleanor nos dominaba a todos. Dominaba a mi madre, porque Kathryn era débil y se daba permiso para que la controlaran. Me dominaba a mí, porque yo le tenía miedo. Lo que Eleanor deseaba solía conseguirlo, costara lo que costase.

La noche que mi madre se marchó, cuando se presentó en casa y, tras darme un empujón, se metió en la sala, les dijo a los policías que sabía perfectamente dónde estaba mi madre y que yo no debería haberlos llamado.

—Abigail está poniéndose melodramática —añadió, señalándome con un desganado gesto de la mano—. Igual que siempre.

El policía asintió con la cabeza, como si supiera muy bien el tipo de chica que era yo. Después de todo, ya se había hecho una opinión de mí la primera vez que nuestros caminos se cruzaron.

Aunque yo estaba en estado de shock, traté de decirles que no tenía ni idea de su paradero, intenté suplicarles que me creyeran. Pero Eleanor me lanzó una

mirada, perforándome con sus ojos de acero, y me asusté. Esa noche ella tenía algo, como si nada pudiese detenerla, y me sorprendí cerrando de golpe la boca y esperando a que se deshiciera de ellos para poder oír lo que sabía sobre mi madre.

Los dos policías se removieron, incómodos, junto a mí, sin saber qué hacer. Pero ella era Eleanor Bretton, la esposa de Lord Charles Bretton, y yo, tan sólo una cría que se había metido en líos con ellos la semana anterior, de modo que se tragarón sus mentiras sin dudar.

Yo sabía que debía contarles la verdad: que no tenía ni idea de adónde había ido mi madre con las niñas. Pero cuando Eleanor me lanzó una mirada feroz, casi retándome a hablar, no pude, Adam. Sencillamente, no pude.

—Yo arreglaré esto —me dijo, una vez que los agentes se marcharon.

—¿Adónde se han ido mamá y las niñas? —le pregunté, suplicante—. Dímelo.

—Se han ido por ahí —se limitó a responder—. Y de ti depende lo que suceda ahora, pero las cosas tienen que cambiar, Abigail, porque no pienso consentir que intentes organizar nada.

Y yo no le planté cara; dejé que me dijera cómo debía actuar: que tenía que esperar y no molestar, porque eso es lo que Eleanor te obliga a hacer. Aunque lo curioso fue que esa tarde, cuando llegó a la puerta de mi casa, en el rostro de Eleanor yo había visto una expresión de sorpresa. Ella no sabía que mi madre se había ido, y se había quedado tan conmocionada como yo. Y, sin embargo, según fueron transcurriendo los días a mí aquello se me olvidó, y me permití creer que la responsable había sido ella.

Aunque la desaparición de mi madre fue algo inesperado, había habido un aumento progresivo de tensión. Nuestra relación había tocado fondo, y no debí sorprenderme que hiciera una locura. Antes de que las niñas nacieran, a veces volvía del colegio esperando encontrármela colgada de una viga, de manera que, después de todo, supongo que fue preferible que se marchara. No debería tomármelo a la ligera, pero es que era así... Kathryn estaba bastante chiflada. Y Eleanor se aprovechaba de ello.

Lo único que Eleanor quería era asegurarse de quedar por encima de todo el mundo y que nadie se interpusiera en su camino. A sus ojos yo era un obstáculo. Cada cosa que yo hacía le suponía una enorme barrera, una barrera tras otra. Me despreciaba por la cantidad de complicaciones que llevaba a su vida.

En febrero de 2001 Hannah había entrado en los terribles dos años y no tenía inconveniente en coger rabietas. Cada vez que no se salía con la suya se tiraba

al suelo y se ponía a patalear, gritando. Si se le acercaba alguien, con frecuencia recibía patadas en las espinillas, así que descubrí que la mejor manera de solucionarlo era dejarla en paz hasta que se le pasara. Solía pasársele en diez minutos. Si yo estaba sola con las niñas, miraba a Lauren con exagerado gesto de incredulidad y le decía: «Cómo es, ¿eh?», y no le hacíamos caso. Luego, en cuanto se callaba, Hannah se levantaba y se venía con nosotras. Por el contrario, Lauren era extraordinariamente tranquila. No le daba un ataque de mal humor por nada.

Era evidente que a Kathryn le resultaba más difícil vérselas con Hannah y sus arrebatos de cólera. Se afligía sin motivo, y se ponía nerviosa y empezaba a abanicarse como si se recalentara. Mientras agitaba los brazos, repetía como un loro: «Haz el favor de parar ya. ¿Qué es lo que quieres? Es que no comprendo por qué gritas».

—Déjala tranquila —decía yo—. Deja de intentar calmarla, está claro que empeoras las cosas.

Entonces mi madre se ponía a la defensiva. «Soy perfectamente capaz de educar a mi hija», decía, siempre recalcando un poco la palabra «mi», aunque con escasa confianza en sí misma.

Si Eleanor andaba por allí cuando Hannah cogía uno de sus berrinches, elevaba con delicadeza las cejas y echaba hacia atrás los hombros cada vez más hasta que, de pronto, casi a voces, le decía a mi madre que hiciera algo. «Yo jamás te permitía ponerte de ese modo», le oía decir yo a menudo. «Deberías controlar a tus hijas». Siempre decía «hijas», sin diferenciarlas nunca, procurando no señalar que una se comportaba peor que la otra. Supongo que hubiera disfrutado muchísimo haciendo notar que la niña incontrolable era Hannah, pero nunca lo hizo. Eleanor era demasiado comedida para eso.

Hasta que un día salí del cuarto de baño y me encontré a Hannah tumbada bocarriba en el recibidor, chillando y dando patadas a la puerta principal, y a Kathryn a punto de perder los papeles. Mi madre temblaba, agitando los brazos en torno a la la cabeza como una loca. Mientras tanto, Lauren se había refugiado, medrosa, en un rincón y miraba atentamente a Hannah para asegurarse de que su hermana estaba bien.

No sé lo que estaba a punto de hacer Kathryn, pero yo no tenía intención de descubrirlo. «¡Déjala en paz!», grité mientras bajaba como un rayo la escalera y me ponía delante de Hannah para impedirle el paso. Kathryn me echó una mirada asesina y me dijo que me quitara de allí.

—No —respondí—. No pienso dejar que te acerques a mi hija siquiera, si vas a ponerte así.

Kathryn inspiró hondo y repuso:

—No es tu hija, Abigail. Es mi hija. Hazte a un lado.

Pero yo me negué.

—No sabes tratarla —repliqué—. Igual que no sabes manejar nada.

Ésa fue la segunda y última vez que me dio una bofetada. Esa vez no me importó. Sentí ganas de abofetearla también, pero en ese momento oí que Lauren gimoteaba en el rincón. Para entonces Hannah había dejado de dar gritos y nos miraba fijamente a las dos, con los ojos como platos de miedo.

Kathryn alargó la mano como si tratara de retirar la bofetada, pero me aparté bruscamente.

—No eres digna de criar más hijos —dije con los dientes apretados—. Jamás debí permitir que hicieras lo que hiciste.

Ella no contestó, y eso no hizo sino darme más municiones.

—Voy a asegurarme de que todo el mundo sepa de quién es hija en realidad —le aseguré, y salí de la casa.

—Voy a llevarme a Hannah —le dije a Cara, llena de confianza en mí misma—. No debí dársela.

Pero cuando dejé a Cara estaba menos segura. Ella me recordó que a Hannah la habían adoptado de forma legal, que yo no tenía dinero y que, probablemente, no volvería a ver más a Lauren. Pero yo también sabía que no quería seguir con aquella vida que había aceptado de mala gana.

En casa los refuerzos ya habían acudido. Eleanor estaba junto a la puerta cuando llegué y me metió de un fuerte tirón antes de cerrar. «No vuelvas nunca más a decir que eres la madre de esa niña», me advirtió. «Ya no es tuya, es tu hermana y nada más».

Sus ojos se clavaron en los míos mientras que sus palabras me atravesaban como un cuchillo. Yo había firmado unos documentos el día que nació Hannah. El doctor Edgar Simmonds me los puso delante tan pronto como Mae se llevó a Hannah para pesarla. Estaba muy cansada, y me temblaba la mano cuando puse mi aniñada firma junto al lugar que señalaba el huesudo dedo de Eleanor. En ese instante había cedido todos los derechos que tenía sobre Hannah y yo lo sabía. También, como me hizo ver Cara, me di cuenta de que si alguna vez me fugaba con Hannah, ellos no me darían nada. Me quedaría sin un céntimo, y no se podía mantener a una hija a base de aire puro y amor.

Yo no llevaba una vida apropiada para cuidar de un bebé y lo sabía perfectamente. Me pasaba las tardes bebiendo y fumando en los callejones con mis colegas, y los días, en el colegio, procurando arreglármelas lo mejor

posible. Era consciente de que no podía hacerme cargo de una niña, aunque la quisiera tanto como yo quería a Hannah. Así pues, no me hacía ilusiones de llevármela a ningún lado, pero eso no me impedía amenazar con hacerlo. Disfrutaba con la reacción que provocaba. Cada vez que mi madre me cabreaba, yo le decía que iba a contarle al mundo entero que Hannah era mi hija y que me habían obligado a entregársela. En un instante Kathryn se consumía y se marchitaba ante mis ojos. Me producía una sensación maravillosa ver el poder que tenía sobre ella. Que con esas pocas palabras le hacía sentir escalofríos en la columna vertebral. Claro que, cada vez que yo soltaba una amenaza, al poco tiempo llegaba Eleanor para regañarme, pero a mí me daba igual: eso eran sólo palabras.

Tres días antes de que se fueran, y justo después de que yo lanzara más advertencias, había dejado a Kathryn sollozando en el suelo de la cocina como una criatura. En ese momento había entrado Eleanor; le dirigí una mirada engreída al pasar por delante de ella en el recibidor y subí a mi dormitorio. Era ingenua, demasiado joven para darme cuenta de que estaba jugando contra una mujer que nunca perdía.

—Esto no puede seguir así. —Oí que le decía a mi madre—. Voy a poner fin a esto.

Pero yo entré en mi cuarto con una sonrisilla satisfecha.

Al cabo de tres días todas se habían marchado. Me pregunté qué parte de culpa tenía yo, si no habría llevado al límite a Kathryn. Pero, asimismo, no me imaginaba que fuera decisión suya. Habría necesitado ayuda, y esa ayuda siempre venía de mi abuela. Lo cierto es que estaba segura de una cosa: de algún modo, Eleanor estaba detrás de aquello, aunque no sabía cómo.

Así que ganó Eleanor. Daba igual que su contrincante fuera su nieta de diecisiete años.

Ésa es la mujer a la que tengo que enfrentarme hoy, Adam. Mi única esperanza de encontrar a las niñas depende precisamente de la persona que sospecho que me las quitó.

VEINTISIETE

Kathryn cruzó de un empujón las puertas del hospital y se quedó de pie en la entrada. Los carteles se desenfocaban por momentos mientras ella buscaba la sala donde se encontraba su hija. Miró una y otra vez a su alrededor, pero cuantos más rótulos veía, menos claros estaban. El pánico le invadía el cuerpo: aquello ocurría otra vez. Se habían llevado a Robert, y ahora, a Hannah.

Pero no podía pasar por eso de nuevo. No podía creer que fuese a perder a Hannah también. Y, sin embargo, oía aquella voz amenazadora diciéndole que todo era por su culpa, que todo era obra suya.

Camino del hospital había rezado. Había hecho un trato con Dios. «Mantén viva a Hannah», le había dicho. «Y yo...». ¿Qué podría hacer ella? *¡Vamos, Kathryn, piensa!* ¿Qué podría mejorar esto? «¡Lo arreglaré todo, buscaré a Abigail, le contaré la verdad a todo el mundo!», había exclamado. «Pero mantenla viva».

«¿Qué desea?», preguntó una voz. Sin moverse del sitio donde seguía paralizada, en medio del vestíbulo, Kathryn dio media vuelta. Un hombre de veintipocos años la observaba por encima de sus gafas sin montura. Llevaba una tarjeta de identificación que decía «Jenson Turner».

—Mi hija —respondió.

—¿Quiere que vea si la localizo? —preguntó él en tono amable.

Kathryn asintió y le dio el nombre de Hannah. Vio cómo iba al mostrador de recepción y hablaba con la chica que estaba allí, al tiempo que hacía gestos imprecisos hacia detrás, hacia donde ella se encontraba. Cuando volvió, dijo:

—Está en la sala 23. Pasadas esas puertas, a la izquierda; es la primera sala de la derecha.

—Gracias —musitó Kathryn, pero siguió inmóvil.

—La llevo, si quiere —sugirió el joven mientras señalaba con un movimiento de cabeza las puertas—. Me pilla de camino.

Kathryn permitió que el desconocido la guiara y la dejara ante la puerta de la sala; le dijo que era allí y, con la cabeza, le indicó el puesto de enfermería.

—¿Qué desea? —preguntó una enfermera, sin levantar la vista apenas de sus

papeles.

—Mi hija... —empezó a decir Kathryn de nuevo.

—¿Cómo se llama?

—Hannah Webb.

—Ah, señora Webb —dijo la enfermera, y la miró antes de levantarse y rodear el mostrador—. Hannah está aquí dentro. —Señaló una puerta cerrada y fue hacia ella, con una mano puesta en el brazo de Kathryn—. Se encuentra estable, pero creo que quizá esté durmiendo.

Se detuvieron, y la enfermera miró a Kathryn.

—Su otra hija, Lauren, está con ella. Está muy afectada, así que se alegrará de que haya venido. Intentaré localizar al médico para que hable con él.

Kathryn asintió y miró por el cristal de la puerta de Hannah mientras la enfermera volvía a su puesto. Lauren no advirtió su presencia, y, de momento, Kathryn prefería que fuera así: quería observarlas. Había algo en la forma en que las chicas se movían cuando estaban juntas que siempre le había encantado. Estaban tan unidas como lo estarían unas mellizas auténticas, y actuaban como una sola, siempre sintonizadas. A veces Kathryn sentía un pequeño pellizco de celos, como si fuera una extraña. Pero hoy no había sitio para los celos; hoy los sustituía el convencimiento de que iba a destrozar ese vínculo para siempre.

Desde donde estaba, Kathryn no veía bien el rostro de Hannah. Se lo ocultaban la esquina de la cama y un gotero con un tubo metido en la muñeca. Pero entendió a lo que se refería Lauren cuando le había dicho que casi no la reconocía. El lado derecho de la cara estaba notablemente hinchado y le deformaba las facciones. Parecía que tenía el ojo morado, como si le hubieran dado una paliza. Kathryn sintió deseos de pasar las manos por la cara de Hannah y limpiarle las magulladuras; su hija no debería tener aquel aspecto.

Lauren le tenía cogida la mano, y con la otra le acariciaba el pelo y se lo apartaba del rostro. Se inclinó a besar a su hermana en la frente y luego se levantó, rodeó la cama y fue a la mesa, donde se sirvió un vaso de agua de la jarra. Se bebió el agua y estrujó el vaso de plástico antes de tirarlo a una papelera, después volvió a rodear la cama y se sentó de nuevo junto a Hannah; le cogió la mano una vez más, la resguardó entre las suyas y empezó a acariciarle las puntas de los dedos. Había mucho sitio al otro lado de Hannah, incluso una silla vacía. Pero Kathryn sabía por qué Lauren se situaba allí: necesitaba estar a la derecha, igual que siempre.

Kathryn supo que debía entrar. Abrir de un empujón, sin más, y estar allí con las chicas. Subió la mano hasta el cristal de la puerta. Todo se desarrollaba a cámara lenta. Su preciosa Hannah tendida, terriblemente quieta. Había tratado de alejarse de ella, de fugarse. ¿Cuánto tiempo llevaba intentándolo? «Y mira

adónde te ha traído», le susurró. «Es muy peligroso».

Y además estaba Lauren: la dulce Lauren, ajena a todo. Kathryn sintió un incontenible deseo de que las cosas siguieran así.

Apartó la mano del cristal y retrocedió, mientras sus ojos recorrían la habitación. Estaba muy vacía, y no era de extrañar, porque a Hannah la habían ingresado esa misma tarde, pero aquella falta de tarjetas y flores no quedaba bien. Kathryn se dijo que el cuarto necesitaba color. Exacto: iría a la tienda a comprar globos, flores... Cualquier cosa que distrajera de la fría cabina, de un blanco austero, donde yacía su hija. Era una buena idea que casi la hizo sonreír. Tras dar media vuelta, empezaba a recorrer de nuevo el pasillo cuando la enfermera le dijo:

—¿No entra a ver a su hija, señora Webb?

—Voy primero a la tienda —le contestó Kathryn—. A comprar globos, creo.

—Pero, señora Webb, Lauren la espera. Necesita que esté con ella. La verdad, creo que debería usted...

—Vendré dentro de un momento —respondió Kathryn en tono brusco—. Pero primero tengo que animar esa habitación, está demasiado apagada.

Giró sobre sus talones y se alejó sin darle tiempo a decirle nada más, aunque antes oyó susurrar a las enfermeras.

—¿De qué iba eso? ¿Ha llegado a estar dentro? —preguntó otra voz.

—No, va a la puñetera tienda.

Un suspiro, y luego: «Yo es que no entiendo a algunas personas».

Kathryn apretó el paso y torció a la izquierda para salir al pasillo principal que llevaba a la entrada. Sabía que las enfermeras pensarían que era mala madre. Probablemente tuvieran razón. Pero la verdad era que se veía incapaz de entrar a ver a Hannah, sabiendo que ella era el motivo de que su hija se encontrara en el hospital con una hemorragia interna y la cara destrozada. Kathryn sólo miraba hacia delante, no quería mirar a la cara a nadie más. Y no vio al chico del enorme ramo de flores cuando éste dobló la esquina y se topó con ella.

—Perdón —masculló él al chocar con su brazo izquierdo.

Kathryn no contestó.

—¿Señora Webb?

Ella se volvió y vio el rostro que asomaba detrás de las flores.

—Dominic —dijo con frialdad—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a ver a Hannah.

—Yo se las llevo. —Kathryn alargó la mano hacia las flores—. Estos momentos son sólo para la familia. No queremos otras visitas.

Dominic se quedó indeciso.

—Ah —repuso—, como quiera.

Le pasó las flores. Claveles amarillos, rosas y blancos, salpicados de gipsófilas. Una bonita elección.

—¿Cómo está ella? —preguntó Dom.

—Está... —Kathryn se calló un momento—. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Mmm... —Dominic bajó la mirada y se observó los zapatos mientras pasaba el peso del cuerpo de un pie al otro—. Bueno, cuando mi padre recibió la llamada... —Se encogió de hombros.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué tiene que ver tu padre con esto?

—Oh —contestó él—. ¿No sabe usted lo que pasó?

—Dímelo tú.

—Bueno, yo creí que Hannah sólo me saludaba con la mano cuando yo estaba en el mar, ¿sabe? —Volvió a encogerse de hombros—. Aunque supongo que debía de necesitarme con mucha urgencia. No vi su mensaje hasta que salí, y para entonces ya se había ido en el coche de mi padre.

—¿Cogió el coche de tu padre? ¿Qué estás diciendo? ¿Conducía ella?

Dominic asintió.

—Sí, Cal vio que el coche se marchaba a toda prisa, y entonces...

—Cállate un momento —lo interrumpió Kathryn, levantando una mano para interrumpirlo—. Dices que Hannah cogió el coche de tu padre y se marchó... ¿adónde? ¿Adónde iba?

—Creo que buscaba a Lauren —respondió él con la cabeza inclinada a un lado; parecía plantearse si es que Kathryn sabía algo siquiera—. La policía llamó a mi padre cuando llegaron al accidente. Entonces él me llamó a mí.

Kathryn se frotó la sien con la mano libre. Esto no podía estar pasando. Su hija de dieciséis años, que no sabía conducir, había robado un coche y se había estrellado con él.

—Aunque no creo que presente cargos —añadió Dom.

Kathryn hizo un gesto afirmativo. «Bien», repuso en tono seco. Empezaba a darle punzadas la cabeza. Tenía ganas de preguntarle al chico si no le parecía que las luces del hospital brillaban demasiado, porque estaban taladrándole los ojos, tanto que le costaba trabajo fijar la vista. Pero él no parecía notarlos. En realidad, seguía mirándola con mucha atención como si esperara algo. A lo mejor le había hecho una pregunta, y ella no la había oído. Las luces, decididamente, brillaban demasiado.

—¿Qué has dicho? —murmuró.

—No he dicho nada —contestó él.

—Vale; bien, tengo cosas que hacer, si no te importa.

La verdad es que tenía que ir sin falta a la tienda, o quizá, sentarse un momento. En algún sitio oscuro.

—Fui yo quien localizó a Lauren —continuó hablando él—. Hannah decía en el mensaje que su hermana estaba en el centro comercial, así que llamé allí y lo dijeron por la megafonía.

Parecía muy satisfecho de sí mismo, pensó Kathryn, como si confiase en que ella le daría las gracias, cuando lo único que deseaba hacer era agarrarlo por los brazos y gritar: «¡*Quítate de en medio, joder!*».

—Por supuesto, no le he contado nada a Lauren —prosiguió Dominic.

—¿Cómo?

—Bueno, ya sabe —añadió él—. Hannah decía algo sobre que se había enterado de una cosa... —dejó la frase sin acabar—. De todos modos, no le conté nada.

—Oye, escúchame. —Kathryn dio un tumbo hacia él y lo agarró por la camisa, mientras las flores caían al suelo junto a ellos—. Sea lo que sea lo que creas que puedes saber, no tiene nada que ver contigo. Nada.

Pero Dominic la miró también; luego hizo una levísima inclinación de cabeza, y en su boca se dibujó la sombra de una sonrisa de satisfacción. Ella apartó bruscamente las manos y se puso los puños cerrados delante del estómago, al tiempo que sus ojos daban una rápida ojeada al pasillo vacío. Dominic alargó el brazo para recoger las flores y se las devolvió; Kathryn las cogió en un gesto instintivo.

—Dígale a Hannah que he preguntado por ella —dijo Dom.

VEINTIOCHO

—Ojalá me dijeras eso que tenías tanto interés en contarme —le murmuró Lauren a su hermana dormida mientras le apretaba la mano—. ¿Qué hizo que cogieras un coche para venir a verme?

Lauren estaba en la cola para pagar un par de vaqueros cuando de pronto una voz retumbó por los altavoces: «Lauren Webb, haga el favor de presentarse inmediatamente en la oficina principal de la planta baja». Sophie la miró, boquiabierta. Algo horrible había pasado, sin duda. Ese tipo de avisos no se daban si no ocurría un accidente o se había muerto alguien.

—Te habrían llamado por teléfono, si fuera algo malo —dijo Sophie—. Mira el móvil. Probablemente sea algo de tu tarjeta del banco.

Lauren hurgó en el bolso buscando el móvil y lo encontró en el fondo.

—Se ha muerto —contestó, pulsando la tecla—. Debe de haberse quedado sin batería.

Sophie cogió los vaqueros, los tiró al suelo y la agarró del brazo.

—Pues vamos, más vale que bajemos.

«Mi madre ha tenido un accidente», se dijo Lauren. «O quizá sea la abuelita. Eso es, casi seguro». Sintió un alivio teñido de culpabilidad. «La abuelita está enferma, o ha muerto. No, sólo ha tenido un accidente». Sería espantoso, y su madre estaría destrozada, pero, aun así, era preferible. Ni una sola vez pensó que fuera Hannah. Ni una sola vez se acordó de que la única que sabía que esa mañana iba al centro comercial era, por supuesto, Hannah.

Cuando le dieron el mensaje de que su hermana estaba en el hospital le dijeron que llamara a Dom. Lauren tuvo la sensación de que la dejaban sin aire. A Hannah no podía ocurrirle nada; no lo permitiría. A su hermanita, no.

—Tenemos que irnos. —Miró a Sophie—. Tengo que estar con ella.

—Claro. ¿Crees que tu madre lo sabe? Deberías llamarla desde mi móvil por el camino.

No, Lauren no creía que su madre lo supiera, porque entonces habría sido Kathryn quien llamara al centro comercial y dejara el mensaje. Intentó localizarla, pero no contestaba al teléfono. Su madre podía esperar, siempre que

ella estuviera con su hermana. Cuando Hannah abriese los ojos, a quien querría ver sería a Lauren. Al despertar lo primero que cada una de ellas veía siempre era la otra, nadie más.

Y ahora Lauren observaba a su hermana, que inspiraba y soltaba el aire lentamente, inspiraba y soltaba. Con unos tubos que alimentaban sus venas y la cara hinchadísima y muy dolorida.

—Despierta, hermanita —le rogó—. Háblame, cuéntame eso que tanto querías decirme.

No soportaba ver a su hermana tan vacía de vida. A veces el temperamento efusivo de Hannah la volvía loca; siempre estaba buscando algo más y no se detenía ni a respirar. Lauren envidiaba cómo se tomaba la vida, cómo siempre sabía lo que quería y se encargaba de conseguirlo. Sabía que algún día tendría que dejarla marchar. Hannah no se quedaría en la Bahía, como muy probablemente haría ella. Pero nada de eso importaba en ese momento, porque lo único que deseaba era que Hannah abriera los ojos, y que se riera y bromeara sobre algo, y que después saliera de la cama dando un salto mientras le comunicaba su próximo y descabellado plan.

Oyó el chasquido de la puerta y al volverse vio a su madre en la entrada, armada con al menos media docena de globos rosas y morados, un gigantesco osito de peluche y un ramo de flores. «No le hagas ningún comentario», pensó. «No le preguntes por qué ha tardado tanto».

—Ven a sentarte —le dijo, y puso otra silla a su lado.

Kathryn tenía un aspecto horrible. Estaba pálida como un fantasma y toda despeinada. Le temblaba la mano cuando cogió la silla y se sentó. Ni una sola vez miró a Lauren, ni, al parecer, a Hannah. En vez de eso, se dedicó a observar la cama con mucho interés.

—¿Estás bien, mami? El médico va a venir dentro de un momento a hablar con nosotras. Entonces sabremos más —le dijo Lauren.

Kathryn hizo un gesto afirmativo, y Lauren se removió en la silla. Hubiera querido que su madre le dijera que todo iba a salir bien y que la estrechara entre sus brazos, pero comprendió que no iba a ser así. Una vez más, le tocaría a ella ser la madre.

—¿Por qué intentaba Hannah ponerse en contacto conmigo? —le preguntó—. ¿Sabes tú qué quería? No tengo ni idea de por qué cogió el coche de Dom. Debía de ser algo urgente.

Kathryn se volvió y la miró.

—¿Necesitas beber algo? —le preguntó, con una forzada animación en la voz—. Voy a por una taza de té para las dos, ¿o a lo mejor algo de sopa? Creo que me apetece una sopa. Hay una máquina justo al salir.

—¡Mami! ¿Quieres quedarte aquí conmigo un momento? Acabas de llegar. Te preguntaba si sabías qué quería Hannah.

—No, me temo que no —murmuró Kathryn.

—Bueno, ¿no sientes ni un poco de curiosidad? —preguntó Lauren—. Robó un coche, y no sabe conducir. Por alguna razón, quería verme a toda costa porque no me localizaba.

En ese momento se echó a llorar.

—Es culpa mía, mami. Es culpa mía que esté aquí, porque mi móvil estaba apagado.

—No, no, no es culpa tuya —contestó Kathryn—. Te aseguro que no es culpa tuya.

Pero sus palabras carecían de vida: o bien no creía en lo que estaba diciendo, o sabía algo. Lauren la observó mientras Kathryn, con gesto distraído, daba vueltas al anillo que llevaba en el dedo corazón y luego volvía a clavar una mirada inexpresiva en la cama. *Eso era lo más probable: su madre sabía perfectamente por qué Hannah quería verla, pero no tenía valor para contárselo.*

VEINTINUEVE

Lauren le hacía preguntas, y Kathryn tan sólo quería salir de la habitación. Un golpecito en la puerta la sobresaltó y, al mismo tiempo, entró un médico que la miró sonriente. Parecía mayor que ella, podía tener unos sesenta y tantos años, y eso le agradó: era señal de que sabía de lo que hablaba. Mucho más que todos aquellos jóvenes presumidos que andaban por allí con sus immaculadas batas blancas, recién salidos de la facultad.

«¿Señora Webb?». Tenía la voz suave. Kathryn asintió y se puso de pie. «Soy el doctor Emmett». Le tendió una mano, y ella se la estrechó. Tenía unas manos grandes que envolvieron la suya, y el saludo fue agradablemente enérgico. «Sí, en sentido literal, Hannah está en buenas manos con él», pensó, y contuvo una inoportuna risilla. Allí estaba otra vez aquel impulso de echarse a reír en medio de una situación horrorosa. Movi6 la cabeza y apart6 de su mente aquella idea.

—¿Salimos de la habitación un momento? —preguntó el doctor Emmett, haciendo señas hacia el pasillo.

Una vez fuera, pasó a informarla. «El coche de Hannah colisionó de frente con un árbol», le explicó. Llevaba unas gafas que tal vez fueran para leer, se dijo Kathryn, porque las tenía puestas en lo alto de la cabeza y su pelo blanco se levantaba a ambos lados.

—La fuerza del impacto provocó que Hannah chocara con el volante — prosiguió Emmett—. Tenía el est6mago muy hinchado al llegar al hospital y se quejaba de dolor en la parte superior derecha, así que le hicimos una analítica de sangre. Había indicios de hemorragia interna, de modo que también realizamos un tac, y éste mostró que el impacto del choque le había provocado una laceración en el hígado.

—¿Una *qué*? ¿Qué significa eso? —preguntó Kathryn.

—Bueno, el corte del hígado tiene unos tres centímetros de profundidad, un tamaño considerable. Alrededor del veinticinco por ciento de la superficie del hígado ha resultado dañada, pero la buena noticia es que no parece haber mucha hemorragia. Eso implica, de momento, que no es preciso que le hagamos una transfusión sanguínea. La controlaremos estrictamente, y, si permanece estable,

el hígado debería curarse solo.

—¡Ay, Dios mío! —Kathryn meneó la cabeza—. Pero si mi pequeñina... — empezó a decir, y se volvió a mirar a Hannah por la puerta abierta—. ¿Cuándo sabrá usted algo más? ¿Cuándo sabrá si está estable?

—Le haremos más pruebas dentro de unas horas.

Kathryn miró al médico otra vez.

—Se pondrá bien, ¿verdad, doctor? ¿Usted se encargará de que se ponga bien?

—Señora Webb, tenga la absoluta seguridad de que haremos todo lo posible por ayudar a su hija.

—Mi otra hija, Lauren... —dijo ella, e hizo un gesto en dirección a la habitación—. Me comentó algo de una conmoción cerebral.

—Por lo que parece, Hannah se golpeó la cabeza con la ventanilla lateral. Creemos que probablemente perdiera el conocimiento durante unos minutos, y hay signos de conmoción cerebral, sí. Antes, cuando despertó, estaba muy soñolienta y desorientada. Pero lo mejor que puede hacerse por ahora es dejar que descansa. Su hija tardará un poco de tiempo en recuperarse del todo.

—¿A qué se refiere usted con «desorientada»? ¿Se acuerda de algo?

—No sabemos cuánto recuerda en este momento. Existe la posibilidad de que tenga amnesia. Pero, como le he dicho, no lo sabemos con seguridad. Por ahora sólo tenemos que controlar sus avances. Su hija duerme tranquila. —Señaló con la cabeza hacia la cama de Hannah—. ¿Por qué no va usted a por un café, descansa y vuelve dentro de un rato? Quizá entonces ya haya despertado.

Kathryn le agarró el brazo.

—Sí, eso haré, pero ¿dice que existe la posibilidad de que no se acuerde de algunas cosas?

—Bueno, tal vez, aunque la verdad es que no puedo decir más por ahora.

—¿Mami?

Lauren estaba junto a ella. Kathryn no había oído que su hija se les acercaba.

—¿De qué podría no acordarse?

—Veamos cómo se desarrollan las dos próximas horas —intervino el doctor Emmett con voz tranquila—. Acabo de sugerir que quizá quieran ustedes descansar y comer algo. Dejar que Hannah duerma un rato.

Pero Lauren hizo un gesto negativo.

—Ve tú, mami. Yo no pienso apartarme de su lado.

No debía ni pensarlo siquiera, pero a lo mejor si Hannah no se acordaba de lo que había ocurrido aquella mañana... Era una idea morbosa, y algo que no

debería desearle a su hija... una idea muy, pero que muy morbosa. Pero suponiendo que no se acordara, Hannah y Lauren no tendrían que saberlo nunca, y Kathryn lo arreglaría todo. Ella complacería los deseos de las chicas, incluso dejaría que Hannah se marchara, si es lo que quería. Claro que antes había hecho un trato con Dios. Y Él, probablemente, estaría mirándola ahora mismo y pensando: «No has tardado mucho en olvidar tu parte del acuerdo, así que a lo mejor no cumplo la mía».

Y, desde luego, aquel chaval Dominic sabía algo. Quizá Hannah se lo hubiera contado todo. O quizá no.

¿Qué harías tú, mamá? Kathryn cerró los ojos y se apoyó en la pared, mientras esperaba el ascensor. *¿Cómo solucionarías este puto follón en el que estoy metida?*

—¡Kathryn!

Abrió los ojos y vio que Morrie se dirigía hacia ella, justo cuando la campanita del ascensor sonaba a su lado.

—Espéreme.

—Qué amable que haya venido —dijo cuando Morrie llegó hasta el ascensor, jadeando y casi sin aliento, como si cualquier esfuerzo fuera una conmoción para su cuerpo.

—Claro que iba a venir. En cuanto Lauren me llamó le dije que procuraría dar con usted y que luego me pasaría.

Encontraron la cafetería en la segunda planta. Kathryn miró por la sala, en realidad sin saber qué buscaba. Tal vez era por si veía a alguien conocido, quizá aquel Dominic. Pero no reconoció a nadie y eligió una mesa pequeña junto a la ventana que daba al aparcamiento, donde se sentó y esperó a que Morrie llevara té para los dos.

—No tiene usted buen aspecto —comentó él cuando volvió.

Kathryn lo vio abrir un sobrecito de azúcar y volcarlo en la taza, pendiente de la cucharilla mientras ésta hacía girar el té en círculos menguantes.

—Cuénteme cómo está Hannah. ¿Ha hablado con el médico?

—Acabo de hablar con él —respondió Kathryn. Rodeó su taza con los dedos y pasó un pulgar por el asa mientras le transmitía a Morrie lo que el médico le había dicho.

—Creo que son buenas noticias, teniendo en cuenta lo ocurrido. Y, aunque seguro que usted se preocupa, Hannah está en un sitio estupendo, y le dirán a usted...

—Lo he estropeado todo, Morrie —lo interrumpió ella.

La cucharilla dejó de dar vueltas, y Kathryn notó que Morrie la miraba.

—¿Qué quiere decir? —preguntó él.

Morrie la conocía bien. Kathryn no sabía si se sorprendería siquiera al enterarse de lo que había hecho. Quizá llevara años sospechando que en ella había algo extrañamente reservado.

—Esta mañana le conté a Hannah una cosa. Por eso se marchó de ese modo. Está internada aquí por mí.

—Ah, y esa cosa que le contó usted... —Morrie se calló un instante, puso la cucharilla en la mesa y extendió las manos del todo—. Supongo que era algo muy malo, ¿no?

Kathryn asintió.

—¿Quiere contarme qué es?

—Ay, Morrie —gimió Kathryn, hundiendo la cara en las manos—, ¡he hecho algo de lo más horrible!

Y antes de darse cuenta le explicó todo lo de Hannah y Abigail. Cuando terminó no pudo alzar la vista, no era capaz de ver el gesto de asombro, o de repugnancia, con que Morrie la miraba a su vez.

Pero él no dijo nada. Ni siquiera una respiración más ruidosa o un suspiro revelaron lo que opinaba de ella. Cuando su silencio se volvió demasiado difícil de soportar y, sin tener más que decir, Kathryn se aventuró a dirigirle una mirada.

Los ojos de Morrie siempre lo delataban. Eran de un azul oscuro con motas grises, y cuando se reía Kathryn veía en ellos el centelleo del mar. Pero cuando estaba inquieto se le nublaban, el gris se hacía más intenso y le daba una apariencia triste. Kathryn estaba con Morrie cuando éste recibió la llamada que lo informó de que su padre había muerto. Llevaban veinte años sin tratarse, y Morrie siempre aseguraba no sentir nada por el hombre que había abandonado a su madre. Tras colgar el teléfono, se enderezó y volvió a la tarea de tirar de las redes de pesca para meterlas en la barca. Pero Kathryn vio que sus ojos habían perdido el brillo, y advirtió lo hondo que en ellos habían calado la tristeza y la pesadumbre. Ese día, en la cafetería del hospital, pasó lo mismo.

—No espero que te quedes —susurró. Las lágrimas que no se había dado cuenta de que derramaba ahogaron sus palabras.

Morrie extendió el brazo y le cogió la mano.

—Es que intento asimilar todo esto —respondió, meneando la cabeza—. De cuanto acabas de contarme, lo más difícil de entender es que las chicas no sean mellizas, ni siquiera hermanas, son tan...

Kathryn esperó a que siguiera. No se parecían en absoluto, pero nadie había puesto en duda jamás que fueran mellizas, apenas se hacía algún comentario sobre lo distintas que eran. Sin embargo, ella misma lo veía cada vez que Lauren volvía de la playa, con la pálida piel llena de pecas y, a menudo, marcada con

manchas rojas donde la crema solar no se había extendido de modo uniforme, mientras que la de Hannah tenía un tinte dorado. Veía cómo el cabello de Lauren se rizaba un poquito por las puntas, mientras que Hannah lo tenía completamente lacio. Eran pequeños recordatorios de que las chicas no podían ser lo que todos pensaban que eran.

—Supongo que es que se comportan como mellizas —añadió él con tristeza—. ¿Y qué vas a hacer con Lauren? A lo mejor no lo sabe todavía, pero va a tener que saberlo. Una cosa como ésta no puede silenciarse. Eres consciente de eso, ¿verdad?

Kathryn suspiró y miró por la ventana.

—No dejes que se entere por otra persona.

—Necesito ver a mi madre —afirmó ella.

—¿Cómo, ahora? —preguntó Morrie.

—Tengo que verla —contestó Kathryn en tono tranquilo—. Hay cosas que debo preguntarle. Es la única que puede decirme lo que tengo que hacer.

—Pero Kathryn, Eleanor no puede decírtelo —repuso Morrie, y le agarró la mano más fuerte cuando ella hizo amago de levantarse—. Y tú tienes que estar aquí —añadió—. Hannah te necesita, las dos te necesitan.

—Pero tengo que verla. —Kathryn hizo un gesto afirmativo, confirmando que no tenía otra alternativa—. ¿No lo entiendes?, ella me metió en esto, tiene que decirme cómo salir.

—He de confesar que no tengo ni idea de por qué crees que tienes que fugarte para estar con tu madre, pero espera un momento, ¿quieres? Pensemos en cómo solucionar esto juntos. —Morrie le soltó la mano y se echó hacia atrás—. Tu madre no podrá ayudarte, Kathryn. Esto tienes que resolverlo sola.

Kathryn asintió, procurando tranquilizar a Morrie e indicarle que estaba de acuerdo con él.

—Voy un momento al baño —dijo, y antes de que él pudiera añadir una sola palabra, salió a toda prisa de la cafetería.

En lo alto de la escalera se tocó los bolsillos para ver si tenía las llaves del coche. Tras echar una rápida ojeada a la cafetería que había dejado atrás, dio media vuelta, bajó los dos tramos de escalera hasta la entrada principal y salió al aparcamiento. No contaba con que nadie lo comprendiera, pero aquello era lo único que se le ocurría hacer.

TREINTA

Querido Adam:

La última vez que vi a mi abuela fue en 2003, dos años después de que mi madre me dejara. Yo vivía en una casa compartida en el norte de Londres. La noche que apareció yo ya había estado bebiendo. Se quedó junto a la puerta, envuelta en un largo abrigo de cachemira y tocada con un gorro; su aspecto no podía haber estado más fuera de lugar.

—¿Por qué no paras de venir, Eleanor? —le dije—. ¿Es que no puedes dejarme en paz?

—Sólo vengo a ver cómo estás —contestó, mirando por encima de mi hombro.

—Bueno —repuse—, te invitaría a pasar pero no sé si éste es precisamente tu ambiente.

—Entonces, ¿necesitas más dinero? —me preguntó, ciñéndose más el abrigo como para protegerse de los gérmenes que pudieran salir de la casa.

—¿Qué es esto? ¿Un aguinaldo por ser buena chica? —respondí riendo—. No, Eleanor, puedes llevarte tu dinero, ¡y vete a la mierda! ¡Y no vuelvas más! —le grité mientras ella se iba por el sendero.

Esperé dentro del coche delante de Elms Home, nerviosísima ante la expectativa de volver a verla. Estuve quince minutos con la mirada clavada en el gran edificio, con sus arbustos, perfectamente cuidados, adornando la fachada. Tenía en el estómago la misma violenta agitación que había sentido doce años antes. Era como si me presentase a un examen y no me hubiera preparado bien.

—¿Imagino que es usted consciente de su enfermedad? —me preguntó la mujer que abrió la puerta mientras me hacía entrar en el opulento vestíbulo. «Un trasunto del hogar», pensé. Eleanor seguía viviendo con mucho lujo hasta en una residencia de ancianos.

—No —contesté—. ¿Es grave?

—Ah —repuso ella—. Pensé que lo sabía. La mayoría de nuestros residentes padece alguna forma de demencia.

—¿Demencia?

—Sí. Eleanor tiene el mal de Alzheimer.

No podía creerlo. ¿Significaba eso que quizá no se acordara de mí? En tal caso, no tenía por qué dejarme llevar por el pánico... disponía de una historia verosímil, si no me reconocía. Pero ¿qué sentido tenía verla si no podía decirme dónde vivían las niñas?

—¿Katie? —me preguntaba la mujer—. Katie, ¿se encuentra bien, querida?

—¿Cómo? ¡Ah, sí! Estoy muy bien, perdone. Es que no sé qué me esperaba, pero no era esto.

En realidad, sí que sabía lo que me esperaba: una versión más vieja y más amargada todavía de la abuela que yo recordaba del pasado, tal vez encogida en un sillón en un hogar de mayores, aunque, sin duda, conservando una mente muy clara y autoritaria.

—Bueno, siéntese por ahí —me dijo, señalando con la cabeza hacia una sala—. Una persona ha ido a por ella. ¿Desea algo de beber?

Le pedí agua, y la mujer se escabulló, dejando que yo buscara asiento, esperara y observara. En la sala había al menos una docena de residentes, la mayoría mujeres. Todas estaban solas, contemplando el jardín. El aire no se movía, y reinaba un silencio sepulcral; en lo alto flotaba una sensación de expectación, como si fuera smog, que fue bajando poco a poco hasta que me pareció que acabaría por ahogarme. Empecé a respirar hondo, contando «Un Mississippi, dos Mississippi», igual que me había enseñado Mae. Es increíble cómo una técnica tan sencilla tranquiliza de verdad.

Pero entonces la vi.

Una jovencita entró por una puerta situada al fondo de la habitación, y agarrada a su brazo iba Eleanor. Andaba despacio, arrastrando los pies; la espalda le doblaba el cuerpo en forma de C, y las zapatillas rozaban la moqueta. Oí cada paso que dio mientras avanzaba hacia una butaca situada justo delante de mí hasta que, por fin, se dejó caer pesadamente en ella. A primera vista podría haber sido cualquier anciana. Podría haber pasado justo por delante de ella en la calle. Tenía un aspecto muy frágil. La última vez que la vi se mantenía erguida, y su estatura subrayaba su presencia, pero los años le habían moldeado el cuerpo y la habían encogido. Tenía el pelo blanco, y en la corta melena, de estilo nada esmerado, ya no había ni rastro de aquellas vetas de reflejo dorado que antes se ponía religiosamente. La piel de sus manos era fina como el papel. Sus largos y huesudos dedos se plegaron en el brazo de la butaca, y reconocí el anillo de esmeralda que ahora le bailaba en el anular; era un objeto extravagante en tamaño y forma, nunca me había gustado.

Me puse de pie con las piernas temblorosas. Creí que a lo mejor se me

doblaban, pero me sostuvieron cuando me acerqué despacio a ella. Al llegar a la butaca, la misma mujer que me había abierto la puerta apareció con mi vaso de agua y le comentó a Eleanor: «Mire, querida, ha venido una visita a verla. Katie»... Me miró mientras añadía:

—La nieta de su prima, ¿verdad?

Asentí con un gesto y esperé la reacción de Eleanor. No se dio ninguna prisa en levantar la vista y, cuando lo hizo, movió muy ligeramente la cabeza hacia la derecha para mirarme. Su rostro permaneció imperturbable. La mujer me cogió el brazo y se inclinó hacia mí.

—Es posible que no la reconozca, querida —me dijo bajito—. Tiene días en que no reconoce a nadie.

—¿A nadie? —pregunté yo.

—A veces ni siquiera a su propia hija.

Su hija: mi madre. Así que aún vivía y visitaba a Eleanor. La referencia a Kathryn me hizo sentir una sacudida por dentro. Debían de venir todas aquí; ella y las niñas se sentarían en esta misma habitación. Acaso hubieran estado la víspera. Se me ocurrió una desagradable idea: a lo mejor venían ese día. Miré a mi alrededor, esperando ver aparecer a mi madre de pronto.

—Bueno, las dejo a ustedes —dijo la mujer—. Sólo tienen que darme una voz si necesitan algo.

—En realidad —le contesté—, quizá podría usted ayudarme a localizar al resto de mi familia. Kathryn, ¿verdad?, se llama la hija.

—Exacto. Una señora encantadora —respondió ella.

¿Había una pizca de sarcasmo en su voz, o sólo me lo parecía?

—¿Me ayudará? —pregunté, esperanzada.

—Podría pasarle a ella el número de usted —me respondió, sonriendo—. Pero, desde luego, no puedo darle a usted ningún detalle confidencial.

Se alejó y me dejó con la vieja, que seguía mirándome fijamente, aunque ahora la expresión de Eleanor había cambiado hasta transformarse en curiosidad.

—¿Quién eres de verdad? —preguntó.

—Como te han dicho, me llamo Katie —le contesté.

Ella negó con la cabeza. «No».

Tenía el rostro cubierto de una gruesa capa de polvos, y su mirada me atravesó hasta el fondo. Sin apartar los ojos de mí, me evaluaba, tratando de resolver si sabía quién era o no era yo. De vez en cuando en ellos aparecía un brillo fugaz, como si un recuerdo cruzara por su mente, pero sus frías pupilas azules permanecieron fijas, inmóviles. Intenté mantener el contacto visual para que esta vez no me ganara. Me dije que yo la aventajaba en algo: «Yo conservo

la memoria».

—¿A qué has venido? —me dijo.

—Quería preguntarte una cosa —respondí.

Momentos antes, mientras la veía cruzar el salón arrastrando los pies, me había dado menos miedo, pero ahora que estaba tan cerca me notaba incómoda. Mi abuela tal vez estuviera demenciada y hubiera perdido aquella inteligencia en tiempos tan poderosa, pero aún era capaz de hacer como si su mente fuera su arma más fuerte.

—Adelante —dijo.

—Intento localizar a algunos familiares nuestros y me preguntaba si sabías dónde puedo encontrarlos —repuse—. En concreto, a Kathryn.

—Me recuerdas a alguien —comentó, sin hacer caso de mis palabras.

Al oírla me moví un poco, violenta, y deseé que sus ojos dejaran de perforarme.

—¿A quién?

Eleanorladeó un poco la cabeza como si buscara en los archivos de un recuerdo muy lejano. Entornó un poco los ojos cuando no encontró nada. La antigua Eleanor se enfadaría consigo misma si olvidaba algo que necesitaba desesperadamente saber. Me figuré que ésta también.

—Y bien —proseguí cuando no me dijo nada—. Kathryn, tu hija, ¿viene a verte con frecuencia?

—No —contestó ella en tono brusco—. No viene nunca.

—¿Ah, no? Pero si me han dicho...

—Patricia se inventa cosas. No tiene nada mejor que hacer y se entretiene contando cuentos. No hay que creer nada de lo que dice —me espetó con aspereza.

¿Crear la palabra de una vieja con alzhéimer, o la de esa amable enfermera que la cuida? Yo sé por lo que tú apostarías, Adam, claro que no conociste a Eleanor.

—¿Y cuándo fue la última vez que la viste? —le pregunté.

—¿Eres periodista?

Hice un gesto negativo.

—¿De la policía?

—No, soy Katie. Soy tu...

—Ya sé quién has dicho que eres —me interrumpió, al tiempo que se inclinaba hacia mí.

—¿Ves alguna vez a las niñas? —continuó—. ¿A Hannah y a Lauren, las mellizas?

Yo estaba cada vez más desesperada por irme y sentía que ella iba

controlándome. Si de repente se daba cuenta de quién era, yo no creía poder aguantar el careo, así que me dispuse a echar a correr.

Un asomo de sonrisa apareció en su cara... quizá no tanto una sonrisa como una mueca desdeñosa. Fue sólo un destello, pero las comisuras de su boca se crisparon hacia arriba, y sus ojos centellearon un segundo.

—Las niñas —repetí, pasando el peso del cuerpo de un pie a otro, lista para salir como un rayo de la habitación en cualquier momento—. ¿Vienen aquí alguna vez?

Eleanor me impacientaba, y supe que probablemente viera el rubor, de un rojo encendido, que me subía por el cuello. Miré el reloj para ver cuánto tiempo me quedaba hasta que volviese Patricia. Me daba la impresión de que la mente de Eleanor jugaba conmigo, aunque no estaba segura de si ella era consciente de lo que hacía. A esas alturas yo tenía bastante claro que jamás me diría dónde se encontraban las niñas, aun en el caso de que lo supiera.

—Ya te lo he dicho, no me visita nadie.

Suspiré y eché mano al asa del bolso. Aquello no servía de nada, y yo no necesitaba mucho más estímulo para marcharme.

Eleanor apartó la vista de mí y miró por la ventana.

—Sé perfectamente quién eres —aseguró en tono frío y apagado—. Abigail.

Al oírla me quedé helada. Sentí punzadas de frío en todo el cuerpo como si me hubieran tirado por encima un cubo de hielo, los folículos de los brazos y las piernas me pellizcaban la piel.

—Así que dime a qué has venido de verdad, Abigail —añadió despacio, volviéndose para mirarme de frente.

—Quiero encontrar a las niñas —le contesté con toda la energía que pude.

—¡Patricia! —exclamó de pronto, y, como el genio de una botella, apareció la mujer que me había hecho pasar—. Necesito ir al baño. Haga el favor de subirme otra vez a mi cuarto —le pidió a la enfermera, sin apartar de mí ni un segundo su mirada dura y fría.

Patricia hizo señas a otra enfermera para que se acercara y retrocedió conmigo hacia el vestíbulo.

—Lo siento —dijo—. A veces se pone así cuando se cansa. Eso irrita muchísimo a su hija. No es que Kathryn diga nada, desde luego. Nunca pierde la sonrisa durante sus visitas, pero se advierte la tristeza en sus ojos. Lo vemos todo el rato en los familiares. Esa desilusión.

—¿Ah, sí?

«De modo que todavía quiere a la vieja bruja», pensé.

—Esa señora tiene una paciencia de santa. Lo cierto es que no debería decirlo, pero Eleanor puede ser un poco... —Patricia se calló un instante—,

difícil en ocasiones, aunque ni una sola vez he oído que su hija levante la voz o parezca ofenderse.

Mi madre la santa. Cuánto me habría gustado contarle a Patricia una o dos cosas sobre Kathryn que no la harían parecer piadosa ni mucho menos, aunque no me sorprendió que todavía siguiera fingiendo que todo iba muy bien. Probablemente, hasta creyera que era así, pese a que su madre estaba desmoronándose ante sus ojos.

—¿Y las niñas? —le pregunté.

Tenía un millón de preguntas que hacerle. Quería saber si Patricia las conocía bien, si las veía todas las semanas. Cómo eran. Cómo se comportaban con Eleanor. Si creía ella que su abuela les gustaba, o si no la aguantaban.

—Ah, sí, las encantadoras chicas. Unas jovencitas preciosas.

—¿De verdad?

Sonreí mientras me invadía una oleada de emoción. Mi cuerpo se henchía de orgullo al oír que las calificaban de encantadoras y preciosas, y sentí muchísima pena al no poder colmar el desesperado anhelo de verlo por mí misma.

Estaba a punto de preguntarle más cosas cuando una voz llegó desde lo alto de la escalera.

—Patricia, Eleanor pide que la señora que la visitaba suba a su cuarto.

Patricia me echó una mirada de curiosidad.

—Eso es raro —comentó—. Pero creo que debería usted subir, si lo desea. Suzanne le indicará el camino cuando esté arriba —añadió, y le hizo señas a la chica que esperaba.

Miré a Suzanne, que seguía en lo alto de la escalera. Era lo último que quería hacer, casi había sentido alivio al pensar que iba a salir de allí, pero no podía marcharme sin oír lo que quería decirme. Dejé que Suzanne me condujera hasta su cuarto, al fondo del pasillo.

La puerta estaba entornada, y la joven dio unos suaves golpecitos a la vez que abría.

—Aquí está su visita, Eleanor —le anunció en voz alta, como si Eleanor estuviese sorda.

Contuve el aliento al entrar. Era una habitación amplia que daba al jardín trasero, con un mobiliario mínimo: cama de matrimonio, ropero, un tocador y una mesita de noche. Me recordó un hotel lujoso más que un hogar de mayores. Recordé lo que Doris me había dicho sobre las deudas de Charles y el poco dinero que había dejado, y me pregunté cómo podía permitirse Eleanor seguir envuelta en comodidades. ¿Estaba comiéndose la residencia hasta el último céntimo que le quedaba?

Eleanor estaba sentada al pie de la cama frente a un espejo. Tenía un cepillo

del pelo en una mano, aunque se inclinaba hacia su regazo, como si se hubiera olvidado de él. No nos saludó ni a Suzanne ni a mí, y cuando Suzanne se marchó por el pasillo yo, con cautela, me acerqué un paso más a su cama.

—Abigail —dijo, como si probara el nombre.

—Sí.

—¿Por qué has venido, Abigail?

—Tú sabes por qué he venido. Quiero encontrar a las niñas.

—Se han ido —contestó—. Se marcharon todas, porque tú no eres de fiar.

—¿Qué estás diciendo?

—Se fueron ya hace días. Le dije a ella que no había más remedio. Pero mira que es tonta. Yo no le dije que hiciera eso.

—¿Qué...?

Me callé de pronto, al darme cuenta de que Eleanor no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado. Debía de pensar que aquello acababa de ocurrir. No sé si el verme la confundió, quizá recordara cuando se marchó mi madre, pero vi que empezaba a inquietarse. Comenzó a darse golpecitos rítmicos con el cepillo en la rodilla, mientras con la otra mano se rascaba la pierna.

«Tú síguele el juego», pensé.

—Puedes confiar en mí —dije tranquilamente—. No diré nada.

—Yo sabía que debía hacer algo —prosiguió—, pero eso de irse así, sin más...

—Eleanor hizo un gesto de resignada incredulidad—. Nunca sabía por dónde iba a tirar esa mujer.

—¿Sigues hablando de mi madre? —le pregunté.

—Aquello no podía salir a la luz —contestó, sacudiendo la cabeza mientras se miraba fijamente en el espejo—. No podía salir a la luz. No iba a consentir que dijeran que yo estaba relacionada con un encubrimiento.

—No es que estuvieras relacionada, ¡es que tú lo manipulaste todo! —exclamé.

Eleanor levantó el cepillo y empezó a pasárselo por el pelo.

—¿Dónde están? —le pregunté con voz implorante—. Por favor, dime dónde están.

En ese momento alguien llamó a la puerta, y entró Patricia, que nos miró despacio primero a una y luego a la otra. Me pregunté cuánto tiempo llevaba fuera, porque sus ojos nos observaban atentos, esperando una explicación.

—Estoy muy cansada, Patricia. Haga el favor de acompañar a la puerta a esta muchacha. Necesito descansar.

Eleanor lanzó el cepillo sobre el tocador.

Patricia asintió y me tomó suavemente del brazo. Intenté zafarme... No podía irme con las manos vacías, y menos después del trance por el que acababa de

pasar. Pero el firme agarrón de Patricia ya me llevaba hasta el otro lado de la puerta.

—¡Dímelo! —grité, aunque ya sabía que Eleanor no diría nada más.

Sentí deseos de volver corriendo y abalanzarme sobre ella, de aporrearla con los puños y sacarle la verdad a golpes. ¿Cómo se atrevía aún a hacerme esto? ¿A controlar mi vida como si tuviera autoridad para hacerlo? Me volví por última vez para ver a la mujer que me había destrozado la vida y me di cuenta de que seguía sin poder hacer nada por hacerle pagar caro los años de dolor que me había causado.

Patricia cerró la puerta. Temblando, parpadeé para contener las lágrimas de frustración. No sabía qué hacer. Sospeché que Patricia quería convencerme de que bajáramos la escalera, pero no podía moverme. Me quedé pensando cuál sería mi siguiente paso, si irrumpir otra vez en el cuarto de Eleanor y exigirle la verdad, o ceder y marcharme. Porque no me contaría nada que yo quisiera oír, y las enfermeras no tardarían en echarme con cajas destempladas de la residencia, como si fuese una delincuente.

—Abigail —murmuró Patricia, acercándose a mí para no tener que alzar la voz.

—Sí —le contesté con brusquedad. No quería responder a sus preguntas.

Ella hizo un gesto afirmativo, sin dejar de examinarme con la mirada. Estaba a punto de decirle que me soltara cuando levantó una mano para impedírmelo.

—Mull Bay —me dijo, con una cordial sonrisa—. Viven en un sitio llamado Mull Bay.

TREINTA Y UNO

Kathryn bajó la visera, pero eso no evitó que el sol atravesara la ventanilla lateral. No veía la carretera con claridad, y tampoco ayudaba el que sus manos temblaran pegadas al volante. Decidida a no hacerse a un lado, siguió conduciendo: tenía que llegar rápido junto a su madre.

Todo lo que constituía la base de su existencia se había hecho pedazos, y no entendía cómo iba a pasar por aquello. Su madre le había organizado la vida, de modo que parecía lógico que sólo Eleanor pudiera decirle lo que debía hacer, ahora que todos aquellos planes tan inteligentemente montados se venían abajo, y que estaba a punto de perder a dos hijas más. Nunca había querido perder a la primera.

Necesitaba que su madre le dijera la verdad. Por una vez, deseó que Eleanor la mirara a los ojos y le contara qué ocurrió. ¿De veras le había ocultado una enfermedad, porque era algo que la avergonzaba? Kathryn deseaba con todas sus fuerzas que le dijera que no y deseaba creerla, porque semejante acción era una crueldad inimaginable. Negarle a su hija la ayuda que necesitaba, y todo por no querer que se enterase la gente... Aunque, en lo más hondo, estaba segura de que Peter no le había mentado.

De todas formas, ¿a quién trataba de engañar? Sabía que la posibilidad de mantener esa conversación era casi nula.

Sin embargo, eso no impedía que tuviese esperanzas. Porque también estaban las demás cosas para las que necesitaba respuestas. En su recuerdo faltaban grandes porciones de tiempo, de cuando se alejó de Abigail, y necesitaba que su madre se las completara.

«Pero ¿por qué me fui?», gritó, golpeando el volante con las palmas de las manos. Aquélla había sido una época dura, pasaban muchas cosas. Las niñas requerían mucha atención, Hannah siempre montando rabietas, y Kathryn no sabía qué hacer.

Abigail le hacía comentarios despectivos siempre que intentaba tranquilizar a Hannah, diciéndole lo que ella ya sabía: que era una inútil como madre. Peter apenas le hablaba. Kathryn sentía ganas de gritarles a todos que aquél no era su

sitio. Había perdido su lugar en el mundo el día que murió Robert. Él se había llevado consigo su corazón y su alma, pero Eleanor no le dejó hacer el duelo. En vez de eso, le había metido prisa para que consiguiera el siguiente marido. Y luego Edgar Simmonds siempre estaba allí con más medicación, que Kathryn aceptaba sin preguntar siquiera para qué servía, porque, en realidad, le daba lo mismo y, además, confiaba en que hacían lo mejor para ella.

Entonces Abigail amenazó con revelar el secreto sobre Hannah. Eso sí lo recordaba. Kathryn estaba asustada; no quería perder a Hannah. Eleanor insistía, inflexible, en que aquello no se divulgara, en que había que resolver la situación, y Kathryn nunca terminaba de saber a qué se refería su madre.

Eleanor se lo inculcó dando golpecitos mentalmente una y otra vez en el vacío caparazón de Kathryn, como si cascara un huevo.

No paraba de salmodiar: «Abigail lo echará todo a perder».

Le dirá a la gente que le quitamos a su bebé.

Un golpecito, y otro más, en el caparazón.

Por supuesto, perderás a Hannah.

Otro golpecito fuerte.

Es preciso hacer algo con ella, y tú misma dijiste que os está amenazando.

¿Ella había dicho eso? Kathryn recordaba algo, vagamente, pero ¿de verdad Abigail había proferido amenazas contra ellas?

Mira de lo que es capaz.

Eleanor se había señalado el profundo corte que tenía en la cara. Y crac, con un chasquido el fino caparazón de Kathryn se rompió.

No, en lo más hondo sabía que Abigail no le había hecho aquello.

«Pero está desquiciada», había insistido su madre.

Podría hacerles cualquier cosa a cualquiera de ellas. Podría herir a las niñas. Y coger otra vez a Hannah y...

Pero ahora Hannah era suya, ¿no, mamá? Era legal, Abigail no podía cogerla.

Un manotazo de Eleanor en el aire.

«Es legal, ¿no, mamá?», le había preguntado otra vez. «Yo la adopté, ¿verdad?».

Eleanor había respondido que aquello eran tecnicismos o algo así.

¿Tecnicismos? Kathryn volvió a estampar el puño en el volante. ¿Por qué había olvidado esa conversación hasta ahora? No recordaba qué le había contestado. Lo más probable es que lo dejara estar.

Pero ¿significaba eso que no había adoptado legalmente a Hannah? ¿Lo había falsificado todo Eleanor para que se resolviera deprisa? Igual que los había obligado a mentir diciendo que las niñas eran mellizas. Igual que había ocultado que su hija estaba enferma y no le había proporcionado la ayuda que necesitaba.

Pero en ese momento veía a su madre señalándose aquel corte de nuevo. Aquel corte tremendo y terrible que le bajaba por la cara. «Esto es lo que esa muchacha es capaz de hacer», le había dicho Eleanor, y ella no había dudado de la palabra de su madre.

El sol se colaba por la ventanilla otra vez, la carretera se desdibujaba. Kathryn empezó a marearse. Probablemente debería parar, pero tenía que seguir adelante.

Su madre le había hablado de la casa de Mull Bay. Ella supuso que era para las tres: un refugio. Con las prisas, el día que se fueron a Mull Bay había hecho las maletas a todo correr, había cogido hasta el último objeto que tenían las niñas antes de escabullirse. Sólo hasta que se calmaran las cosas, desde luego. Porque sabía que había oído a Abigail decirle que haría algo horrible.

Pero ¿lo había oído? Es que ahora, en realidad, no recordaba que Abigail dijera semejante cosa.

«He escrito esto para Abigail», le había dicho a Eleanor cuando ésta apareció un día después por la Bahía, y le había dado un sobre. Seguía queriendo explicarle lo ocurrido a su hija.

Tenía niebla por delante. No solía haber niebla en julio; todo estaba envuelto en calima, parecía que atravesara un desierto. La verdad es que no veía demasiado bien.

Eleanor se había metido el sobre en el bolsillo. Más tarde le había contado a Kathryn que a Abigail no le había interesado.

Le dieron un bocinazo. No sólo uno: todos le pitaban, los conductores la miraban fijamente y meneaban los brazos cuando la adelantaban por el carril de dentro.

—Ve más despacio tú —contestaba ella, sólo moviendo la boca.

En el fondo, había sabido que en realidad no debía marcharse y, sin embargo, se había marchado.

—¿Qué pasa? —gritó, al tiempo que volvía de un brusco volantazo al carril interior y esquivaba por un pelo a un Fiesta rojo—. ¡Pues quítate tú de en medio! —le gritó a la joven que le hacía una peineta.

Kathryn no estaba segura de cómo llegó a Elms Home. Después de salir del coche estiró los brazos por encima de la cabeza, enlazó las manos detrás del cuello y dedicó unos instantes a tranquilizarse antes de entrar en la residencia. Vio que una chica salía corriendo del edificio y se metía en un coche. Su pelo oscuro y largo osciló con fuerza, como un latigazo, cuando se dejó caer en el asiento del conductor y cerró la portezuela. La chica se parecía mucho a Abigail.

Sus movimientos tenían algo tan familiar que Kathryn se quedó sin aliento. Pero no podía ser ella, claro: debía de ser cosa de su imaginación, que la engañaba, como de costumbre.

El coche se fue, y Kathryn se dirigió a la puerta principal. Percibió la sorpresa de Patricia, y también su irritación, cuando ésta le abrió la puerta, pero Kathryn la cortó antes de que pudiera decirle nada.

—Necesito ver a mi madre.

—Está descansando. Acabo de salir de su cuarto. Eleanor está agotada, así que creo que será mejor que la deje usted dormir.

—Pero necesito verla —insistió Kathryn, y entró en el vestíbulo dándole un empujón.

—Le he dicho que necesita descansar. Ha tenido un día muy ajetreado y está muy pálida. No creo...

—¡Tengo que verla! Usted no puede impedírmelo. Hannah está en el hospital y... Tengo que verla.

Kathryn sabía que estaba alzando la voz pero gritaría, si era preciso.

—¿Hannah está en el hospital? —la voz de Patricia se suavizó—. ¿Qué ha pasado? ¿Se encuentra bien?

—No. —Kathryn hizo un gesto desdeñoso con la mano—. No sé. No he venido por eso, necesito hablar con ella de otra cosa.

Patricia inclinó la cabeza a un lado.

—Hoy no, Kathryn —respondió con firmeza.

Kathryn estaba a punto de darle un empujón y subir al cuarto de su madre de todas formas cuando empezó a sonarle el móvil. Hurgó en el bolso y lo sacó: el nombre de Morrie lanzaba destellos en la pantalla.

—¿Morrie?

—Hannah está despierta. Tienes que volver sin falta.

—¿Por qué, le ha ocurrido algo?

—No, le han hecho otro escáner, y la hemorragia ha disminuido, y eso es una noticia buenísima, pero no debería ser yo quien te lo contara. Tienes que estar aquí —añadió—. Esto no es justo para ninguna de ellas dos. No puedes seguir huyendo, Kathryn.

—¡No me dejan ver a mi madre! —gritó ella.

Al otro extremo de la línea se oyó un hondo suspiro.

—No es preciso que la veas.

—Pero...

—Tu responsabilidad está aquí, en el hospital. Hannah pregunta dónde estás —dijo Morrie—. Tienes la oportunidad de arreglarlo, Kathryn. *Debes* volver, por las chicas.

Kathryn miró a Patricia, que la observaba con gesto decidido, echó una ojeada a la escalera que llevaba a la habitación de su madre y vaciló. Sabía qué era lo que debía hacer, dar media vuelta y anteponer a sus hijas, por muy difícil que le resultara... y, sin embargo, aún no sabía si podría hacerlo.

TREINTA Y DOS

Querido Adam:

Kathryn no hablaba del mar. Siempre habíamos vivido en Londres y las vacaciones las pasábamos casi siempre en la casa de campo de Eleanor. El mar no formaba parte de ella; no creo haberla visto nadar jamás. Sin embargo, optó por construirse una vida junto al mar en una bahía muy hermosa e idílica. Qué absoluto contraste con la vida que me dejó vivir a mí.

Tú solías decirme: «Algún día, Abi, deberíamos dejar esta ciudad y buscarnos una chocita lejos del ajetreo y del smog». Claro que nos veías rodeados por un tropel de pequeños Abigails y Adams, de modo que nunca acabé de creerme aquel panorama, pero la idea me gustaba, y yo dejaba que me pintaras nuestro futuro según te lo imaginabas.

A ti te encantaría Mull Bay. Ahora me gustaría que pudiéramos trasladarnos a la costa para vivir en tu sueño. Si viviéramos en Mull Bay, nos sentaríamos en lo alto del acantilado todas las tardes y contemplaríamos el mar mientras a nuestra espalda, por las colinas, se ponía el sol.

Después de mi visita de ayer a Eleanor busqué Mull Bay. Era un punto diminuto en el mapa, y cuando estudié el camino supe que debería tener cuidado para no saltármelo. Esta mañana salí del hotel temprano y me dirigí hacia el norte. Tardé dos horas, y para entonces había tomado varias salidas equivocadas y había rodeado dos veces un pueblo que no era.

En cuanto entré en Mull Bay vi que me atraía su centro: la propia bahía. Todos los caminos llevaban allí. Aparqué el coche y fui paseando a la playa. Era catártico despejarme la mente, por fin, de Eleanor y concentrarme en lo que haría después. Pero al llegar al mar me di cuenta de que no sabía qué hacer. Debía pensar bien antes de lanzarme de nuevo a sus vidas.

Me puse las gafas de sol y el sombrero de paja que había comprado hace tres años en Creta; no quería que ella me reconociera antes de tener claro lo que quería decirle. Me senté en un grupo de rocas donde pretendía preparar mi plan

y miré cómo el mar iba y venía suavemente. Era fascinante. Dos surfistas bajaron sin prisas la escalera, charlando, sin saber que los observaba. Aparte de un par de pescadores que estaban en la otra punta de la bahía, no había visto a nadie más. Eran jóvenes y despreocupados, y me sorprendí envidiándoles la vida que llevaban.

Remando con los brazos, se adentraron en el mar tumbados en las tablas, esperando que pasara algo, y aunque el mar ya no estaba tan tranquilo, seguí sin tener claro qué esperaban. No parecía un día típico para surfear. Las olas que muy de tarde en tarde llegaban a la orilla eran bajas, y cuando el del pelo rubio se montó de un salto en la tabla, ésta sólo se desplazó unos metros y él volvió a deslizarse en el agua. Estuve mirándolos al menos media hora, preguntándome si no tenían otra cosa que hacer en Mull Bay más que surfear en aguas calmas.

Cuando por fin salieron estaban enfrascados en una conversación, y el rubio agitaba con animación los brazos como si intentara convencer al otro. Entonces oí el nombre: Hannah. Levanté la cabeza de golpe y me esforcé por oír al chico, porque iban alejándose hacia el montón de ropa esparcido por la arena. «Hannah», volvió a decir. Me levanté y fui detrás. «Quiero volver otra vez para verla, pero su madre no me dejará ni acercarme», añadió.

¿Era de mi Hannah de quien hablaban?

—Sí, bueno, siempre fue una vieja chiflada —saltó el más bajo—. A lo mejor deberías hablar con Lauren.

Contuve el aliento y apresuré el paso para acercarme más.

—Mira, ahí está Morrie —dijo el primero. Seguí su mirada en dirección a los barcos de pesca y divisé a un hombre inclinado sobre una barca—. Veré si puede pasarle a Hannah un mensaje, seguro que él va después.

El chico más bajo se volvió y se dio cuenta de que yo rondaba por allí. «¿Todo bien?», me preguntó.

«Sí. Buenos días», respondí, y pasé corriendo por delante de ellos hacia la escalera, donde esperé hasta que hablaron con Morrie; mientras tanto, decidí que luego hablaría yo con él. Estuvieran donde estuviesen las niñas, parecía que aquel Morrie las vería, aunque Kathryn mantenía a distancia a los chicos.

Morrie es un doble de tu tío Mitch. No podía creerme lo parecidos que son. Grises mechones de pelo sobre un rostro bronceado y curtido. Cejas muy pobladas a las que me encantaría meterles las pinzas. Ojos de un azul intenso que me atravesaban. En cuanto dio media vuelta y me sonrió, me sentí a gusto.

No muchas personas tienen una cara tan simpática y franca como Mitch, pero me alegré de haberme encontrado a otra.

Al ver que me acercaba a su barca dejó lo que estaba haciendo, y luego se estiró y se masajeó la base de la columna vertebral como si le doliera.

—Hola —le dije—, busco a una vieja amiga, y me han comentado que quizá pudiera usted ayudarme.

—Con mucho gusto veré qué puedo hacer —respondió, tendiéndome una mano—. Morrie.

—Abi —contesté, mientras se la estrechaba—. ¿Tiene algo de tiempo? —le pregunté—. No quiero molestarlo, si está haciendo algo.

Señalé con la cabeza el bote de pintura que estaba sobre el costado de la barca, del que asomaban unas brochas.

—Nada que no pueda esperar. —Sonrió, agarró una toalla de papel y se frotó las manos con ella—. ¿Y a quién busca usted?

—Se llama Kathryn —respondí—. Tiene dos hijas, y sé que viven aquí, es que no estoy segura de dónde exactamente.

—Ah —repuso él—. ¿Ah? ¿Y me ha dicho que se llamaba usted...? —añadió.

—Abi.

Morrie asintió, y su sonrisa vaciló un poco.

—Abigail —dijo finalmente—. Así es como te llamó Kathryn, por eso no caí en la cuenta al principio. Pero ya lo veo —afirmó—. Te pareces a ella. —Siguió asintiendo—. Y también eres la viva imagen de Hannah.

Me di cuenta de que había abierto la boca mientras clavaba la mirada en él, pero no tenía ni idea de qué decir. ¿Kathryn se lo había contado? No podía creer que hubiera hecho eso. Y sin embargo...

—Te diré una cosa, Abi —continuó Morrie—. Justamente estaba yo pensando que no me vendría mal tomar un bocado. ¿Qué te parece si vamos a la casa de comidas de ahí arriba y, de paso, charlamos? No me irá mal esa excusa para descansar un rato.

Sin decir palabra, hice un gesto afirmativo y esperé a que ordenara las brochas; las limpió con la toalla de papel que había usado para las manos antes de envolverlas en una bolsa de plástico, y después las puso con cuidado en la cubierta de la barca.

Subimos la escalera hasta la cima del acantilado y nos dirigimos al local que me había enseñado desde la playa. Me habló todo el rato, diciéndome que hacía años que no veían un verano tan caluroso y que los críos seguían sin darse cuenta de que tenían que usar más la crema solar. Para demostrar que estaba en lo cierto señaló a un niño con el pecho quemado por el sol, y luego cambió de tema y me preguntó en qué trabajaba y dónde vivía.

En la casa de comidas la mujer del mostrador se rio cuando él dijo lo que queríamos.

—¡Morrie, tiene que ser la tercera vez esta semana que pides un bocata de panceta! Ah, y por cierto, ¿te va bien echarle un vistazo a nuestro garaje esta noche?

Cogí mi Diet Coke y le di las gracias, aunque sólo pensaba en decirle: «¿Quiere usted contarme de una vez lo que sabe?», pero, al mismo tiempo, era consciente de que tenía que tomármelo con calma. Él conocía a mi familia, y yo necesitaba que me ayudara.

—Entonces, ¿Kathryn le ha hablado de mí? —le pregunté, cuando encontramos mesa fuera.

Morrie dijo que sí con la cabeza.

—Precisamente ayer.

—¿Son ustedes amigos?

—Hace mucho tiempo que conozco a la familia. Les tengo mucho aprecio; las chicas son un encanto.

—Entonces supongo que sabe quién soy, ¿verdad? —le dije.

—Me parece que eres la hija de Kathryn —respondió.

—¿Qué más le contó ella?

—Espero que me contara la verdad. ¿Que eres la madre de Hannah?

Asentí.

—¿Y se lo dijo justo ayer? Qué gran coincidencia.

—Sí que resulta raro —convino Morrie—. Aunque, por desgracia, todo vino porque Hannah se enteró de la verdad —me explicó—. Ayer por la mañana.

—¿Así que sabe de mí? —repuse con un grito ahogado.

—Sí. —Miró al mar—. Como ya imaginarás, le afectó muchísimo. Hannah salió pitando y tuvo un accidente. Me temo que está hospitalizada —dijo, volviendo a mirarme—. Va a ponerse bien, pero las ha pasado bastante canutas.

—¿Qué pasó?

—Cogió un coche que era del padre de su novio y se fue. No sé adónde iba. Pero no sabe conducir.

Aquello era demasiado para asimilarlo en un momento.

—¿Dónde está el hospital? —pregunté.

Sólo podía pensar en mi pequeña, que descubriría mi existencia y acababa en el hospital. Tenía que verla. Debía de estar asustadísima; necesitaba asegurarle que todo iba a salir bien.

Morrie tomó un sorbo de su té y volvió a dejar con cuidado el tazón sobre la mesa.

—No me corresponde a mí decírtelo, pero creo que lo último que deberías

hacer es presentarte allí ahora.

—Pero tengo que verla —contesté—. Por fin las he encontrado, y usted me dice que está hospitalizada. No esperará que me marche.

—No, pero ella se encuentra mal, y si deseas que todo salga bien, sólo te digo que no creo que éste sea el momento adecuado.

—¿Alguna vez va a haber un momento adecuado?

—Puede que no, pero te diré una cosa: Hannah no sabía nada de ti hasta ayer por la mañana. Nada más enterarse, acabó en el hospital. Necesita tiempo para entenderlo y también, para recuperarse físicamente. Luego está Lauren: ella todavía no sabe nada del asunto. Lo sabrá, pero tiene que contárselo Kathryn. Lauren está destrozada con el accidente de su hermana. Esas chicas están tan unidas como puedan estarlo unas mellizas de verdad y van a necesitar tiempo para adaptarse a esta situación.

—Pero ¿y si no se adaptan?

—Se adaptarán —respondió Morrie, sonriéndome con afabilidad.

—Eso no lo sabe usted.

—Yo las conozco —dijo—. Y además sé que cuando ellas logren comprenderlo, todas estaréis en unas condiciones mucho mejores para reuniros.

—Pero ¡estoy tan cerca...! —exclamé—. No sé cómo voy a irme otra vez, ahora que estoy aquí y sé que ellas están... —Di un suspiro y meneé la cabeza—. Necesito verlas.

Morrie se inclinó por encima de la mesa para cogerme la mano y me la apretó.

—No sé qué fue lo que pasó hace todos estos años. Kathryn no me contó por qué lleváis tanto sin veros. No puedo ni imaginarme qué vida habrás llevado, pero, aunque sólo sea por las chicas, debes darle a esto un poco más de tiempo.

¿Cómo era posible darle más tiempo? No he visto a las niñas en catorce años, y estaba allí, muy cerca... cerca de donde viven y respiran, de donde Hannah está hospitalizada y de donde lo más probable es que Lauren esté sentada a la cabecera de su cama.

—Estaré en contacto contigo —continuó Morrie—. Tienes mi palabra de honor de que cuando crea que ha llegado el momento, te lo diré.

Me quedé destrozada, Adam. Al final le dije a Morrie que seguiría su consejo. Me despedí y me marché, confiando en que cumpliera su parte del trato. Después salí de Mull Bay y me fui derecha al hospital.

Pero ahora que estoy aquí, Adam, me parece que no puedo entrar. Dentro está

mi hija... mis niñas. Si ahora paso por esa puerta, podría echarlo todo a perder. Si no están preparadas para verme, podría perderlas para siempre otra vez. Y además de todo eso está que Morrie llevaba razón en una cosa: él las conoce... yo no.

Así que, si ser buena madre es pensar primero en Hannah, quizá debería marcharme. A lo mejor eso es lo que me diferencia de Kathryn y de Eleanor. A lo mejor por fin puedo romper esa cadena de madres imperfectas.

TREINTA Y TRES

Lauren estaba junto a la puerta. Estaba borrosa, claro que Hannah se sentía tan cansada que quizá sólo era que no fijaba bien la vista. Su madre seguía sin llegar. Si tuviera fuerzas, se quitaría a tirones de los brazos aquellos tubos y cables e iría de un lado a otro por los pasillos hasta encontrarla. Probablemente Kathryn estuviera escondida en algún sitio, por si Hannah recordaba lo sucedido justo antes del accidente. Y desde luego que lo recordaba: se acordaba hasta de la última palabra.

Lauren parecía agotada. Se frotaba la cara y bostezaba, tenía los ojos enrojecidos y llorosos. Cada vez que despertaba, Lauren estaba en la habitación con ella. Su hermana no se había apartado de su lado.

—Hannah, estás despierta.

Hannah le devolvió la sonrisa. «¿Dónde está mami?», preguntó. Cada vez que pensaba en Kathryn como «mami» sentía una aguda punzada en el estómago. Notó que se le llenaban los ojos de lágrimas pero no podía levantar la mano para limpiárselas.

—No llores —dijo Lauren, al tiempo que corría a su lado y le cogía con suavidad el brazo—. Te pondrás estupendamente, todo va a ir bien. El médico ha dicho hace un momento que estaban contentos con tus progresos. Dice que eres fuerte.

Hannah intentó volver la cabeza hacia otro lado, pero le dolía demasiado. No soportaba mirar a Lauren, que no sabía nada de lo que su madre les había hecho.

—Le contesté que, en ese caso, era mejor que te hubiera pasado a ti y no a mí. —Lauren soltó una breve risa—. Porque yo no soy ni de lejos tan fuerte como tú.

—¿Dónde está mami? —volvió a preguntar Hannah.

—Viene de camino. Morrie acaba de hablar con ella, así que llegará pronto. Por cierto, que yo no hablaba en serio —añadió—. Me cambiaría contigo sin pensarlo.

Hannah le dirigió una débil sonrisa.

—¿Ha estado aquí siquiera?

—Dios mío, sí, claro que sí, pero ya sabes cómo es. —Lauren se encogió de hombros—. Tuvo que irse.

—¿Irse adónde?

Lauren no respondió. Se quedaron calladas un rato, mirándose. No había nada que decir y sin embargo, al mismo tiempo, debía decirse todo..., pero Hannah no tenía valor para hacerlo. Volvía a sentirse cansada, le pesaban los párpados y, aunque deseaba mantenerlos abiertos, el esfuerzo era excesivo, y dejó que se le cerraran.

«Mami». La voz de Lauren rompió el silencio, y Hannah consiguió abrir los párpados a duras penas y vio a su madre delante de la puerta.

Su madre. Kathryn. Quien fuera.

—Has vuelto —dijo Lauren.

Kathryn parecía preocupada, tenía la mirada triste y los párpados hinchados, pero un asomo de sonrisa apareció en su rostro al ver que Hannah abrió los ojos.

«Todavía te quiere», se dijo Hannah. «Se le nota en la cara». Y por mucho que sintiera deseos de gritarle, y de llorar, y de contarle a Lauren la verdad, se alegró de ver que aún le importaba a su madre.

Luego no pudo evitar sumirse otra vez en un profundo sueño.

TREINTA Y CUATRO

—Lauren ha llegado —le dijo Morrie a Kathryn con dulzura—. Espero en la cocina, si quieres.

—No te vayas, Morrie —le rogó Kathryn—. Quédate aquí, por favor.

No estaba preparada; era absurdo que fuera a pasar ya por esto.

Pero él negó con la cabeza.

—Debes hacerlo sola, Kathryn. No te eches atrás, ¿eh?

—No creo que pueda hacerlo.

Toda ella temblaba de miedo.

—Es preciso —repuso él con calma, al tiempo que retrocedía hasta salir de la habitación.

Kathryn agarró el vaso de agua, pero le temblaban las manos. El agua rebotó por el borde y le mojó la falda, y trató de quitársela con un brusco gesto.

«¿Mami?». Lauren entró en la sala mirándola con los ojos muy abiertos.

Kathryn seguía teniendo la boca seca, de modo que alargó el brazo para tomar otro sorbo de agua, pero de nuevo la salpicó, esta vez en la mano.

Lauren se sentó en la silla de enfrente y se inclinó hacia delante, con una mezcla de preocupación y expectación en la cara.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Es la abuelita?

—No. No, no es la abuelita —contestó Kathryn—. Bueno, en realidad no. O a lo mejor sí.

—Mami, eso no tiene sentido, dime qué pasa, por favor. Estoy preocupándome ya.

Kathryn inspiró hondo e intentó mirar a su hija, pero descubrió que sus ojos decidían dirigirse hacia su regazo.

—Hace muchísimo tiempo yo hice una cosa —le explicó por fin—, y es algo que no debería haber hecho.

—Vale, bueno, todos cometemos errores.

—Sí, me imagino que sí... —Kathryn se calló un momento, meneando la cabeza—. Pero esto que hice era importante, algo muy importante, y nunca se lo he contado a nadie.

Cuando se puso las manos en el regazo sus piernas no dejaban de moverse arriba y abajo, y deseó poder pararlas. Cerró los ojos. Era imposible, no había forma de que pudiera contarle a Lauren la verdad.

Pero ¿y si no se lo contaba? Se lo diría alguien. Aunque tal vez fuera preferible eso, quizá dejaría que se lo contase otra persona. Pero ¿quién?

«¿Mami?». Lauren parecía impaciente.

«¿Kathryn?». Ahora la llamaba Morrie que, de pie en la entrada, le lanzaba una mirada feroz.

Kathryn nunca le había visto aquella mirada. Sólo había pasado un día desde el accidente de Hannah, y él no había dejado de repetirle una y otra vez que debía hablar con Lauren.

Muy bien, pues lo revelaré todo, y entonces a lo mejor él deja de mirarme así.

—Tengo otra hija. Se llama Abigail.

—¿Abigail?

Ésta era Lauren.

No contestes las preguntas. Respira. Recuerda lo que has aprendido. Vuelve a hablar antes de que ella te pregunte otra cosa.

—La dejé cuando tú y Hannah teníais dos años, porque pensé que estaba muy descontrolada e iba a echárnoslo todo a perder, y yo estaba asustada.

Eso era lo que había pensado, ¿no? Pero ¿era verdad? Porque precisamente ahora, en realidad, no me acuerdo de que ella lo dijera y...

—¿Qué quieres decir con lo de «echar a perder»? ¿De qué estás hablando, mami?

No le hagas caso. Ahora no se me ocurre la siguiente frase. Piensa, Kathryn, piensa.

—Abigail tuvo un bebé a los catorce años, el bebé era Hannah, y ella no podía cuidarla, así que la cuidé yo y os críe a las dos como mellizas. Entonces ella dijo que iba a contárselo a todo el mundo y a llevársela, y yo no podía permitir que pasara eso, y, ay, Dios mío, Lauren, de verdad que no me encuentro muy bien.

Respira, Kathryn, Respira.

Kathryn echó mano a una revista de la mesita auxiliar y empezó a abanicarse.

—¿Qué demonios estás diciendo? ¡Eso es una estupidez! ¿Te lo estás inventando?

—No, Lauren, no se lo inventa.

Kathryn oyó la voz de Morrie y pensó que eso estaba bien, porque ahora ella tenía que tumbarse. Morrie se sentó en el sofá junto a Lauren, le cogió la mano y se la acarició con suavidad. A lo mejor podía tenderse en el suelo, y Morrie seguiría desde donde ella lo había dejado.

Kathryn se adelantó un poco hasta el borde del sofá, pero las preguntas de

Lauren llegaron una detrás de otra. Oyó su propia voz respondiéndolas, aunque le daba la impresión de que todo ocurría lejísimos. Oyó la voz de Morrie también; parecía un intérprete.

La habitación iba y venía dando vueltas; tenía la sensación de que la metían a rastras bajo la superficie del agua. Todas las voces sonaban amortiguadas e irreales. En cierto modo, era un efecto agradable. Pero entonces Lauren empezó a llorar y luego, a gritar. Por encima de todo Kathryn quería cerrar los ojos, porque había muchísimo ruido, y no entendía nada. Entonces Lauren se levantó y chilló:

—¡Me voy para estar con mi hermana!

¿Ya estaba? ¿Se había acabado?

—¿Quieres saber algo más?

Kathryn se puso de pie; le temblaban las piernas. Tuvo que agarrarse a la silla para no caerse, pero Lauren ya había salido de la habitación. Quería con toda el alma hacer lo que fuera más adecuado para sus hijas. Es que era muy difícil, difícilísimo.

La puerta principal dio un golpetazo cuando Lauren salió.

—Ay, creo que lo he echado todo a perder —dijo Kathryn.

—No. Lo peor ya ha pasado —le contestó Morrie en voz baja—. Pase lo que pase a partir de ahora, te las arreglarás, porque les has contado la verdad, y eso es lo único que importa.

Ella oía sus palabras pero no las creía.

—Hablarán de eso juntas —continuó, mordiéndose la esquina de la uña del pulgar—. De cuánto me odian las dos por lo que hice. No querrán tener nada que ver conmigo.

Debería parar porque había llegado a la piel, y ahora le dolía.

—Eso no es verdad.

—No las culpo. ¿Qué clase de madre soy yo? ¿Qué clase de madre abandona a una hija y les miente a las otras durante toda su vida? Ay, Morrie, ¿por qué tuvo que descubrirse todo esto? ¿Por qué no podíamos haber seguido como estábamos? Y ahora me sale sangre otra vez.

Levantó el pulgar.

Morrie se miró los pies, vaciló un poco, y ella supo que quería decirle algo.

—¿Qué? Hay una cosa que no me dices.

Él siguió en silencio.

Kathryn notó una fuerte punzada en la frente.

—Voy a acostarme —dijo—. Creo que me está entrando jaqueca.

—Vale...

Parecía que Morrie iba a continuar, pero se calló. Ella deseó que le contara lo

que pensaba, pero en vez de eso Morrie dio media vuelta y le dijo que prepararía un té para los dos.

Kathryn subió a su dormitorio. Una luz deslumbradora entraba a raudales por la ventana. Fue a correr las cortinas y se detuvo un momento a mirar la callejuela. Si estiraba el cuello hacia la derecha, vislumbraba el mar. Aquello la había sorprendido la mañana después de que llegaran a Mull Bay. Era un panorama muy distinto del que estaba acostumbrada a ver en Londres, donde por todos lados se veían hileras e hileras de casas. En comparación, Mull Bay era solitario. Había confiado en que las tres tuviesen una vida feliz en la Bahía. Y la habían tenido. Pero también esperaba que algún día las acompañara Abigail. Eso es lo que había escrito en la carta que le dirigió: que cuando todo aquello se hubiera olvidado, Abigail vendría a estar con ellas. Sólo que Eleanor siempre le dijo que aquello no se olvidaba.

«Abigail», Kathryn pronunció el nombre de su hija sólo moviendo los labios. Abigail. «¡Abigail!», exclamó con un grito ahogado, al tiempo que se asomaba para ver la figura que estaba junto al muro de la callejuela, más abajo. Pelo castaño oscuro que caía muy lacio hasta los hombros. Pantalones cortos blancos que hacían resaltar las piernas bronceadas, y una blusa color rosa fuerte. Kathryn cerró los ojos y procuró apartar aquella imagen de la cabeza, pero cuando volvió a mirar la chica seguía allí.

—Aquí traigo el té —dijo Morrie, que apareció en ese momento en el cuarto—. ¿Te lo dejo en la mesita?

Kathryn apretó ambas manos contra el cristal de la ventana y se inclinó más hacia él.

—Kathryn, ¿qué miras?

Se le acercó y miró hacia donde ella miraba.

—Oh.

—Es Abigail —susurró Kathryn—. Es exactamente igual que Abigail. La vi el otro día también, delante de la residencia de mamá.

Sintió un dolor en el pecho. Un dolor sordo que era como si le tiraran de las entrañas. Aquella chica se parecía muchísimo a su hija.

—Sí —dijo Morrie.

—Pero no puede ser ella.

—Bueno... En realidad sí que lo es.

Morrie tosió y le cogió el brazo como si creyera que iba a caerse en cualquier momento.

Kathryn lo miró.

—¿Qué quieres decir con que es ella?

—La conocí ayer —explicó Morrie—. Vino a la Bahía buscándoos a ti y a las

chicas.

Kathryn trató de abrir la boca para hablar, pero hasta el último músculo de su cuerpo estaba demasiado entumecido como para moverse. Eso no podía ser cierto. ¿Abigail estaba aquí?

—No sé cómo os encontró en Mull Bay y no sé por qué ha sido ahora, pero está aquí, y está claro que quiere verlas. Le dije que no era buen momento —añadió—. Creí que se había marchado. Me dijo que se iría.

Kathryn volvió a mirar por la ventana, pero la chica había desaparecido. «¿Era esto?», se preguntó. *¿Es éste el momento en que mi vida se derrumba hasta convertirse en polvo a mi alrededor? Y sin embargo, Abigail está aquí... por fin ha venido.*

—Todo saldrá bien —estaba diciéndole Morrie.

—No, no, no saldrá bien —contestó ella—. No sale bien. No saldrá bien, porque no soy lo bastante fuerte para manejar nada de esto. Nunca lo he sido, Morrie, y no sé cómo voy a serlo ahora.

En la vida de Kathryn había momentos en que todo se intensificaba hasta alcanzar tal *crescendo* que le parecía que su mundo entero estallaría de pura tensión. El primero fue la muerte de Robert. Salir del hospital sin el hombre a quien había entregado el corazón supuso que su vida ya no volviera a ser la misma. Había mirado a la niña de pelo oscuro que se agarraba fuerte a su mano y había pensado: «Ahora sólo somos tú y yo», y un helado escalofrío le había recorrido la espina dorsal. Nunca entendió por qué Dios eligió llevarse a Robert y no a ella. De los dos, Robert era el mejor padre para Abigail. Él sabía qué hacer cuando la pequeña lloraba, o cuando se hacía daño. Ella no. Kathryn confiaba en que él la guiara en el proceso de la crianza, igual que confiaba en que su madre la guiara durante el resto de su vida.

Una vez, en una clase de Estudios Religiosos en el colegio, Kathryn había jugado con la idea de que a Dios se le había pasado ponerle algunos componentes. Había metido en ella todo lo necesario para que funcionara, huesos y órganos principales, pero se le habían olvidado todos los extras que la convertían en humana. Se dijo que a lo mejor por eso su madre estaba todo el rato tan frustrada con ella. ¿Por qué se enfadaba tanto Eleanor cuando Kathryn no parecía hacer algo tan bien como ella esperaba? Igual que aquella vez que intervino en un certamen de ortografía, aunque había tratado de convencer a su madre de que la ortografía no era la asignatura que mejor se le daba. Eleanor la subió de un empujón al escenario con las demás chiquillas, todas con sus gafas

puestas y sus pasadores sujetándoles los lados del pelo, y hasta la última de ellas con pinta de ser más lista que Kathryn. Perspicaz. P E R P S... No, no había ninguna P delante de la S; nunca más se le olvidaría.

Roja como un tomate, Kathryn había salido a escape del escenario, llorando, y había corrido hacia los rígidos brazos de su madre. «Van a reírse todas de mí», dijo, con la esperanza y el deseo de encontrar algo de consuelo.

—¿De *ti*? —respondió Eleanor con los dientes apretados—. ¿Y yo qué? No sé por qué te presentaste.

—Pero si yo no quería presentarme —gimoteó Kathryn. Sin embargo, al mirar a Eleanor y verle la cara, crispada en un gesto de airada decisión, se había preguntado: «¿Verdad que no?».

Y ahora éste era el *crescendo* definitivo, cuando todo lo que había sucedido se desplomaba con estrépito a su alrededor hasta enterrarla. Una negra tormenta se la tragaba.

«Y, a pesar de todo, mamá, ¿dónde estás para decirme qué tengo que hacer? No dejo de preguntártelo... ¡Y no me contestas!», gritó Kathryn dentro de su cabeza.

TREINTA Y CINCO

«¿Qué pasa?».

Hannah despertó y de nuevo vio a Lauren de pie junto a su cama, pero parecía enferma. No le quedaba ni rastro de color en la cara, salvo por los ojos, muy enrojecidos e hinchados. Hannah intentó incorporarse como pudo para quedar sentada. Durante las últimas veinticuatro horas había pasado despierta más tiempo, y los médicos le habían dicho que estaban satisfechos con lo bien que evolucionaba.

Los dedos de su hermana jugueteaban con la tiesa sábana blanca. Hannah estaba deseando volver a su cama y a su edredón suavcito. Le cogió la mano.

—Lo sabes ya, ¿verdad? —le preguntó, en voz baja—. ¿Te lo ha contado?

Lauren asintió, y Hannah le apretó la mano más fuerte.

—Esto no nos cambia a nosotras —continuó, pero necesitaba oír que Lauren lo decía también—. No cambia nada.

—¡Lo siento mucho! —exclamó Lauren, mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas y caían sobre las manos de las dos—. No puedo creérmelo.

—No, yo tampoco. Pero ya ves.

—Nos mintió.

—Lo sé.

—Nos hizo creer que éramos mellizas.

—Y *somos* mellizas, Lauren. No vuelvas a decir eso. Lo somos, ¿verdad?

—Sí —susurró Lauren—. Siempre.

—Pues entonces no importa nada más. —Hannah la miró con una débil sonrisa, las lágrimas también se deslizaban por su rostro.

—¿Y ahora qué? O sea, ¿qué va a pasar?

—¿Con qué? —preguntó Hannah.

—No sé. Con mami. Con Kathryn. —Lauren se atragantó con la palabra—. Con Abigail. Estoy asustada, Hannah. Todo va a ser distinto, y no quiero que lo sea.

—Ya lo sé. Pero lo único que tenemos que hacer es asegurarnos de que nada se interponga entre nosotras.

—Pero ¿cómo vas a resolver lo de mami? Sabiendo que te mintió en lo de..., ya sabes...

—¿En lo de ser mi verdadera madre? —Hannah negó con la cabeza—. No tengo ni idea. Supongo que dependerá de cómo lo resuelva ella también. Pero estoy enfadada con ella, Lauren. No puedo dejar que se desentienda de esto sin más. Eso lo sabes, ¿no?

Lauren hizo un movimiento afirmativo.

—Ya, es que...

—¿Qué?

—Tengo miedo.

Hannah bajó la vista y se quedó mirando las manos de las dos, agarradas con fuerza, resistiendo en nombre de todo lo que aún tenían.

—Tengo que ver a Abigail.

—Claro. Algún día...

—¡No, algún día no! Tengo que verla pronto. Quiero saber quién es, qué aspecto tiene. Quiero oír su versión de la historia.

—No tenemos ni idea de dónde está —repuso Lauren, y Hannah notó que se removía, incómoda, a su lado.

—No, pero podemos buscarla. Le pediremos a Dom que nos ayude. O a Morrie. Hablaré con él la próxima vez que venga.

—Vale, si es lo que quieres.

—Por supuesto que es lo que quiero. Pero lo hacemos juntas, ¿vale? Lidiamos con mami y lidiamos con Abigail juntas. Si no, ninguna de las dos lo aguantará.

TREINTA Y SEIS

Querido Adam:

La contemplé unos instantes a través del cristal de la puerta. Estaba sentada ante una mesa junto a la cama, dibujando en un cuaderno, con la cabeza baja y la lengua asomando por la comisura de la boca en un gesto de concentración. Igual que tú decías, en broma, que hacía yo.

Sentí que me moría al verla. Parecía una versión más joven de mí. Kathryn debía de ser consciente de ello cada vez que la mirase. Hannah tenía que ser un recordatorio continuo de la hija que no se llevó.

Apoyé los dedos en el cristal y dibujé la silueta de su rostro, feliz por esos pocos minutos que me permitían captarlo todo. Los ojos castaños, la boca de botón de rosa. En ciertos rasgos vislumbré a aquella pequeña que había tenido en brazos y a la que prometí que jamás dejaría. Pero, al mismo tiempo, mi hija me resultaba una absoluta desconocida.

Me invadían unas emociones absolutamente arrolladoras: amor a mi niña, pero también una intensa cólera por haberme perdido tantos años de verla crecer. Por el hecho de que me la arrebataran y nunca me dieran esa posibilidad.

Hannah alzó la mirada y me vio. Inspiró hondo y me dirigió una sonrisa, y sus ojos me observaron con gesto de preocupación. Tenía que dejar a un lado mi cólera, porque estaba a punto de reunirme de nuevo con mi hija por primera vez en catorce años.

Morrie me había llamado tres noches antes y me había comentado que Hannah había pedido verme; convinimos en que iría a visitarla el fin de semana. «No podía creérselo cuando le conté que te había conocido», me dijo él con una risilla. «Estuvo a punto de saltar de la cama a abrazarme y luego me frío a preguntas para que le contara cómo eres». Me advirtió que, aunque estaba emocionada, él no creía que Hannah comprendiera aún lo que pensaba ni lo que sentía sobre todo aquello, y yo le prometí que me tomaría las cosas despacio.

Me fijé en que Lauren no estaba en la habitación. Morrie me había dicho que tal vez no estuviese. Sin embargo, recé para que viniera. No quería romper el

vínculo que había entre ellas y confiaba en formar parte de él.

Con cuidado, abrí la puerta y entré.

—Hola, Hannah —dije.

Me caían las lágrimas por las mejillas, y por mucho que procuraba limpiármelas, no era lo bastante rápida.

Hannah soltó una risilla nerviosa, y se le saltaron las lágrimas también. Me arrodillé junto a su silla.

—Soy Abigail.

—Ya lo sé —repuso, riendo—. Aunque no te reconozco.

—Yo te reconozco a ti. —Sonreí—. Eres exactamente como pensé que serías.

—Siempre me pareció que recordaba a otra persona —repuso—. Debías de ser tú.

—Probablemente, sí.

—No supe de ti hasta el otro día —me comentó mientras jugueteaba, inquieta, con el bolígrafo que tenía en la mano—. No tenía ni idea.

—Lo sé, Hannah. No tienes que explicarme nada.

—Ni siquiera sé por qué mami, o sea...

Apartó la mirada, y sus mejillas se encendieron.

—Puedes seguir llamándola mami. No te sientas violenta por nada —le pedí—. Haz lo que creas que está bien.

—Si te soy sincera, la verdad es que no sé qué creo que esta bien. —Me sonrió—. Iba a decir que no sé por qué te dejó.

—No, bueno... ya hablaremos de todo eso en otra ocasión —respondí—. Vamos a no preocuparnos de eso ahora mismo.

Hannah me sonrió de nuevo, con un destello pícaro en los ojos, y vi que parecía más relajada.

—¿A ti esto te parece increíble? Porque a mí sí.

—¡Sí, de lo más increíble! Aunque, también, absolutamente maravilloso —contesté riendo.

Tenía muchísimas preguntas que se peleaban por salir. ¿Tuviste una buena infancia, Hannah? ¿Has sido feliz? ¿Kathryn te ha tratado siempre bien? ¿Qué te gusta hacer? ¿Cómo te llevas con Lauren? Pero no le hice ninguna. En vez de eso, nos pusimos a charlar y hablamos de cosas más cotidianas, de cómo le iba en el colegio y quiénes eran sus amigos; de su novio, Dom. Con cautela, dábamos vueltas una en torno a la otra; tardaríamos tiempo en conocernos. Pero yo tenía todo el tiempo del mundo para mi nenita. En ese preciso instante disfrutaba construyendo un cuadro con todos los detalles pequeños, aunque significativos, que conformaban a mi hija.

—Quiero preguntarte un montón de cosas que no creo que vaya a averiguar

nunca por mi madre —dijo Hannah después de que agotáramos aquellos temas—. ¿Vas..., o sea, vamos...?

Se calló y cambió de postura en la silla.

—Venga, ¿qué quieres saber?

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó.

—Bueno, eso nos toca decidirlo a las dos. Pero, por mi parte, me he perdido catorce años de tu vida y no quiero perderme ninguno más.

—Entonces, ¿seguiremos viéndonos?

—¿A ti te gustaría?

Hannah asintió con la cabeza.

—Sí, de verdad que sí, es que... es que no sé qué tenemos que hacer —contestó—. Ni siquiera sé cómo llamarte. ¿Te llamo Abigail?

—Puedes llamarme Abi —repuse sin más—. Y, si quieres, considérame tu hermana mayor.

—Me parece una idea perfecta —dijo.

Esperé mientras una enfermera entraba y le tomaba la tensión y la temperatura. «¿Qué tal te encuentras hoy?», preguntó, y le echó un vistazo por encima de sus notas. «No vayas a cansarte mucho, ¿eh?». Sonrió.

—¿Cuándo volveré a verte? —me preguntó Hannah una vez que la enfermera terminó y se fue.

—Siempre que quieras —contesté—. Estoy aquí para lo que dispongáis, tú y Lauren.

—Lauren —dijo ella.

—Sí, Lauren también —repuse.

—No, Lauren —insistió, señalando con la cabeza hacia la puerta. Una amplia sonrisa se pintó en su rostro, tan amplia que me di cuenta de que no la había visto así de feliz en todo el tiempo que llevaba allí—. Lauren ha venido. Sabía que vendría —afirmó, casi dando botes en la silla—. Pasa, Lauren —la animó—. Ven a conocer a Abi.

Me di la vuelta y vi a Lauren rondando junto a la puerta abierta. Tenía el cuerpo tenso y un gesto muy inexpresivo, al contrario que Hannah. No supe si es que estaba enfadada porque yo estuviera allí, o asustada, simplemente.

—Hola, Lauren —dije, mientras me levantaba. Me temblaban las piernas. Había estado agachada en el suelo sin cambiar de postura, y los músculos me ardían.

Aquí estaba mi Lauren, tan distinta de Hannah en su aspecto. Ella había cambiado más; la verdad es que tuve que esforzarme mucho para encontrar fragmentos de la pequeñina que yo recordaba en la jovencita que ahora tenía delante. No sabía si la habría reconocido en una multitud.

—Lauren, entra —insistió Hannah—. Que no te va a morder.

Lauren se acercó con ademán envarado y se sentó en el borde de la cama, junto a la silla de Hannah. Parecía desconfiar de mí, y, aunque yo sabía que era algo natural, sentí ganas de decirle que yo no tenía la culpa. Nada de aquello era cosa mía.

Hannah le agarró la mano, se la apretó y se puso a parlotear, contándome anécdotas de ella y de Lauren; cada dos por tres le decía: «¿No te acuerdas?», o: «¿Qué fue lo que le dijiste, Lauren?». Lauren soltaba risillas en los momentos oportunos, y me pareció que empezaba a relajarse, pero mantenía la mirada fija en Hannah y, a veces, me echaba una ojeada, como si me estudiara y tratase de calcular cómo iba a encajar yo en sus vidas. Y no la culpaba: yo era una intrusa, la madre de Hannah. Pero Lauren había olvidado que estuve con las dos desde que tenían un día de vida, y que a ella la había querido también.

Finalmente, la misma enfermera entró otra vez y nos dijo que la hora de visita había terminado.

—De verdad que tienes que descansar un poco, Hannah —dijo, mientras le ahuecaba las almohadas y la instaba a volver a la cama.

Así que nos despedimos con la promesa de vernos pronto. Me incliné y abracé a Hannah, inspirándola como había hecho en el momento en que nació. No quería soltarla de nuevo, pero la enfermera no paraba de trajinar y le preguntó a Hannah qué quería de merienda, así que, de mala gana, me aparté. Lauren me dio un apresurado abrazo y luego se quedó detrás, esperando que me marchara. Al otro lado de la puerta me volví a mirarlas; Hannah estaba poniéndose cómoda en la cama, Lauren trasteaba con las sábanas.

—Me está resultando muy difícil entenderlo. —Oí que decía Lauren.

—Ella dice que puede ser nuestra hermana mayor —repuso Hannah—. Todo irá muy bien, Lauren. Juntas podemos hacerlo.

Mi hija. Mis niñas. Volvían a estar en mi vida de nuevo. Era lo que había soñado siempre. En ese momento estaba tan feliz que no me importaba nada más.

Las tengo otra vez.

Ahora lo único que me falta en la vida eres tú.

TREINTA Y SIETE

Kathryn sentía que las paredes se cerraban sobre ella. Llevaba días así, no sabía cuántos. Las jaquecas empeoraban, y las nuevas pastillas que le había recetado el doctor Morgan no le hacían efecto. Se sorprendió deseando que Edgar Simmonds siguiera vivo. No sabía qué era lo que hacía Edgar, pero siempre la ayudaba a sentirse mejor.

Todavía no había hablado con el doctor Morgan de lo que Peter le había contado. Y todavía no había vuelto a hablar con Peter. No le había dicho a nadie que tal vez tuviera una enfermedad que le habían ocultado toda su vida. Esperaba no tener que decirlo, aunque sabía que no podría evitarlo. En algún momento tendría que hacer algo.

Morrie estaba abajo. Él había hablado antes con Lauren, pero Kathryn no había entendido de qué hablaban. Llevaba sin salir de la cama desde que empezó la jaqueca, desde que se lo contó todo a Lauren y vio a Abigail frente a su casa.

Otra vez volvía Morrie a ver cómo estaba. Cuando se asomó a la puerta parecía preocupado. Kathryn se apresuró a cerrar los ojos, confiando en que la dejara pudrirse en su propia estupidez, y eso hizo. Pasó la mañana, y la tarde llegó deprisa. Lo supo porque durante todo el día había seguido a ratos la marcha del sol. Se colaba por las rendijas de las cortinas.

«¿Se había tomado demasiadas pastillas?», pensó por un instante, porque se sentía muy amodorrada. Era posible. Nadie las había contado.

Sonó el teléfono fijo. Morrie contestó y se puso a hablar en voz baja con quien estuviera al otro lado. Kathryn tenía ganas de saber cómo se encontraba Hannah y esperó, confiando en que, si la llamada era del hospital, Morrie le daría alguna noticia, aunque se hiciera la dormida. Pero no hubo noticias, y, pese a los enormes deseos que sentía de saber que Hannah estaba bien, le faltaban fuerzas para bajar la escalera y enterarse por sí misma.

De nuevo llegó el sueño. Kathryn despertó sintiendo que el aire estaba muy cargado, miró el reloj y vio que sólo había pasado media hora; se quedó dormida otra vez. Cuanto más tiempo permanecía acostada, más se cansaba. Cada vez que despertaba notaba más pesado el cuerpo, y cuando el reloj le indicó que eran

las seis y media supo que ya sería imposible salir de la cama, aunque quisiera.

Esa noche el teléfono volvió a sonar. Apenas si distinguió la voz de Morrie contestando, pero no tenía ni idea de qué decía. Era extraño que sonara el teléfono tan a menudo: al fijo no llamaba casi nadie.

La puerta del dormitorio se abrió despacio, y Kathryn percibió la presencia de alguien pero no estaba dispuesta a abrir los ojos para mirar.

Se oyeron más murmullos, esta vez al otro lado de la puerta. Y luego, silencio. A continuación, el timbre de la calle, dos limpias cuchilladas que atravesaron el silencio de la casa; ni siquiera entonces pudo despertar de aquel letargo que se la tragaba, que la tenía prisionera en su propia cama.

Llegó la mañana. Kathryn debía de haber dormido toda la noche. La almohada estaba húmeda, y el sudor le había pegado el camisón de dormir al cuerpo. Tenía que salir de la cama; no servía de mucho quedarse allí regodeándose. La cabeza también se le había despejado un poco.

El timbre volvió a sonar. Tras incorporarse como pudo, Kathryn se recostó en el cabecero y esperó a que la habitación dejase de girar para poner las piernas en el suelo e ir a la ventana a ver quién llamaba. Cuando se asomó ya habían abierto, y oyó voces masculinas en el piso de abajo.

Con los pies dormidos, retrocedió sin hacer ruido y se calzó las zapatillas. Se tambaleó y extendió una mano para recobrar el equilibrio apoyándose en la pared pero, en vez de eso, le dio a la mesita de noche; mientras volvía a tumbarse en la cama vio que el bote abierto se volcaba y las pastillas blancas se desparramaban, dando brincos por el suelo de madera. «¡Joder!», murmuró, al tiempo que recogía el bote, ya vacío, y lo apretaba entre las manos.

Una discreta llamada la sobresaltó. La puerta se abrió despacio, y asomó la cabeza de Morrie.

—Ah, estás levantada —dijo. Entró en la habitación; echó una mirada a los comprimidos desperdigados por el suelo mientras pasaba por encima con cuidado y se acercaba a la cama—. Kathryn, ha venido una persona que quiere verte.

—¿Quién es?

—¿Cuántas de esas te tomaste anoche? —preguntó Morrie, señalando las pastillas.

—Dos, creo.

Morrie suspiró.

—Es el doctor Morgan. ¿Te parece bien si le digo que suba?

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Kathryn, déjame que lo suba. ¿O quizá te sientes tan bien como para bajar?

—No —respondió ella. Se recostó otra vez en el cabecero y clavó la vista en la pared—. Yo me quedo aquí.

Morrie volvió a pasar por encima de las pastillas camino de la puerta.

—¿Dónde está Lauren? —le preguntó Kathryn.

—Ahora mismo no está aquí.

Tras dirigirle una débil sonrisa, Morrie salió del cuarto y cerró. Ella escuchó que sus pasos se alejaban, más voces hablando bajo y luego, el sonido de dos pares de pies subiendo la escalera.

—Hola, Kathryn —la saludó el doctor Morgan cuando los dos entraron en el dormitorio—. ¿Le importa que me siente? —preguntó, señalando el pie de la cama.

Kathryn negó con la cabeza y vio que el médico se sentaba, la miraba y luego miraba a Morrie como si no estuviera seguro de cuál de los dos debía hablar primero.

—Tenemos que averiguar una cosa —intervino ella—, una cosa sobre mí. Tenemos que preguntarle a mi madre si soy... —Se calló de pronto al sorprender la mirada que el doctor Morgan le lanzaba a Morrie—. ¿Qué pasa? —preguntó—. Ha ocurrido algo. Díganme qué pasa.

Morrie se agachó junto a la cama y apoyó una mano en su brazo.

—Ayer por la tarde tu madre tuvo un derrame cerebral —le dijo—. Lo siento mucho, Kathryn. No sobrevivió. Eleanor murió anoche.

Kathryn sintió que, de pronto, le arrancaban la vida de un limpio manotazo.

—Su madre... —empezó a decir el médico.

—¿Está muerta? —Kathryn se atragantó con las palabras—. ¿Mi madre está muerta?

—Lo siento mucho —susurró Morrie.

—No puede ser. No me lo creo. No te creo a *ti* —dijo, alzando la voz mientras señalaba con el dedo a Morrie—. Debes de estar mintiendo, no puede haber fallecido.

Sin embargo, notaba que le palpitaba el corazón y, en lo más hondo, sabía que él le decía la verdad... pero ¿una vida sin mamá?

—Fue todo muy repentino —explicó el doctor Morgan—. No sintió ningún dolor.

—¡No me dejaron verla! —gritó Kathryn, mirando al médico—. Fui a verla

ayer. No, ayer no... el otro día, cuando fuese. No me dejaron. Y sabían que no se encontraba bien, ¿verdad?

—No, no creo que lo supieran —respondió él en voz baja.

—Y tú también me dijiste que no la viera —continuó ella, mirando de nuevo a Morrie.

—Kathryn, nadie sabía lo que iba a suceder.

—¡Pero no llegué a verla! —insistió a voces Kathryn—. ¡No llegué a verla! ¡Yo lo sabía! Sabía que pasaba algo cuando por la tarde me dijeron que estaba durmiendo. Todo el mundo estuvo muy raro conmigo.

Morrie le pasó la mano suavemente por el brazo.

—Estabas disgustada por lo de Hannah —le recordó—. Tú no podías saber ni hacer nada.

—¡Ay, Dios mío, Morrie! ¿Qué hago ahora? —Kathryn sollozaba y temblaba mientras arañaba las sábanas—. Ahora ella se ha ido también.

—El doctor va a ayudarte a pasar los próximos días —dijo Morrie, señalando con la cabeza hacia el doctor Morgan, que, con expresión de impotencia, seguía sentado al pie de la cama—. Lo conseguirás, Kathryn. Estamos seguros de que lo conseguirás.

—Pero ella lo era todo —repuso Kathryn en un susurro. De repente, su voz se convirtió en un grito—. ¡Había cosas que yo tenía que preguntarle! ¡Y ahora quizá no las sabré nunca!

TRES MESES DESPUÉS

TREINTA Y OCHO

Aquel verano había desencadenado varios acontecimientos que afectaban a Hannah. Todos surgían del instante en que se enteró de que su madre llevaba toda la vida mintiéndoles. De no ser por eso no habría tenido el accidente, su relación con Lauren no se habría removido y... bueno, la verdad es que no sabía cómo le irían las cosas con su madre, porque, de todos modos, no es que antes fueran lo que se dice normales.

Pero, como siempre, Hannah veía que también habían salido cosas buenas. Por ejemplo, Dom, que desde que se topó con su madre en el hospital aquella única vez había encontrado el modo de puentearla con sigilo y ver a Hannah, a pesar de todo. Estaba decidido a que Kathryn no lo apartara de ella; de hecho, eso lo convenció aún más de que merecía la pena pelear por Hannah.

Luego estaba Abi, su «hermana mayor», que ahora ocupaba un lugar tan fundamental de su vida que ni se imaginaba que alguna vez no hubiera estado allí.

Claro que todo tuvo que cambiar desde ese momento, y, en realidad, Hannah se alegraba. Pues, por muy duro que fuese aceptar lo que su madre había hecho, eso le había abierto todo un mundo de posibilidades. Ya veía una vida por delante que no tenía por qué girar en torno a la Bahía. Había mirado universidades de Londres, donde estudiaría Arte. Su futuro ya no estaba decidido; iba a tener ratos buenos y malos, pero la gracia estaba en no saberlo: en el hecho de que no estuviera todo planificado según los desesperados deseos de su madre.

Pero Lauren no opinaba lo mismo: detestaba los cambios. Se parecía a Kathryn mucho más de lo que Hannah creía. El que Abi apareciera en sus vidas había lanzado por los aires su relación con Lauren, y todavía intentaban atrapar los trozos mientras volvían a caer. Aunque, al menos, ambas estaban seguras de que querían lo mismo: eran las hermanas que siempre habían sido, y ninguna de las dos dejaría que nada lo cambiara.

Hannah sabía que no era probable que Lauren se fuera de la Bahía, y que algún día tendrían que ir cada una por su lado. Era algo que tendrían que asumir.

Pero también sabía que no permitiría que nadie le impidiera hacer lo que deseaba. Por lo menos, este verano le había enseñado eso.

Los días posteriores a la muerte de su abuela su madre había caído en picado más rápido aún. Ya se había metido en cama cuando Hannah estaba hospitalizada, pero después de lo de la abuela se había hundido todavía más en sí misma. Hannah recordaba que un día, al mirarla, se preguntó cómo se las arreglaba su piel, pálida y fina como el papel, para no romperse.

—No puede seguir así —le había dicho a Morrie la mañana del entierro de Eleanor—. Parece que quisiera morirse también.

Él había asentido, frotándose el erizado mentón, y su descolorido rostro le indicó que estaba de acuerdo con Hannah.

Ella y Lauren habían ayudado a Kathryn a soportar el entierro, sosteniéndola cuando, cada pocos pasos, daba un traspie. Hannah pensó que, si le hubieran soltado el brazo, se habría caído al suelo.

En el coche de respeto Lauren había cogido la mano de Hannah mientras las dos miraban a su madre, y a Hannah se le ablandó un poco el corazón. No quería compadecerla y no quería que se le pasara el enfado, porque eso significaría que la había perdonado por lo que les había hecho. Pero, al ver la pena y el dolor que la atormentaban, no pudo evitar alargar el brazo y coger la mano de Kathryn con la otra. Pronto Lauren hizo lo mismo, y las tres formaron un círculo con las manos mientras el coche recorría despacio las serpenteantes callejas de la Bahía. La muerte de su abuela tal vez fuese el pegamento que las uniera. Una vez pasado el entierro, para gran alivio de todas, la semana siguiente su madre accedió a ver a una terapeuta. Al fin reconocía que existía un problema y había aceptado ir antes de encontrarse con Abi.

Lo que Hannah no se esperaba era el diagnóstico de que Kathryn tenía esquizofrenia, aunque al menos las cosas empezaron a cobrar sentido, y así comprendieron por qué actuaba como actuaba. Su madre se lo había tomado con calma, algo que extrañó a Hannah. Casi pareció que no le sorprendía.

La relación entre ellas seguía siendo frágil; eran eslabones de una cadena que amenazaba con romperse fácilmente. Kathryn recibía ayuda, y Hannah veía que procuraba afrontar sus problemas, pero se necesitaba tiempo. Y durante todo ese tiempo Hannah siguió sin obtener todas las respuestas que necesitaba. No podía olvidar las cosas que su madre había hecho y aún no sabía por qué había dejado a Abi.

Hannah tal vez se sentiría siempre la madre en su relación con Kathryn, y eso era algo que iba a tener que aceptar. No sabía cómo saldrían adelante, pero le prometió a Lauren que lo intentaría. Además, si Lauren le abría la puerta a Abi, lo menos que Hannah podía hacer era mantenerse abierta a Kathryn.

Mientras esperaba en el andén Hannah se ciñó más el abrigo. Hacía un día frío, y había llegado media hora antes que el tren. Ahora deseó haberse puesto más capas de ropa. Con las prisas por irse había salido de la casa sólo con una camiseta bajo el abrigo.

El tren tomó la curva y entró despacio en la estación. Hannah se puso a dar saltos y a asomarse con impaciencia a los vagones a medida que pasaban hasta que vio a Abi, que bajaba la maleta del portaequipajes superior y se dirigía a la puerta. Entonces corrió a recibirla.

—¡Qué ilusión verte! —chilló cuando Abi puso el pie en el andén.

—Estás preciosa —respondió Abi—. Me encanta lo que te has hecho en el pelo.

—Me lo corté.

Hannah sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Te sienta bien.

Hannah enlazó el brazo con el suyo, y pararon un taxi para ir al hotel donde Abi pasaría la noche. Estaba un poco lejos de la Bahía; Abi lo había querido así. Sólo estaría allí esa noche y vería a Kathryn el día siguiente, así que había dicho que antes necesitaba algo de espacio para entender las cosas.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Hannah al tiempo que se sentaba al borde de la cama y la veía deshacer la maleta.

Su mirada se deslizó hacia la ropa que traía: vaqueros oscuros, un jersey gris, un par de bufandas de colores vivos. Era una sensación extraña el conocer ya muy bien a esta persona, aunque, en realidad, sabía muy poco de ella.

—Rara, nerviosa, inquieta... Preguntándome cómo va a resultar esto... No sé, tengo todo un millón de pensamientos corriéndome por la cabeza. No me hace mucha ilusión verla otra vez. Una parte de mí piensa que a lo mejor ni siquiera aparece.

—Aparecerá —repuso Hannah—. Seguro que viene. Está muchísimo mejor, de verdad —añadió, aunque sabía que a ella eso le importaba poco.

Abi volvió otra vez a la maleta y, al sacar el neceser, dejó al descubierto un marco puesto bocabajo. «¿Qué es esto?», preguntó Hannah, que lo sacó y le dio la vuelta; miró la foto de Abi con un hombre, de pie delante de la torre Eiffel. Él le rodeaba el hombro con el brazo y se la acercaba al cuerpo, y los dos lucían unas enormes sonrisas para la cámara.

—Es guapísimo. ¿Quién es? Qué callado te lo tenías.

Abi alargó la mano para coger la foto y la metió otra vez, bocabajo, en la maleta.

—Sólo es... nadie. No es nadie. Bueno, ¿qué quieres hacer esta tarde? —preguntó, en el momento en que empezaba a sonar su móvil. Lo cogió de la mesita de noche y miró la pantalla—. Perdona, voy a tener que contestar.

—Muy bien, adelante.

—Hola, Maggie, gracias por devolverme la llamada —dijo Abi al teléfono. Indicando por señas que iba al cuarto de baño, cogió el neceser y cerró la puerta al entrar.

Su voz quedó amortiguada, y Hannah no entendió la conversación que se desarrollaba al otro lado de la pared. Miró de nuevo la maleta y sacó la fotografía. Estaba claro que él era alguien, si no, Abi no la habría traído, pero ¿por qué quería que ella no lo viera? Hannah pasó el dedo por la foto. ¡Era guapísimo! Si ella tuviese un novio así, no se lo ocultaría a nadie. Dando un suspiro, volvió a meter el marco en la maleta y se fijó en una carpeta grande de pintor, tamaño A3, que estaba en el fondo. Abi le había contado que también le encantaba dibujar, pero Hannah todavía no había visto nada suyo. Cogió la carpeta y sacó unas hojas de papel en las que había bocetos de personas, observadas desde lejos. Unas bebían en cafés, otras esperaban en paradas de autobús, todas ellas, ajenas a quien captaba para siempre un instante de sus vidas.

«Sí que es muy buena», se dijo mientras hojeaba los dibujos. Le había dado la impresión de que no era más que un pasatiempo, algo que Abi hacía para entretenerse, pero Hannah apreció unas dotes que, desde luego, ella no tenía aún. Tras dejarlos a un lado, volvió a meter la mano en la carpeta y sacó el resto de los papeles.

Pero no había más bocetos. En vez de eso echó un vistazo a unos renglones de escritura clara e inclinada antes de leer el principio:

Querido Adam: Esta madrugada volví a despertarme a las cuatro.

Era una carta, y había muchas páginas; en ese momento Hannah se detuvo y alzó la mirada... Abi seguía enfrascada en su conversación.

Inspiró hondo. Sabía que no debía leer aquello, que no estaba autorizada... claro que Hannah no tenía mucho autocontrol. Echó una ojeada al primer par de párrafos al tiempo que se decía que no siguiera. Pero cuanto más leía, más se daba cuenta de que en las cartas de Abi estaba todo lo que deseaba saber y acaso nunca sabría por su madre. Había un montón de páginas, y a medida que fue leyéndolas, comprendiendo ya hasta la última palabra, la vida entera de Abi tomó forma ante ella.

—¿Hannah?

—¡Ay, Dios mío! ¡Lo siento mucho! Lo...

Le ardían las mejillas de vergüenza por que la hubieran sorprendido con las manos en la masa. No podía decir nada para justificar sus actos. Con manos temblorosas, le ofreció las cartas a Abi, que las cogió, miró fijamente los papeles y luego volvió a mirar a Hannah.

—¿Las has leído todas? —preguntó.

Hannah apartó la vista. Sentía náuseas y deseaba irse corriendo de la habitación, abochornada.

—No estoy enfadada —dijo Abi con dulzura—. Dime la verdad.

Hannah hizo un gesto afirmativo, y se le llenaron los ojos de lágrimas. Se figuró que Abi le diría que se marchara, que no quería volver a hablar con ella nunca más.

—Lo siento *muchísimo* —repitió.

—No llores —susurró Abi, y la rodeó con el brazo—. Yo te lo habría contado todo, de todas formas. Quiero que lo sepas, Hannah.

Finalmente, Hannah alzó la mirada.

—¿El de la foto es Adam?

Abi se quedó callada un momento.

—Sí.

—¿Por qué no me dijiste que estás casada?

—Iba a decírtelo, es que me cuesta hablar de eso.

—Me imagino que al final las cosas no salieron bien, ¿no? —preguntó Hannah.

Abi volvió a sentarse en la cama a su lado e hizo un gesto negativo.

—No puedo creer todo lo que pasó. Es como si me hubiera enterado de una vez de casi todo lo que quería saber —prosiguió Hannah.

—¿De *casi* todo? —bromeó Abi—. Bueno, ¿qué te falta?

Hannah se encogió de hombros y se mordió la esquina de una uña.

—No sé. Me imagino que, a lo mejor, algo más de mi padre de verdad. ¿Alguna vez supo de mí?

Ahora cobraba sentido que el hombre que había encontrado en internet no le dijera nada: es que no estaba emparentada con él. Era el padre de Lauren pero no el suyo.

—No —contestó Abi—. Jason no se enteró de que yo estaba embarazada.

—Es absolutamente increíble. A principios de verano, antes de que pasara todo, yo acababa de empezar a buscar a mi padre. Dom me ayudó —explicó Hannah—. Pero buscaba al hombre que no era.

—Por desgracia, no necesitas tener en tu vida a ninguno de los dos.

—No, parece que no —repuso Hannah con un suspiro.

Su madre quizá no les hubiera contado la verdad sobre Peter, pero en una cosa tenía razón, y era que, en realidad, no hacía falta buscarlo.

—Claro que si quieres buscar a Jason, no te lo impediré. Haré lo posible por ayudarte, pero es que no tengo ni idea de dónde está.

Hannah sonrió.

—Gracias, pero no creo que lo haga por ahora.

El verano le había enseñado unas cuantas cosas sobre las personas que necesitaba y las que no, y ya no la impulsaba el deseo de incorporar a su vida a un padre, fuera cual fuese. Hannah había tenido muchos ensueños románticos en los que se reencontraba con él, pero, al parecer, Lauren estaba en lo cierto: algunas cosas era mejor dejarlas como estaban.

—Entonces, ¿qué fue lo que hiciste cuando nos marchamos todas? —preguntó Hannah al final—. En las cartas decías que te quedaste en la casa un tiempo y decidiste que no vendrías a buscarnos.

—Sí que lo decidí. Estaba muy hundida, me mezclaba con gente que no debía, bebía demasiado y todo eso —respondió Abi—. Empecé a creer que Eleanor llevaba razón, que yo no era de fiar y que estabais mejor sin mí. Me resultó más fácil olvidar. Recuerda que sólo tenía diecisiete años, poco más de lo que tienes tú ahora. Está claro que en ese momento no era capaz de tomar buenas decisiones.

—¿Y Eleanor te dio dinero? ¿Te chantajeaba?

—Sí. Supongo que yo también lo sabía por entonces, pero el dinero era una cuerda salvavidas, y llegué a depender de él. Además me hizo muy popular entre mis amigos. Todos los chavales a cuyos padres les daba igual dónde estuvieran empezaron a juntarse conmigo más todavía. Y un día ella me pasó un montonazo de dinero, y me di cuenta de que ésa era la señal para salir de la casa y de su vida.

—¿Y tú lo cogiste sin más?

—Yo estaba muy confusa... No tenía a quien recurrir para que me indicara la dirección correcta. Así que lo cogí y alquilé una habitación con más gente. La verdad es que no tenía más plan que gastármelo en ayudarme a pasar el día a día. De todas formas, las cosas se complicaron un poco.

—¿Se complicaron cómo?

—Bueno, ya sabes... —Abi agitó una mano en el aire—. Bebida, drogas... Nada que me haga sentirme orgullosa.

—Nunca me gustó la abuelita. Y ahora que sé lo que hizo... —Hannah se calló unos instantes—. Ojalá nunca hubiera tenido que perder ni un solo minuto yendo a ver a la vieja bruja. Antes me asustaba.

—Era una mujer que daba miedo. Supongo que eso no ayudó a Kathryn: debía

de ser espantoso para una niña tener una madre así.

—Era la manera de mirar que tenía, también. Aquellos ojos que te atravesaban, que escudriñaban hasta el último movimiento que hacías. Y aquella cicatriz que le daba una pinta tan aterradora.

—¿Cicatriz? —preguntó Abi—. No me fijé en que tuviera ninguna cicatriz la última vez que la vi.

—Sí, una raya color rojo oscuro que le bajaba por aquí —contestó Hannah, pasándose un dedo por la mejilla izquierda—. Se ponía tanto maquillaje que la mitad de las veces apenas se le veía, pero cuando no lo llevaba era como si alguien le hubiera pintado la cara con un rotulador rojo.

Abi cambió de postura en el borde de la cama y abrió la boca para hablar pero no dijo nada.

—¿Qué pasa? Parece que has visto un fantasma.

—No sé, es que me he acordado de una cosa. Mira, no importa. Dejemos de hablar de ella —sugirió, intentando sonreír.

—De todos modos, fíjate en cómo estás ahora —repuso Hannah—. Lo has superado. ¡Eres muy fuerte!

—Pues, desde luego, buena parte de eso se debe a Adam —reconoció Abi, sonriendo.

—He visto la manera en que le escribías y las cosas que le decías. No puedes negar que todavía lo quieres —afirmó Hannah, al tiempo que agarraba la mano de Abi y se la apretaba.

—Nunca dejaré de quererlo.

—Pues entonces tienes que hacer algo —la apremió Hannah.

Una llamada a la puerta las interrumpió.

—¡Servicio de habitaciones! —exclamó una voz—. Le traigo las toallas.

Abi se levantó, abrió la puerta y dio las gracias a la mujer, y luego propuso que aprovecharan la tarde antes de que oscureciera demasiado.

Hannah estuvo de acuerdo. Proseguiría la conversación con Abi en otro momento. Ya le rondaba una idea, y era una idea que la entusiasmaba, porque un amor como el de Abi y Adam era demasiado valioso como para tirarlo a la basura, así que no pensaba consentir que lo hicieran. Dom la ayudaría a localizar a Adam: se le había dado muy bien buscar a Peter. Y entonces Hannah iría a verlo y le diría todo lo que sabía, y él se daría cuenta de cuál había sido la verdadera preocupación de Abi, y de cuánto lo amaba todavía, y de que no era demasiado tarde para que intentaran ser padres, y... Hannah sabía que empezaba a entusiasmarse, y que si Lauren supiera lo que tramaba, probablemente trataría de detenerla. Así que esta vez no le diría nada. Al menos hasta que diera con Adam.

Pero esta vez estaba convencida de que eso era lo que había que hacer.

Más tarde Abi y Hannah se despidieron con un abrazo a la puerta del hotel. Morrie había llegado para llevarla de vuelta en coche a la Bahía, porque su madre había insistido en que no cogiera un taxi.

—Céntrate en lo más importante —le había aconsejado él con ternura. Algunas cosas necesitaban más tiempo que otras.

—Esto es para ti —dijo Abi, y le dio a Hannah una bolsa de papel, atada con una cinta, que había sacado del bolso.

—¿Qué es? —preguntó Hannah mientras se ponía a desatar el lazo.

—Ábrelo después —le pidió Abi, riendo.

Hannah se sentó en el asiento del copiloto y cerró la portezuela. Morrie arrancó, y los dos le dijeron adiós con la mano.

—Bueno, ¿has pasado buena tarde? —quiso saber Morrie.

—Sí, estupenda.

—¿Y qué le parece lo de mañana?

—Creo que está nerviosa. —Hannah se encogió de hombros, distraída ya con la bolsa y su contenido.

—¿Qué hay ahí? —preguntó Morrie, echando un vistazo.

—Es muy mono —dijo ella, al tiempo que sacaba el osito de peluche azul y se lo enseñaba—. Pero ¿por qué diablos me lo da? Oh, espera, tiene una tarjeta. — Hannah tardó un momento en leerla en voz alta: «Éste es alguien al que siempre he cuidado en tu nombre, pero ya vuelve a ser tuyo».

Hannah miró a Morrie y luego otra vez al oso.

—Bueno —comentó—, me imagino que ahora eres mío. Seas quien seas, Ted.

TREINTA Y NUEVE

*H*acía ochenta y nueve días que la madre de Kathryn había muerto. El otoño se había afianzado; los días iban acortando, y las noches alargaban. El día anterior habían atrasado los relojes. Era una fecha que Kathryn detestaba. No le gustaba que se acercase el invierno pues, por lo general, la ponía nerviosa: todo se volvía negro, monótono y falto de esperanzas. Pero ese año el panorama no pintaba tan mal. Pese a lo ocurrido, extrañamente, no pintaba tan mal en absoluto.

El día siguiente iba a ver a Abigail. Por primera vez en más de catorce años volvería a ponerse delante de su primogénita. No sabía qué pensar, no sabía si estaba lista. Pero desde que había fallecido su madre, y desde que había empezado a reconstruir lo que en realidad había sucedido tantos años atrás, sentía que estaba mejor preparada. Al menos, por fin tenía algunas respuestas que podría transmitirle a Abi.

Si era sincera, aquel encuentro la ilusionaba un poco. Cuando los nervios se apartaban para dar paso a las demás emociones, en lo más hondo de su ser descubría un pequeño rayo de esperanza: la esperanza de que acaso, sólo acaso, pudiera empezar de nuevo con Abi. Una vez que hubieran olvidado todo lo demás, una vez que ella le hubiera contado lo que ahora sabía, podrían caminar juntas. Ése era su plan, al menos.

—¿Kathryn?

Alzó la mirada. Su terapeuta, Linda Platt, esperaba en la puerta abierta, con los finos labios extendidos en una insulsa sonrisa. No era una mujer bonita, el largo pelo rubio le caía sin forma hasta los hombros, pero a Kathryn le agradaba.

Linda se hizo a un lado y esperó a que Kathryn entrara delante de ella en la cuadrada salita. No era dada a la charla y no tenía el mínimo interés en nada que no las hiciera avanzar.

—¿Así que va a ver a Abigail mañana?

Lo planteó como una pregunta, de modo que a lo mejor quería que empezara ella. Kathryn asintió y aguardó a que Linda se sentara en el sofá de enfrente, de un marrón desvaído. Luego ésta sacó el cuaderno, ya familiar, lleno de las notas que había recogido durante seis sesiones sobre la infancia, los maridos y las hijas

de Kathryn, y, abandonando el tema de Abigail, dijo:

—Hoy quiero volver a usted y a su madre.

Siempre volvían a su madre, claro que Kathryn empezaba a entender que todo volvía siempre a ella.

—Pero antes quiero que me cuente cómo fue su conversación con Peter. ¿Habló por fin con él la semana pasada?

Kathryn hizo un gesto afirmativo y miró por la pequeña ventana. Vio el cielo azul mate y la copa de un árbol cimbreado al viento, pero poco más. El árbol se movía hacia atrás y hacia adelante como un metrónomo. Era casi hipnótico, y se había sorprendido observándolo muchas veces en las últimas semanas.

—Me contó lo que ocurrió cuando me marché —respondió Kathryn.

Tras la muerte de su madre Kathryn había retrasado el hablar con Peter. Sabía que aún había cosas que tenía que oír, pero se sintió aliviada cuando Linda le sugirió que trataran otras cuestiones primero. A lo largo de las semanas ella y Linda habían desmenuzado la relación de Kathryn con su madre. Poco a poco, Kathryn fue atando todos los cabos, fue comprendiendo hasta qué punto su madre le había controlado la vida, cómo, incluso de niña, ya la manipulaba.

—Cuando yo tenía diez años me obligó a dar clases de dicción, a pesar de que no me gustaba nada —había comentado Kathryn en una de las sesiones—. Me hizo ponerme de pie delante de todo el colegio el día de reparto de premios, aunque yo estaba hecha un manojo de nervios y deseaba que me tragase la tierra...

Se calló un momento. Era un recuerdo que había olvidado durante años, aquel espantoso día en que había hablado ante cuatrocientas personas, sujetando fuerte el papel con una mano temblorosa. Hasta los profesores le habían dicho que no tenía por qué hacerlo, pero Eleanor había insistido. Sólo fueron diez minutos, pero el miedo a orinarse la venció. Al final, tras pronunciar la última palabra, Kathryn salió corriendo del escenario todo lo rápido que le permitieron sus inseguras piernas mientras sonaba algún que otro aplauso y unas cuantas risas en la fila de delante.

—¿Por qué cree que usted le permitía que la obligara a hacer esas cosas? —había preguntado Linda.

—Porque... —Kathryn guardó silencio un instante. *¿Por qué se lo había permitido?*—. La verdad, no lo sé. Es que siempre era así; yo no veía otra alternativa. Mamá siempre estaba allí para darme las respuestas que necesitaba, en particular cuando yo creía que no podía con algo. Ella me decía lo que debía

hacer, y así yo no tenía que pensar por mí misma, y al final eso acabó gustándome. No siempre quería pensar por mí misma, de modo que veía lógico que mamá se encargara de eso en mi lugar.

Así ocurrió cuando murió Robert: su madre se hizo cargo. Después del fallecimiento, algunos días Kathryn se enfadaba mucho porque se lo hubieran quitado. Había días en que incluso le echaba la culpa de todo a Abigail. Habían sido muy felices antes de que Abigail llegara, cuando sólo estaban ellos dos. Pero después él había compartido su amor con ella también. Y Kathryn no quería compartir el corazón de Robert. Pensaba que Abigail recibía más de lo que le correspondía y, sin saber cómo, se convenció de que ése había sido el motivo de que al final a Robert se le rompiera el corazón, porque le daba demasiado.

Por supuesto, ahora comprendía lo absurdo que era aquello, pero en su momento no veía nada más. Su madre hizo venir a Edgar Simmonds, que la atiborró de más pastillas, unas pastillas que ahora sabía que eran para su enfermedad pero que entonces había aceptado de buena gana, porque hacía que las voces se callaran.

Nadie la había ayudado; nadie le había hecho entender que todos aquellos sentimientos eran normales en alguien con episodios esquizofrénicos, porque nadie lo sabía, aparte de sus padres y de Edgar. Y ellos no tenían intención de contárselo a nadie.

—¿Qué hacía su madre? —le había preguntado Linda—. Cuando Robert murió, ¿qué hacía para que usted pensara que la ayudaba?

—Me decía que no fuera tan condenadamente idiota. —Kathryn soltó una breve risa—. Me decía que me calmara y siguiera adelante.

—Me decía: «Eso no es sano».

Kathryn hubiera querido responderle: «Es que la muerte no es sana, mamá».

—¿Y cree que eso la ayudaba a usted?

—Bueno, llevaba a Abigail al colegio y me preparaba la ropa que debía ponerme. —Por entonces Kathryn sólo quería quedarse metida en la cama con el pijama puesto—. Y compraba comida. De modo que sí, supongo que me ayudaba.

Eleanor decía que no se podía comer judías estofadas a diario, pero a Kathryn le había dado exactamente igual que todas las noches de la semana ella y Abigail se las comieran directamente de la lata.

—Hasta que un día me dijo que aquello se había terminado.

Kathryn lo recordaba muy bien. Ya era media mañana, y ella aún seguía acostada. Abigail estaba en el colegio, y su madre había vuelto diciendo que tenían que hacer una cosa.

—Levántate —le ordenó Eleanor en tono brusco al tiempo que descorría los

visillos. Tiró una caja sobre la cama.

—¿Para qué es eso? —preguntó Kathryn.

—Hoy vamos a llenarla.

Vio cómo su madre recorría deprisa la casa, habitación por habitación, retirando las fotografías de Robert, los cuadros que había hecho en la universidad, los títulos, una tarjeta que estaba aún sobre la repisa de la chimenea. Quitó hasta el último rastro de él. Al principio Kathryn no hizo más que mirarla de hito en hito, estupefacta.

—No los tires —le rogó cuando la caja estuvo llena y Eleanor pareció quedar satisfecha.

—¿Y qué sugieres que hagamos?

—No sé, pero no los tires.

Más tarde encontró la caja apoyada en el cubo de la basura para que se llevaran la mañana siguiente, y comprendió que su madre había estado completamente segura de que no saldría de casa y no la vería. Esa noche cavó un hoyo en el jardín de atrás y enterró la caja para que Eleanor no diera con ella.

«Tal vez sea buena idea», se había dicho cuando volvía a entrar en la casa. Era lo que había que hacer.

Ahora comprendía que tal vez no fuera buena idea.

—Entonces, después de la muerte de su marido su madre le dijo que siguiera adelante, y usted la obedeció. Aunque no creía que eso fuera lo correcto. — Linda hizo una breve pausa—. ¿Le parece que alguna vez lloró la pérdida de su esposo?

Kathryn negó con la cabeza. No, no se lo habían permitido. Y, a su vez, eso quería decir que ella no había permitido que Abigail lo hiciera tampoco.

En la acumulación progresiva de tensión que culminó con la partida hacia la Bahía, Kathryn se vio en apuros otra vez: su relación con Abigail prácticamente se había desintegrado, su matrimonio con Peter casi había concluido. No sólo tenía dos niñas pequeñas a las que cuidar: también tenía la preocupación añadida de que Abigail iba a contarle al mundo entero que una de ellas era suya.

Al principio Kathryn no había entendido dónde estaba el problema. No era lo ideal, pero ¿de verdad habría importado tanto que lo contara? Sin embargo, su madre estaba convencida de lo contrario. Eleanor parecía creer que, si aquello salía a la luz, sus vidas quedarían arruinadas.

En cierto sentido, curiosamente, fue un alivio que Peter le contara lo que ocurría bajo la superficie de aquella vida que ella había aceptado a ciegas. Oír por qué Eleanor se horrorizaba tanto al pensar que fuera a saberse que había obligado a su nieta a entregar a su bebé.

—Todo el mundo se enteraría de que ella y Edgar habían manipulado todo el

asunto —le dijo Peter—. Que habían falseado los documentos, y que, según indicaba el historial médico de Abigail, ésta ni siquiera había estado embarazada. Y tu historial también lo habían falsificado —añadió—. Recuerda que llevaban años haciéndolo. Edgar habría perdido su puesto por ello.

—¿Y mi madre?

—Habría sufrido la deshonra pública, no sé, quizá hubieran ido a la cárcel. Como pago a mi tío, Charles se había valido de su posición y había hecho que recibiera fondos privados para investigaciones. Tu padre estaba en el Comité de Privilegios y Conductas, Kathryn. Habría sido la ruina de los dos si los hubieran descubierto.

Así pues, Eleanor sabía que debía detener a Abigail costara lo que costase. Pero cuanto más procuraba influir en ella, más parecía que la animaba a proferir sus amenazas.

—Mamá me decía que yo debía marcharme un tiempo —le explicó Kathryn a Linda—. Me decía que no era prudente estar cerca de Abigail mientras supusiera semejante peligro. Yo le respondía que Abigail no era peligrosa, pero ella insistía en que acabaría perdiendo a mis otras hijas si no hacía algo.

Miró por la ventana.

—Peter y mamá le habían comprado la casita de Mull Bay a Edgar. Por lo visto, él se la había alquilado durante años a una anciana que había muerto hacía poco. Mamá pensó que era un lugar perfecto para esconder a la familia de la que tanto se avergonzaba. —Volvió a mirar a Linda, pero en el inexpresivo rostro de la terapeuta no vio ninguna emoción—. El otro día Peter me contó que, en realidad, no creía que Eleanor hubiera pensado al detalle un plan para la casa, sino que tenía la idea de que podrían mandar a Abigail una temporada a la Bahía hasta convencerse de que Abi no diría nada.

—Pero Abigail no fue a la casa, ¿no? —preguntó Linda.

Kathryn hizo un gesto negativo.

—No hizo falta. Yo me asusté. Mi madre había estado inculcándome que Abigail representaba una amenaza muy grande, y me daba miedo, mucho miedo, que averiguaran lo que habíamos hecho y se llevaran a Hannah. Temí que a lo mejor no volvía a ver más a ninguna de las dos. Por supuesto, entonces creía que la había adoptado, aunque ahora me doy cuenta de que no era así, pero seguía pensando que eso daba igual. Una noche oí sin querer a mamá hablando con Peter de la casita. Ella la llamó un refugio, y yo creí que pretendía que fuera para mí. Eso me atrajo: me enamoré de la idea de vivir cerca del mar, en un pueblo diminuto lejos de Londres. Yo sólo quería que todas estuviéramos seguras y, de repente, ya no pude quitármela de la cabeza. A esas alturas me encontraba tan mal que decidí tomar las riendas del asunto y un día, mientras Abigail estaba en

el colegio, hice las maletas con todas las cosas de las niñas y unas cuantas cosas más, y salí huyendo.

Se limpió las lágrimas de la cara.

—Fui una madre horrible, lo sé. Pero yo esperaba que mi madre se ocuparía de Abigail, y que luego, no sé cómo, todas volveríamos a estar juntas. Lo que pasa es que no salió así.

—Y entonces, ¿qué ocurrió?

—Pocos días después de marcharme le escribí a Abigail y le conté dónde estaba, le dije que esperaba que entrase en razón y que luego vendría a estar con nosotras. Pero no me contestó, de modo que le dije a mamá que quería verla. Le dije que volvería a Londres a por ella. Entonces fue cuando mi madre apareció con un corte en un lado de la cara.

Kathryn se pasó un dedo por la mejilla.

—Me dijo: «Mira de lo que es capaz esa muchacha. Si me hace esto a mí, figúrate lo que podría hacerle a las niñas». Así que no fui a buscarla. En vez de eso le escribí más cartas pero seguí sin tener noticias suyas y al final... —Kathryn se calló un momento—. Al final no insistí más.

Tal vez no llegara a saberlo nunca, pero no creía que Abigail le hubiese acuchillado el rostro a Eleanor, aunque era alarmante pensar en lo retorcida que debía de haber sido su madre para hacerse eso a sí misma.

—Imagino que, con el tiempo, a mamá acabó gustándole la idea de esconderme en la Bahía y, una vez que Abigail le dejó el campo libre, se salió con la suya en todo. Qué lástima que me haya enterado demasiado tarde. Ahora que está muerta no tiene que rendir cuentas de nada.

Linda le pasó un pañuelo de papel, y Kathryn se limpió los ojos y se sonó la nariz ruidosamente. No quería verter más lágrimas por su madre, pero estas lágrimas ya eran por todas ellas. No sabía si alguna vez dejaría de llorar por lo que le había hecho a Abigail.

—Yo creí a mi madre y a Abigail nunca le di una oportunidad. Ahora es demasiado tarde, ¿verdad?

—Eso es algo que puede preguntarle usted misma —contestó Linda—. Cuando la vea mañana.

»Veo que Morrie la espera otra vez.

Habían llegado al final de la sesión, y Linda señaló hacia la puerta. Kathryn dio media vuelta y lo vio sentado en el sofá de la sala de espera, frotándose la barba y hojeando un periódico. Cuando se volvió de nuevo, Linda seguía mirándola.

—Sólo es un amigo —dijo Kathryn; sentía la necesidad de justificar su presencia—. Es muy bueno conmigo. Hoy incluso ha ido a la residencia a

recoger algunas cosas de mi madre. Y, por supuesto, va a dejarme su casa para que vea a Abigail.

Linda asintió.

—Estoy deseando saber cómo va ese encuentro.

Se estrecharon las manos, y Kathryn miró de nuevo a Morrie. Era sólo un amigo, pero, a veces, ahora quizá más que nunca, ella albergaba cierta esperanza de que hubiese algo más. Pensó que siempre había contado con tres obstáculos y, automáticamente, extendió tres dedos dentro del bolsillo, aunque ninguno de los tres obstáculos tenía importancia ya. Ni sus mentiras, ni Peter, ni, desde luego, su madre.

—Meteré la caja, pero luego me temo que tengo que irme pitando —dijo Morrie cuando pararon a la puerta de la casa de Kathryn—. Pesa bastante.

—No tengo ni idea de qué hay dentro, aunque me figuro que no será nada especial —repuso ella mientras lo conducía hasta la casa y lo hacía pasar—. Déjala aquí dentro, y gracias, Morrie. Creo que últimamente he contado contigo demasiado. Has sido muy bueno todos estos años. Me aterra pensar qué habría hecho yo estos dos últimos meses si no hubieras estado aquí.

Morrie sonrió.

—¿Por qué lo haces? —insistió ella—. ¿Es por las chicas?

Pero Morrie no respondió; se limitó a inclinarse hacia delante y le apretó la mano.

Cuando se fue, Kathryn tiró de la caja y se la acercó. Después de quitarle la tapa empezó a examinar su contenido. Unos cuantos libros, algunos de los cuales reconoció de la biblioteca familiar: un diccionario muy usado, viejos ejemplares de Dickens y las Brontë. Nada de aquello le decía mucho, pero vería si les servía a las chicas.

Por debajo de los libros había un álbum de fotos. Sus páginas, que habían perdido adherencia y se habían oscurecido con el tiempo, guardaban fotografías que se habían soltado de su sitio, ahora sólo sujetas por las hojas transparentes. En su mayoría eran fotos de Eleanor y Charles, tomadas antes de que naciera Kathryn. Su madre, sin duda, había sido una mujer hermosa.

Kathryn cerró el álbum y echó un vistazo al resto de las pertenencias: un tapiz a medio terminar aún puesto en el telar, recortes de periódico sobre Charles, un par de programas de ceremonia de sendas bodas y otro de un funeral. Un triste conjunto de objetos para resumir la vida de su madre.

A punto de cerrar la caja, vio un fajo de cartas encajado en el fondo, sujetas

con un flojo cordón. Tiró de una y le dio la vuelta para leer el sobre. De repente se le cayó el alma a los pies al ver su propia letra. La carta dirigida a Abigail aún estaba cerrada. Sacó otra, y otra más, hasta que tuvo las diez delante, intactas y sin enviar.

Kathryn se llevó de golpe una mano a la boca, intentando asimilar lo que aquello significaba.

—Sí que me *mentiste*, mamá —dijo al aire vacío y hueco—; me dijiste que se las habías dado todas.

CUARENTA

Querido Adam:

Hoy volví a ver a mi madre. Por primera vez en más de catorce años vi a Kathryn.

En mi cabeza me había representado este día muchas veces. En ocasiones acababa llorando, arañándola para que me diera unas respuestas que, en el fondo, yo sospechaba que en realidad quizá no quería oír. Después de todo, ¿qué me diría exactamente? Me dejó hace catorce años; nada me compensará ese tiempo. Otras veces la ira me impulsaba, me animaba la determinación de hacer que pagara por lo que me hizo, y terminaba muy tensa, con los puños cerrados tan fuerte que se me ponían blancos los nudillos. Fuera lo que fuese lo que imaginara, siempre dependía del estado de ánimo en que me encontrase ese día, y no tardaba en darme cuenta de que no tenía ni idea de cómo me sentiría de verdad si llegaba la ocasión.

Esta mañana me desperté entumecida. Todo lo que había planeado decirle se me había borrado de la cabeza. No podía prever lo que sucedería, qué aspecto tendría ella, ni cómo estaría yo, y, sin embargo, el entrar en la sala de Morrie y verla de nuevo fue una conmoción.

«Tu madre ha hecho un esfuerzo hoy», me susurró él al oído cuando se apartó para dejarme pasar. Al verla me quedé sin aliento. Parecía mucho más joven de lo que me figuraba, casi como la madre que recordaba de mi infancia. Tenía el pelo bien arreglado y secado a mano, las uñas cortas y pintadas de color crema, y vestía un suéter azul pálido y unos pantalones negros.

En un segundo me encontré de nuevo en una época anterior a la muerte de mi padre, cuando estábamos en nuestra salita de Londres, esperando a que él volviera del trabajo.

Oí que una vocecilla dentro de mí decía: «Mamaíta, ¿me ayudas con los botones?».

Kathryn se levantó y dio un paso hacia mí, y yo casi me sorprendí esperando que se arrodillara y me abrochara bien la rebeca otra vez. El aire se llenó con su perfume, un aroma muy intenso y familiar, y noté un impulso, como si

quisiera acercarme a ella. Quería que me dijera que todo estaba bien y que ella estaba allí de nuevo.

«Abigail», me dijo. Yo no había oído su voz en catorce años... ¿así había sonado siempre?

Retrocedí un paso, me temblaban las piernas cuando encontré el sillón detrás de mí, y me dejé caer en él.

Kathryn volvió a sentarse en el sofá, justo en el borde. Tendió las manos hacia mí, y luego volvió a dejarlas en el regazo y se puso a jugar con la costura de sus pantalones. Ninguna de las dos supo qué decir. Yo estaba convencida de que la expresión de pánico de su rostro era un reflejo de la mía.

Debes de querer saber qué me pasaba por la cabeza, pero no estoy segura de poder expresarlo. ¿Sabes?, tenía tal remolino de emociones encontradas que en realidad no me acuerdo de que pensara nada. Recuerdo mirarla fijamente: las arrugas nuevas de su cara, la forma en que la piel del cuello se le plegaba ahora, los pendientes de bolas de plata que llevaba en las orejas y que yo no había visto nunca. Ella siempre los usaba de oro. Yo quería sentir algo: enfado, rencor, tristeza, cualquier cosa, pero en ese momento no sentía nada.

—Me gusta cómo llevas el pelo —me dijo finalmente.

En un gesto automático, alargué la mano y me rocé las puntas, y enseguida la aparté de nuevo. No estábamos allí para hablar de mi pelo, y aunque no sé qué esperaba que ella me dijera, no era eso.

—Y tus sandalias son bonitas —añadió sonriendo, mientras se asomaba por encima de las rodillas para verme mejor los pies.

—No hagas esto, Kathryn —respondí, retirándolos.

—¿Que no haga qué?

Pareció sorprenderse. ¿Esperaba pasar el tiempo dedicada a la charla trivial?

Suspiré y miré por la pequeña ventana el jardín trasero de Morrie; observé con atención las hileras de arbustos perfectamente cuidados mientras inspiraba hondo varias veces.

«Leí tus cartas», le dije, y volví a mirarla. La noche anterior, al recoger a Hannah, Morrie me había dado un paquete y me había preguntado si podía leer su contenido antes de ver a Kathryn, asegurándome que era importante. Había diez cartas que Kathryn había confiado que me entregaría Eleanor, aunque, por supuesto, ésta no lo hizo.

Kathryn asintió.

—Espero que ayuden un poco a explicar que yo no quise dejarte.

—Y, sin embargo, me dejaste —me limité a contestar.

—Sí, pero... —Se calló—. Ella me hizo creer cosas que no eran ciertas.

—Tú nunca te paraste a preguntarme. ¡Te limitaste a escaparte y a dejarme de la peor manera posible! —grité.

Le temblaban las manos, y vi que procuraba sujetarse una con otra.

—Yo no estaba bien —respondió—. Ahora me doy cuenta, yo no lo sabía.

Cuando yo no contesté prosiguió.

—Me contó que estabas amenazando a las niñas. Me dijo que le habías hecho un corte. —Kathryn me miró, suplicándome que creyera lo horrible que eso debía de haber sido para ella—. Yo me asusté, no sabía qué hacer.

—Ésa era la cicatriz, ¿no? Hannah me dijo que tenía una cicatriz. Un día se presentó con un gran corte y me contó que se lo había hecho con la rama de un árbol. —Me reí—. Ay, Dios mío, aquella loca debió de hacérselo ella misma. Yo no le di un tajo, Kathryn.

—Lo siento mucho...

—Nunca te paraste a preguntarme —repetí—. No me escuchaste ni una sola vez, tú siempre te fiaste de su palabra.

—Lo sé, ahora soy consciente de eso, yo...

—Ella te dominaba, Kathryn. Y tú se lo permitías —añadí.

—¡Si pudiera cambiar el pasado, lo haría! —exclamó, tendiéndome las manos—. Lo siento mucho, Abigail, siento mucho lo que sucedió.

Clavé la mirada en sus manos extendidas, en su vano intento de ofrecerme un gesto de paz, y contuve el impulso de apartarlas de un manotazo.

—Pues, por desgracia, no podemos cambiarlo —repuse con voz tranquila.

¿Sabes de qué me di cuenta entonces, Adam? De que, con independencia de lo que habláramos, yo no obtendría lo que necesitaba, porque era imposible. Mi madre me dejó, se llevó a mis niñas y, sí, tal vez tratara de ponerse en contacto conmigo, pero el hecho era que vivió otra vida sin mí durante catorce años. Así que, dijéramos lo que dijésemos en ese momento, lo cierto es que daba igual, porque lo que había ocurrido era inconcebible, algo que me había cambiado demasiado la vida, y ya no había vuelta atrás. Ninguna explicación bastaría jamás para satisfacerme.

El día anterior Maggie me había preguntado si yo deseaba que Kathryn volviera a mi vida.

—Nunca quise que saliera de ella —le respondí con sinceridad—. Pero no sé si la aceptaría de nuevo.

Me preguntó qué esperaba obtener de aquel encuentro, y le dije que no lo sabía en realidad, quizá tan sólo poder seguir con mi vida.

Kathryn había empezado a hurgar en su bolso, y medio esperé que buscara una tira de pastillas, pero en vez de eso sacó otro gran sobre acolchado. «Tengo una cosa para ti», dijo; lo sujetó fuerte unos instantes y luego me lo pasó.

—¿Qué es?

Lo cogí con cautela.

—Unas cosas que quité y que debí haber dejado a la vista —respondió.

Miré dentro y saqué una fotografía, y luego otra y otra: todas, fotos de mi padre.

—¡Oh! —Me llevé rápidamente una mano a la boca—. ¡Papaíto!

Las lágrimas me caían por la cara.

—Tengo una caja llena... son tuyas si las quieres. No las tiré —explicó—. No pude.

—¿Por qué? —pregunté con un grito ahogado—. ¿Por qué me las quitaste todas?

—No sé. —Kathryn meneaba la cabeza—. Yo... yo creí que debía seguir adelante.

—¿Tú lo creíste? —grité—. ¿O lo creyó ella? —Miré fijamente la cara de mi padre, aquellas fotos que no había visto en tantos años. Estaba completamente lleno de vida y de esperanza—. Todo habría sido muy distinto —afirmé.

Mi madre clavó la mirada en su regazo al tiempo que retorció la parte inferior del suéter hasta convertirla en una apretada pelota. Bajo la envoltura de su bonita ropa y su pulcro corte de pelo, sus nervios aún se encontraban débiles. Estaba viendo destellos de mi madre cuando yo era adolescente: la madre que me falló una y otra vez.

—A lo mejor podríamos empezar... —Cerró de golpe la boca sin terminar la frase y frunció el ceño, como si tratara de encontrar las palabras adecuadas para explicarme lo que deseaba de mí.

—¿Empezar qué? —pregunté con frialdad—. No te referirás a empezar de nuevo, ¿no?

De pronto su aspecto y sus palabras me dieron la impresión de ser una farsa. ¿De verdad pensaba que podíamos olvidar tan fácilmente lo que había pasado?

—Bueno, a lo mejor podríamos hablar de... —Otra vez dejó la frase sin acabar—. O podrías hablarme de ti. O, no sé, debe de haber muchísimas cosas que podríamos contarnos sobre nuestras vidas en estos años.

Como el que yo terminara compartiendo casa con drogadictos y me gastara casi todo el dinero de Eleanor en alcohol y en ir de discotecas, o que, durante años, no me permitiera a mí misma confiar en nadie por miedo a que me dejaran, como hizo ella. O que eché a perder mi matrimonio porque me daba demasiado miedo tener hijos con el hombre que amaba. En ese momento podría haber gritado: «Sí, Kathryn, hay muchas cosas que podría contarte, pero ¿sabes una cosa?, en realidad no quiero compartir nada de ello contigo. Ni los momentos buenos ni los momentos malos. Ni los momentos de mayor desánimo,

cuando me hundía hasta lo más profundo y pensaba que no había salida, ni cuando llegó a mi vida Adam y me demostró que sí la había».

—No. —Negué con la cabeza—. No puedo.

Al final eso fue lo único que pude decir.

Kathryn me miró; sus ojos, muy abiertos, buscaban una razón para mi respuesta.

—Pero ahora que te has enterado de lo mío y de que yo no sabía que tenía...

—Se calló, alargando las manos como si de veras creyese haberme dado un motivo lo bastante válido como para reconstruir una relación.

—Pero me dejaste —balbuceé—. Te alejaste de mí cuando yo tenía la misma edad que tienen ahora las niñas. Y tuve que crecer sola y, por tu causa, en ese tiempo tomé algunas decisiones de mierda cuyas consecuencias tendré que aceptar que me acompañen siempre.

»Siento que te lo ocultaran —continuó—. Siento que nunca te dijeran que eras esquizofrénica, y sé que eso ayuda a explicar muchas cosas... pero no todo. Porque, aun así, pudiste haber ido a buscarme.

Kathryn me miró con los ojos rebosantes de remordimiento y nostalgia.

—Aun así, no debiste dejarme. ¡Aquella mujer te controlaba por completo! —grité.

—Ahora lo entiendo —repuso ella en voz baja.

Solté una breve risa y, meneando la cabeza, me eché atrás en el sillón mientras el corazón me palpitaba, desbocado.

—¿No podemos partir de aquí? —Los ojos de Kathryn intentaban convencerme, colmados de esperanza—. Podemos ir despacio y ver cómo van saliendo las cosas.

Mentiría si dijera que una minúscula parte de mí no sintió la tentación de decir que sí: es mi madre. En teoría, era mi modelo, la única persona a la que yo podía recurrir y en quien podía confiar, pasara lo que pasara. Desde luego, toda hija quiere contar con una madre, si tiene esa posibilidad, ¿no?

Pero yo no podía olvidar y, si soy sincera, no creo que pueda perdonarle jamás lo que hizo. Así que, en realidad, ya es demasiado tarde para que represente el papel de madre conmigo. Me pasé catorce años deseando que siguiera estando a mi alcance, pero ahora me doy cuenta de que no es eso lo que necesito.

Le dije a Kathryn que le deseaba lo mejor y que, por el bien de las niñas, esperaba que se cuidara y aceptara la ayuda que estaba muy claro que llevaba

necesitando muchos años. Pero añadí que no podía incluirla en mi vida. Estábamos demasiado deshechas para eso, y yo no tenía energías, ni deseos siquiera, de reparar una relación que se había hecho añicos y era imposible de arreglar.

Acaso algún día cambie de opinión, no lo sé. Acaso algún día quiera hablar con ella de lo que ocurrió, pero, para serte sincera, no creo que ella tenga más respuestas que yo.

Hay muchas cosas que nunca sabré con certeza. Como por qué mi madre dejó que Eleanor le gobernara la vida. Me figuro que su enfermedad desempeñaba un papel importantísimo en eso. Es lamentable que nunca le permitieran acceder a la ayuda que necesitaba; creo que si entonces la hubiera tenido, nuestras vidas habrían sido muy distintas. Supongo que mi madre anhelaba con toda el alma un amor que nunca recibió de niña, y que en su mente desviada se decía que lo mejor lo obtendría dejándose controlar por Eleanor.

Por extraño que parezca, Eleanor me resulta más fácil de comprender. En ella todo era claro e inequívoco. Creo que era una narcisista, embriagada por el estilo de vida, el dinero y el poder que le proporcionaba su matrimonio. Se avergonzaba de la enfermedad de su hija, tanto que hacía cualquier cosa para asegurarse de que nadie la descubriera. Mi abuela no pensaba en nadie más que en sí misma. No estaba hecha para tener un hijo; era demasiado egoísta para ser madre. Espero que mientras subía la escala del éxito nunca llegara a alcanzar la verdadera felicidad. Espero que, al menos durante un instante, se diera cuenta de que no merecía la pena vivir si no amabas y te amaban también. Pero reconozco que nunca lo sabré con certeza.

Echaré de menos hablar contigo, Adam. Es un proceso catártico este poner la propia vida por escrito, pero ha llegado el momento de detenerme, porque ahora debo seguir caminando. Tengo a Hannah en mi vida. Y a Lauren también, desde luego... las dos estamos trabajando en nuestra relación, y no tengo ninguna duda de que lo conseguiremos.

Sigue entristeciéndome el haberme perdido tanto de ellas. Cada vez que las veo me las imagino de bebés, dormidas, vueltas la una hacia la otra, Lauren a la derecha, Hannah a la izquierda. No puedo creer que no las haya visto convertirse en las preciosas chicas que son hoy, y eso me rompe el corazón. El tiempo es algo que jamás se recupera.

Ahora procuro no dejar que el pasado me domine, pero aún lamento no habernos concedido la oportunidad de ser padres. Siempre supe que tú serías un

padre maravilloso, pero ahora sé que yo también habría sido una buena madre. Lo llevo en el corazón, siempre lo llevé. Al principio no me dieron ocasión de demostrarlo, y luego, contigo, me faltó confianza para hacer el intento.

No sabía que Hannah iba a buscarte, Adam. De haberlo sabido, la habría detenido mucho antes de que te encontrara y le habría contado lo que pasó al final.

La última vez que te vi en St James's Park, me diste un beso en la mejilla y me dijiste: «Cuídate, Abs».

Habíamos pasado por muchísimas cosas en aquellos últimos meses, desde que me dijiste que querías entender lo que me ocurría. Al principio no vi cómo lo lograríamos, porque sabía que seguía sin poder darte el bebé que tú deseabas. Pero tú no me presionaste y me aseguraste que nosotros éramos más importantes que aquello. Y, de ese modo, por fin creí que quizá lo nuestro saldría bien.

En cuanto me besaste y te alejaste tuve la sensación de que algo iba mal. Me dije: «No seas idiota, qué idea tan absurda»; era totalmente imposible que yo supiera algo así. Sólo era un viaje de trabajo: volverías a casa. Sin embargo, no me libraba de esa inquietud. Me puse de pie y estuve a punto de correr detrás de ti, de rogarte que no te fueras. Cómo deseo haberlo hecho, Adam. Pero sabía que no me habrías tomado en serio: me habrías cogido la cara entre tus manos, te habrías reído y me habrías dicho que no fuera tonta. Luego me habrías dado un beso en la frente y te habrías marchado, tal como hiciste; me habrías dejado en St James's Park viendo cómo te esfumabas, de espaldas, a lo lejos. Viendo cómo te pasabas los dedos por el pelo y te metías la otra mano en el bolsillo de atrás de los vaqueros, y cómo, por fin, dabas media vuelta cuando estabas a punto de desaparecer de vista para sonreírme y decirme adiós con la mano.

Vuelvo a representarme ese momento una vez, y otra, y otra en mi memoria, hasta que me duele tanto que tengo que parar.

El día siguiente, al ver a tu padre en la puerta, enseguida supe que había pasado algo malo. Estaba pálido, tenía los ojos cargados de pesadumbre. Apenas podía mirarme a la cara, y cuando pronunció mi nombre se le quebró la voz por el nudo de pena que tenía en la garganta.

—Vamos adentro —me sugirió, haciéndome entrar en la cocina.

—¡No! —grité, una vez dentro—. ¡No me lo cuente!

No quería oír lo que estaba a punto de decirme. Porque si no lo oía, no tendría que creerlo, y así no tendría que afrontarlo.

—Ha habido un accidente —dijo, sin hacer caso de mi ruego.

—No —repetí—. ¡No!

Recuerdo que lo dije una y otra vez, no, no, no. No podía ser verdad.

—Iba en un taxi —me contó tu padre—. Un camión dobló la esquina demasiado rápido y dio un volantazo.

Él meneaba la cabeza, y yo miraba las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas mientras pensaba que era la primera vez que lo veía llorar. Sus palabras taladraron el aire viciado que me rodeaba. El camión chocó de frente con el taxi. Tú no llevabas puesto el cinturón de seguridad; habías muerto instantáneamente.

«Basta», le rogué, mientras sentía que sus brazos agarraban los míos para evitar que me cayera al suelo. Me hacía falta aquella fuerza, aunque ya entonces sabía que a él no le quedaba ninguna. Estaba tan destrozado como yo, igual de desbordado por el dolor de perder a su único hijo.

He tardado mucho tiempo, pero ahora sí acepto que no pude hacer nada por evitar lo que sucedió. Y por fin me doy cuenta de que muchas cosas no fueron culpa mía.

No empecé a acudir a Maggie a causa de mi pasado; fui porque no entendía un futuro donde no estuvieran todas las personas que alguna vez amé. Pero ahora lo entiendo. Veo un futuro muy luminoso, y, por primera vez en muchísimo tiempo, eso me ilusiona. Así que voy a dejarte marchar ya. Y voy a dejarme marchar a mí también. Porque vuelvo a tener junto a mí a dos niñas preciosas y al fin veo el futuro que estaba buscando tan desesperadamente.

Gracias por escucharme, Adam. Te amaré siempre.

Abigail

xxx

AGRADECIMIENTOS

Escribir un libro es algo que siempre quise hacer, y durante el proceso muchas personas me han dado ánimos para seguir adelante y conseguirlo. Desde los que a la puerta del colegio te preguntan cómo va el libro hasta los amigos que, de distintas maneras, me han brindado consejos y ayuda, os doy las gracias a todos.

En especial tengo algunos amigos maravillosos que me han ayudado en mi viaje hacia la publicación: Lucy Emery, Donna Cross, Deborah Dorman, Becci Holland y Kevan Kelsey. Gracias a todos, sé que soy muy afortunada por contar con amigos tan buenos.

A mis muchas primeras lectoras que me animaron con entusiasmo y consejos: Vanessa Edkins, Sandra Clayton, Fran Moore y todas las Damas Literarias de Hinchley Wood: Jennifer Plant, Jane Worsley, Vasiliki Arvaniti, Roisin McHugh, Larisa Strickland, Liz Sabell y Rach Hyams. Gracias a Kate Bradford por tus aportaciones médicas (los errores que haya son exclusivamente míos) y a Kate Chisman ¡por todas tus observaciones sobre el mundo de las redes sociales!

Sin mi maravilloso grupo de apoyo de escritoras, en muchos momentos no habría sabido por dónde tirar. Vuestras ideas, comentarios y estímulo me hicieron seguir adelante, y estoy muy agradecida por haber hecho algunas buenas amigas en el camino. Gracias a Alice Clark-Platts, Catherine Bennetto, Julietta Henderson, Dawn Goodwin, Alex Tyler, Moyette Gibbons, Grace Coleman y Elin Daniels.

Gracias a Sheila Crowley y Becky Ritchie, que desde el principio creyeron en mí y en el libro. Y a Christopher Wakling y Anna Davis por vuestro apoyo y orientación.

Gracias a Clare Christian y Heather Boisseau, que me han dado mucha ayuda en la publicación del libro. Me alegro mucho de haberos encontrado a las dos.

Mamá, has dedicado a todo cuanto hago más amor y aliento del que jamás pude imaginar. Tú me inspiras para ser la mejor madre que puedo. Sé que no tengo que decir que confío en que estés orgullosa. ¡Pero confío en que lo estés!

A mi maravilloso marido, John, que tiene ojo de halcón cuando se trata de una coma mal puesta. Ni una sola vez has dejado de creer en mí, y te aseguro que de

no ser por ti jamás lo habría logrado. Gracias por darme el tiempo, la paciencia y el amor que me permitieron cumplir mi sueño.

Y a mis dos increíbles hijos, para quienes hago esto: Bethany y Joseph, me hacéis sentirme orgullosa todos y cada uno de los días. Mamaíta os quiere hasta la luna y vuelta otra vez.

Título original: *Beneath the Surface*
Published by RedDoor
www.reddoorpublishing.com

Edición en formato digital: 2018

© Heidi Perks, 2015
© traducción: Valentina Reyes, 2018
© de esta edición: Algaida, 2018
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
administrador@editorialboveda.com

ISBN ebook: 978-84-16691-73-9

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.editorialboveda.com

Table of Contents

[Abril de 2001](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[Catorce años después](#)[Junio de 2015](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[Seis](#)

[Siete](#)

[Ocho](#)

[Nueve](#)

[Diez](#)

[Once](#)

[Doce](#)

[Trece](#)

[Catorce](#)

[Quince](#)

[Dieciséis](#)

[Diecisiete](#)

[Dieciocho](#)

[Diecinueve](#)

[Veinte](#)

[Veintiuno](#)

[Veintidós](#)

[Veintitrés](#)

[Veinticuatro](#)

[Veinticinco](#)

[Veintiséis](#)

[Veintisiete](#)

[Veintiocho](#)

[Veintinueve](#)

[Treinta](#)

[Treinta y uno](#)

[Treinta y dos](#)

[Treinta y tres](#)

[Treinta y cuatro](#)

[Treinta y cinco](#)

[Treinta y seis](#)

[Treinta y siete](#)

[Tres meses después](#)

[Treinta y ocho](#)

[Treinta y nueve](#)

[Cuarenta](#)

[Agradecimientos](#)

[Creditos](#)